

NÚMERO

volumen 18

34

Primer semestre de 2020

www.migracionydesarrollo.org
ISSN 2448-7783



MIGRACIÓN *y* DESARROLLO

Migración y Desarrollo es una revista orientada a la reflexión, la investigación y el análisis sobre temas concernientes al vínculo entre migración y desarrollo desde una mirada crítica alterna a la postura dominante: la *perspectiva del Sur*, cuyo eje central son los derechos humanos. A través de la aludida perspectiva se examina de manera integral, comprehensiva, la problemática derivada de esta relación en el contexto de la globalización neoliberal: explotación laboral, exclusión, discriminación social, violencia, inseguridad humana, criminalización, despojo, desplazamiento forzado, conflictos ambientales. Más que la negación del Norte se trata de una visión incluyente que demanda la redefinición de los indicadores del desarrollo, fundada en el respeto a los derechos humanos en contraposición al paradigma dominante de seguridad nacional que criminaliza y discrimina.

La revista se edita en los formatos impreso y digital en los idiomas español e inglés.

Contribuye a la construcción del pensamiento crítico en las Ciencias Sociales y en las Humanidades a partir de la minuciosa selección de manuscritos que son evaluados por pares académicos mediante el sistema doble ciego y que se organizan en tres secciones: *Artículos*, trabajos inéditos y traducciones al español; *Coyuntura y debate*, ensayos breves sobre temas de actualidad; y *La voz de los actores*, proyectos e iniciativas de la comunidad migrante (declaraciones, entrevistas, manifiestos, comunicados, principios, acuerdos, protocolos, entre otros). Asimismo, colaboran integrantes de la Red Internacional de Migración y Desarrollo (RIMD) e investigadores adscritos a otras instituciones internacionales. Se publican textos con rigor científico y analítico, con metodologías y técnicas de investigación creativas e innovadoras.

Es preciso aclarar que no se aceptan aquellos estudios basados en un enfoque unilateral que atienda a los intereses hegemónicos de los principales países receptores de migrantes.

Forma parte del Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y está indexada en la Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (Redalyc), el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Latindex), Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (Clase) y Scientific Electronic Library Online (Scielo-México).

Migración y Desarrollo, volumen 18, número 34, primer semestre 2020,
es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Zacatecas
«Francisco García Salinas», a través de la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo,
Jardín Juárez 147, colonia Centro, 98000 Zacatecas, Zacatecas. Teléfono: (01 492) 922 91 09,
www.uaz.edu.mx, www.estudiosdeldesarrollo.mx, revistamyd@uaz.edu.mx,
Editor responsable: Raúl Delgado Wise. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo
Vía Red Cómputo 04-2015-060212200400-203, ISSN:2448-7783, otorgados
ambos por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable
de última actualización: Unidad Académica en Estudios del Desarrollo,
Israel David Piña García, Campus Universitario II, avenida Preparatoria s/n,
fraccionamiento Progreso, Zacatecas, 98065. Fecha de la última modificación,
junio de 2020. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente
reflejan la postura de los editores de la publicación.

Todos los textos aquí incluidos se encuentran bajo la licencia Creative Commons 4.0

Atribución/No comercial/No derivadas 



Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Contenido

Artículos

- La crisis epidemiológica global
en el marco de la crisis epocal del capitalismo
Luis Arizmendi 7
- Los tortuosos caminos de la migración venezolana
en Sudamérica: tránsitos precarios y cierre de fronteras
Gioconda Herrera Mosquera y Gabriela Cabezas Gálvez 33
- La era de la irracionalidad política global
Germán Carrillo García 57
- Las respuestas gubernamentales
a la migración calificada en México
Yolanda Alfaro y Ana María Aragonés 115
- ¿«La» o «Una» organización líder en migración?
La OIM como un actor en la gobernanza migratoria mundial
Stefan Rother 137

Coyuntura y debate

- Para comprender el impacto disruptivo de la *covid-19*,
un análisis desde la crítica de la economía política
Guillermo Foladori y Raúl Delgado Wise 161

La voz de los actores

- Empleo digno para trabajadores migrantes
en todo momento: implementar el modelo de cero
cuotas y pago por parte del empleador
para la contratación de trabajadores migrantes
MFA, CCRM, SARTUC, PIANGO, Región del Pacífico y Centro de Solidaridad 179

La crisis epidemiológica global en el marco de la crisis epocal del capitalismo

The global epidemiological crisis
in the framework of epochal crisis of capitalism

Luis Arizmendi*

ISSN IMPRESO 1870-7599 | ISSN RED CÓMPUTO 2448-7783 | 7-32
RECIBIDO 08/03/20 | ACEPTADO 23/03/20

Resumen. La crisis epidemiológica del capitalismo del siglo XXI incluye pero desborda la pandemia por *covid-19*, puesto que es la quinta de las epidemias de este tipo que comenzaron hace casi dos décadas. Como segundo eje de la crisis ambiental mundializada, al lado del sobrecalentamiento planetario, constituye una dimensión esencial de la crisis epocal del capitalismo. El coronavirus no es producto de una bioarma, sino resultado de la alteración antiecológica radical que la economía alimentaria capitalista le impone a la naturaleza por su subordinación a enormes poderes corporativos globales. La tendencia a estado de excepción planetario ha sido la respuesta predominante del capitalismo ante la pandemia. Desde ella, los migrantes, en el Norte global, han sido colocados tanto en las filas de una fuerza laboral imprescindible como de una masa social cerceñable. La crisis por *covid-19* ha puesto al descubierto que el capitalismo, cada vez más violento, está dispuesto a manejar neautoritariamente todas las dimensiones de su crisis epocal. De asumir a contrapelo los límites a que ha arribado su señorío sobre la naturaleza planetaria, dependerá la gestación de una urgente modernidad alternativa y que el futuro pueda comenzar hoy.

Palabras clave: crisis epocal, crisis epidemiológica, estado de excepción, capitalismo de la vigilancia, tendencia neautoritaria, migración forzada internacional.

Abstract. The epidemiological crisis of 21st Century capitalism includes but goes beyond the *covid-19* pandemic, as this is the fifth epidemic of its kind to have occurred in the past two decades. A second axis of the world environmental crisis, alongside global warming, it represents an essential dimension of the epochal crisis of capitalism. The coronavirus is not a bioweapon, but rather the outcome of a radical anti-ecological disruption that the capitalist food economy imposed on nature through its subordination to massive global corporate powers. The tendency toward a planetary state of emergency has been the primary response of capitalism in the face of the pandemic. As such, migrants in the Global North find themselves among the ranks of the essential labor force as a (cerceñable) social group. The *covid-19* crisis has exposed the reality that capitalism is driven to confront all of the dimensions of its epochal crisis in an ever-more violent neo-authoritative manner. Countering the extent of its dominion over the global environment will require the creation of an urgently needed alternative modernity, one that can lead us into the future beginning today.

Keywords: epochal crisis, epidemiological crisis, state of emergency, surveillance capitalism, neo-authoritarian tendency, international forced migration.

* Mexicano. Docente de la Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional y director de la revista *Mundo Siglo XXI* de la misma institución. Correo-e: arizmendi_luis@hotmail.com

Crisis epidemiológica global y crisis epocal del capitalismo

Crisis epidemiológica del capitalismo del siglo XXI constituye una expresión crítica e histórica *ad hoc* para dar cuenta de una situación límite mayor que incluye pero desborda, a la vez, la actual epidemia mundializada por el coronavirus. Si se mira retrospectivamente, emerge que *covid-19* es la quinta de una serie de epidemias que comenzaron con el nuevo siglo: el SARS en 2002, la gripe aviaria en 2005, la gripe porcina en 2009 —la crisis de la influenza que comenzó en México, en las Granjas Carroll en Veracruz—, y el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS-Cov) en 2012, constituyeron los implacables anuncios previos de que había surgido una nueva dimensión esencial de la crisis epocal del capitalismo. De manera prospectiva, puede verse entonces que, aunque una vacuna para enfrentar la *covid-19* se empiece a generalizar, quizá a partir de mediados de 2021, si no es que después, e incluso si logra ser eficaz para tratar médicamente la amplia cantidad de mutaciones sucedidas en el coronavirus, de ningún modo eso significará la superación histórica de la crisis epidemiológica del capitalismo. Lo anterior puesto que aún no concluye esta pandemia y el proceso de generación de un nuevo virus detonante de otra epidemia mundializable, perfectamente, podría estar ya en curso.

Si se lee desde el horizonte propio de la crítica al capitalismo en clave de valor de uso o, lo que es lo mismo, desde la vida humana como fundamento, debería afirmarse que, agudizando los impactos de la crisis de sobreacumulación planetaria y la crisis de la hegemonía americana, más aún de la mundialización de la pobreza, la crisis alimentaria global y la crisis de la migración forzada internacional, la actual pandemia por *covid-19* se ha expandido vertiginosamente por el orbe, como ninguna otra epidemia previa en la historia moderna, volviendo inocultable que, al lado del sobrecalentamiento planetario, ella constituye el segundo eje de la crisis ambiental mundializada, y va a seguir impactando en el nuevo siglo en tanto con el capitalismo persista su alteración antiecológica radical, impuesta desde la economía alimentaria global contra la naturaleza.

En efecto, no es la naturaleza la que se encuentra en guerra con la humanidad, más bien, al revés, para decirlo empleando una formulación inventada por Naomi Klein, es el capitalismo el que se encuentra en guerra con la naturaleza. A contrapelo del discurso del poder que propulsa la *tendencia hacia un*

estado de excepción planetario y su concomitante violencia político-destructiva, es imprescindible decir que de ningún modo la crisis epidemiológica agudizada por la *covid-19* es resultado de un «enemigo invisible» que se ha propagado por el orbe. Asumir la naturaleza como enemigo resulta sumamente efectivo para justificar la promoción de una cultura política neautoritaria funcional a un capitalismo global cada vez más violento.

Un proceso en sí mismo positivo en la historia espontánea de la evolución natural, la constante mutación de los virus, que no son como los microbios, un organismo microscópico animal o vegetal, sino sólo trozos de códigos genéticos en proceso de constante transformación para devenir posiblemente en un ser vivo, ha sido absorbido y exacerbado por el capitalismo del siglo XXI hasta convertirlo en detonante de una crisis epidemiológica que amenaza a la totalidad de la sociedad planetaria.

Global Trends 2025, a World transformed, un informe elaborado por el Consejo Nacional de Inteligencia de la CIA en 2008, ya preveía la «emergencia potencial de una pandemia global» derivable de un patógeno como el coronavirus del SARS, que comenzaría en un país con una alta densidad demográfica, donde exista una interacción cercana entre la sociedad humana y los animales —como sucede en varios Estados del Sudeste Asiático y en China—, que se transmitiría hacia otros países a una velocidad sin precedente, generando contagios sobre un tercio de la población mundial y cientos de millones de muertes (National Intelligence Council, 2008:75). Como puede verse, antes de que concluyera la primera década del nuevo siglo, múltiples de las características distintivas de la actual pandemia estaban vislumbradas por este órgano de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) que elabora evaluaciones prospectivas para la Casa Blanca. Pero Estados Unidos como hegemon global optó por no tomar medidas.

De hecho, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés) como respuesta a la gripe aviar de 2005, lanzó el programa PREDICT. Entre 2009 y 2019, recolectaron más de 140 mil muestras biológicas de varios animales como reservorios potenciales, entre ellos 10 mil murciélagos. Identificaron alrededor de mil 200 virus con potencial pandémico, incluyendo más de 160 coronavirus (Baumgaertner y Rainey, 2020); sin embargo, USAID se remitió a catalogar, jamás diseñó política estratégica preventiva.

En 2015, Bill Gates impartió una conferencia en la que trazó un cierto paralelismo entre la guerra nuclear como el «desastre más temido» del siglo XX

y la emergencia potencial de una pandemia derivada de un virus como el de la influenza en el siglo XXI. Entrecruzando su intervención de apoyo a la geolocalización permanente de ciudadanos y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN, por sus siglas en inglés) con otra posición con que impulsó la conformación de una política de salud global propiamente liberal, puso énfasis en el contraste entre la canalización de enormes presupuestos para la producción de «disuasivos nucleares» y el prácticamente inexistente financiamiento de un sistema de salud mundial diseñado para prevenir e impedir la emergencia de una pandemia predecible. Dirigió la mirada hacia lo inocultable: la Organización Mundial de la Salud (OMS) monitorea las epidemias, pero no propulsa una política de salud global preventiva (Gates, 2015).

El Banco Mundial ya calculaba que una pandemia podría acarrear un impacto de tres mil millones de dólares. La OMS temía este peligro, al menos, desde hace dos décadas.

La mundialización de la epidemia por covid-19 era prevenible porque era previsible, pero el capitalismo admitió indemne la potencialidad de su estallido. Se tenía vislumbrada la probabilidad de una epidemia transmisible por el aire, similar pero superior a la mal denominada «gripe española» de 1918. *La mayor epidemia del siglo XX fue generada como resultado de la barbarie de la Primera Guerra Mundial porque surgió en los cuerpos inmunológicamente débiles de los soldados mutilados, heridos y sobredesgastados.* No fue de ningún modo casual que el epicentro de esa pandemia se ubicara en la base militar de Fort Riley, en Estados Unidos. Como los periódicos españoles fueron los primeros en informar sobre esta epidemia que se expandía aceleradamente por el orbe, mientras Estados Unidos y el resto de Europa guardaban silencio con el fin de mantener control político sobre las masas sociales de sus ejércitos, el término «gripe española» surgió, lo que resultó extremadamente conveniente para obstruir la comprensión de su epicentro real en Kansas. Fue de tal magnitud el desvío de la mirada hacia el país donde los *mass media* la volvieron noticia frecuente que, como afirma Alfred W. Crosby (2003), adquirió el carácter de una «pandemia americana olvidada». Rebasando la cantidad de muertes provocadas por la influenza pandémica de 1918 —que, en un solo año, generó el fallecimiento de entre 30 y 100 millones de personas (Barry, 2004; Davies, 2000)—, el informe *Global Trends 2025* calculó la potencialidad homicida de una pandemia global en cientos de millones.

La pandemia por *covid-19* sobrevino agudizando la crisis económica del capitalismo mundial que ya estaba en curso, pero no fue sólo la preponderancia

de los intereses cortoplacistas convergentes de los capitales privados la que definió la inexistencia de una política de salud global preventiva. Esa preponderancia se impuso dentro de la hegemonía de *la tendencia hacia un Estado neautoritario planetario*, que administra la multiplicación de las lesiones y los cercenamientos de la sociedad mundializada con tal de maximizar la acumulación capitalista global.

Dos tendencias, principalmente, han estado en confrontación como respuesta ante la crisis epocal del capitalismo, con el predominio cada vez mayor de una de ellas: una *tendencia neautoritaria* y una *tendencia propiamente liberal*.

Impasible ante la radicalidad de los efectos destructivos, derivados de la mundialización de la pobreza (Arizmendi y Boltvinik, 2007; Chossudovsky, 2002) y la crisis alimentaria global (Arizmendi, 2019; Bartra, 2011), a la tendencia neautoritaria ya no le basta dejar operar sin restricciones la violencia económico-anónima inherente a la acumulación de capital —que fue, lo que hizo el inapropiadamente denominado capitalismo «neoliberal», mundializando el principio *laissez faire, laissez passer*—; ella empuja el despliegue creciente de violencia político-destructiva ejercida o encubierta por los Estados para manejar la agudización de la lucha mundializada de clases. Mientras que, ante la radicalidad de la crisis epocal, *la tendencia propiamente liberal*, con la finalidad de que la desestabilización creciente no conduzca a una crisis de gobernabilidad, impulsa la intervención efectiva de los Estados como contrapeso frente a los efectos destructivos de la violencia económico-anónima, oponiéndose al despliegue de violencia político-destructiva.

En la vuelta de siglo, ha resultado hegemónica la tendencia neautoritaria *porque el capitalismo mundial ha optado preferentemente por ella como respuesta ante el hecho de que se encuentra atravesando por el peor periodo en la historia de la tendencia descendente de la tasa de ganancia, sobre todo, para los capitalismo del Norte* (gráfica 1).

Analizando agudamente la tendencia descendente de la tasa de ganancia internacional en la perspectiva de la larga duración, esto es como tendencia multiseccular, para abarcar desde 1869 hasta 2010, Esteban Maito ha demostrado que, ciertamente, la tendencia descendente de la tasa de ganancia opera en el nivel de la economía mundial, pero que sobre todo ha desplegado su caída más pronunciada en los países centrales, rebasando el declive de ella en los países de las periferias. En nítido contraste con la tasa de ganancia mundial, que cayó de 33 a 18 por ciento aproximadamente, para el periodo comprendido entre 1956 y 2010, y la tasa de ganancia de los países periféricos, que bajó de 45 a 23 por ciento, en

esos mismos años; los capitalismos del Norte han experimentado una caída de cerca de 23 a poco más de 10 por ciento. Si se observa en la óptica de la larga duración es peor: emerge que los capitalismos centrales pasaron de una tasa superior a 40 por ciento, previa a la Larga Depresión de fines del siglo XIX, a una tasa alrededor de 10 por ciento, en el marco de la crisis de sobreacumulación planetaria del siglo XXI. Ellos se ubican ahora por debajo del pico negativo más pronunciado de la Gran Depresión del siglo XX.

GRÁFICA 1
Tasa de ganancia promedio de países centrales, países periféricos
y a escala mundial (1869-2010)



Fuente: Esteban Maito (2013:147).

Esto significa que la respuesta hegemónica del capitalismo mundial ante la emergencia potencial de una pandemia como la de la *covid-19* ha sido el *planetary management*.

No se trata de la deliberada producción de una pandemia, con elevada tasa de reproducción, en el marco de la disputa por la hegemonía mundial. En un principio, el impacto original de esta epidemia sobre China e Irán, suscitó la sospecha de una bioarma empleada por el capitalismo del Pentágono. Ahora, que es constatable que Estados Unidos ha sobrepasado el millón y medio de

contagios y ha superado los 100 mil fallecimientos, es evidente que la potencia hegemónica en la producción de bioarmas no tiene vacunas ante la crisis por *covid-19*. De manera complementaria, la insistente presión de Trump por atacar a China atribuyéndole ser responsable de la producción del coronavirus en un laboratorio en Wuhan y hasta su inédita orden de suprimir todo financiamiento a la OMS, cuando Pekín tampoco tiene vacuna, pone al descubierto el profundo interés que tiene la Casa Blanca por atribuir a la producción intencional el surgimiento de la *covid-19*, a fin de eludir su gravísima responsabilidad en la amplificación de los impactos de la actual crisis epidemiológica en Estados Unidos. Como el Pentágono sabe que las bioarmas jamás se fabrican sin la cura correspondiente, pudo declarar que el coronavirus tuvo un «origen natural».

La pandemia de *covid-19* no es resultado del uso geopolítico de una bioarma en la disputa por la hegemonía mundial —lo que no anula que otra epidemia pudiera llegar a serlo, considerando la larga historia del mundo secreto de la guerra biológica no sólo en Estados Unidos, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), Reino Unido o Alemania, sino también en Irak, Sudáfrica, Japón y Canadá (Barnaby, 2002). *Constituye una pandemia previsible ante la cual el poder planetario se mantuvo impasible.*

El *planetary management* conforma la *administración tecnocrática neautoritaria, desde muchos Estados y diversos organismos internacionales* (por delante el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial), *de la multiplicación de los contagios y los muertos admisibles en tanto la prioridad inamovible se encuentra cargada hacia la canalización de los máximos recursos para la acumulación capitalista global, no hacia la seguridad vital de la sociedad mundializada.* En función de sus jerarquías cortoplacistas, sin generación programada o intencional, el *planetary management* admitió la potencialidad de una pandemia que, finalmente, se concretó. *Externalizó hacia un futuro que ya es nuestro presente, el peligro de una pandemia admitido dentro de la tendencia hacia el estado de excepción planetario. El planetary management ha puesto al descubierto que está dispuesto a manejar así todos los peligros contenidos en la crisis epocal del capitalismo.*

La geopolítica de mundialización de las epidemias se puso de manifiesto desde el inicio del nuevo siglo. En 2002-2003, el síndrome respiratorio agudo severo SARS-CoV impactó en 29 países de los cinco continentes, con una tasa de mortalidad aproximadamente de 13 por ciento. La gripe aviar 2004-2006, con la cepa H5N1, comenzó en África, se extendió hacia China, Tailandia y Malasia; después a Europa, afectó a Italia, Grecia, Austria, Alemania, Hungría, Eslovaquia, Eslovenia,

Francia y España; y, por último, en América Latina, impactó en República Dominicana, México, Bahamas, Colombia y Brasil. La influenza AH1N1, en los años 2009-2010, que comenzó en Veracruz, México, fue un duro anuncio de lo que después concretó la pandemia por *covid-19* en 2020. Pero antes llegó la epidemia causada por el coronavirus de síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS), que concentró 80 por ciento de los contagios en Arabia Saudita y se propagó por 27 países. El siglo XXI fue atravesando, sin aprender, por la explosión una tras otra de epidemias de un alcance internacional cada vez mayor hasta llegar a una epidemia totalmente mundializada en 2019-2020.

Desde fines del siglo pasado, se consolidó la mutación histórica de la economía alimentaria mundial que ha disparado la crisis epidemiológica del capitalismo del siglo XXI.

Con base en la americanización de la modernidad (Echeverría, 2008), se mundializó el antiecológico patrón alimentario del capitalismo estadounidense y uno de sus ejes, la producción y el consumo de comida animal. Del lado de la producción subsumida realmente a la mundialización del patrón alimentario del capitalismo americano, un conjunto delimitado de corporaciones transnacionales monopolizan, desde el *agribusiness*, las ganancias extraordinarias que han derivado de la metamorfosis de la economía alimentaria en uno de los mayores circuitos de la acumulación global, desplazando y desmontando la anterior soberanía alimentaria tan distintiva de un amplio porcentaje de Estados del Sur a lo largo del siglo pasado. Del lado del consumo integrado a la mundialización del patrón alimentario del capitalismo americano, la metamorfosis de tiempo de trabajo doméstico en tiempo de trabajo capitalista ha posicionado como uno de sus soportes materiales decisivos el reemplazo de la producción de alimentos basados en cereales integrales, como era costumbre o propio de la dimensión histórico-moral en el patrón alimentario precapitalista premoderno, por la preparación de alimentos de origen animal, que requieren de un tiempo significativamente mucho menor. La articulación entre estas dos dimensiones la expresa el hecho de que 60 por ciento de la producción mundial de cereales se canaliza como alimento para animales, que luego son convertidos en alimento para sociedades humanas en el mercado mundial —articulación que, pese a la pobreza que propicia para múltiples conglomerados de campesinos en el siglo XXI (Arizmendi, 2020), opera por el desarrollo capitalista de los denominados «países emergentes», principalmente de China.

Ya, desde 2006, en *El monstruo llama a nuestra puerta*, Mike Davis había dirigido la mirada crítica hacia las meggranjas capitalistas de producción de

comida porcina como enormes fábricas de generación a gran escala y sumamente acelerada de virus y sus mutaciones. La virología como disciplina científica sabe perfectamente que el agente —el puerco, el pollo u otro animal—, puede no estar enfermo; sin embargo, de ningún modo eso cancela que en las megagranjas capitalistas las grandes concentraciones de animales producen un intercambio viral de enormes dimensiones. La contigüidad de exorbitantes cantidades de animales —además alimentados con productos genéticamente modificados y a los que se les proporcionan tal exceso de antibióticos que producen la resistencia creciente a ellos de múltiples bacterias—, activa un dinámico intercambio de genes de diversos tipos de gripe (aviar, porcina y humana), que propicia el salto de la barrera entre especies hacia el desplazamiento antigénico abriendo los riesgos potenciales, en cualquier momento, de una epidemia zoonótica mundializable. *Big farms make flu*, un libro escrito por el biólogo crítico Rob Wallace (2016), prologado por Mike Davis, que recurre a los aportes innovadores de la epidemiología agrícola, demuestra agudamente que las epidemias modernas de ningún modo constituyen un fenómeno natural e indaga las trayectorias de sus patógenos para explicar su surgimiento desde el *agribusiness* letal dominado por las corporaciones multinacionales.

Precisamente, *porque cruzamos por el peor periodo histórico de la tendencia descendente de la tasa de ganancia para el capitalismo central, el poder corporativo planetario se ha convertido en una de sus causas contrarrestantes*. Lo es para los capitales corporativos globales que, al dominar la producción y circulación de valores de uso que se han vuelto centrales para la reproducción de la sociedad mundializada, conforman enormes oligopolios que tejen grandes circuitos entrecruzados horizontal, vertical y transversalmente, atravesando múltiples ramas y todos los sectores de la economía planetaria.

ETC Group (2019) ha documentado, de modo pormenorizado, el poder corporativo en la economía alimentaria global. En 2018, las seis empresas mayores dominaron 58 por ciento del mercado mundial de semillas comerciales y transgénicos: Bayer (que absorbió a Monsanto) de Alemania, Corteva Agriscience de Estados Unidos, ChemChina/Syngenta, Vilmorin y Cie/Limagrain de Francia, KWS de Alemania y DLF de Dinamarca. En el complejo cárnico industrial, las aves de corral son la mayor fuente de proteína animal. Para 2025, podrían abarcar 45 por ciento del mercado mundial de comida animal. Dos corporaciones globales, EW Group y Tyson Foods suministran más de 91 por ciento del ganado reproductor comercial para pollos de engorda (es decir, pollos criados para carne).

Dos compañías, EW Group y Hendrix, controlan la genética de gallinas ponedoras (es decir, gallinas criadas para producir huevos) en todo el mundo. Tres corporaciones controlan casi la mitad (47 por ciento) del mercado de genética porcina comercial: Genus plc, Topigs Norsvin y Hendrix Genetics. Las firmas para gestión de activos, que penetran una gran cantidad de empresas y controlan acciones a lo largo y lo ancho de la economía alimentaria global (en la producción de tecnología para el *agribusiness*, semillas, ganado avícola, porcino y vacuno, agroquímicos, fertilizantes sintéticos, farmacéuticos para animales y comercio minorista de comestibles), han alcanzado un poder económico excepcional: 18 billones de dólares. Todas esas firmas son estadounidenses: BlackRock, Vanguard Group, State Street Corporation, Fidelity y Capital Group. Si bien, Walmart, es el máximo poder corporativo global en el mercado mundial de alimentos y bebidas, y sigue siendo controlada por sus dueños fundadores, las megafirmas de gestión de activos ya coptaron más de 30 por ciento de acciones de la compañía. Amazon dejó atrás, en el siglo XX, su lema como «la librería más grande de la Tierra», gracias al poder económico que le ha otorgado el comercio en línea global. A lo largo de la próxima década, competirá con Walmart por la hegemonía en el comercio electrónico de comestibles. Facebook, Amazon, Alibaba, Microsoft, Google y Apple, las grandes corporaciones de la red de información y comunicación global, la *Big Data*, están invadiendo cada vez más ramas del *agribusiness* planetario, la *Big Ag*. Tres de los ejes del poder corporativo mundializado —la *Big Data*, la *Big Ag* y la *Big Pharma*—, sin duda, van a salir fortalecidos por la crisis de *covid-19*.

El mayor dilema reside, justo y ante todo, en que, además de embestir e impedir la soberanía alimentaria de los Estados del Sur, la economía alimentaria mundial específicamente capitalista entabla e impone una relación radicalmente antiecológica con la naturaleza global, destruye el hábitat original del mundo animal y, por ende, rompe las fronteras entre el mundo humano y el mundo viral. Abre la emergencia acelerada de epidemias zoonóticas que no sólo se suceden, sino que se yuxtaponen. Ahora mismo, mientras el mundo dirige la atención a la pandemia por coronavirus, Latinoamérica está atravesando por la peor epidemia de dengue en su historia.

En el marco de la crisis epidemiológica del capitalismo, en todo caso, la versión china de americanización de la modernidad le imprimió su marca a la interiorización del patrón alimentario específicamente capitalista: agregó el consumo antiecológico de comida animal exótica. Con procesos productivos que enjaulan

en el mismo espacio las más diversas especies animales, que luego son destrozadas con los mismos instrumentos sin las más mínimas medidas de protección ante procesos de mutación viral evidentes. Si el coronavirus se originó o no poco antes, no cabe duda de que fue en China. Todo apunta a que el murciélago es el animal en que surgió y realizó su salto directamente a seres humanos o por mediación del pangolín. La modernidad china agregó su contribución antiecológica a la mundialización de la modernidad americana desde una de sus ciudades más imponentes: Wuhan.

Es de tal magnitud el riesgo potencial de una agudización futura de esta pandemia en China, país que cuenta con un sexto de la población mundial aproximadamente, que, para el periodo 2020-2025, Wuhan ya ha prohibido legalmente la caza, el transporte, la comercialización y el consumo de comida animal salvaje. Sin embargo, sigue sin cuestionarse la radical estructura antiecológica de la economía alimentaria mundial específicamente capitalista.

Aunque la OMS ha promovido una política de salud global liberal que busca romper la cadena de contagio por *covid-19*, lo que exige asumir una importante caída del PIB en el orbe, también ha respondido a los intereses que definen al *planetary management*. Guardó y sigue guardando silencio sobre la plataforma histórica antiecológica que ha detonado la geopolítica de las epidemias en el siglo XXI y que, por supuesto, identifica. Ha cubierto los intereses de las corporaciones transnacionales, ante todo americanas, que dominan hegemoníamente la economía mundial alimentaria. No era por filantropía que Estados Unidos financiaba la OMS con 450 millones de dólares cada año, por más que Trump se queja de que representa un financiamiento 11 veces superior al de China. Asimismo, la OMS ha protegido los enormes intereses de la industria farmacéutica transnacional como uno de los mayores negocios de la acumulación capitalista mundial. Una industria global que no tiene reparo en sus prácticas iatrogénicas, combinando curar y enfermar para garantizar la integración interminable de los enfermos como consumidores bioquímicamente dependientes de los fármacos modernos (McTaggart, 2005).

En tanto es la concreción de una época, el cuerpo humano es historia. Atravesamos el tiempo de la crisis epocal en la dominación real o el señorío del capitalismo sobre la naturaleza global.

La pandemia por covid-19 ha puesto al descubierto la crisis epidemiológica del capitalismo como segundo eje de la crisis ambiental mundializada del siglo XXI, al lado del sobrecalentamiento planetario.

Su impacto va a agudizar la crisis cíclica de sobreacumulación global, propiciando una reducción del PIB de las economías avanzadas en -6.1 por ciento como promedio general y para Estados Unidos en -5.9 por ciento, en 2020; salvándose China de la recesión, pese a una caída de -4.8 por ciento, por un crecimiento esperado en 1.2 por ciento, según los ajustes en un periodo extremadamente corto, de enero a abril, ofrecidos por el *Informe de Perspectivas de la Economía Mundial* del FMI (2020a), el cual ha caracterizado el impacto del «gran confinamiento» en la economía mundial como «la peor desaceleración desde la Gran Depresión» (FMI, 2020b).

La Cepal (2020) pronostica un aumento de la pobreza extrema, la pobreza y la desigualdad en América Latina, con mayor vulnerabilidad para los adultos mayores, los hijos de las familias pobres presionados para integrarse al trabajo infantil y los pueblos originarios o indígenas; a la par que el Programa Mundial de Alimentos (PMA) de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) ha puesto énfasis en la probabilidad de «hambrunas de proporciones bíblicas», si se interrumpen la producción o la circulación internacional de víveres que proporciona para 30 millones de personas, que dependen exclusivamente de su asistencia para abrirse acceso a alimentos cada semana.

Si ya, debido a la dominación monopólica de las corporaciones transnacionales (Rubio, 2014) y su subordinación de la circulación de alimentos a la maximización de las ganancias extraordinarias, atravesamos por la peor crisis alimentaria en la historia de la humanidad, justo cuando existen las fuerzas productivas para generar el doble de los alimentos requeridos por la totalidad de la sociedad planetaria, y, peor aún, cuando sobre el siglo XXI pende la amenaza inédita de la transición potencial del estado actual de *escasez espuria o artificial de alimentos* hacia un estado futuro de su *escasez absoluta*, conforme aumenten los impactos del sobrecalentamiento en los cultivos del orbe (Arizmendi, 2019; IPCC, 2014). La pandemia por *covid-19* ha vuelto complejos los peligros de la crisis alimentaria en el corto plazo, puesto que ha abierto la probabilidad de hambrunas motivadas por cuarentenas, desempleo o contagios.

Sin duda, la crisis epidemiológica del capitalismo recrudece los efectos históricos en curso de todas las dimensiones constitutivas de la crisis epocal del capitalismo. Es una crisis que resulta redondamente consistente, con este peculiar estatus histórico, justo porque incluye pero a la vez desborda la mayor crisis cíclica de sobreacumulación en la historia del capitalismo —la primera propiamente planetaria—, desde el origen y el *trend* secular de la crisis ambiental mundializada, *que la lleva a configurarse en sí misma como una era* (Arizmendi, 2016).

Mientras el sobrecalentamiento planetario como primer eje de la crisis ambiental mundializada se dirige hacia la devastación de la naturaleza exterior y, desde ahí, pone en peligro la reproducción vital de la humanidad; la crisis epidemiológica del capitalismo impacta directamente en la naturaleza interior, es decir, en la materialidad corporal de los seres humanos. La crisis epidemiológica planetaria como concreción de los límites históricos a que está arribando el señorío o la dominación real del capitalismo sobre la naturaleza está constituida por todas las epidemias derivadas de la interacción antiecológica de la economía alimentaria, específicamente capitalista con el mundo animal y su mundo viral, aunque también debe incluirse dentro de ella la tendencia secular al acrecentamiento de enfermedades infecciosas (como el cólera, el dengue, el paludismo y la hepatitis) que resultará del impacto del sobrecalentamiento planetario. Para 2030, según prevé el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por su acrónimo en inglés) de la ONU, el clima podrá haberse desplazado más de 240 kilómetros hacia el norte, hecho que afectará con enfermedades infecciosas que jamás ha padecido Europa.

Stricto sensu, *la pandemia por covid-19 es la expresión implacable pero particular de una crisis epidemiológica planetaria de orden mayor, que se ha puesto al descubierto para cambiarlo todo, y que pone en evidencia sus mayores peligros desde su interacción con las demás dimensiones constitutivas de la crisis epocal del capitalismo.* Si bien la dinámica natural de las mutaciones virales es en sí misma sumamente inestable y, por tanto, impredecible, cabe afirmar que, en tanto producto histórico del señorío del capitalismo sobre la naturaleza, *la crisis epidemiológica global se encuentra inserta en el trend secular de agudización creciente de la crisis ambiental mundializada.* Para asumir el profundo desafío que tiene nuestra era ante sí, es mejor no hacerse ilusiones: *de ningún modo, ésta constituye una crisis transitoria o pasajera.* Desde la persistencia de la americanización de la modernidad y la economía mundial alimentaria específicamente capitalista y, más aún, con su entrecruzamiento con la marcha creciente del sobrecalentamiento planetario, *su tendencia, de modo inminente, apunta al peligro de hacer de la pandemia por covid-19 sólo la primera de la multiplicación de otras epidemias mundializables que traerá el futuro de este siglo.*

Tendencia a Estado neautoritario planetario y crisis de la migración forzada internacional

La caracterización de la *covid-19* como una pandemia global generada por lo que ha dado en llamarse un «virus democrático» es pura ilusión. La imagen del viceministro de Salud de Irán, Iraj Harirchi, de que «este virus no distingue entre ricos y pobres o entre estadista y ciudadano común», si bien llama la atención que también miembros de la clase dominante y la clase política están en riesgo, no obstante, propicia la invisibilización de que, ante todo, son la pluspoblación sobrante moderna y el ejército de reserva que integra las filas de la migración forzada internacional quienes están en elevado peligro. *El coronavirus de ningún modo es un «virus democrático», ha sido un virus detonante de una pandemia, ante todo, aprovechada por la tendencia a la propulsión de estado de excepción planetario.* Principalmente, es el cuerpo de la pluspoblación global sobrante el que está bajo amenaza.

Tres han sido las configuraciones históricas que ha adquirido la tendencia a estado de excepción tanto en el Sur global como en el Norte global, tanto en Occidente como en Oriente, como respuesta hegemónica o preponderante del capitalismo ante la pandemia del coronavirus.

Una primera configuración de la tendencia neautoritaria, en los Estados del Sur, se dio en aquellos países en los cuales se constituyeron, propiamente, estados de excepción y toques de queda. En América Latina, Colombia, Ecuador, Bolivia y Chile por delante. *Estados de excepción específicamente* constituyen configuraciones extremas en la modernidad capitalista en los que, como ha enfatizado Giorgio Agamben (2006), en *Homo Sacer, se decreta un derecho violatorio de todo derecho*. Es así porque en ellos se articula la violencia económico-anónima inherente de modo permanente o estructural a la acumulación capitalista con el ejercicio de una violencia de otro orden, propulsada o encubierta por la clase política, que se dirige a la proscripción de libertades y hasta a la legalización del derecho de matar: la violencia político-destructiva. A partir de propagar una especie de *quid pro quo* histórico, múltiples Estados han convertido las políticas de salud, imprescindibles para el rompimiento de la cadena de contagio para enfrentar la crisis epidemiológica por *covid-19*, en un vehículo de políticas de gobernabilidad neautoritaria sobre la lucha de clases imponiendo estados de excepción. *Las políticas de cuarentena o resguardo social, de ningún modo, son sinónimo de políticas neautoritarias de excepcionalidad.* La ruptura de la cadena de contagio puede impulsarse desde la democracia

participativa, convocando a la sociedad civil a la asunción de la cuarentena o el confinamiento voluntariamente, sin proscripción de libertades —claramente fue el caso de México. Los Estados latinoamericanos que impusieron políticas de excepcionalidad instalaron la desarticulación represiva de movimientos de protesta social y han agudizado, mediante la deuda externa con el FMI, la acumulación por desposesión sobre sus naciones.

Una segunda configuración de la tendencia neautoritaria se concretó en aquellos *Estados con políticas de tecnovigilancia total* basadas en innovaciones del siglo XXI. Bajo el pretexto de identificación de ciudadanos contagiados o que tuvieron contacto con enfermos y muertos por coronavirus para definir cuarentenas selectivas rápidamente, por un lado, China y Corea del Sur recurrieron a la geolocalización permanente de sus ciudadanos desde celulares y con bases de datos centralizados, por otro, Singapur y Australia emplearon tecnologías Bluetooth desde los teléfonos celulares para que alguien con *covid-19* emitiera un código identificatorio a otros usuarios en un radio de dos metros a la redonda y, a la par, mensajes a todos aquellos con quienes tuvo contacto para romper la cadena de contagios. El proyecto de dominación total del Gran Hermano de Orwell se ha quedado corto. La invasión de la vida íntima, el registro de las actividades cotidianas, la identificación del círculo social y las alianzas políticas, el levantamiento del bioexpediente de cada quien, el seguimiento de ciudadanos con drones, todo esto y mucho más se volvió factible a partir de esta nueva modalidad de vigilancia omnímoda. Ramonet la ha llamado *coronóptikon*. Tecnovigilancia total innovadora inserta en la tendencia a estado de excepción que introduce y consigue su aceptación social bajo la justificación de la lucha contra un «enemigo invisible».

En el caso de China, el *capitalismo autocrático-estatal* —una configuración del capitalismo sin el Estado como única personificación del capital (en contraste con la URSS), con fuerte desarrollo de corporaciones privadas y un sistema político unipartidista—, ha recurrido a políticas de tecnovigilancia total de modo intermitente cambiando su aplicación entre provincias desde 2010. El manejo literalmente draconiano de las políticas de tecnovigilancia total y el disciplinamiento social ante las cuarentenas sienta un grave precedente para el desarrollo neautoritario del capitalismo autocrático-estatal.

Una tercera configuración de la tendencia neautoritaria se concretó en los *Estados que ejercieron una política neodarwinista*, en capitalismo tanto del Norte como del Sur. Por delante Estados Unidos, Reino Unido y Brasil. Bajo la ilusión

de la denominada «política de rebaño», cínicamente, plantearon que había que admitir y administrar la multiplicación de los enfermos y los muertos como presunta mediación ineludible para lograr una respuesta inmunológica capaz de generar anticuerpos contra el coronavirus en la sociedad. Sálvese quien pueda, en ese marco, no significaba sólo sálvese quien pueda desarrollar anticuerpos, significa sálvese quien tenga los recursos económicos para comprar servicios médicos mercantificados capitalistamente. La configuración de Estado neodarwinista la concretaron Trump, Johnson y Bolsonaro, agudizando gravemente los impactos dolorosos de la crisis por *covid-19* en sus países. No es casual que, a excepción de Rusia y España, ellos sean los que ocupan los primeros lugares de contagios en la actual crisis epidemiológica global.

Hoy ya se sabe que es muy bajo el porcentaje de enfermos de *covid-19* que producen anticuerpos: 2 o 3 por ciento. Esto significa que haría falta mínimo una década, muy posiblemente más, para llegar a 70 por ciento de la sociedad con anticuerpos contra el coronavirus.

El Imperial College London realizó un estudio matemático con el que concluyó que si el Reino Unido continuaba con la política de «inmunidad del rebaño», fallecerían más de un cuarto de millón de ciudadanos; y que en Estados Unidos morirían entre un millón y 1.2 millones de personas. Ese fue el estudio que presionó a Johnson para aplicar, tardíamente, la política de supresión o ruptura de contagios planteada por la OMS. Muy probablemente es el mismo estudio que Trump tenía en mente cuando afirmó que si fallecían 100 mil estadounidenses habrían hecho muy buen trabajo. Ahora que Estados Unidos ya rebasa esa cifra, salió a decir que podrían llegar a ser hasta 240 mil muertes por coronavirus en Estados Unidos, a la vez que está presionando sobremedida por la reactivación de la acumulación capitalista y el cierre de las cuarentenas.

La cantidad de muertos en Estados Unidos supera con creces el número de muertes sumadas por las guerras de Irak y Afganistán, el ataque a las torres gemelas y el huracán Katrina. Frida Ghitis —colaboradora de CNN y columnista de *The Washington Post*— afirma que 25 mil muertes habrían podido evitarse. Los médicos y los biólogos más críticos en Estados Unidos calculan que podría haber sido 90 por ciento de ellas.

Trump personifica radicalmente la tendencia neautoritaria del capitalismo del siglo XXI. Una tendencia que no tiene ningún reparo en combinar sobreexplotación laboral y administración de la multiplicación de los muertos entre la pluspoblación sobrante en Estados Unidos.

Con su documento *Immigrant workers: vital to the U.S. Covid-19 response, disproportionately vulnerable*, elaborado por Julia Gelatt (2020), el Migration Policy Institute (MPI), ha demostrado que los migrantes son trabajadores que participan ampliamente en varias de las funciones laborales clave para mantener a los ciudadanos americanos «sanos, seguros y alimentados».

Trabajadores de origen migrante —es decir, que nacieron fuera de Estados Unidos, independientemente de si tienen ya ciudadanía americana, son residentes legales permanentes, carecen de estatus legal o son trabajadores temporales—, corresponden a 17 por ciento de los 156 millones de civiles que laboraron entre 2014-2018.

En el ámbito de la economía de la salud, conforman 29 por ciento de los médicos, 22 por ciento de los auxiliares de enfermería, 29 por ciento de los cuidadores del hogar y 24 por ciento de los conserjes y limpiadores de edificios en la industria de la salud; asimismo, 38 por ciento de los asistentes de salud en el hogar y 25 por ciento de los asistentes de cuidado personal, que atienden a pacientes ancianos y discapacitados en sus hogares, además son 23 por ciento de los farmacéuticos minoristas. Todos ponen en riesgo su propia salud para asumir sus funciones laborales en medio de la pandemia.

En el ámbito de la economía alimentaria, cumplen una función esencial en la cadena de aprovisionamiento de alimentos en Estados Unidos. Al menos, representan 22 por ciento de los trabajadores en la economía alimentaria, excluyendo restaurantes. Los inmigrantes son 30 por ciento de los trabajadores agrícolas, 27 por ciento de los trabajadores en la producción industrial de alimentos, 17 por ciento de los trabajadores en su transporte, 23 por ciento de la fuerza de trabajo en el comercio al mayoreo y 17 por ciento en el comercio al menudeo (MPI, 2020). Paralelamente, son 26 por ciento de los trabajadores que producen suministros de jabón y de limpieza. En cuyas industrias, conforman 50 por ciento de los empaques, 42 por ciento de los operadores de máquinas de empaque, 39 por ciento de los trabajadores de procesamiento y 38 por ciento de los panaderos.

Como se aprecia, la fuerza de trabajo de origen migrante no tiene nada que demostrar respecto de su amplio y relevante papel en Estados Unidos ante la pandemia contemporánea. Sin olvidar que también cuenta con participación en la investigación calificada que se encuentra produciendo la invención de una vacuna contra el coronavirus.

Sin embargo, los migrantes no sólo están en primera fila de la respuesta a la pandemia, también la están en la de quienes reciben sus agudos impactos.

Según el MPI, en Estados Unidos, son al menos 12 millones de personas. Constituyen un conjunto social de alta vulnerabilidad, dado que también participan en múltiples de las ramas económicas y funciones laborales que, bajo el impacto de la pandemia actual, están siendo objeto de drástica reducción de la fuerza de trabajo por el capitalismo estadounidense.

En 2018, conformaban 59 por ciento de las empleadas domésticas, 38 por ciento de los chefs, 30 por ciento de los cocineros, 22 por ciento de los trabajadores de preparación de alimentos, 78 por ciento de los manicuristas y pedicuristas, 63 por ciento de las mucamas, 52 por ciento de la fuerza laboral en los servicios de lavandería y tintorería, y 46 por ciento de los asistentes de estacionamiento, 41 por ciento de los conserjes y 2 por ciento de los trabajadores de mantenimiento y reparación.

La crisis por *covid-19* los está impactando duramente. De por sí ya 38 por ciento de los migrantes vivía en hogares de bajos ingresos (inferiores a 200 por ciento de la línea de pobreza federal), con familias más grandes que sus pares nacidos en Estados Unidos —como expresión de una estrategia de sobrevivencia obligada a multiplicar sus miembros para abrirse acceso a más recursos— y, al menos, un hijo menor en casa; 28 por ciento carece totalmente de cobertura de seguro de salud, que es el doble de la tasa de trabajadores similares nacidos en Estados Unidos.

El capitalismo estadounidense entabla una relación de tres órdenes con la fuerza de trabajo de origen migrante: 1. La subsume y explota integrándola a las masas de trabajadores en activo del mercado laboral formal —como masas que se componen de trabajadores con y sin ciudadanía estadounidense. 2. La subsume y sobreexplota integrándola a las filas del estrato o capa flotante del ejército de reserva, que entran y salen del mercado laboral tanto formal como informal, tanto legal como ilegal. 3. La lanza a las filas del ejército internacional de reserva enteramente cercenables, es decir, condenables a muerte por despliegue de la violencia económico-anónima capitalista o por el ejercicio neoautoritario de su violencia político-destructiva.

En el marco de la crisis por *covid-19*, el capitalismo estadounidense se ha manejado sometiendo la migración forzada internacional a un vaivén entre el segundo y el tercero de estos órdenes. En Nueva York, para que los ciudadanos estadounidenses pudieran asumir la cuarentena, el capitalismo americano asignó, sobre todo, a la fuerza de trabajo migrante las funciones de traslado de alimentos y valores de uso de los restaurantes y los comercios a los hogares.

Con derechos de ciudadanía negados y sin cobertura de seguro de salud, afectados por la pobreza, con condiciones laborales degradadas y sin contar con las medidas de protección adecuadas, la fuerza de trabajo migrante se puso en riesgo. No es una contingencia que, aproximadamente, un tercio de los muertos en Nueva York provengan de las filas de la pluspoblación sobrante migrante de origen hispano.

Otro tercio proviene de afroamericanos que, justo porque están siendo objeto de una política neautoritaria dispuesta a sacrificarlos en el marco de la crisis por *covid-19*, explotaron contra la política de estado de excepción de la modernidad americana, a partir del asesinato de Floyd, que sólo constituye «una parte» reveladora aunque «menor» de un «crimen» de muchas mayores dimensiones, como bien apuntó Chomsky (2020).

La Casa Blanca ha recurrido a la pandemia no sólo como un medio para justificar recrudescer su política neautoritaria contra la migración forzada internacional, la ha empleado como un medio funcional a la propagación de la muerte.

Con la construcción de 40 centros de detención, para elevar su cifra total en Estados Unidos a 220, Trump edificó, literalmente, una maquinaria neautoritaria de cacería antiinmigrantes, con rienda suelta para el amplio despliegue de violencia político-destructiva y violación prácticamente irrestricta de derechos humanos. Convertidos en un canal de acumulación para el capital privado, dirigido a obtener ganancias extraordinarias millonarias, su finalidad de elevar de 33 mil a 60 mil las detenciones diarias de 2016 para 2021, estaba asumida y desbordada si se suman las detenciones en los puestos de control fronterizos entre Estados Unidos y México que llegaron a ser de 80 mil a principios de 2020.

Si 2019, alcanzó la mayor deportación de mexicanos en la era Trump, 205 mil; 2020 agregó la detención y deportación masiva de migrantes de diversas nacionalidades violando los más mínimos protocolos internacionales de derechos humanos sin protegerlos de una epidemia mayor como la de *covid-19*. Para decirlo mejor, *la tendencia neautoritaria estrenó hacer de la propagación de la pandemia entre migrantes ilegales un medio para la multiplicación deliberada de los contagios y los muertos con el fin político de amenazar y sacrificar pluspoblación sobrante internacional.*

Si bien Estados Unidos ha llevado al extremo la política de excepcionalidad, *la tendencia del capitalismo neautoritario en el siglo XXI ya venía propulsando la militarización y la violación de derechos humanos como la regla para el manejo de la migración internacional forzada.*

Como producto de la derrota de la anterior soberanía nacional ejercida en el siglo pasado por los Estados del Sur, la mundialización de la pobreza, la crisis alimentaria global, la violencia criminal del capitalismo necropolítico y las guerras, en el nuevo siglo, la migración a escala mundial ha estado en aumento.

Según el *Informe sobre las Migraciones en el Mundo 2018* de la ONU, el número de migrantes internacionales alcanzó la cifra récord de 258 millones, en 2017, lo que representa un incremento de 49 por ciento respecto del año 2000, cuando correspondía aproximadamente a 173 millones. Si se le contrasta con el periodo previo al «neoliberalismo», emerge que representa un aumento de 303 por ciento respecto del año 1970, cuando su magnitud alcanzaba los 85 millones.

En este marco, la migración forzosa internacional ha adquirido una dimensión sin precedente. Según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), para fines de 2015, ya existían 65.3 millones de personas desplazadas forzosamente. Casi 6 millones más que el año anterior.

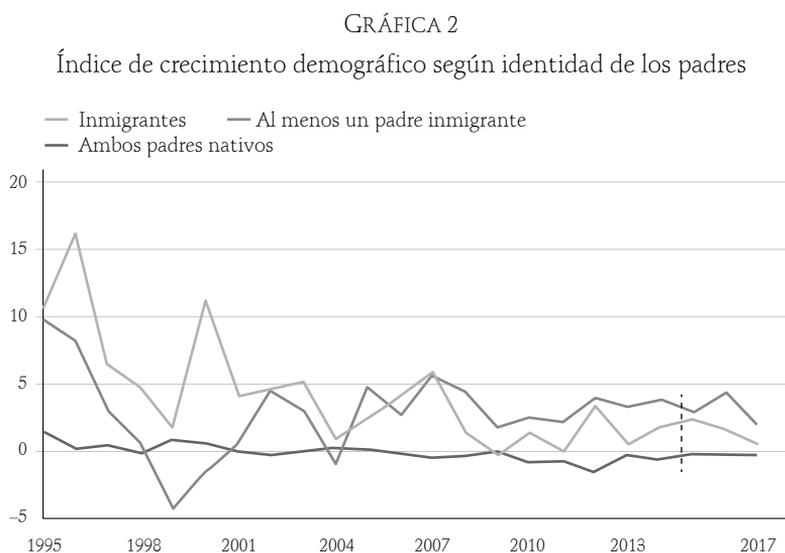
La crisis epocal del capitalismo del siglo XXI contiene como una de sus dimensiones esenciales la mayor crisis de migración forzosa en la historia de la mundialización.

Estados Unidos es el destino al que mayor cantidad de migrantes buscan arribar: aproximadamente 20 por ciento de la migración global. *México se ha convertido en epicentro geopolítico de la alteración de las rutas de migración forzada regulares Sur/Norte*. El exorbitante aumento de la migración forzada, proveniente no sólo de Centroamérica, sino también de Asia y hasta África, pone al descubierto un proceso trágico crucial: la derrota del monopolio defensivo de los Estados del Sur sobre sus recursos naturales excepcionalmente ricos y la imposición de una sobreexplotación brutal sobre su fuerza de trabajo, que ya era extremadamente barata pero así es puesta en condiciones de peligro.

La respuesta de Estados Unidos, que pone por delante violencia político-destructiva como arma para administración represiva de la migración forzada, no se mide en referencia al porcentaje que significan los migrantes respecto de la población estadounidense, tampoco en referencia al costo de una infraestructura para brindarles asilo —lo que una reconfiguración liberal del sistema de Estado perfectamente podría llevar a cabo. Más bien, se mide por *la tendencia al cambio en la rapport de forces demográfica al interior de Estados Unidos para mediados del siglo XXI*. Aunque el capitalismo estadounidense requiere, de modo oscilante pero innegable a la vez, de ejército de reserva internacional, los crecientes flujos de la migración forzosa han alcanzado una magnitud que ya le son contraproducentes.

La ofensiva de la ultraderecha contra la migración forzada internacional, de ningún modo es reductible a mera retórica o a simulación política. Existe una compleja e inestable combinación de funcionalidad y antifuncionalidad de la pluspoblación sobrante global para los capitalismos del Norte.

Si bien la tasa de crecimiento demográfico está disminuyendo para el conjunto social cuyos ambos padres son migrantes, va en aumento la tasa de los hijos con un padre migrante, mientras la tasa de reproducción de la población originalmente estadounidense está ya por debajo de la renovación de su magnitud actual (gráfica 2).



Fuente: Hamilton Project, Current Population Survey.

Se calcula que, de aquí al 2060, la población estadounidense crecerá aproximadamente en 100 millones, para pasar de 326 a 417 millones. Un incremento casi de 30 por ciento de la población, que traerá consigo una profunda recomposición étnica. Los blancos protestantes son cada vez de mayor edad y con menor descendencia. Para 2044, se prevé que más de 50 por ciento de la población en Estados Unidos corresponda a alguna minoría étnica. Para 2060, la población blanca americana descenderá de 62 a sólo 43 por ciento, mientras la población hispana pasará de 18 a casi 29 por ciento. Un margen cada vez más delgado, apenas arriba del 10 por ciento, diferenciará la población de blancos americanos de la población hispana. Como puede observarse, la tendencia hacia la redefinición de la

correlación de fuerzas demográficas en el capitalismo estadounidense es implacable y, sin duda, la acelera el explosivo crecimiento contemporáneo de la migración forzada internacional.

Mutatis mutandis, es el mismo escenario en el capitalismo europeo. Cada vez más, el Sur está en el Norte. De ahí que, al interior de Estados Unidos y, en general, en los capitalismoes centrales, se esté librando una *auténtica guerra demográfica como dimensión de la lucha mundializada de clases*.

La tendencia a estado de excepción planetario busca revertir con políticas neoautoritarias o neofascistas la modificación en la rapport de forces en los capitalismoes del Norte que está agudizando la migración forzada internacional. Es indudable que Chomsky tiene toda la razón cuando afirma que Trump, y más que él, la ultraderecha del siglo XXI, le viene imprimiendo una nueva configuración decadente al lema fascista: ¡Viva la muerte!

Conclusiones

Slavoj Žižek —con su juego irónico de las palabras pandemia y pánico en su término *pan(dem)ic*—, y Giorgio Agamben —con su declaración a *Quidlibet* calificando como medidas frenéticas e irracionales las políticas aplicadas ante una «supuesta epidemia» por coronavirus—, han puesto énfasis radical en la crítica a la tendencia hacia un estado de excepción global; sin embargo, introducen un tipo de plataforma giratoria puesto que desplazan y pasan por alto el fundamento concreto de la crisis global contemporánea: *la pandemia por covid-19 constituye una expresión real, particular e implacable, de una crisis mayor, es decir, de la crisis epidemiológica global como dimensión esencial de la crisis epocal del capitalismo del siglo XXI*.

La crisis epidemiológica del capitalismo constituye el segundo eje, al lado del sobrecalentamiento planetario, de la crisis ambiental mundializada de nuestro tiempo. Mientras el *trend* secular del sobrecalentamiento planetario apunta a la devastación de la naturaleza exterior, la crisis epidemiológica del siglo XXI apunta a la devastación de la naturaleza interior, es decir, de los cuerpos de los seres humanos.

La tendencia a estado de excepción planetario de ningún modo es sinónimo de inexistencia de la crisis epidemiológica del siglo XXI, exactamente al revés, constituye la respuesta neoautoritaria a ella.

El siglo XXI tiene ante sí dos encrucijadas yuxtapuestas para la definición de su porvenir.

En una encrucijada jalonean la tendencia a estado de excepción planetario y la tendencia hacia un liberalismo del nuevo siglo —que no puede remitirse a duplicar el Estado liberal del siglo XX, puesto que enfrenta la crisis ambiental mundializada, la crisis alimentaria global y la crisis epidemiológica del capitalismo.

La trayectoria hegemónica por la que optó el capitalismo ante la pandemia por *covid-19* ha consistido en el apuntalamiento del estado de excepción planetario. Tanto en el Norte global como en el Sur global, tanto en Occidente como en Oriente, hemos visto el avance de lo que Shoshana Zubbof (2019) denomina *The Age of Surveillance Capitalism* —la era del «capitalismo de la vigilancia». En el mismo capitalismo americano, dos corporaciones enfrentadas de la *Big Data*, Google y Apple, se han unido para ofrecer métodos de tecnovigilancia total para el Estado. Ya no se trata sólo de la mercantificación oculta de la información indexada en la *web* para proporcionar a las corporaciones globales la ampliación de sus poderes oligopólicos en los mercados a partir de identificar las preferencias de los usuarios; incluso no nada más está en juego la identificación secreta y anticonstitucional de las posiciones y preferencias políticas de los ciudadanos para diseño de tácticas diversas pero complementarias como teatro adaptadas a cada grupo social específico para su engaño y manipulación estratégica; se trata de la invasión total de la identidad biopsicológica —con expedientes genéticos y médicos—, la socialidad y la vida cotidiana de todos y cada uno de los sujetos del mundo, con métodos de tecnovigilancia y geolocalización permanente articulados *on line* desde la inteligencia artificial, en acuerdo a los cuales se pretende que los comportamientos individuales y sociales puedan ser estimulados, favorecidos, obstruidos, reprimidos o destruidos según sean funcionales o no a la tendencia a estado de excepción planetario. Independientemente de que la soberanía política siempre estará ahí como un potencial de afirmación de la libertad humana ejercible en cualquier momento, no cabe duda de que lo que Zubbof califica como «la era del capitalismo de la vigilancia» responde al proyecto histórico de hacer del siglo XXI el tiempo del estado de excepción planetario como respuesta a la agudización de la lucha mundializada de clases que deriva de las múltiples dimensiones constitutivas de la crisis epocal del capitalismo.

Frente y contra esa tendencia neautoritaria, en el marco de la crisis por *covid-19*, la tendencia propiamente liberal ha propulsado la intervención del

sistema de Estados como contrapeso ante los efectos destructivos de la articulación creciente de violencia económico-anónima y violencia político-destructiva en el capitalismo del siglo XXI.

Sin embargo, ir al fondo de la crisis epidemiológica del capitalismo exige abrir camino a la fundación germinal pero creciente de inéditas formas ecologistas y soberanas del proceso de reproducción vital de las naciones del Sur, acompañándolas con reestructuración radical de la economía alimentaria global. Proyectos que el liberalismo del nuevo siglo, no se está planteando. Asimismo, ir a la raíz de la crisis migratoria global exige conformar modalidades alternativas de la reproducción de las nacionalidades del Sur global y propulsar la articulación estratégica de las clases subalternas desde una alianza contrahegemónica Sur-Norte.

En este marco, el siglo XXI, tiene frente a sí una segunda encrucijada histórica de otro orden. Una disyuntiva en la que se enfrentan la tendencia por la reconfiguración del capitalismo, sin ir más allá de él mismo, y la tendencia que pugna por una modernidad alternativa, desde dentro del capitalismo planetario pero contra él, presionando por edificar desde los bordes de nuestro tiempo la mundialización de una modernidad alternativa.

Si bien, al mirar panorámicamente la marcha de la crisis epidemiológica del capitalismo del siglo XXI, podría afirmarse que el futuro prácticamente comenzó hace dos décadas, asimismo, si los dominados modernos optan por identificar y asumir a contrapelo los límites históricos radicales a los que ha arribado el señorío o, lo que es lo mismo, la dominación real del capitalismo planetario sobre la naturaleza global y el proceso de reproducción vital del sistema de naciones, también cabría afirmar que, para emplear la expresión de Boaventura de Souza (2020) en *La cruel pedagogía del virus*, «el futuro puede comenzar hoy».

Referencias

- Agamben, Giorgio (2006), *Homo Sacer*, España, Pre-Textos.
- Arizmendi, Luis (2020), «Modernidad barroca y pobreza campesina en el siglo XXI», en Julio Boltvinik y Susan A. Mann (coords.), *Pobreza y persistencia campesina en el siglo XXI. Teorías, debates, realidades y políticas*, México, Siglo XXI.
- _____ (2019), «Crisis alimentaria en el marco de la crisis epocal del capitalismo del siglo XXI», en Francis Mestries, *¿Crisis agroalimentaria mundial o crisis civilizatoria?», México, Universidad Autónoma Metropolitana.*

- _____ (2016), «El *planetary management* de la crisis ambiental mundializada», en Luis Arizmendi, *El Capital ante la crisis epocal del capitalismo*, Instituto Politécnico Nacional, México.
- Arizmendi, Luis y Julio Boltvinik (2007), «Autodeterminación como condición de desarrollo en la era de mundialización de la pobreza», *Mundo Siglo XXI* (9), pp. 35-43.
- Barnaby, Wendy (2002), *Fabricantes de epidemias. El mundo secreto de la guerra biológica*, México, Siglo XXI.
- Barry, John M. (2005), *The great influenza*, USA, Penguin.
- Bartra, Armando (2011), «Hambre, dimensión alimentaria de la gran crisis», *Mundo Siglo XXI* (26), pp. 11-24.
- Baumgaertner, Emily y James Rainey (2 de abril de 2020), «Trump administration ended coronavirus detection program», *Los Angeles Times*, en <https://www.latimes.com/science/story/2020-04-02/coronavirus-trump-pandemic-program-viruses-detection>
- Cepal (2020), *El desafío social en tiempos del covid-19*, en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45527-desafio-social-tiempos-covid-19>
- Chossudovsky, Michel (2002), *Globalización de la pobreza y Nuevo Orden Mundial*, México, Siglo XXI.
- Crosby, Alfred W. (2003), *America's forgotten pandemic*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Davies, Pete (2000), *The devil's flue*, USA, Owl Books.
- Davis, Mike (2006), *El monstruo llama a nuestra puerta*, España, El Viejo Topo.
- De Souza, Boaventura (2020), *La cruel pedagogía del virus*, Argentina, Clacso.
- Echeverría, Bolívar (2008), *La americanización de la modernidad*, México, ERA.
- Fondo Monetario Internacional (abril 2020a), *Informe de perspectivas de la economía mundial*, en <https://www.imf.org/es/Publications/WEO/Issues/2020/04/14/weo-april-2020#Introducción>
- _____ (2020b), *El gran confinamiento. La peor desaceleración económica desde la Gran Depresión*, en <https://blog-dialogoafondo.imf.org/?p=13190>
- Gates, Bill (2015), *¿La próxima epidemia? No estamos listos*, en <https://www.youtube.com/watch?v=aG1ohL002to>
- Gelatt, Julia (2020), *Immigrant workers: vital to the U.S Covid-19 response, disproportionately vulnerable*, USA, en <https://www.migrationpolicy.org/research/immigrant-workers-us-covid-19-response>
- Intergovernmental Panel on Climate Change (2014), *Cambio climático 2014. Impactos, adaptación y vulnerabilidad*, Suiza, ONU.

- Jo Wetter, Kathy, Hope Shand y Grupo ETC (2019), *Tecnofusiones comestibles. Mapa del poder corporativo en la cadena alimentaria*, Grupo ETC, en https://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc_platetechnics_nov_spanish-fin.pdf
- Maito, Esteban (2013), «La transitoriedad histórica del capital. La tendencia descendente de la tasa de ganancia desde el siglo XIX», *Razón y Revolución*, 26, pp. 129-159, en <https://www.academica.org/esteban.maito/14.pdf>
- McTaggart, Lynne, (2005), *Lo que los médicos no nos dicen: los riesgos de la medicina moderna*, España, Terapias Verdes/Navona.
- Migration Policy Institute (2020), «The essential role of inmigrantes in the U.S. Food Supply Chain», en <https://www.migrationpolicy.org/content/essential-role-immigrants-us-food-supply-chain>
- Organización de las Naciones Unidas (2018), *Informe sobre las Migraciones en el Mundo*, Suiza, en https://publications.iom.int/system/files/pdf/wmr_2018_sp.pdf
- Rubio, Blanca (2014), *El dominio del hambre. Crisis de hegemonía y alimentos*, México, Juan Pablos Editor.
- Wallace, Rob (2016), *Big farms make flu*, USA, Monthly Review Press.
- Yancy, George (5 de junio de 2020), «Noam Chomsky: Trump has adopted a «Viva Death!» approach to presidency», *Truthout*, en <https://truthout.org/articles/noam-chomsky-trump-has-adopted-a-viva-death-approach-to-the-presidency/?eType=EmailBlastContent&eId=1bbd1e05-5185-42f9-8388-9433d07a4517>
- Zubbof, Shoshana (2019), *The Age of Surveillance Capitalism*, Reino Unido, Profile Books.



Los tortuosos caminos de la migración venezolana en Sudamérica: tránsitos precarios y cierre de fronteras

The winding roads of Venezuelan migration in South America: precarious journeys and closed borders

Gioconda Herrera Mosquera*

Gabriela Cabezas Gálvez**

ISSN IMPRESO 1870-7599 | ISSN RED CÓMPUTO 2448-7783 | 33-56
RECIBIDO 28/02/20 | ACEPTADO 16/03/20

Resumen. Este artículo examina la reciente migración venezolana a Colombia, Perú y Ecuador, que son actualmente los destinos con el mayor número de presencia venezolana en la región sudamericana. El texto centra su análisis en dos características centrales de esta migración: la tendencia a mantener trayectorias migratorias con múltiples destinos y la precariedad laboral. Se sostiene que ambas dimensiones de la dinámica migratoria se relacionan con la crisis económica en los países de acogida y el progresivo endurecimiento de las políticas migratorias. Los movimientos de retorno que ha emprendido la población venezolana desde distintos lugares de América del Sur durante la pandemia de la *covid-19* pueden explicarse también a partir de esas dinámicas.

Palabras clave: migración venezolana, inserción laboral, políticas migratorias, flujos migratorios en América del Sur.

Abstract. This article examines recent Venezuelan migration to three South American countries: Colombia, Peru and Ecuador, which are currently the destinations showing a higher amount of Venezuelan presence in the region. The analysis centers on two key characteristics of this migratory experience, which are the tendency to pursue migratory paths that have multiple destinations and labor precarity. It finds that these two dimensions of the migratory dynamic are related to the economic crisis in neighboring countries and the continued toughening of migration policies. The return flows of migrants that have been undertaken by the Venezuelan population from various South American locales during the *covid-19* pandemic may also explain these dynamics.

Keywords: Venezuelan migration, labor insertion, migratory policies, South American migratory flows.

* Ecuatoriana. Profesora titular del departamento de Sociología y Estudios de Género de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede Ecuador. Correo-e: gherrera@flacso.edu.ec

** Ecuatoriana. Coordina la especialización de Migraciones Internacionales, Desarrollo y Derechos Humanos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede Ecuador.

Introducción

Uno de los efectos no esperados de la *covid-19* sobre las migraciones en el continente americano ha sido los procesos de movilidad en medio de las restricciones y el cierre de fronteras impuestos por prácticamente todos los Estados de la región. Hemos asistido al retorno de migrantes internos que salen de las grandes ciudades hacia sus comunidades, como es el caso de los pobladores de Lima en Perú o Guayaquil en Ecuador que se movilizaron hacia sus comunidades. También migrantes bolivianos atravesaron las fronteras argentinas y chilenas para regresar a sus ciudades y pueblos de origen. Por lo general, los motivos tenían que ver con la pérdida de trabajos y de medios de subsistencia, porque se quedaron sin vivienda o para protegerse del contagio de la *covid-19*. Sin embargo, tal vez lo más impactante ha sido ver el desandar de la población venezolana que ha emprendido el camino de regreso desde Perú, Ecuador y sobre todo Colombia. Con la interrupción de la circulación de medios de transporte, este regreso se hace en muchas ocasiones a pie y los migrantes han enfrentado la militarización de las fronteras, la peligrosidad de los pasos irregulares y la inclemencia climática. Sin duda, este fenómeno necesita ser examinado con mayor detenimiento, en relación con reacciones parecidas que han ocurrido en otros continentes, pues forma parte del repertorio de consecuencias no esperadas de la pandemia.

Dicho fenómeno constituye, en este texto, el punto de partida para el análisis de la migración venezolana de los últimos años en Sudamérica. Tales retornos no esperados son probablemente la expresión de una dinámica social y migratoria ya presente en la migración venezolana en América del Sur, y en particular en la región andina, que se agudiza con la pandemia. En primer lugar, está la idea de una migración en contextos de crisis (Gandini, Lozano y Prieto, 2019), pues el éxodo se produce, por un lado, debido a la aguda crisis social, política y económica sin precedentes de Venezuela y, por otro, en un escenario de desaceleración económica muy importante para América Latina. En efecto, los principales destinos de esa migración en la región son ciudades que conocen procesos de recesión en sus mercados laborales, ajustes en sus políticas sociales y giros relevantes en sus políticas migratorias hacia la securitización (Herrera y Cabezas, 2019; Herrera y Berg, 2019). Este contexto influye en las formas de integración socioeconómica de la población migrante y en la manera en que

ésta es percibida por las poblaciones receptoras, con lo que se intensifican ciertos procesos de xenofobia. En consecuencia, la migración venezolana reciente enfrenta situaciones de precariedad muy agudas.

En segundo lugar, se trata de una migración con dinámicas de movilidad bastante más complejas que el trayecto lineal de un solo lugar de salida para asentarse en otro. Debido a una combinación de factores examinados durante la investigación, la migración venezolana tiende a experimentar tránsitos prolongados, movimientos permanentes entre ciudades y la creación de corredores migratorios en toda la región. Como se verá, muchas de las trayectorias migratorias muestran movimientos frecuentes de las personas y por lo general se vinculan con situaciones de precariedad e inestabilidad laboral, con políticas migratorias nacionales disuasivas que dificultan la regularización y con la ausencia de políticas locales que promuevan el asentamiento y la integración. Asimismo, la movilidad es alentada por el uso intensivo de redes sociales y de tecnologías de información, por la presencia de redes migratorias importantes que se extienden en varias ciudades y países de la región, y el impulso subjetivo por buscar nuevos horizontes de supervivencia. Pensamos que la combinación de esos factores —estructurales, institucionales y subjetivos— se exagera y produce, entre otras cosas, la idea de retornar, inclusive caminando, como parte de las respuestas de los migrantes a la pandemia.

Por lo anterior, en este artículo reflexionamos acerca de los dos factores que caracterizan la reciente migración venezolana —precariedad y movimiento— en tres países sudamericanos: Colombia, Perú y Ecuador, que son actualmente los destinos con el mayor número de presencia venezolana en la región. La evidencia proviene de dos investigaciones realizadas en 2018 y 2019. La primera estuvo orientada a analizar los obstáculos jurídicos que encuentra la migración venezolana para su llegada, asentamiento y regularización, ello nos permitió también recabar información sobre trayectorias migratorias y laborales de población venezolana (Herrera y Cabezas, 2019). La segunda estuvo enfocada en la situación de la niñez y adolescencia migrante en cuatro países sudamericanos e incluyó la reconstrucción de las trayectorias migratorias de sus familias (Herrera, 2020). En una primera sección presentamos las características de estos flujos en los tres países y su acento en trayectorias migratorias con múltiples destinos. Una segunda sección examina el carácter progresivamente disuasivo de las políticas migratorias de los tres Estados frente a la migración venezolana; y en una tercera parte explicamos los procesos de inserción laboral y la precariedad

de dicha migración. Concluimos con algunas reflexiones de cómo estas dos dimensiones de la dinámica migratoria venezolana se exacerbaron en la pandemia y produjeron, entre otros efectos, el que algunos migrantes busquen regresar a casa.

El éxodo venezolano: crecimiento vertiginoso y trayectorias diversas

A lo largo del siglo XX Venezuela fue un país eminentemente receptor de migrantes. Desde los 1950, en la posguerra, Venezuela se convirtió en un lugar de acogida para migraciones mediterráneas, portuguesas, italianas, españolas y de Medio Oriente que se asentaron en ciudades como Caracas y Maracaibo por su dinámica actividad comercial. Entre los 1960 y 1980 el *boom* de la actividad petrolera atrajo migraciones de toda América Latina y en especial de la región andina y del Caribe. Trabajadores peruanos, ecuatorianos y dominicanos se asentaron con sus familias en una Venezuela en plena expansión económica. En la década de 1970 llegaron argentinos, chilenos y uruguayos exiliados de las dictaduras del Cono Sur (Delgado y Abellana, 2009; Cañizales, 2018). Ya en los 1980 Caracas era una de las ciudades con mayor presencia de ciudadanos latinoamericanos de diversa procedencia y mantenía una herencia inmigratoria mediterránea muy acentuada. Para 1977, de acuerdo con Raquel Álvarez de Flores (2007), 10 por ciento de la población en Venezuela era extranjera. Pero es desde Colombia que ha existido un flujo constante a lo largo de todo el siglo XX y entrado el siglo XXI. Según datos del Instituto Nacional de Estadística de Venezuela, en el censo de 2011 había 721 mil 791 residentes colombianos que representaban 70 por ciento de toda la población extranjera.

Esta tradición de país receptor hizo que Venezuela, desde finales de la década de 1980 cuando sobrevino la primera crisis económica, cerrara progresivamente sus fronteras a la inmigración y exigiera visados a los ciudadanos de los países andinos hasta bien avanzada la década de los 2000. Asimismo, su posición en la política migratoria sudamericana fue bastante cauta frente a la apertura y libre circulación de personas, con excepción de los países fronterizos. No obstante, en esas épocas de crisis económicas puntuales de los 1980 y 1990, la población venezolana tenía todavía oportunidades y no había una emigración masiva como ocurrió en los últimos años. Sólo se produjeron algunos flujos

pequeños de retornos de descendientes de inmigrantes europeos y migración calificada (Freitez, 2019).

El aumento de salida de la población venezolana empezó con el cambio de siglo. Bajo el gobierno del presidente Hugo Chávez, sectores de clase media y alta emigraron a Estados Unidos, que triplicó la emisión de visas de residencia para población venezolana entre 2000 y 2010 (Delgado y Abellana, 2009). Además, a partir de 2010 creció la salida de venezolanos a España, muchos de ellos se beneficiaron de la posibilidad de obtener residencia y ciudadanía europea al ser descendientes de migrantes italianos y españoles.

Desde 2015 los venezolanos empezaron a migrar a Sudamérica y en 2018 tuvo lugar un verdadero éxodo, con un crecimiento vertiginoso de la emigración a consecuencia del deterioro de las condiciones de vida y un contexto que constituye una amenaza a la subsistencia y a la salud, en otras palabras, la existencia de una verdadera crisis humanitaria en ese país. Actualmente, se calcula que han salido de Venezuela un poco más de 5 millones de personas y que alrededor de 3 millones se encontrarían en Sudamérica. Las cifras reales podrían ser más altas si se tienen en cuenta los flujos de población no registrada en los diferentes países y la falta de datos consolidados y oficiales. La Plataforma de Coordinación para Refugiados y Migrantes de Venezuela (R4V) calcula un subregistro de 30-40 por ciento en las cifras (R4V, 2019). Colombia se ha convertido en el principal país de destino de la población venezolana en la región con alrededor de un millón 500 mil personas (Torrado, 2019); le sigue Perú con 860 mil; en Chile se habla de una población de aproximadamente 371 mil; en Ecuador se manejan cifras de alrededor de 330 mil 414; en Argentina alrededor de 180 mil; y en Brasil las cifras sobrepasan las 253 mil personas (R4V, 2019).

El éxodo venezolano ha llegado a ser comparado con otras migraciones provocadas por situaciones de violencia, es el caso de la población en Siria, Afganistán, Somalia, entre otros, que han tenido también incrementos acelerados y de mucha precariedad (OEA, 2019). Sin embargo, la condición de la población difiere de aquella expulsada por conflictos armados o por guerras. Los motivos esgrimidos por los habitantes para dejar su país y los indicadores sociales y de inseguridad sí muestran una crisis humanitaria sin precedentes que aparece como la principal causa de una migración masiva. Como se detallará más adelante, los Estados latinoamericanos han tratado principalmente a esta migración como una migración económica y hay muy pocos casos de reconocimiento de la condición de refugiado, según la amplia definición de la

Declaración de Cartagena. A continuación se mencionan algunas razones de sus salidas:

Cuando estábamos en Venezuela, lo que teníamos que hacer era tratar de dormir todo el día para tener una sola comida, o sea, teníamos un poquito de merienda y la cena, pero no teníamos qué comer (Gabriela, 17 años, Bogotá).

Yo me vine porque pasaba mucha necesidad, estaba embarazada. No estoy feliz porque salí de mi país, pero salgo por el futuro de mi hijo. Si no tuviera a mi hijo estaría allá con mi familia. Pasando hambre, pero allá, estudiando en el liceo y tendría mi foto [de graduación] (Rosa, 18 años, Guayaquil).

Mi familia siempre busca una estabilidad y era de por sí muy difícil el transporte, conseguir efectivo, conseguir la comida, era escasa y se conseguía en pocos lugares. Estas dificultades son las que obligaron a mi familia a pensar en un mejor futuro. (...) Difícilmente, se podía comer todos los días (Alexandra, 16 años, Lima) (Herrera, 2020:119).¹

La escasez de alimentos y medicinas, además de dificultades en los suministros de servicios básicos como la electricidad, el agua, el gas y las bajas remuneraciones en los empleos, son algunas de las manifestaciones de esta crisis, que son mencionadas por los entrevistados como factores que catalizan dicha migración sin precedentes en la región.

En 2018, según datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (Encovi) de Venezuela, cerca de 91 por ciento de la población vivía bajo condiciones de pobreza por ingreso; 8 de cada 10 hogares se encontraban en condiciones de inseguridad alimentaria; la mortalidad infantil aumentó y se perdió la esperanza de vida en un promedio de 3.5 años. Para el 2019, la encuesta ratifica que 87 por ciento de los hogares en el país está en la categoría de pobres y 80 por ciento en inseguridad alimentaria. También se muestra que 89 por ciento de las familias no logra los ingresos suficientes para comprar alimentos. A esa situación de pobreza se suman los problemas en la atención médica, las altas tasas de violencia social e inseguridad, con aumento del crimen organizado, los problemas de infraestructura y de servicios que provocan recurrentes cortes de luz y agua y afectan en el vivir cotidiano. Complementariamente, las encuestas captaron

¹ Esta información proviene del capítulo «Colombia», realizado por Tania Correa del informe de investigación «Voces y experiencias de la niñez migrante venezolana en Brasil, Colombia, Ecuador y Perú», bajo la coordinación de Gioconda Herrera, el cual fue publicado posteriormente por Clacso.

que 90 por ciento de las personas que decidieron migrar lo hizo entre 2015 y 2017, y casi un millón 500 mil hogares declararon tener al menos un miembro del hogar fuera del país (Freitez, 2018; Freitez, 2019). Se trata, entonces, de una migración desencadenada por contextos amplios de adversidad causados por el fuerte deterioro del nivel de vida y de los servicios sociales en Venezuela.

Crecimiento vertiginoso de los flujos

Concerniente a la evolución de los flujos en los tres países es evidente el crecimiento exponencial de personas venezolanas en los últimos tres años. En Perú, las cifras oficiales de la Superintendencia Nacional de Migraciones, a julio del 2019, contabilizan a 850 mil venezolanos que ingresaron al país, lo anterior sin considerar que el Perú, en menor medida, es un destino de paso hacia Chile (OIM, 2018a; OIM, 2018b; Estado Peruano, 2019). A junio de 2020, de acuerdo a la R4V, habría 628 mil 976 personas regularizadas en ese país. El perfil de las personas venezolanas en Perú ha ido cambiando en los dos últimos años, en un inicio eran en su mayoría hombres jóvenes; no obstante, para el 2018, la «Encuesta dirigida a la población venezolana que reside en el país» (Enpove) muestra que 52.3 por ciento son efectivamente hombres, frente a 47.7 por ciento de mujeres, casi la mitad de la población venezolana en ese país. Sobre la estructura de edades hay una predominancia de la población económicamente activa: 71.8 por ciento se encuentra en el rango de edad de 18 a 59 años, si bien destacan los jóvenes de 18 a 29 años con 42 por ciento, seguido de las personas de 30 a 44 años con 29.8 por ciento; mientras que 18.7 por ciento son menores de edad, 10.8 por ciento son niños y adolescentes en edad escolar (INEI, 2018).

En cuanto al Ecuador, la población venezolana instalada es relativamente joven también, lo que coincide con los datos que presenta la población en Perú. Del total de la población captada en los registros migratorios del Ministerio del Interior, hasta junio de 2020, había un saldo migratorio acumulado de aproximadamente 363 mil 23 personas venezolanas, de las cuales 179 mil 787 estarían regularizadas (R4V, 2020). Un dato interesante es que en 2020, por primera vez en 10 años, el saldo migratorio es negativo, es decir hay más personas venezolanas (3 mil 709) que han salido de Ecuador (R4V, 2020), con lo que se demuestra una tendencia a la remigración o inclusive al retorno. La distribución porcentual entre hombres (52 por ciento) y mujeres (48 por ciento) es equilibrada, como sucede en Perú y Colombia. Las edades que más se engrosan en la distribución

de las pirámides comprenden entre los 20 y los 45 años. En el 2019, 76 por ciento de los ciudadanos venezolanos captados en el acervo de los saldos migratorios tenía entre 18 y 55 años, alrededor de 21 por ciento de la población era menor de edad y casi 11 por ciento tenía menos de 10 años. Respecto a la distribución del estado civil, podemos hablar de dos perfiles: por un lado, de personas solteras o divorciadas, sin hijos; y, por otro, parejas jóvenes con hijos menores de edad (Ministerio del Interior, 2018; Herrera y Cabezas, 2019).

Referente a Colombia, el destino principal de este flujo migratorio tiene una relación histórica con Venezuela. Cabe resaltar que durante muchos años Venezuela recibió a numerosos migrantes colombianos. En la década de 1970, profesionales atraídos por el *boom* petrolero llevaron a sus familias por trabajo y se instalaron en el país, de manera que se tiene población de primera y hasta segunda generación, que posiblemente cuenta con la doble nacionalidad. En adición, para la década de 1990, llegaron personas desplazadas por la violencia del conflicto armado en Colombia. Según los datos presentados por el Registro Administrativo Migratorio, corte al 31 de marzo de 2019, en Colombia residiría un acumulado de alrededor de un millón 260 mil 594 personas venezolanas y sólo 770 mil 975 tendrían una situación regular desde que comenzó la crisis en Venezuela. Según el Registro Administrativo de Migrantes Venezolanos (RAMV) alrededor de un millón 800 mil venezolanos se han instalado en ese país (R4V, 2019). La distribución por sexo es igualmente equitativa: 50.2 por ciento hombres y 49.8 por ciento mujeres. Con una distribución porcentual en las edades de 74 por ciento de 18 años y más, con una concentración en las edades productivas y reproductivas similar a la de Perú y Ecuador, y 26 por ciento de menores de 18 años de edad, lo que confirma el alto porcentaje de niños y adolescentes (Migración Colombia, 2019; Castro, 2019). El RAMV 2019 indicó que 47 por ciento de la población venezolana que ingresa a Colombia proviene de los departamentos fronterizos y 53 por ciento del resto del país (R4V, 2019).

Respecto a las características de estos flujos en los tres países, es importante subrayar el carácter diverso de los migrantes: provienen de varias ciudades de Venezuela, pertenecen a distintos estratos socioeconómicos que se expresan en el nivel educativo y de acuerdo a los trabajos que dejaron en Venezuela; algunos son viajeros solos, otros se desplazan con sus familias. Esta diversidad es producto de distintas etapas migratorias. En el caso de Perú y Ecuador, a partir de 2016 empiezan a llegar sectores de clase media cada vez más empobrecida, con niveles educativos universitarios y con empleos públicos o en el sector privado en áreas

administrativas (Herrera, 2019). De modo progresivo el flujo va cambiando y a finales de 2018 y en el 2019 son sectores más empobrecidos aún los que predominan en las nuevas llegadas, que conforman un grupo muy amplio de trabajadores y familias en condiciones muy precarias, quienes, como se verá después, encuentran muchas dificultades para insertarse en mercados laborales. En esta segunda etapa existen poblaciones vulnerables que en otros momentos no migrarían: mujeres embarazadas, personas con discapacidades o de la tercera edad, niños y adolescentes. Ello lo corroboran distintos estudios en Colombia, Perú y Ecuador (Cabrera, Cano y Castro, 2019; Herrera y Cabezas, 2019; Blouin y Freier, 2019). En 2020, la tendencia parece indicar un estancamiento de los flujos e inclusive una disminución de los saldos migratorios, como en Ecuador, lo cual es consecuencia de la imposición de la visa para entrar al país y de una dinámica de remigración.

Es pertinente aclarar que existen diferencias en las formas de asentamiento en los tres países que tienen efectos en las dinámicas migratorias de la población migrante y en el impacto sobre la población local. Mientras que en Perú la migración venezolana se concentra en 90 por ciento en la ciudad de Lima, en Ecuador se encuentra distribuida prácticamente en todo el territorio (BM, 2020) y en Colombia hay una alta concentración en Bogotá, Barranquilla, Medellín y en ciudades fronterizas como Cúcuta o Guajira.

Referente a las características educativas de la población, en un inicio del éxodo venezolano se registró una población con niveles educativos altos en los tres países. En Perú, en 2018, el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) reveló que 37.9 por ciento de la población venezolana tenía estudios universitarios (24.9 por ciento estudios completos); 19.2 por ciento estudios técnico superiores (15.5 por ciento estudios superiores completos); y 31.9 por ciento logró estudiar la educación secundaria, del cual 25.9 por ciento completó sus estudios (INEI, 2018).

En Ecuador, la encuesta del Banco Mundial (BM) aplicada en julio de 2019 en todo el país reveló que la mayoría de la población venezolana cuenta con educación secundaria y la proporción de población con educación de tercer nivel es superior para los migrantes, en particular para las mujeres (BM, 2020:22). De acuerdo con algunos estudios cualitativos recientes (Moreno, 2018; Herrera y Cabezas, 2019), así como los datos de la Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia y Tecnología (Senescyt), la población venezolana que llegó entre 2016 y 2018 presentaba niveles de educación más altos. La Senescyt ha reconocido

un total acumulado de 25 mil 708 títulos profesionales de venezolanos entre 2013 y 2018, lo que corresponde a 10 por ciento del total de venezolanos en el país. Cabe destacar que 80 por ciento de las revalidaciones universitarias se concentraron en los últimos tres años y 55.13 por ciento corresponde a mujeres. El registro de títulos universitarios en Ecuador es uno de los requisitos para la obtención de una visa profesional y acceder a un trabajo en el sector público, en especial para médicos y enfermeras (Herrera y Cabezas, 2019). La información de los altos niveles escolares en la población venezolana residente y de tránsito en Ecuador ha sido corroborada por otros estudios cuantitativos que muestran que entre 25 y 30 por ciento de venezolanos cuenta con niveles universitarios que no necesariamente ha sido ingresada en el trámite de la Senescyt porque carecen de los títulos apostillados (Celleri, 2019).

Por su parte, en Colombia se confirma que cerca de 60 por ciento de la población regularizada tenía un nivel de escolaridad universitario o técnico superior en el 2018. Sin embargo, al parecer el perfil educativo de la población recién llegada ha cambiado, ya que ha aumentado el nivel de educación secundaria. En contraste, en los poblados y ciudades fronterizas la población migrante venezolana tiene menores niveles educativos y está generalmente más empobrecida (Herrera, 2019). Según cifras del Displacement Tracking Matrix (DTM), en diciembre de 2018, 30 por ciento de la población venezolana encuestada en las localidades de frontera tenía estudios universitarios o técnico superiores y más de 60 por ciento alcanzaba los niveles de estudios secundarios o de bachillerato (OIM-DTM, 2018).

En definitiva, en la actualidad los tres países estudiados experimentan una migración venezolana cuyo crecimiento y diversificación ha sido muy veloz, con una relevante presencia de menores de edad y de familias nucleares y ampliadas, sin grandes diferencias entre hombres y mujeres y con perfiles educativos relativamente altos, pero que están cambiando con rapidez hacia personas con niveles de escolaridad secundaria.

Dinámica migratoria

Relativo a la forma en que se organiza esta migración, algunos trabajos recientes han observado que asistimos al viaje escalonado de familias, muchas de ellas se localizan en varios destinos del continente, algunas permanecen separadas por varios meses y años y existe una movilidad muy frecuente de una ciudad a otra,

tanto al interior de los tres países como entre países (Herrera y Cabezas, 2019; Cabrera, Cano y Castro, 2019; Blouin y Freier, 2019). También se ha indicado la presencia de niños y adolescentes que viajan sin sus padres o madres, ya sea con alguna persona de la familia o solos, que se están trasladando con el fin de reunirse con sus padres (Selee, Bolter, Muñoz-Pogossian y Hazán, 2019; Herrera, 2019).

Uno de los rasgos más sorprendentes de esta migración en los dos últimos años es su forma de desplazarse. Al inicio del éxodo se combinaban los distintos medios de transporte aéreo, terrestre y a pie. Desde finales de 2018 la población venezolana llega sobre todo y únicamente caminando, en viajes que pueden tomar varios meses, por rutas diferentes y con trayectorias de movilidad muy diversas:

Yo no me vine por San Antonio del Táchira. Yo me vine por Maicao. Maicao es un sector comercial. (...) Te sellan y paso a la ciudad más cercana que se llama Valledupar, que es una tierra de vallenato, por supuesto. Es una ciudad parecida a un pueblo, sin mucho comercio. No es industrializada. Me quedé dos meses, no quise estar más, no me gustaba. A lo largo de esos dos meses en Colombia caminaba del trabajo a mi casa, creo que una hora y media a pie, para no pagar transporte porque era costosísimo. (...) De Valledupar yo me vine a Ecuador. Sí, de Valledupar hasta Cali me costó 27 dólares, 100 pesos, y hasta Cali a la frontera, 15-12 dólares, y 11 dólares más llegué a Quito; calculé hasta el último centavo (Juan, 30 años, Quito).

A los viajes prolongados se suman también experiencias de remigración en varios países. Es el caso de Jerson, un joven vendedor ambulante de la ciudad de Guayaquil, proveniente de la Costa Caribe, quien salió de ahí hace tres años con destino a Panamá, donde residía su padre; trabajó seis meses allí en la construcción y luego se dirigió a Colombia, donde vivían unos primos con quienes estuvo un año. Luego viajó a la ciudad de Santo Domingo, en Ecuador, donde se hallaban su madre y sus hermanos menores, pero al no conseguir trabajo se trasladó a Guayaquil, sitio en el que sus posibilidades de ganar dinero con la venta ambulante son mayores. Jerson empezó su migración siendo menor de edad, lo cual no le impidió movilizarse, siempre organizó sus movimientos en grupos y sin pasar por las fronteras formales. En Colombia pasó por trochas hasta las ciudades fronterizas, es una experiencia que forma parte de la memoria de esta migración.

Generalmente, las trayectorias migratorias coinciden en señalar que en una primera etapa, luego del paso de la frontera, se instalan en una de las ciudades

fronterizas por varios días y hasta varios meses. La siguiente fase es continuar hacia otra ciudad en Colombia o hacia otro país: «El viaje de Barranquilla a aquí (Bogotá) me dio más miedo que el de Venezuela, luego de varias semanas decidimos venir por las montañas. Las curvas, yo veía las carreteras y tenía miedo de que se volteara el bus» (Juan Carlos, 16 años, Bogotá). Descubrimos historias parecidas en la frontera de Colombia con Ecuador, de migrantes con tránsitos prolongados y con destino a Perú o Chile, pero que trabajaban de modo temporal en la ciudad de Tulcán.

Para las personas migrantes cuyo destino final era una ciudad en Perú, las trayectorias migratorias podían durar días, semanas y meses, con periodos de estancias en diferentes ciudades, mientras trabajaban de forma precaria con el objeto de reunir el dinero necesario y continuar el viaje. Es la historia de María y Ramiro, quienes permanecieron en Quito por casi dos años, tuvieron una hija en esa ciudad y luego siguieron su trayecto hasta Lima, ahí se reunieron con las hermanas de María. En Quito la pareja trabajó en varios empleos precarios de ventas ambulantes, estéticas, lavadoras de autos, entre otros.

Él (su esposo) me llevó desde mi pueblo hasta la frontera en el carro. Lo dejé en la frontera por Orope, nos despedimos y de ahí siguió. Orope es la frontera del Táchira a Colombia. Dejamos el carro en un sitio y pasamos la frontera. No es Cúcuta, es otra entrada. Pues la otra frontera era por San Antonio en el estado de Táchira, entonces esa sí es complicada. Por eso hicimos esa ruta más corta, porque yo venía con el niño, maleta y todo. (...) En Orope, ahí compré el *ticket* hasta Cúcuta. Cúcuta-Bogotá, Bogotá-Ipiales. De ahí, Ipiales-Tulcán, sellé en Rumichaca. Me fui a Tulcán y de ahí a Quito. (...) Nos vamos el próximo sábado a Lima donde está mi familia, ya no tenemos trabajo y mi bebé ya está grande (María, 37 años, Quito).

Es decir, existe una dinámica de movilidad muy intensa entre la población venezolana, relacionada con el viaje y con asentamientos temporales en varias ciudades: «Llegué el 17 de abril aquí (Quito), me toca salir el 17 de octubre. He pasado casi cuatro meses. [...] Me voy a Perú, octubre, noviembre, diciembre y de ahí me voy a Venezuela en avión porque es más económico el vuelo por allá» (Simón, 41 años, Quito).

En efecto, la migración venezolana ha impactado en los tres países andinos por la intensidad, la cantidad y la velocidad de su llegada. Los viajes pueden durar varios días, semanas y meses, porque los trayectos no son lineales, ni

directos. Más bien tienden a ser escalonados, por etapas, se llega a las primeras ciudades hasta donde alcance el dinero, se instalan por un tiempo y vuelven a migrar hacia un nuevo destino, que no necesariamente es un destino final. Al contrario, la falta de empleo y la presencia de redes migratorias en varias ciudades y países propician el movimiento e incluso el retorno a Venezuela.

Políticas migratorias progresivamente disuasivas y cierre de fronteras

¿De qué manera las políticas migratorias impulsan o inhiben estos procesos de movilidad constante? ¿Hasta qué punto se ha favorecido el asentamiento? Los tres países en cuestión han pensado sus políticas desde una visión de países emisores de migrantes y no cuentan con una experiencia histórica de inmigración. Tampoco tienen políticas públicas adecuadas como países receptores (Freier, 2019). Por ello, la sorpresiva llegada de la población venezolana ha significado repensar las políticas de inmigración sobre la marcha o activar mecanismos discrecionales. Esto ha implicado cierta inestabilidad y cambio en las reglas de juego, situación que ha perjudicado la regularización de migrantes y su positiva inclusión social en los lugares de destino.

En general, los tres países empezaron tomando medidas que denotaban cierta apertura hacia la inmigración venezolana, pues privilegiaron enfoques específicos de derechos humanos por encima de perspectivas securitistas y de control de los migrantes. Sin embargo, éstas se fueron endureciendo con la llegada cada vez más creciente de inmigrantes. De acuerdo con Luisa Feline Freier y Soledad Castillo Jara (2020), entre 2015 y 2019 Perú y Ecuador pasaron de una posición que facilitaba la entrada y la regularización de la población, a un cierre de la frontera a mediados de 2019, al frenar drásticamente la circulación de la población migrante por pasos regulares y al provocar el crecimiento de pasos irregulares y el tráfico de personas. En Perú, el gobierno implementó el Permiso Temporal de Permanencia (PTP) en enero de 2017 y desde esa fecha hasta junio de 2019 se establecieron diversas directivas orientadas a otorgar un estatus temporal especial a los ciudadanos venezolanos que les permitía trabajar. Después de esa fecha, las personas venezolanas sólo pueden ingresar al Perú mediante una visa humanitaria tramitada en Venezuela, Colombia y Ecuador, con lo cual se imponen mayores barreras de ingreso y control. En la práctica

esta visa es muy difícil de obtener para la gran mayoría de solicitantes, pues se requiere de un pasaporte y en la actualidad sólo una minoría puede acceder a ese tipo de documento. En estos momentos en Venezuela son muy complicados los trámites de documentación, el sistema administrativo ha colapsado y se han producido y consolidado redes de corrupción que tramitan pasaportes, apostillan documentos y otros (Gandini, Lozano y Prieto, 2019; Freitez, 2019).

Hasta 2019 la población venezolana podía entrar libremente a Ecuador con pasaporte, cédula de identidad venezolana y carta andina, esta última era otorgada en una de las jefaturas migratorias en caso de no tener ningún otro documento. En varios artículos de la Constitución se manifiesta el derecho a la libre circulación y a migrar sin restricción de fronteras.² Para regularizar su situación, los migrantes podían recurrir a tres formas: la primera posibilidad fue un tratado bilateral de 2010 que otorgaba residencia y visas de trabajo por dos años a personas que demostraran laborar de manera formal en el país. La segunda, y la más utilizada entre 2018 y 2019, fue la visa Unasur, que garantizaba un permiso laboral de dos años sin necesidad de demostrar un contrato de trabajo. La tercera concierne a la visa profesional, la cual benefició a aproximadamente 90 mil personas. Pero, a partir de septiembre de 2019, y bajo la prerrogativa de una migración segura, ordenada y regular, promulgada por el Pacto para la Migración, se solicita una visa para entrar a Ecuador, por lo que se pone en vigor la llamada visa de excepción por razones humanitarias (Verhu), o llamada de forma coloquial visa humanitaria. Si bien es menos costosa que las anteriores sólo puede ser obtenida en Venezuela o en un consulado de un país fronterizo, circunstancia que limita drásticamente la entrada y regularización de la población venezolana. Paralelamente, en septiembre de 2019 se inició un proceso de regularización de la población venezolana en el territorio, pero se restringió a las personas con pasaporte y se dejó fuera de la regularización a aquellas que entraron con otros documentos aceptados por la carta magna. Tales cambios muestran las contradicciones y tensiones entre la base constitucional de la perspectiva de los derechos humanos y la aplicación de las políticas restrictivas de control (Acosta y Freier, 2015).

Ahora, las políticas de Perú y Ecuador pasaron de la apertura a la disuasión y control (Herrera y Cabezas, 2019). Este giro se produjo por el rápido incremento de migrantes, el crecimiento de la xenofobia y el mayor peso de la política

² La Constitución del Ecuador de 2008 se basa en el enfoque de derechos humanos. En varios artículos de la carta magna se declara la protección de derechos humanos en todas las personas migrantes sin discriminación ni distinción de nacionalidad.

interna, cada vez más adversa a la migración, por sobre la política exterior (Freier y Castillo, 2020). En contraste, en el caso de Colombia, en marzo de 2019, se impusieron nuevas medidas de control fronterizo y se solicitó a Venezuela tramitar la documentación a fin de favorecer la situación migratoria de la población venezolana en su territorio, además se facilitó que más personas venezolanas pudieran obtener con rapidez el permiso especial de permanencia (PEP) con la intención de insertarse en el mercado laboral y evitar abusos y explotación. Sin embargo, Colombia se alineó al control y gestión de las fronteras con una agenda binacional con Ecuador que plantea la necesidad de fortalecer el control de la frontera ecuatoriana-colombiana, así como la lucha contra la trata de personas y el tráfico de migrantes en el marco de los mecanismos bilaterales de seguridad y defensa existentes. Esta tendencia se radicalizó con la llegada de la pandemia y en el mes de abril de 2020 Perú y Colombia militarizaron sus fronteras. Ello trajo consecuencias muy graves para las poblaciones transfronterizas y en particular para los caminantes venezolanos que habían emprendido el regreso hacia su nación. En definitiva, las políticas migratorias se tornaron más bien disuasivas en dos de los tres países examinados y junto con la escasez de empleo y la crisis de la *covid-19*, las restricciones a la movilidad y el cierre de fronteras han complicado los movimientos de un territorio a otro, o de una ciudad a otra, sin que tampoco existan políticas de protección social o de integración para los migrantes.

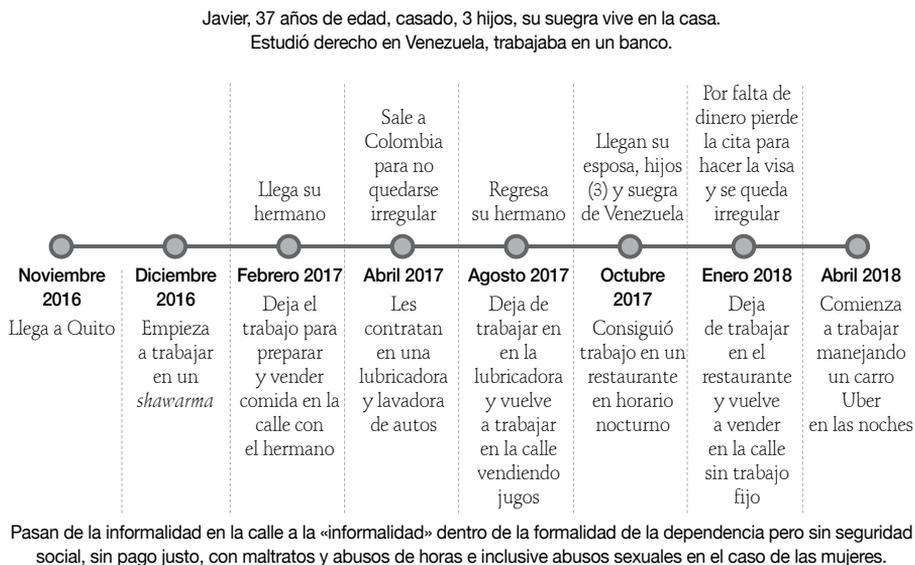
Inserción laboral: precariedad y sobrevivencia

Algunos estudios han empezado a calificar la migración venezolana como una migración de supervivencia y no sólo económica (Freier, 2019) al referirse a que la salida de la población no sólo busca mejores ingresos, sino que huye de condiciones de inseguridad. No obstante, los primeros resultados de estudios acerca de la inserción social y laboral muestran que esas condiciones de precariedad e inseguridad tienden a reproducirse en los lugares de destino debido a la crisis económica y a la creciente xenofobia. Además, esta doble situación se exagera durante la crisis de la *covid-19*. En 2016 y 2017, los primeros grupos migrantes que llegaron a Ecuador y Perú consiguieron empleos que les permitieron correr con los altos gastos de obtención de una visa de trabajo, que en el caso ecuatoriano llegaba a los 450 dólares (visa del acuerdo bilateral Ecuador-Venezuela), y

además llevarse a su familia (Herrera, 2019). Dichas condiciones cambiaron drásticamente en 2018 y los deterioros del mercado laboral implicaron la progresiva *callejización* de los migrantes.

Una muestra de ello es el caso de Javier, de 37 años (gráfica 1), quien había realizado estudios de Derecho, pero no se tituló y era cajero en un banco en Venezuela. Llegó a Quito en noviembre de 2016, en el mes de diciembre ya tenía un trabajo en un restaurante de comida rápida en el que únicamente permaneció dos meses. Luego arribó su hermano y con él comenzó a vender comida en la calle. En abril de 2017 fueron contratados de forma oral en una lavadora de autos; en agosto su hermano se marchó a Venezuela y él volvió a vender comida en las calles; en octubre llegó su familia y Javier empezó a trabajar en un restaurante durante las noches. En enero de 2018 dejó el restaurante y siguió con las ventas ambulantes. Finalmente, al momento de la entrevista, en octubre de 2018, llevaba trabajando como chofer de Uber desde abril.

GRÁFICA 1
Trayectorias laborales



Fuente: elaboración propia con base en varias entrevistas realizadas (Herrera y Cabezas, 2009).

Marina, de 37 años, tenía estudios universitarios de Ingeniería en Agronomía, era soltera. Arribó a Quito en enero de 2017 y logró regularizarse con una

visa profesional porque había preparado su salida y apostillado todos los documentos. Los dos primeros meses vivió con los pocos ahorros que había llevado consigo. En marzo de 2017 consiguió un trabajo de bodega por dos meses, luego se cambió a un *call center* donde ganaba por comisiones. Dejó ese empleo después de tres meses y empezó a hacer la limpieza en una casa y de manera alterna era empleada de un restaurante.

Estas dos trayectorias ejemplifican procesos de inserción laboral precarios, inestables y que no han mejorado en el transcurso de los años, sino que han empeorado en el caso de Marina y se han estancado en el caso de Javier. Más aún, en ambos existe una brecha importante entre los niveles de formación y el tipo de trabajo realizado. Esto lo corroboran los dos estudios y estadísticas sobre empleo de migrantes venezolanos en Ecuador y Perú, llevados a cabo por el BM (2019, 2020) en los que se confirma la precariedad de la inserción laboral.

De modo general, en principio y según la normativa de los tres países, las personas que se regularizan tendrían mayor facilidad de acceder a un trabajo formal con beneficios laborales. Sin embargo, dada la situación económica en los países receptores no parece cumplirse esta regla ni para los regularizados y menos para aquellas personas sin documentos de trabajo. Además, la población venezolana llega de un contexto en crisis y no puede esperar para tener una visa o un permiso de trabajo, al contrario, la necesidad de sobrevivir y de enviar dinero a sus familiares los empuja a insertarse rápidamente en los mercados de trabajo locales en empleos no calificados, con baja remuneración, expuestos a violación de los derechos laborales, con un horario extenuante y en algunos casos sin pago.

En Colombia, la población migrante venezolana económicamente activa es por lo general joven, y con mayor escolaridad que la población de acogida (Bahar, Dooley y Huang, 2018). No obstante, esta investigación evidenció que la tendencia es emplearse en la informalidad para el sustento diario. A pesar del tipo de trabajo que tenían deseaban contar con una mejor calidad de vida que en su contexto de origen (Marulanda, Cubillos, Ulloa y Prada, 2018). Las personas venezolanas se insertan en trabajos informales o en una infinidad de trabajos en servicios en distintos lugares como bares, restaurantes, tiendas, entre otros. Al parecer, al igual que en Perú y Ecuador, los empleadores abusan de la necesidad de trabajar y en contra de los derechos laborales imponen hasta 12 horas de trabajo o más, con bajos salarios y por debajo de lo establecido por la normativa laboral en Colombia.

Según los datos de la Enpove, en Perú 91.5 por ciento de la PEA venezolana se encuentra ocupada o buscando un empleo. La PEA de esta población se caracteriza por tener cierta predominancia masculina y ubicarse en un rango de edad de 15 a 49 años. Entre la población ocupada, 78.3 por ciento son trabajadores dependientes asalariados, 48.2 por ciento son empleados (más de la mitad son mujeres), 26.7 por ciento son obreros, 3.4 por ciento son trabajadores del hogar. El otro 20.5 por ciento son trabajadores independientes. Del grupo de trabajadores dependientes, sólo 11.5 por ciento tiene un contrato laboral. Según ramas de actividad, 56.7 por ciento se desempeña en el sector servicios, sobre todo en el ámbito de restaurantes y hoteles; seguido de 21.5 por ciento en el rubro comercio; y 15 por ciento en manufactura. Respecto a los años de estudio y la inserción laboral, se puede advertir que un porcentaje importante cuenta con estudios universitarios o técnico superiores. Pese a ello, la mayoría de la población venezolana en Perú se ubica en trabajos informales (sin contrato ni beneficios laborales), en empresas pequeñas (de 1 a 10 trabajadores), en concreto en el sector servicios. Es importante mencionar que en ese contexto de inserción y situación laboral de los venezolanos alrededor de 50 por ciento de los encuestados en la Enpove manifestó ser discriminado en sus centros de trabajo por su nacionalidad.

La inserción laboral en Ecuador de la población venezolana llegada en los últimos años se produce en un contexto de desaceleración de la economía ecuatoriana con cifras de subempleo y desempleo crecientes. De acuerdo con el BM, «las tasas de desempleo, subempleo e informalidad aumentaron a niveles que no se habían visto en 10 años. Entre 2013 y 2018, se perdieron aproximadamente 66 mil empleos adecuados» (2020:26). De ahí que la inserción laboral en Ecuador esté condicionada por un mercado de trabajo muy deteriorado, el cual no logra cubrir la demanda laboral que tiene de la misma población de acogida. Casi 60 por ciento trabaja en el sector informal, en un trabajo temporal (71 por ciento) y sólo 84 por ciento ha recibido por su trabajo el pago acordado (BM, 2020. Además, los migrantes venezolanos dedican al trabajo más horas a la semana que los ecuatorianos, pero reciben un pago promedio mensual menor.

La población venezolana consigue insertarse en el mercado de trabajo informal y de manera «informal» en el mercado formal, es decir en trabajos que deberían cumplir con ciertos estándares laborales que no se llevan a cabo. Lo anterior implica que muchos empleadores de establecimientos (bares, restaurantes, tiendas y otros servicios) contraten a personas venezolanas y les paguen menos de lo que estipula la ley. Es evidente que existe una movilidad ocupacional recurrente con

periodos cortos de tiempo de trabajo y cambios constantes de actividades, lo que da como resultado inestabilidad laboral y económica. Esto vuelve proclive una mayor movilidad entre ciudades e inclusive entre países. Varios de los entrevistados en nuestra primera investigación en 2018 ya no se encontraban en el país en 2019.

Así, las trayectorias laborales son sumamente cortas, sin las prestaciones que las leyes laborales exigen. En adición, se comprobó que el hecho de estar regulares, o con el reconocimiento de sus títulos universitarios, no garantiza a la población venezolana un acceso a empleos adecuados (Herrera y Cabezas, 2019). Acorde con un estudio específico acerca del acceso a empleo formal por parte de extranjeros en una ciudad intermedia del Ecuador, al crecer el flujo migratorio, los migrantes ven limitado su acceso al trabajo por parte de ciertos empleadores que reaccionan en forma discriminatoria y xenófoba, puesto que prefieren contratar personal local (Malo, 2018).

Si bien todavía se conoce poco sobre la inserción laboral de los migrantes en los diferentes países estudiados, se aprecian ciertas coincidencias. Se trata de una población joven, un gran porcentaje se concentra en edades productivas y reproductivas. La inserción laboral es inmediata porque tiene la necesidad de sobrevivir y de enviar dinero a los familiares que se quedaron en Venezuela. En cuanto a las actividades que realiza, coincide nuevamente en los tres países que se inserta en empleos no cualificados, en el mercado informal o de manera informal en empleos formales, pero sin contratos ni acceso a prestaciones legales, con altas probabilidades de ser abusada y explotada, con bajos salarios y muchas veces sin recibir pago.

Estas situaciones de precariedad se agudizaron drásticamente con el confinamiento y con excepción de aquellos migrantes más asentados, con empleos formales o con emprendimientos más consolidados, la gran mayoría no encontró los medios para vivir el día a día durante la pandemia y tampoco pudo acceder a los pocos programas de protección social impulsados por los gobiernos. La actual situación de crisis, asimismo, parece haber agudizado reacciones xenófobas de parte de la población local que ya estaban particularmente presentes en los tres países. Diversos trabajos han mostrado que uno de los factores que empeora la integración social y la inserción laboral es la discriminación que ha sentido la población migrante venezolana en sus lugares de trabajo y en sus viviendas (Freier y Castillo, 2020). Durante la pandemia se documentaron evicciones en Perú y Ecuador. No es de sorprender entonces que los venezolanos hayan emprendido el camino de regreso hacia sus hogares.

Conclusiones

El éxodo venezolano es el fenómeno migratorio más relevante de los últimos 50 años en América del Sur por su magnitud, rapidez y sus características únicas que hemos tratado de trazar en este texto. Se trata de la migración desde un país sin tradición emigrante, pero con una historia de inmigración importante, no sólo desde Europa sino desde los mismos países andinos que ahora se han convertido en receptores. Más allá de esta reversión histórica, existen redes intergeneracionales en las tres naciones de acogida que han facilitado en algunos casos la llegada, la inserción laboral, la consecución de papeles de residencia y también el movimiento entre ciudades y entre países de la misma población. Ahora bien, la existencia de esas redes que permiten la movilidad se asienta en una dimensión estructural y en otra de carácter político que las moldean: la precariedad laboral y el endurecimiento de las medidas de control migratorio. Ambos procesos son a su vez resultado de las crisis que experimentan los países de acogida que se expresan en deterioro del mercado laboral y creciente xenofobia. Al contrario de las narrativas clásicas de movilidad social ascendente de las poblaciones migrantes, a medida que transcurre el tiempo en sus nuevos lugares de asentamiento, la población venezolana vive un proceso descendente en los últimos años que con la llegada de la pandemia se ha desmoronado. En ese contexto, el regreso a casa antes que el *quédate en casa* se construye como una prioridad para muchas familias venezolanas que han emprendido el retorno en medio de las más drásticas medidas de inmovilidad y cierre de fronteras que se han conocido en la región.

Referencias

- Acosta Arcarazo, Diego y Luisa Feline Freier (2015), «Discursos y políticas de inmigración en Sudamérica. ¿Hacia un nuevo paradigma o la confirmación de una retórica sin contenido?», *Remhu: Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 23(44), pp. 171-189, en <https://dx.doi.org/10.1590/1980-85852503880004411>
- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) (2019), «Situación en Venezuela», en <https://www.acnur.org/situacion-en-venezuela.html>
- Álvarez de Flores, Raquel (2007), «Evolución histórica de las migraciones venezolanas. Breve recuento», *Aldea Mundo*, 11(22), pp. 89-93.

- Acosta Arcarazo, Diego y Luisa Feline Freier (2018), «Regional migration management in South America», en Anna Triandafyllidou (ed.), *Handbook of Migration and Globalisation*, Cheltenham, UK, Edward Elgar Publishing, pp. 659-696.
- Acosta, Diego, Cécile Blouin y Luisa Feline Freier (2019), «La emigración venezolana: respuestas latinoamericanas», *Documentos de trabajo. Fundación Carolina* (3), en https://www.fundacioncarolina.es/wp-content/uploads/2019/04/DT_FC_03.pdf
- Bahar, Danny, Meagan Dooley y Cindy Huang (3 de diciembre de 2018), «Integración de los venezolanos en el mercado laboral colombiano», *Brookings Institution*, en <https://www.brookings.edu/es/research/integracion-de-los-venezolanos-en-el-mercado-laboralcolombiano/>
- Banco Mundial (BM) (2019), *Una oportunidad para todos. Los migrantes y refugiados venezolanos y el desarrollo del Perú*, Washington DC.
- (2020), *Retos y oportunidades de la migración venezolana en Ecuador*, Washington DC.
- Berganza, Isabel, Cécile Blouin y Luisa Feline Freier (2018), «La aplicación de la definición de Cartagena a las personas venezolanas en el Perú», Documento de Trabajo CIUO DD1805, Perú, Universidad del Pacífico.
- Bermúdez, Ángel (29 de julio de 2019), «Cómo impacta la crisis migratoria venezolana en la economía de otros países de América Latina», *BBC News*, en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-49119834>
- Blouin, Cécile y Luisa Feline Freire (2019), «Población venezolana en Lima: entre la regularización y la precariedad», en Luciana Gandini, Fernando Lozano Ascencio y Victoria Prieto (coords.), *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y seguridad jurídica en ciudades latinoamericanas*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 157-184.
- Cabrera Serrano, Donna, Gabriela M. Cano Salazar y Alexandra Castro Franco (2019), «Procesos recientes de movilidad humana entre Venezuela y Colombia 2016-2018», en Luciana Gandini, Fernando Lozano Ascencio y Victoria Prieto (coords.), *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y seguridad jurídica en ciudades latinoamericanas*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 59-94.
- Cañizales, Andrés (7 de agosto de 2018), «Antes de la diáspora. La Venezuela que acogía a inmigrantes», *Prodavinci*, en <https://prodavinci.com/antes-de-la-diaspora-la-venezuela-que-acogia-inmigrantes/>
- Castro Franco, Alexandra (2019), «El acceso a la nacionalidad colombiana: nuevas realidades, nuevos retos», en Alexandra Castro Franco (ed.), *Venezuela migra: aspectos sensibles del éxodo hacia Colombia*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.

- Célleri, Daniela (2019), *Situación laboral y aporte económico de inmigrantes en el norte de Quito-Ecuador. Una primera aproximación cuantitativa para dialogar sobre política pública*, Quito, Friedrich-Ebert-Stiftung (FES)/ Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (Ildis).
- Delgado de Smith, Yamile y Mónica R. Abellana Chaybub (2009), «Venezuela y migración. El trabajo como agente de cambio», *Anuario del Instituto de Derecho Comparado* (32), pp. 229-243.
- Estado Peruano (2019), «Superintendencia Nacional de Migraciones», en <https://www.gob.pe/migraciones>
- Freier, Luisa Feline y Soledad Castillo Jara (2020), «El desplazamiento venezolano y las políticas de Colombia, Ecuador y Perú», *Revista La Brújula* (114), en [https://www.revistabrujula.org/el-desplazamiento-venezolano-y-las-](https://www.revistabrujula.org/el-desplazamiento-venezolano-y-las)
- Freitez Landaeta, Anitza (2018), «La emigración venezolana en tiempos de crisis», en Anitza Freitez Landaeta (coord.), *Espejo de la crisis humanitaria venezolana. Encuesta Nacional de Condiciones de Vida 2017*, Caracas, Abediciones, pp. 219-239.
- _____ (2019), «Crisis humanitaria y migración forzada desde Venezuela», en Luciana Gandini, Fernando Lozano Ascencio y Victoria Prieto (coords.), *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y seguridad jurídica en ciudades latinoamericanas*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 33-58.
- Gandini, Luciana, Fernando Lozano Ascencio y Victoria Prieto (2019), «El éxodo venezolano: migración en contextos de crisis y respuestas de los países latinoamericanos», en Luciana Gandini, Fernando Lozano Ascencio y Victoria Prieto (coords.), *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y seguridad jurídica en ciudades latinoamericanas*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Herrera, Gioconda (2019), «From immigration to transit migration? Race and gender entanglements in new migration to Ecuador», en Xóchitl Bada, Andreas Feldmann y Stephanie Schütze (eds.), *New migration patterns in the Americas. Challenges for the 21st Century*, Palgrave, Migration and Citizenship Series.
- _____ (coord.) (2020), *Voces y experiencias de la niñez y adolescencia venezolana migrante en Brasil, Colombia, Ecuador y Perú*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, en <https://www.clacso.org/informe-voces-y-experiencias-de-la-ninez-y-adolescencia-venezolana-migrante-en-brasil-colombia-ecuador-y-peru>
- Herrera, Gioconda y Gabriela Cabezas Gálvez (2019), «Ecuador: de la recepción a la disuasión. Políticas frente a la población venezolana y experiencia migratoria

- 2015-2018», en Luciana Gandini, Fernando Lozano Ascencio y Victoria Prieto (coords.), *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y seguridad jurídica en ciudades latinoamericanas*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 125-156.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática Perú (INEI) (2018), «Características sociodemográficas de la población venezolana censada en el año 2017», en https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1577/Libro02.pdf
- _____ (2019), *Condiciones de vida de la población venezolana que reside en Perú. Resultados de la «Encuesta dirigida a la población venezolana que reside en el país». Enpove 2018*, en https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1666/libro.pdf
- Malo, María Gabriela (2018), «Access to formal employment and mobility: Colombian and Venezuelan forced migrants in Ecuador» (Tesis de maestría), University of London, School of Advanced Study.
- Marulanda, Claudia, Heidy Cubillos, Juan Pablo Ulloa y Liana Castañeda (2018), «Inclusión laboral de la población migrante venezolana laboralmente activa en Bogotá» (Tesis de especialidad), Universidad Piloto de Colombia, Bogotá D.C.
- Migración Colombia (2019), «Total de venezolanos en Colombia» (corte a 31 de marzo de 2019), en http://www.migracioncolombia.gov.co/venezuela/RADIOGRAFIA%20VENEZOLANOS%20EN%20COLOMBIA%20MARZO%202019_1.pdf
- Organismo de las Naciones Unidas para la Migración (OIM-DTM) (2018), «Monitoreo de flujo de población venezolana: Colombia», en <https://migration.iom.int/system/tdf/reports/Colombia2018.PDF?file=1&type=node&tid=5499>
- _____ (4 de marzo de 2019), «Monitoreo de flujo de población venezolana: Ecuador», en <http://www.oim.org.ec/2016/iomtemplate2/news/monitoreo-de-flujo-de-población-venezolana-ecuador-ronda4-marzo-2019>
- Paéz, Daniel Santiago (2019), «La inmigración venezolana impacta al mercado laboral en Colombia», *El Libre Pensador. Universidad Externado de Colombia* 24, en <https://librepensador.uexternado.edu.co/la-inmigracion-venezolana-impacta-al-mercado-laboral-en-colombia/>
- Plataforma de Coordinación para Refugiados y Migrantes de Venezuela (R4V) (2019), «RMRP 2020 Dashboard», en <https://r4v.info/es/situations/platform?/%C5%B7%C3%C0%BC%CB%C5%AE/>
- _____ (2020), «Refugiados y migrantes de Venezuela», en <https://r4v.info/es/situations/platform/location/7512>

Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación (Senescyt) (2019), *Base excel sobre reconocimientos de títulos universitarios a extranjeros de origen venezolana*, Quito, Senescyt.

Selee, Andrew, Jessica Bolter, Betilde Muñoz-Pogossian y Miryam Hazán (30 de enero de 2019), «Creatividad dentro de la crisis: opciones legales para inmigrantes venezolanos en América Latina» (Podcast), *Migration Policy Institute*, en <https://www.migrationpolicy.org/events/creatividad-dentro-de-la-crisis-opciones-legales-para-inmigrantes-venezolanos-en-america>.

Torrado, Santiago (26 de noviembre de 2019), «Venezuela superaría en 2020 el fenómeno migratorio sirio», *El País*, en https://elpais.com/internacional/2019/11/19/actualidad/1574128387_157435.html

Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) (2018), «Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (Encovi) (2014-2018)», en <https://encovi.ucab.edu.ve/>



La era de la irracionalidad política global

The era of irrational global policy

Germán Carrillo García*

ISSN IMPRESO 1870-7599 | ISSN RED CÓMPUTO 2448-7783 | 57-113
RECIBIDO 04/03/20 | ACEPTADO 02/04/20

Resumen. Este artículo pretende contribuir al debate intelectual sobre las raíces de la crisis del mundo actual. La tesis que se desarrolla se basa en la relación orgánica de los diversos factores perturbadores que la han desencadenado. Se argumenta que aquellas formulaciones teóricas que intentan disociar la naturaleza dialéctica de los campos del conocimiento, siguiendo la estricta división del trabajo académico, se muestran claramente insuficientes. Por ende, he intentado aquí ponerlos en relación histórica, comparativa y conceptual que es como lógicamente se desarrollan y actúan. Desde esta perspectiva metodológica, acontecimientos como el terremoto especulativo que desencadenó la Gran Recesión de 2008, la pandemia global provocada por el coronavirus *covid-19*, así como la llegada al poder de regímenes autoritarios extendidos por la geografía global, o la extraordinaria espiral descendente de las clases medias y el profuso deterioro de las condiciones laborales que han brotado en casi todo el mundo, entre otros, no son considerados como elementos aislados de la variable temporal, antes bien, constituyen la variable dependiente de casi medio siglo del proyecto neoliberal.

Palabras clave: irracionalidad política, capitalismo autodestructivo, proyecto neoliberal.

Abstract. This article contributes to the intellectual debate on the roots of the current global crisis. The thesis developed here is based upon the organic relationship of the various disruptive factors that it has unleashed. It is argued that those theoretical expressions which intend to disassociate the nature dialectic from the fields of knowledge, following a strict academic division of labor, are shown to be clearly insufficient. Therefore, here we have attempted to place them in a historic, comparative and conceptual context that shows their logical development and outcomes. From this methodological perspective, we account for the speculative earthquake that led to the Great Recession of 2008, the global pandemic of the *covid-19* coronavirus, as well as the coming to power of authoritative regimes throughout the globe, as well as the extraordinary tailspin of the middle class and the sharp decline in working conditions that have come to pass throughout the world, which are not considered as isolated, short-lived elements, but rather they constitute an essential variable from almost a half-century of the neoliberal project.

Keywords: policy irrationality, self-destructive capitalism, neoliberal project.

* Español. Universidad de Murcia. Correo-e: gcarrillo@um.es

Introducción

Hoy día la humanidad ya se ha acostumbrado como hecho normal a llevar vidas de contradicción interna, que se desgarran entre un mundo de sentimientos y una tecnología insensible a la emoción, entre el ámbito de la experiencia y el conocimiento empírico a escala humana y el ámbito de las magnitudes absurdas, entre el «sentido común» de la vida diaria y la imposibilidad de comprender, salvo para unas exiguas minorías, las operaciones intelectuales que crean el marco en el que vivimos.

Eric Hobsbawm

Nuestra comprensión del mundo se hace cada vez más oblicua y confusa. Inmersos en una atmósfera en la que lo efímero se combina con lo absurdo e irracional apenas somos capaces de observar con cierta nitidez las contradicciones subyacentes que están alterando, sin precedentes históricos, la naturaleza social y ecológica del mundo. Y, sin embargo, lo más preocupante y paradójico es que a pesar de disponer de toda una vasta masa de conocimiento acumulado, nuestros aparatos conceptuales y teóricos, así como las «estrategias políticas» empleadas, adolecen de numerosas limitaciones (Harvey, 2014:12). La obstinada tendencia a observar los problemas sociales desde perspectivas sectoriales, deslegitimando los esfuerzos analíticos estructurales que metodológicamente perseguían la sistematización de las relaciones humanas, tan comunes hasta la década de 1970, es parte del problema, que no es únicamente metodológico, se trata también de una cuestión ideológica. El predominio analítico de simplificar la naturaleza dialéctica del conocimiento, aislando virtualmente la esfera cultural o política de la lógica capitalista es un grave error. David Harvey lo ha planteado con admirable claridad:

No veo ninguna diferencia entre el vasto espectro de actividades especulativas e igualmente impredecibles asumidas por empresarios (nuevos productos, nuevas estrategias de *marketing*, nuevas tecnologías, nuevas localizaciones, etcétera) y el desarrollo igualmente especulativo de los valores e instituciones culturales, políticos, legales e ideológicos en el capitalismo.

En ese sentido, la expansión sistémica del capitalismo ha arrastrado y modelado «cada vez más áreas de la vida cultural» (Harvey, 1998:376). Esto es lo que quería decir Immanuel Wallerstein en *El capitalismo histórico* con la «mercantilización de todas las cosas». Paradójicamente, a medida que la «ciencia moderna» ha ido diseccionando virtualmente las áreas del conocimiento, se ha producido un alejamiento de la «búsqueda de las causas finales y de toda consideración de intencionalidad» (Wallerstein, 2014).

Tal vez por ello no es de sorprender que a pesar de que el sistema económico global se está derrumbando ante nuestros ojos, dejando a su paso un rastro de ruinas sociales y ecológicas, o ambas combinadas en forma de pandemia (virus SARS-Cov-2 o *covid-19*), decretada por el director general de la Organización Mundial de la Salud (OMS) Tedros Adhanom el 11 de marzo de 2020, por más onerosas y abyectas que objetivamente puedan parecer sus consecuencias, cualquier manera de imaginar un sistema mundial distinto está ausente del vocabulario común del *statu quo* liberal. Al fin y al cabo, las escasas disposiciones de alternativas a un sistema caducado, más allá de la exigencia de su necesaria abolición en forma de protestas sociales exacerbadas por todo el mundo, han permitido al capitalismo cambiar de apariencia constantemente para mantener, no obstante, incólume su naturaleza cimentada en la perpetua acumulación de capital. Las guerras culturales libradas por la conquista de derechos sociales han sido, en última instancia, las que se han librado con más encono en los campos de batalla políticos. Pero la acumulación de capital en ausencia de una sólida oposición política, y con la imparable neoliberalización mundial, ha ido arrastrando a las sociedades hacia el abismo.

Vivimos inmersos en una era de irracionalidad política global. La lucha contra el descenso del crecimiento económico se combina con las batallas políticas por domesticar nuevas geografías donde el capital excedente se apropia de modos de producción y modos de vida tradicionales, lo que a su vez genera efectos no deseados sobre el medio ambiente y reconstituye una y otra vez el dominio del imperialismo secular. La dramática lucha contra el cambio climático se mantiene cautamente resguardada de cualquier relación con la lógica acumulativa del capital. La entrega con la que se defienden los derechos humanos no halla siempre su necesaria y lógica correspondencia con la explotación de la fuerza laboral en los países emergentes, donde el aflujo de capital excedente ha transformado de forma radical el mapa del trabajo global. El incentivo ilimitado del consumo de satisfacciones o compensatorio, bajo el predominio de la economía de la oferta

financiarizada, se compagina plácidamente con la retórica de la inocente etiqueta «desarrollo sostenible» y la utopía del mercado autorregulado. La extinción de miles de especies desde las últimas décadas se mantiene prudentemente alejada de una economía intensamente dependiente del consumo de usar y tirar, al estilo Starbucks o McDonald's.

Mientras que durante la espectacular expansión del primer capitalismo norteamericano, a mediados del siglo XIX, los «magnates ladrones» formaban parte de la «demonología de demócratas y populistas» (Hobsbawm, 2003:153), en la actualidad la lista de los milmillonarios (la segunda generación de *Robber baron*), publicada con recurrencia por medios e informes funcionalistas, es recibida como una epifanía de la prosperidad de la economía global, ante cierta pasividad y complicidad crónica de los medios de comunicación de masas, así como de un amplio espectro político y social (Carrillo, 2018). La era de las políticas de provisión pública de la segunda posguerra mundial ha sido asaltada por una «institución feudal» que Harvey ha denominado con acierto «nexo Estado-finanzas», un nuevo leviatán «que ejerce un poder extraño y totalmente antidemocrático, no sólo sobre la circulación y acumulación del capital, sino sobre todos los aspectos de la vida social» (Harvey, 2016:53). Un tejido de tecnócratas entusiastas de la creación privada de riqueza al servicio del *uno por ciento* ha sacrificado la democracia por una oligarquía financiera. Con el fin de desintegrar la política democrática, ha argumentado Michael Hudson en su perspicaz y detallado *Matar al huésped*, el control sobre el «poder Ejecutivo se ha desplazado hacia los bancos centrales y unos ministros de Hacienda cuyo personal se compone básicamente de *apparatchik* bancarios» (2018:387). La irracional lógica del capital ficticio, es decir, la «acumulación de derechos de giro sobre la riqueza que aún no se ha producido, que toma la forma de endeudamiento privado y público, capitalización bursátil y diversos productos financieros», ha dejado a las sociedades secuestradas, incluso, de la posibilidad de organizar su propio futuro (Durand, 2017:151).

El trumpismo, la salida de la Union Jack de una Europa políticamente desgastada, o la expansión global de regímenes autoritarios, acontecimientos que dejaron absortos al público liberal y a la izquierda neoliberalizada, fueron entregados por los niveladores mediáticos de la opinión pública como fenómenos estrictamente ideológicos, separados orgánicamente del tiempo y encarnados de nacionalismo esencialista o populismo irracional. Y aunque no podían negarse tales sesgos, se ha eludido con demasiada diligencia del debate político y

mediático un enfoque contextual e histórico de lo que Rogers Brubaker llamó «dinámica procesual del nacionalismo». De ese modo, se suprimió de un plumazo la larga cadena de consecuencias económicas de las nefastas políticas ultraliberales cargadas sobre las espaldas de las clases trabajadoras y las clases medias, sumidas en un estado crónico de servidumbre por deudas. Por ello, Mike Davis, en su fecunda revisión del nacionalismo tras la mirada de Karl Marx, ha criticado acertadamente a aquellas perspectivas que han concedido una excesiva «autonomía de lo discursivo, lo cultural o lo étnico» y que han contribuido a edificar una «muralla china entre la historia política del nacionalismo y las historias económica y social del Estado nación», entre cuyas consecuencias están «la incapacidad de abarcar integralmente todo el campo de las relaciones de propiedad y sus conflictos derivados» (Davis, 2015). Frente a esa decreciente capacidad analítica hay que volver a incidir directamente en el funcionamiento de la acumulación capitalista que en su versión neoliberal mantiene, como en cualquier otra variedad de capitalismo histórico, una relación dual entre la «forma territorial del Estado nación» y la «ideología del nacionalismo». La explicación de esta irrevocable dependencia territorial e ideológica para el capital es bastante evidente: dado que la competencia es una característica constitutiva del capitalismo, la clase capitalista tiene una perpetua «necesidad de retener las bases territoriales para sus operaciones», en especial cuando las consecuencias de dichas operaciones conllevan pérdidas en sus balances. Por tanto, el nacionalismo es, como concluye Neil Davidson, el «corolario ideológico necesario del capitalismo» (2008:36).

En la elocuente crítica que Cédric Durand vierte sobre *Crashed*, del historiador Adam Tooze (2018a) —la «crónica más exhaustiva hasta la fecha de la gran crisis financiera» de 2008—, pone de relieve la dimensión que hace el autor de las «malas políticas» que desencadenaron el terremoto y que mantuvieron después, con poderosas innovaciones de ingeniería financiera, un mundo social y económico en estado de *shock* permanente. Sin embargo, como lacónicamente concluye Durand, la crisis del capitalismo contemporáneo es algo más que «un cuento político de terror», por ello prefigura una conceptualización de crisis orgánica gramsciana, donde las contradicciones entre la política, la geopolítica y la economía se hallan integradas en una combinación difícilmente disociable (Durand, 2019). La profundidad de las nuevas perspectivas ecológicas del mundo convierte en insuficiente toda interpretación realizada a partir únicamente de las contradicciones apuntadas. Una nueva gramática suficientemente audaz

para intentar desentrañar esta era de irracionalidad política global debería integrar también los efectos combinados de la presión antrópica sobre la ecosfera. No se trata en absoluto de un enfoque novedoso, como lo demuestran los estudios de ecología política, pero sí de uno largamente postpuesto. Así, por ejemplo, en 1970 Karl William Kapp preparó un prólogo para la reedición de su obra *The social costs of private enterprise* (1950) en la que había analizado las consecuencias derivadas de la restricción de los controles institucionales de las empresas privadas. En el acervo crítico de Kapp —una antinomia de la economía convencional— «la necesidad absoluta de tener en cuenta los costes sociales y la perturbación del medio ambiente más que cualquier otro factor», debía estimular de algún modo a la «sociedad industrial a sustituir la decisión individual de asignación y de inversión, la elección privada de la tecnología y la selección del lugar de producción, por nuevas formas de producción». Sus argumentos trataban de desacreditar la larga tendencia histórica de entornos productivos que han inhibido el mantenimiento de una «relación razonable entre el crecimiento económico y un ambiente compatible» con el bienestar de las sociedades presentes y las generaciones futuras (Kapp, 1971:VII-VIII, XXI). Casi medio siglo después las persuasivas palabras de Kapp adquieren un carácter irrefutable, pero también evocan la fuerza decreciente de nuestro compromiso político por cambiar un sistema económico irracional y claramente autodestructivo. A continuación, intento dar respuesta a esta extraña paradoja de nuestro tiempo.

Leviatán democrático

Cuando la propiedad está amenazada, no hay opiniones políticas; no hay diferencias entre gobiernos y oposición.

Josep Fontana

Los sombríos pronósticos que Robert Dahl hiciera sobre las democracias occidentales unos años antes de que finalizara la época dorada del capitalismo de la segunda posguerra parecerían haberse cumplido. Y no sólo en Occidente. El eminente politólogo especuló sobre el nacimiento de un nuevo «leviatán democrático» gobernado por «líderes profesionales y casi profesionales» que no constituirían «más que una pequeña parte de todo el conjunto de los ciudadanos». La novedad histórica de este leviatán se elevaría sobre las bases políticas de las «virtudes del pragmatismo,

la moderación», el lenguaje anfibiológico de la burocracia experta, pero también adquiriría la más extraña adicción al «exceso de consenso» entre partidos políticos históricamente antagonistas. Entre otras consecuencias, este nuevo sistema presuntamente «antiideológico» tendería a instrumentalizar la política en favor de los intereses particulares de las clases dirigentes, alejando al mismo tiempo de forma implacable al ciudadano común de los sistemas políticos democráticos, institucionalizados en el gobierno representativo del Estado nación. Como afirmó Peter Mair, quien escribía con el pensamiento de Dahl las últimas líneas de su obra póstuma *Ruling the void*: «La oposición política nos permite hacernos oír». Cuando se diluye el campo de batalla de la oposición se pierde «esa voz, y con ella, el control de nuestros propios sistemas políticos» (Dahl, 1965, citado en Mair, 2013). Dahl no fue el único en especular en torno de la asombrosa mutación de la política democrática. George Lichtheim, por ejemplo, en su *Imperialism* publicado en 1971 ya persuadía a sus lectores acerca del cambio direccional que se estaba adoptando a escala global: «La anterior convergencia del darwinismo y el expansionismo», escribía, ha hallado un heredero moderno en la «visión tecnocrática de una economía planetaria» dirigida por unas élites minoritarias y por sus «administradores capacitados científicamente que han dejado atrás el Estado nacional y han fusionado sus distintas entidades en la formación de un cartel global que une a todos los centros industrialmente avanzados del mundo». Al evocar la «sombria idea» de Kautsky formulada en 1914 como «ultraimperialismo», Lichtheim estaba delimitando las líneas arquetípicas de la globalización económica y su racionalidad tecnocrática (Lichtheim, 1972:18).

Cabe preguntarse si este incrementalismo de la tecnocracia responde tal vez, como ha sugerido Jürgen Habermas, a la problemática de «regular políticamente» la creciente y contradictoria complejidad de las sociedades contemporáneas. En efecto, Habermas reconoce que los urgentes desafíos globales, como el cambio climático, las crisis económicas o la reestructuración de las políticas nacionales bajo el influjo de la inextricable globalización, han desbordado la capacidad de las instituciones legítimas del tradicional Estado nación. No obstante, el filósofo alemán muestra un razonable escepticismo concerniente a las instituciones supranacionales y en particular acerca del deliberadamente ambiguo término *governance*, con el cual se «seguirán expandiendo regímenes tecnocráticos mientras no se consiga hallar fuentes de legitimación democrática también para las autoridades supranacionales». Para resolver esta compleja ecuación política Habermas propone una «transnacionalización de la democracia».

Un proyecto que según el pensador «toca la relación entre política y mercado» (Habermas, 2016:57-67). Una relación que, sin embargo, tras el terremoto financiero de 2008, desencadenado por una salvaje fiebre especulativa originada en el gran *boom* de la década de 1980, ha puesto de relieve la asunción de nuevos y sofisticados instrumentos de poder supranacionales y financieros, haciendo que la distinción liberal entre Estado y mercado no sea más que lo que ha sido siempre: «un mito» (Streeck, 2018:156-157).

Por ello mismo y ante la controversia del debate, Perry Anderson ha subrayado las trazas favorables que concede Adam Tooze a las «estructuras tecnocráticas» como valor agregado de la política y salvaguarda de las «pasiones irracionales de la democracia de masas»; y también cómo al mismo tiempo Tooze arrolla con vehemencia contra el neoliberalismo considerándolo «una política antidemocrática», que resuelve la tensión subyacente entre capitalismo y democracia «limitando el rango de las libertades democráticas o interfiriendo directamente en el proceso democrático» (Tooze, 2018b, citado en Anderson, 2019:98-101). ¿No alberga, en todo caso, una contradicción inexplicable esta forma de abrazo tecnocrático y a la vez rechazo al proyecto neoliberal? Cuanto menos se puede subrayar la correspondencia con el argumento de Mair en cuanto al debilitamiento de la oposición política y el exceso de consenso con la política pragmática de la burocracia experta. De hecho, como ha demostrado profusamente Hudson, «la reducción progresiva del gasto público y la privatización de la infraestructura es la alternativa», por supuesto «técnica», que ofrece la ortodoxia neoliberal como recambio de la socialdemocracia clásica. Además, bajo la retórica de alejar las pasiones irracionales de la democracia de masas de las eficientes decisiones de las estructuras tecnocráticas subyace el control del aparato gubernamental. En este punto Hudson es taxativo: «¡Como si hacer que la política financiera sea ajena a la supervisión por parte de los legisladores electos fuera democrático!» (Hudson, 2018:406, 387). Esta descarada forma de succionar hacia las élites financieras la legitimidad de la política democrática ha sido recalcada insistentemente por Wolfgang Streeck: «La independencia institucional es un aspecto crucial, que en nuestros días significa ante todo aislamiento con respecto a la política electoral». Descendiendo al «corazón de las tinieblas del capitalismo financiarizado», con *The ascendancy of finance* del filósofo alemán Joseph Vogl, Streeck y Vogl coinciden con los argumentos de Hudson: el propósito de los bancos centrales de cultivar una «autoridad autónoma» se fundamenta en una «competencia técnica» constitutiva que sin duda

saben ejercer política y socialmente. De ese modo, el *establishment* financiero y su legión de acólitos incondicionales desde los palcos políticos y los «departamentos de economía» no han dejado de persuadirnos a los comunes mortales, sobrepasados ante «tanta complejidad», que «ellos manejan teorías para hacer que la economía se comporte en función de los intereses de la sociedad, al menos a largo plazo, cuando por desgracia todos estaremos muertos» (Streeck, 2018:156-157). Como había sucedido en el pasado, durante el periodo de restauración del orden social tras el debilitamiento de los ecos de la Revolución francesa, el capitalismo y sus gerentes mantuvieron como objetivo fundamental y sin fisuras «garantizar el poder a los propietarios» del capital. Con asombrosa nitidez lo expresó un periódico parisino durante la revolución de 1830: «Cuando la propiedad está amenazada, no hay opiniones políticas; no hay diferencias entre gobierno y oposición» (Fontana, 2019:149-150). ¿Dónde hallamos hoy, entonces, la oposición política a estas estructuras del poder financiero? La izquierda, explica mordazmente Hudson, se ha *thatcherizado*. El partido del Nuevo Laborismo de Tony Blair en Gran Bretaña, el Partido Socialista francés de François Hollande, o el partido PASOK de Grecia con George Papandréu bajo su dirección, constituyen algunos ejemplos del giro político que desplazó cualquier alternativa económica o financiera a la «privatización, a la austeridad o a la desviación de la presión fiscal desde el sector FIRE [financiero, inmobiliario y aseguradoras, por sus siglas en inglés] a la mano de obra» (Hudson, 2018:387, 389-390).

Esta alteración endémica de las democracias comenzó mucho antes, cuando las fuentes del crecimiento económico del *boom* de posguerra durante la década de 1970 empezaron a secarse. En aquel momento «los regímenes neoliberales y el capital», argumenta Davidson, penetraron en una turbulenta fase que inhibía a los Estados la posibilidad de actuar de «manera efectiva» y a largo plazo en favor del capitalismo mismo, situación que los condujo, en cambio, hacia una dirección en la que «la ideología» minaría las bases mismas de la «economía sensata». La gravedad fue más acusada cuando se hizo evidente que cualquier política reformista adquiriría el «potencial de constituir demandas revolucionarias en un contexto donde los regímenes» en permanente estado de excepción no podían «permitirlas». Aunque Davidson centra su minucioso análisis histórico y conceptual en la debacle neoliberal del Reino Unido, con ciertas aproximaciones a Estados Unidos, es decir, en el «twin metropolitan heartlands» del experimento neoliberal bajo regímenes democráticos, los elementos constitutivos de la historia que traza mantienen una cierta constancia global: pueden

observarse tanto en el caso griego tras la crisis de 2008, como en el laboratorio neoliberal que se estableció durante la dictadura ejercida con mano de hierro por el general Augusto Pinochet en el Chile de 1973. En general, al finalizar la década de 1970, el proyecto de crecimiento económico keynesiano se había agotado y la coyuntura fue aprovechada por una acción coordinada de la derecha mundial para dismantelar cualquier alternativa al proyecto neoliberal. Simultáneamente se llevó a cabo un ataque consciente del sindicalismo a través de diversas estrategias políticas y económicas: desde la devaluación salarial hasta la deslocalización del tejido productivo y el control efectivo del aparato estatal de las huelgas, lo que daría como resultado el debilitamiento de las bases de la izquierda política tradicional. En suma, después de la sepultura del capitalismo keynesiano del segundo periodo posbélico, tal y como observó acertadamente Eric Hobsbawm, «tanto la vía revolucionaria de Lenin como sorprendentemente la socialdemocracia de Bernstein perdieron toda posibilidad». Los cimientos del edificio reformista se estaban resquebrajando al mismo tiempo que la heterogénea clase trabajadora occidental fue abandonando buena parte de su condición de clase «unificada y unificadora». De hecho, este deslizamiento fue tan pronunciado que algunos sectores sociales, aferrados en el pasado a movimientos de izquierdas, abrazaron sin objeciones a partidos del liberalismo económico, como sucedió durante los regímenes neoliberales en el mundo angloamericano. No tardaron en brotar partidos radicales nacionalistas de derecha que sedujeron a muchos votantes de clase trabajadora (Hobsbawm, 2012:417-418). Fue precisamente Hobsbawm, con la publicación de «The forward march of labour halted?» en *Marxism Today*, uno de los «escasos analistas importantes», como ha subrayado Göran Therborn, en observar la «culminación del siglo del movimiento obrero». Si bien los «sellos políticos de la nueva era estaban todavía por estamparse», pronto serían indiscutibles: «Las victorias electorales de Thatcher y Reagan en 1979-1980 fueron seguidas por la capitulación del gobierno de Mitterrand ante el neoliberalismo en 1983 y el abandono del plan Rehn-Meidner por los socialdemócratas suecos» (Therborn, 2012:11). Y durante los años 1990, la euforia especulativa de las políticas clintonianas y sus retoños de la tercera vía europea formados en torno al centro-izquierda por los cuadros políticos de Blair, Jospin, Schröder, impusieron una severa restricción a cualquier movimiento político que se opusiera a la desregulación del sector financiero. La pronunciada desigualdad social ocasionada por una combinación de desindicalización, disminución de la provisión pública y una contracción de la demanda

agregada, fue contrarrestada por la asombrosa dilatación de la deuda privada que se infiltraba sin piedad entre la ciudadanía y el tejido empresarial. La etiqueta empleada para definir esta nueva era de especulación y endeudamiento fue la de «keynesianismo privatizado», con la que se pretendía describir la inédita «sustitución de la deuda pública por la privada» (Streeck, 2011). La hegemonía del capital financiero, sostenida sobre un andamiaje macroinstitucional, comenzó a asaltar los bastiones de la política pública y la provisión social, proporcionadas hasta entonces y desde el periodo posbélico por los Estados nacionales.

Y aunque el terremoto económico de la Gran Recesión de 2008 puso al descubierto los factores perturbadores de las manipulaciones financieras que lo provocaron, no hubo, empero, signos de rectificación. De hecho, en el epicentro de la crisis, la esperanza para la izquierda estadounidense, aunque no en exclusiva, encarnada por Barack Obama, fue «un caso único entre los presidentes norteamericanos»: no sólo incumplió sistemáticamente sus promesas políticas sino que terminaron siendo «precisamente lo contrario». A pesar de su notable popularidad, la política económica continuó drenando riqueza hacia los sectores sociales y empresariales de la cúspide social; durante su mandato presidencial la «desigualdad social y los niveles de pobreza» no dejaron de acrecentarse (Fontana, 2017:568-569). Mientras adoptaba una estrategia centrada en las políticas identitarias y culturales, guardaba en cambio «silencio con respecto a la agenda económica». Una agenda que avivó la retórica de Margaret Thatcher y Augusto Pinochet acerca del «capitalismo laboral» y la «propiedad de los medios de producción» en posesión de los trabajadores, con la expresa finalidad de pretender que la fuerza laboral asumiera de modo irrevocable la responsabilidad de los planes de jubilación, por ejemplo, al confiar sus ahorros a *money managers* (Hudson, 2018:390).

A *fortiori*, no debería extrañar que la asombrosa dilatación del gasto y el déficit públicos que la Administración Roosevelt realizara en 1938 (antes de entrar en una economía de guerra y después de liberarse de la cruz del patrón oro en 1933), combinado con una variedad de políticas de creación de «empleo público directo», constituyan ahora un elenco de propuestas políticas percibidas como una amenaza para el dominio avasallador del capital ficticio. Un *New Deal* rooseveltiano, argumenta correctamente Anwar Shaikh, «interferiría con los planes neoliberales de utilizar fuerza de trabajo barata internacionalmente, lo que permite no sólo un coste de producción más barato en terceros países

sino que también frena el crecimiento de los salarios en las metrópolis» (2011:55-58). Independientemente del agitado y controvertido debate acerca de si el liderazgo mundial de la recuperación del colapso de 1929 fue ostentado por Estados Unidos o bien por Japón, debate que Perry Anderson reaviva con Barry Eichengreen, al otorgar la primacía a la expansión monetaria y al estímulo fiscal de la economía nipona bajo el timón de mando del ministro de finanzas Takahashi Korekiyo (Anderson, 2019:82), lo cierto es que para que el capitalismo «recuperara la licencia de caza después de la Gran Depresión», la clase capitalista tuvo que pagar un costoso peaje. El «matrimonio forzado con la democracia social» tras la segunda posguerra ofrece un escenario del capitalismo avanzado más o menos convergente:

El Japón de la posguerra tenía una afiliación sindical entre 80 y 90 por ciento y un gobierno socialista hasta que fue eliminado por la ocupación estadounidense; en Alemania, los capitalistas más destacados del país estaban encarcelados hasta que fueron liberados por los estadounidenses para que ayudaran en la guerra de Corea, mientras en 1947 el manifiesto de la Unión Cristianodemócrata (CDU) declaraba que el capitalismo era una amenaza para los «intereses políticos y sociales vitales del pueblo alemán»; en Reino Unido, llegó al poder un gobierno laborista que nacionalizó alrededor de 40 por ciento de la capacidad industrial del país, mientras Estados Unidos todavía era el país del *New Deal*, en el que existían amplios controles de capital, un sector financiero muy regulado, fuertes sindicatos en la industria y programas sociales ambiciosos para compensar a sus soldados-ciudadanos los sacrificios que habían hecho por su país en el campo de batalla mundial (Streck, 2017a:227).

Ese mundo ha sido reconstituido varias veces tras casi medio siglo de ortodoxia neoliberal, dejando además un legado de desencanto político que contrasta con la espectacular politización de la sociedad del periodo de entreguerras (Tooze, 2018c). Aún más, la persistencia de una amnesia histórica entre buena parte de la masa crítica de intelectuales que, cercados por los límites del campo experto, no fueron capaces de percibir, por ejemplo, que las políticas de ajuste estructural que el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) impusieron despiadadamente durante las décadas de 1980 y 1990 en América Latina y en general a gran parte de las denominadas «economías emergentes», mantenían estrechas semejanzas con las políticas antisociales y de austeridad

impuestas a las economías del sur de Europa «afectadas por la Gran Recesión» (Stiglitz, 2017:15). Por eso, John K. Galbraith, al estudiar la crisis de 1929, «la crisis de mayor auge especulativo (...) de los tiempos modernos» (si exceptuamos el derrumbe de 2008 que lógicamente él no pudo ver), afirmó: «Es muy importante conservar viva la memoria de aquellos días (...) porque si hay algo que prevenga estos ciclos especulativos es el recuerdo de cómo, en el pasado, la gente substituyó la realidad por la ilusión y se pilló los dedos» (Galbraith, 1976:7). La memoria, sin embargo, es evanescente y la codicia ilimitada. En su soberbia *Historia del siglo XX*, Hobsbawm se lamentaba de esta dramática situación que nos conduce una y otra vez hacia el abismo: «Para aquellos de nosotros que vivimos los años de la Gran Depresión», es cuanto menos incomprensible que el apostolado ultraliberal, ampliamente denostado, haya «podido presidir nuevamente un periodo general de depresión a finales de los 1980 y comienzos de los 1990, en el que se ha mostrado igualmente incapaz de aportar soluciones» (Hobsbawm, 1995:110). En *Fictitious capital* Cédric Durand emite un juicio análogo al de Galbraith y Hobsbawm:

En el siglo XX, la euforia bursátil de los locos años veinte condujo a la Gran Depresión. Finalmente, en nuestra propia era, la burbuja de las puntocom y la burbuja de las finanzas de casino que siguió inmediatamente nos sumergieron en la Gran Recesión (...). La hegemonía de las finanzas, la forma de riqueza más fetichista, sólo se mantiene a través del apoyo incondicional de las autoridades públicas. Dejado a sí mismo, el capital ficticio colapsaría; y, sin embargo, eso también derribaría a todas nuestras economías a su paso. En verdad, las finanzas son un chantajista (Durand, 2017:114, 155).

El argumento de Durand nos envía directamente al citado nexo «Estado-finanzas» de Harvey: un territorio desprovisto de «control democrático o popular» cuya misión no ha sido otra que regular y controlar el «sistema bancario en beneficio del capital en general». En definitiva, el sector financiero promueve, como si de una regresión a la era victoriana se tratara, una «aristocracia financiera, un nuevo tipo de parásitos disfrazados de promotores de empresas, especuladores y directores meramente nominales; todo un sistema de fraudes y engaños con respecto a la promoción de empresas, emisión de acciones y negociación de éstas» (Harvey, 2019:242-243). Pero, para llegar a esta situación de enfermedad crónica entre los sistemas democráticos, a la que ha contribuido el capital libre

de restricciones y la mala política a escalas nacional e internacional, una vasta proporción de la izquierda no mostró la suficiente resistencia al *ethos* neoliberal. En efecto, hasta tal punto se produjo su menoscabo que «sus orígenes del siglo XIX se perdieron en la historia en favor del enfoque posmoderno»; un enfoque que ingenua o deliberadamente ha tratado de mostrar los complejos problemas de nuestro tiempo, o del pasado, mediante explicaciones simplistas reducidas a monocausalidades culturalistas o ideológicas. «La política económica», mientras tanto, se fue dejando en manos de «tecnócratas aparentemente objetivos reclutados en las filas derechistas»; o bien entre intelectuales rendidos incondicionalmente al servicio de la élite cosmopolita global que, al encarnar la economía de la eficiencia, no ha dejado de demostrar con insistencia y ¡todavía! que el mercado autorregulado es la única alternativa plausible para evitar la desintegración de los sistemas democráticos. Nada más significativo que la prudente distancia que guardan a escala global los partidos políticos herederos del reformismo socialdemócrata con la defensa de la provisión pública, las tasas impositivas al revivido capital rentista, o la rehabilitación de una «tributación más progresiva de la renta y de la riqueza en general». Un sistema que, finalmente, adquiere visos autodestructivos puesto que «condena a todos en general —consumidores y productores, comerciantes, terratenientes, e incluso a los mismos financieros— a un estado de servidumbre por deudas». De manera paradójica, hemos regresado a un estado de irracionalidad ideológica que subestima la teoría de la renta como base para distinguir «entre los ingresos del trabajo y los ingresos no ganados». El monopolio de la riqueza actual detentado por una clase rentista, cuyo control de mando de la máquina reguladora de los Estados le permite la evasión y elusión impositivas, es la misma problemática a la que se enfrentaron los economistas clásicos. Pero los John Bates Clark, defensores de la racionalidad económica esencialista de la era de los primeros *Robber baron*, hoy son multitud. Al definir cualquier ingreso como ganado despreciaban, como despreciarían después los apologetas neoliberales, la distinción que introduce la teoría de la renta clásica entre los «ingresos del trabajo» y aquellos otros beneficios obtenidos de la búsqueda especulativa de renta. Dicho de otro modo, los terratenientes de ayer constituyen el sector financiero de hoy «en la posición de principal sector rentista», elevado a rango de una auténtica «aristocracia postindustrial» (Hudson, 2018:68-71, 389, 398).

Cubriendo el vacío

Mientras vacían la democracia de todo contenido, acusan de «pulsiones autoritarias» a cualquiera que se oponga a este vaciamiento.

Marco D'Eramo

En este extraño mundo gobernado por la codicia, las democracias se vacían de todo contenido político. Pero el vacío democrático dejado por la política pragmática y del consenso arraigado en los partidos tradicionales ha sido cubierto por los denominados partidos «populistas», en especial de derechas, aunque no exclusivamente, los cuales tratan de movilizar a los «grupos marginados» para oponerse al sistema y a sus dirigentes (Streeck, 2017a:37). Es así como el ascenso de los partidos nacionalistas y las «pasiones anti-Estado», desde el Tea Party norteamericano hasta las formaciones políticas «antieuro» en Europa y la oleada reaccionaria en América Latina tras la consumación de la *pink tide*, mantienen como vector común una ciudadanía indignada que observa cómo sus gobiernos electos han sido «secuestrados por los banqueros para imponer la austeridad financiera y revertir la imposición progresiva clásica». En cierto modo, el capital financiero y sus cómplices en el gobierno «han fabricado en secreto un populismo oligárquico falso», en las antípodas de un sistema de igualación tributaria, o de cualquier regulación fiscal que no favorezca al capital financiero. No obstante, como ha sucedido con los partidos nacionalistas europeos, el Tea Party ha sido «capaz de desarrollar estrategias tácticas» hacia la «izquierda», donde se han ido suscribiendo las masas de desempleados, el precariado global, los resentidos irracionales y, por supuesto, las élites económicas que observan con agrado el descenso continuo de las exacciones tributarias al capital, así como la suculenta privatización de la provisión pública (Hudson, 2018:389, 398-399, 406).

Pankaj Mishra ha subrayado, en parte apoyándose en Gary Younge, el excesivo énfasis puesto por los analistas en la «vinculación entre la angustia económica y el nacionalismo de derechas»: «Muchos hombres y mujeres ricos, por no hablar de afroamericanos e hispanos, también votaron por un sobón compulsivo, y las clases prósperas de la India, Turquía, Polonia y Filipinas se mantienen inquebrantablemente leales a unos demagogos cada vez más impredecibles. Con estos argumentos Mishra mantiene lógicamente cierta suspicacia con el popular Thomas Piketty acerca de la victoria de Donald Trump y su relación orgánica con la «explosión de desigualdad económica y geográfica».

Mishra nos habla de resentimiento, de la caducidad del proyecto Ilustrado y de su visión fatalmente lineal de la historia; del fracaso del imperialismo neoliberal que ha generado una sociedad de individuos en «desconexión con la colectividad»; de una sociedad de «individuos emprendedores» enjaulados en una racionalidad de mercado y secuestrados por la «religión de la tecnología y el PIB», etcétera, lo que ha engendrado «una rebelión nihilista contra el orden mismo» (Mishra, 2017b:217, 229). Si bien comparte en lo sustancial su crítica, adolece del mismo sesgo antidialéctico que Marx observó en Proudhon, a saber, que el capitalismo como sistema social no podía interpretarse distinguiendo laxamente entre los aspectos «buenos» y aquellos otros que constituían su lado más abyecto (Davidson, 2013:920). La interpretación que hace Mishra no presta la suficiente atención a las contradicciones subyacentes del sistema que estallan constantemente en la superficie social. Contiene, a la postre, una forma de protesta subversiva en lo narrativo más que una alternativa al capitalismo realmente existente. Algo parecido ha sugerido Robert Pollin a aquellos que dicen defender un programa «multiuso y no detallado» de una economía basada en el «decrecimiento», en especial si la izquierda desea tomarse en serio un «proyecto mundial viable de estabilización del clima» (2018:30). La principal crítica es, por supuesto, metodológica y se puede observar con el pensamiento de Antonio Gramsci y Karl Marx y su indisociable vínculo entre el mundo de las ideas, las sensibilidades y las relaciones económicas. Porque, sin duda, existe una relación dual entre «la locura de la razón económica», que arrastra sus «efectos a través de la austeridad y la economía de libre mercado», y la reproducción social de «una locura paralela, que en este caso llega a la cólera, también en la esfera política». Los «antojos, necesidades y deseos» humanos se hallan en permanente estado de construcción y reconstitución, al mismo tiempo que lo hace el capital (Harvey, 2019:231, 66). Por eso, cuando Mishra invoca los temores de Alexis de Tocqueville ante las consecuencias niveladoras de la «revolución democrática» estadounidense, donde se fraguarían las promesas de la meritocracia, la justicia social, *inter alia*, y cuya forma de gobierno podría generar un inquietante mundo de «ambición desmesurada», «envidia corrosiva» y un estado social de «insatisfacción crónica», se sitúa en el lugar común de los analistas que no han dedicado la atención suficiente al estudio de la relación orgánica entre la teoría marxista de la infraestructura económica y «*la pensée toquevillienne* como teoría de la superestructura política» (Davis, 2018). Aspecto que queda claro cuando subraya con Tocqueville que esa «pasión por la igualdad se inflamara hasta alturas de furia

y conduciría a muchos a aceptar una restricción de sus libertades y a anhelar hombres fuertes en el gobierno»; o en la idea de que ha sido «nuestra obsesión cuantitativa» la que ha desplazado o excluido «durante mucho tiempo lo que no se puede contar: nuestras emociones subjetivas» (Mishra, 2017b:220-229). Como bien sabe Mishra, «los cambios en los modos de pensar, en las creencias, en las opiniones no suceden por explosiones rápidas y generalizadas sino, tal como argumentó Gramsci, suceden comúnmente por combinaciones sucesivas según fórmulas sumamente variadas» (Gramsci, 1981:100). No ha sido, por supuesto, la «pasión por la igualdad» la que ha multiplicado por doquier la degradación de las condiciones materiales y políticas de los perdedores del proyecto neoliberal. Ha sido el malestar social largamente preterido por la política consensuada en torno al neoliberalismo la que ha cumplido la función de legitimar el nuevo orden económico y de estatus alcanzado por los cosmopolitas de la era global, deslegitimando a la vez a los perdedores ante su presunta incapacidad cultural o moral, o su «brecha educativa». Como consecuencia, los conflictos sociales derivados de la desnivelación de la riqueza económica y el incremento de la desigualdad de oportunidades, así como el subsiguiente inmovilismo de la estructura social, han sido sutilmente catalizados por una química política, nada novedosa por cierto, cimentada en el nacionalismo sustancial, el chovinismo territorial y, por ende, en la xenofobia y el racismo.

Los «principales partidos y sus expertos en relaciones públicas», junto al aparato burocrático estatal, ha escrito Streeck en su perspicaz artículo «El retorno de lo reprimido», no tardaron en responder ante la «amenaza letal» que supone para las democracias parlamentarias la emergencia de estas posiciones políticas extremas. Pero su respuesta fue tan ambigua como la seductora e insidiosa relación mantenida con la ortodoxia neoliberal que, de hecho, había creado toda una acumulación de despojos sociales que dio como resultado una ciudadanía exacerbada que ahora pretendían combatir. «El concepto empleado en esta lucha y rápidamente incluido en el vocabulario posfáctico» no fue otro que «populismo», en el que fueron estrujadas o estiradas, como los viajeros que dormían en el lecho de Procusto, todas las «tendencias y organizaciones de izquierda y de derecha que rechazan la lógica TINA [*There Is Not Alternative*] de la política responsable bajo las condiciones de la globalización neoliberal». Si bien el problema subyacente no ha sido otro que el campo de batalla entre «el capitalismo global y el sistema estatal», los conflictos sociales derivados han sido interpretados con demasiada frecuencia, o instrumentalizados de forma deliberada, como simples actitudes irracionales de una ciudadanía

incapacitada para valorar adecuadamente las ventajas de la nueva dinámica del capitalismo (Streeck, 2017b:16, 13). En suma, mientras las élites cosmopolitas y sus incondicionales apoyos políticos «vacían la democracia de todo contenido», culpan de «pulsiones autoritarias» a aquellos que manifiestan su oposición a este «vaciamiento». Pero, allí donde proliferen «medidas antipopulares» se exacerbarán las masas que sufren las restricciones; y sus emociones, sin duda, estarán muy ligadas a su bolsillo. Sin perfrasis lo ha expresado Marco D'Eramo:

¿Que quieres sanidad para todos? Vaya un populista (sobre todo en Estados Unidos). ¿Quieres que tu pensión aumente en función de la inflación? ¡Pero qué pedazo de populista! ¿Quieres poder mandar a tus hijos a la universidad sin desangrarte? Ya sabía yo que, en el fondo fondo, eras un populista. Así es como los bufones de la oligarquía tachan de populista a cualquier instancia popular (2013:39-40).

Cada vez es más evidente la incapacidad de «concretar una salida viable de la intolerable crisis» en la que se halla el turbulento mundo actual, una incapacidad compartida por las «élites capitalistas y sus acólitos académicos e intelectuales» y por las «fuerzas de izquierda tradicional», sometida a una fragmentación al parecer imparable y por ello mismo más debilitada para oponerse a los dominios del capital. Tras algo más de cuatro décadas de ofensiva de la derecha mundial, combinado con el colapso del socialismo soviético post 1989 y la lamentable y errónea desacreditación del marxismo, la izquierda, incluso en sus versiones más radicales, «quedó fuera de los canales de la oposición organizada o institucional», anhelando, no sin cierto espíritu panglosiano, que las «acciones de pequeña escala y el activismo local» pudieran hacer brotar de algún modo una «gran alternativa satisfactoria». Una izquierda que «por extraño que parezca acoge una ética de antiestatismo libertaria e incluso neoliberal» y se sostiene «intelectualmente por pensadores como Michel Foucault y todos los que han vuelto a juntar los fragmentos posmodernos bajo el estandarte de un posestructuralismo en gran medida incomprensible que favorece las políticas identitarias y se abstiene de los análisis de clase» (Harvey, 2014:14). Con demasiada frecuencia, cuando se hace alusión a la lucha de clases, los «teóricos multiculturales tienden a lanzar advertencias» contra lo que denominan «esencialismo de clase», es decir, a la reducción de las luchas racistas y antisexistas» a meros epifenómenos; «no obstante, si echamos un vistazo rápido a cómo funcionan vemos que (con raras excepciones) simplemente ignoran la lucha de clases».

Aunque su vocación nominal está formada por la tríada «sexo-raza-clase», no afrontan «realmente la dimensión de clase». Ésta se halla fuera del vocabulario común del «discurso multiculturalista» (Žižek, 2018:289). De ese modo, mientras las políticas neoliberales se han extendido en forma de privatizaciones de la provisión pública, desregulación de los sectores industriales y financieros, desintegración de los movimientos sindicales, inversión decreciente en los sectores productivos, etcétera, fortaleciendo así el poder del capital ficticio, las pérdidas han sido compensadas a través, por ejemplo, del «reconocimiento de las reivindicaciones de género y multiculturales». Esta contumaz abstención conceptual y empírica de las herejías económicas y de los conflictos derivados de la lucha de clases no alcanza a comprender, dice con elocuencia Shaikh, que el capitalismo cambia permanentemente de apariencia con el fin de mantener intacta su naturaleza que no es otra que la perpetua búsqueda de beneficio (Shaikh, 2011:46).

Por ello no debería de extrañarnos que el *establishment* incondicional y sus fieles mediáticos despertaran del letargo tranquilizador de la política centrista, asombrados ahora por la terrible irrupción del trumpismo o la inesperada escapada del Reino Unido del viejo continente. Lo cierto es que su asombro es la prueba indiscutible de la incapacidad adquirida mediante entrenamiento, por usar la expresión de Thorstein Veblen, para rehuir sistemáticamente cualquier análisis dialéctico de la naturaleza del capitalismo. Mientras éste se ha revestido desde hace décadas con diversos ropajes neoliberales, cambiando de apariencia y reajustando sus elementos reactivos a los movimientos sociales identitarios y culturales, el creciente poder del sector financiero ha evolucionado como un auténtico leviatán antidemocrático. Nada más significativo que el enorme desembolso público de los países del capitalismo avanzado hacia los dominios insaciables de las finanzas, que entre el «otoño de 2008 y principios de 2009» había superado por cuatro décimas el equivalente a 50 por ciento del PIB mundial (Anderson, 2019:55). Tal vez sería pertinente dejar por un momento «las guerras culturales» para centrar la atención en primer lugar en los asuntos de la economía política, por ejemplo «garantizar o no la propiedad privada»; la organización fiscal y tributaria entre Europa y sus componentes «locales, regionales o nacionales»; las limitaciones y posibilidades de la «solidaridad fiscal de las economías ricas con regiones o Estados pobres; las incertidumbres y desequilibrios presupuestarios», el insostenible peso de la deuda pública y privada; el impulso necesario de políticas industriales; la «regulación de los mercados financieros y

laborales»; políticas unificadas y progresivas de recaudación tributaria, etcétera (Streeck, 2017a:232-233).

Porque mientras el rigor analítico de la naturaleza del capital ha sido reemplazado por la moralidad culturalista, las ruinas sociales se han ido extendiendo irremisiblemente y, con ello, se ha exacerbado el resentimiento social. Allí donde el neoliberalismo se ha desarrollado de forma más completa, la desigualdad social ha estallado con más fuerza contra la política «responsable» del consenso liberal. Según ciertos informes de la ONU, aunque el Reino Unido constituye la «quinta economía más grande del mundo, una quinta parte de su población (14 millones de personas) vive en la pobreza y 1.5 millones de ellos sufrieron indigencia en 2017». Por su parte el *hegemon* del siglo XX, Estados Unidos de América, albergaba en su interior al escribir esto 40 millones de hombres y mujeres en estado de pobreza y 18.5 malvivían en los límites de la pobreza extrema (ONU, 2018, 2019). ¿Qué tipo de argumento, si no es decididamente demagógico, lábil y tramposo puede presentarse para defender la idea de que esta devastación social no ha sido, de hecho, la consecuencia de varias décadas de políticas económicas deliberadamente antisociales? Desde el corazón de Europa en Hungría a la Polonia del PiS (Ley y Justicia), hasta el Brasil de Bolsonaro, o la Filipinas de Duterte, podemos observar la acumulación de infames consecuencias que han dejado a su paso el tsunami neoliberal y el dogma del libre mercado. ¿No fue acaso la «periferia desindustrializada», heredera del thatcherismo más duro, la que se alió en contra de la élite londinense «sellando el destino de la permanencia en la Unión Europea»? (Hazeldine, 2017:60). ¿No fueron los trabajadores blancos de los «condados industriales de Ohio» los que tras su confesa fidelidad a las promesas incumplidas del gobierno Obama desertaron «hacia Trump», justo cuando experimentaban una «nueva oleada de huida de puestos de trabajo a México y a los estados sureños»? (Davis, 2017b:8) ¿No constituyó la errónea decisión adoptada en noviembre de 2008 por Trichet al frente del BCE de rechazar la provisión de «liquidez a las economías del este de Europa» la que provocó que Hungría tuviera que «solicitar un humillante crédito de emergencia al FMI», lo que generó irremediablemente una reacción nacionalista que contribuyó dos años después a la victoria aplastante del partido de vocación ultraderechista Fidesz, Unión Cívica Húngara? (Durand, 2019:224). La crisis económica demostró, una vez más, la fuerza irreverente de los antagonismos de clase tan denostada por los analistas posmodernos inmersos en su propio limbo abstracto poscapitalista, al igual que por sus presuntos contrapuntos ideológicos fieles al liberalismo centrista. Como ha sugerido Durand, no sin cierta ironía justificada, tal vez las clases sociales que sufrían sin piedad el

estancamiento salarial no pensaban exactamente lo mismo que los «banqueros centrales y los funcionarios gubernamentales», los cuales «compartían la idea de que el interés público y la estabilidad financiera eran una y la misma cosa» (Durand, 2019:233). Lo cierto es que la amarga realidad cotidiana de la gente común no podía ser calificada como poscapitalista, dependía cada vez más de un salario decreciente bajo unas condiciones laborales agravadas por un estado de crisis permanente. Pero, entonces, ¿qué idea, por simple que fuera, podía ser administrada e inoculada a conveniencia para mantener a raya cualquier atisbo de subversión social más allá de puntuales manifestaciones coléricas? En *La edad de la ira* Mishra desnuda coherentemente la realidad que subyace bajo el tropo del «empresimientamiento» y la penetrante «retórica del empoderamiento». Bajo la utopía «neoliberal del individualismo», en la que todos deben de pensar y actuar como empresarios en un mundo económico dinámico y flexible, inventivo y en constante mutación tecnológica, jóvenes recién graduados o con escasos estudios se hacían multimillonarios de la noche a la mañana en el área de San Francisco, y usuarios de Facebook, Twitter y WhatsApp parecían capaces de derribar regímenes totalitarios en todo el mundo. Pero los conductores de coches de Uber, que trabajan a destajo por tarifas increíblemente bajas, representan el verdadero destino de muchos «empresarios» autónomos. El capital no cesa de cruzar fronteras nacionales en busca de beneficios, arrojando desdeñoso a la papelera de la historia oficios y normas que la tecnología ha dejado obsoletos (Mishra, 2017a:278-279).

Esta naturaleza de destrucción schumpeteriana (no tan creativa) del capital comenzó a ampliarse a una escala sin precedentes durante la década de 1980. Desde ese momento el gran consenso político no ha sido otro que la defensa casi sin fisuras de los «mercados libres, libre comercio, libre circulación de capitales y otros derechos humanos» bajo la vigilancia de Estados Unidos y «sus aliados, de acuerdo con sus normas y sanciones, sus recompensas y sus represalias». Sin embargo, entre el público liberal las voces críticas con el libre comercio han sido demasiado indolentes. «Muy pocos liberales han impugnado seriamente los principios del libre comercio, argumenta Perry Anderson, así como la primacía de Estados Unidos o el imperio del derecho internacional consagrado en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), cuyas decisiones ha podido determinar en general Estados Unidos a su voluntad. El orden internacional liberal sigue siendo un icono preciado» (Anderson, 2019:98-99). Más extraño aún es observar esta incondicionalidad entre amplios sectores de la izquierda política, cuyas críticas han sido mordaces contra el neoliberalismo, y su desgaste

progresivo de las políticas sociales; aunque esa causticidad apenas ha tenido la debida correlación con la lógica del capitalismo de libre comercio. Al respecto, Deepak Nayyar, en «Globalization and free trade: theory, history, and reality», ha argumentado sólidamente que el «comercio internacional es una parte integral, si no la vanguardia, de la globalización». «El comercio internacional» que puede plantearse dentro de un amplio abanico de arreglos institucionales, «no es lo mismo que el comercio sin restricciones», ambiguamente llamado «libre». Y continúa:

Los últimos años han sido testigos de la formulación de una lógica intelectual para la globalización que ha transformado la globalización misma, junto con el libre comercio, en una «ideología virtual» de nuestros tiempos, tanto que ambos son percibidos como un medio para garantizar no sólo la eficiencia y la equidad, sino también el crecimiento y el desarrollo en la economía mundial. Una creencia que, sin embargo, no puede ser validada por la realidad (Nayyar, 2007:69).

Contrariamente al proyecto neoliberal y a la fragilidad de los modelos macroeconómicos dominantes, Shaikh ha expuesto que «casi todo el crecimiento exitoso orientado a la exportación ha venido con políticas selectivas de comercio e industrialización». No existen, de hecho, pruebas empíricas que demuestren que la liberalización total del comercio haya producido fuertes tasas de crecimiento económico. Allí donde han surgido países con economías florecientes, la planificación política corregía la discrecionalidad del mercado y sólo se defendía el libre comercio cuando éste ofrecía «ventajas comparativas». Argumentos que pueden ser verificados «no sólo en los últimos tiempos, sino incluso en el pasado», cuando las economías avanzadas del capitalismo se hallaban inmersas «escalando la escalera del éxito». Por el contrario, la «liberalización total» de las economías chilena (que mantuvo un crecimiento menor del 1 por ciento per cápita entre 1974-1989), mexicana (después de 1985), o argentina (1991), que Shaikh cita como ejemplos representativos de América Latina, desencadenó la aniquilación a un mismo tiempo de «sectores débiles» como potencialmente fuertes y, sin duda, conllevó un «gran costo social durante un largo periodo» (Shaikh, 2007:50-68). Asimismo, «la centralización burocrática excesiva dentro de cualquier aparato estatal o imperial tiene a veces (pero sólo a veces) consecuencias negativas en la innovación y el crecimiento». En su acervo crítico del «dogma liberal y neoliberal según el cual un control excesivo por

parte del Estado es siempre nocivo», Harvey ha subrayado que han sido los «Estados burocratizados y autoritarios» los que han dominado las curvas de crecimiento económico del «capitalismo contemporáneo», por ejemplo Japón, Corea del Sur, Singapur, Taiwán y, más recientemente, China. Conviene acentuar, de nuevo, que la ética antiestatista no ha sido exclusiva del dogma ultraliberal. Ciertas corrientes izquierdistas no han dejado de proclamar las virtudes de la descentralización del aparato estatal y han coincidido de paso con el énfasis puesto por personajes como Bill Gates y Deng Xiaoping en la «descentralización organizada» como forma de «control fuertemente centralizada» (Harvey, 2017:238). Esto ha llevado a la emergencia de fuertes tensiones políticas entre espacios autónomos por la asignación de recursos fiscales y también por el desesperado anhelo de capturar flujos de capital de inversión extranjera. En otras palabras, la ofensiva coordinada y políticamente consensuada contra el «Estado grande», sin llevar a cabo la precisa distinción entre la «Gran Oligarquía y la economía mixta de la era progresista (lo que se solía llamar socialismo)», diluye la energía social y política necesarias para «regular y gravar la riqueza» y, finalmente, acaba favoreciendo las decisiones colectivas de las élites en el poder, «al estilo de los hermanos Koch» (Hudson, 2018:102).

Por todo lo argumentado hasta aquí, sería inverosímil disociar la globalización económica del *ethos* neoliberal y por supuesto de la asunción del capital ficticio, cuya combinación molecular ha allanado el camino hacia una crisis orgánica. Crisis que, de acuerdo con Gramsci, se producen cuando «en cierto punto de su vida histórica los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales» y sus dirigentes ya no son reconocidos incluso «por su clase o fracción de clase». Cuando se precipitan estas crisis, «la situación inmediata se vuelve delicada y peligrosa, porque el campo queda abierto a soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras representadas por los hombres providenciales o carismáticos». Lo que realmente es revelador de esta situación es «la inmadurez de las fuerzas progresistas» (Gramsci, 1999:52-53). ¿Cómo podemos, entonces, interpretar de forma ampliada las consecuencias de esta crisis orgánica?

Crisis orgánica y alienación universal

El capital produce alienación tanto en sus
atuendos objetivos como subjetivos.

David Harvey

En su notable formulación en torno de la naturaleza de la crisis del capitalismo global, Harvey ha planteado tres «contradicciones peligrosas» cuya indisoluble relación constituye «un claro y presente peligro para la supervivencia del capitalismo en la era actual» (e incluso de la vida tal como la conocemos). En primer lugar, una desproporcionada relación metabólica con la naturaleza, que genera de manera consecutiva un deterioro acelerado de la ecosfera, donde confluyen y se retroalimentan las consecuencias del impacto antrópico con el calentamiento global. Segundo, un «crecimiento acumulativo ininterrumpido» que se desenvuelve en un escenario global dominado por la «escasez de oportunidades de inversión rentable» y la expansión sin límites del capital ficticio, «sobre el que se ha perdido todo tipo de control». Para la tercera contradicción peligrosa, Harvey ofrece una versión ampliada del concepto de alienación de Marx; concepto usado con escasa frecuencia en *El capital* aunque prolijo en trabajos anteriores, en particular en los *Grundrisse*: «El valor en Marx es trabajo alienado socialmente necesario. Dado que el capital es valor en movimiento, la circulación del capital implica la circulación de formas alienadas». De ese modo, la relación humana con la naturaleza y la propia naturaleza humana quedan subsumidas dentro de la lógica de acumulación del capital (Harvey, 2019:232). Esta última contradicción fluye ininterrumpida e inextricablemente con las dos precedentes, es decir, con el deterioro de la ecosfera y el crecimiento económico acumulativo *ad infinitum*, y tiende a reproducir «una inestabilidad política y geopolítica cada vez más problemática tanto dentro como a través del sistema estatal». A partir de este planteamiento Harvey otorga un carácter universal al concepto de alienación e intenta esbozar cuáles podrían ser sus manifestaciones más significativas. Comienza con la más obvia, a saber, «el surgimiento de partidos nacionalistas de derecha y el populismo autoritario representado por Erdogan, Modi, Sisi, Orban, Trump y Putin». Cabe precisar que esta deriva macroestructural de forma irrevocable aparece también encarnada en una vasta constelación de conflictos individuales. Una nueva alienación sellada a una escala ampliada en la mirada de «tragedias personales» que atraviesan cardinalmente el globo: epidemias; alcoholismo; declive de la esperanza

de vida; suicidios de agricultores en Corea del Sur, en la India, o entre los trabajadores de la gran factoría de la tecnología global FoxConn (Shenzhen); el drama de la vida cotidiana de desempleados, subempleados y desahuciados; asesinatos de campesinos en América Latina, etcétera. Es evidente que cuando Marx definía los contornos de las leyes del capital, el capitalismo apenas dominaba «un rincón relativamente pequeño del mundo (Gran Bretaña, Europa Occidental y la costa este de los Estados Unidos)». Y lógicamente, durante el periodo en el que el capitalismo permaneció más o menos restringido a ese núcleo originario, las incertidumbres de la acumulación perpetua o los efectos no deseados del cambio climático no constituían «serias amenazas» (Harvey, 2018:424-439). No obstante, el carácter ecuménico constituye una especificidad inherente de la naturaleza de la evolución histórica del capitalismo y, por tanto, como Marx y Engels observaron en *El manifiesto* (1848) con un abrumador carácter presciente de la globalización neoliberal, la burguesía «impulsada por la necesidad de mercados siempre nuevos» ha cubierto el mundo en toda su extensión (Marx y Engels, 2011).

El capital no es el único agente volitivo en la nueva reconstitución revolucionaria de la economía mundial. La intensidad de los flujos migratorios o la competencia voraz de la fuerza de trabajo global, en correlación con las «complejas cadenas mercantiles» en mercados nacionales asimétricos, han puesto de relieve, junto a la reestructuración del capital, una «gama de tensiones y respuestas políticas que varían desde los movimientos antiinmigrantes a la reactivación de fervores nacionalistas». Así, los estallidos sociales desde Turquía a Brasil; la denominada «Primavera Árabe»; las protestas frente a los vetustos muros de Wall Street (Occupy); los movimientos secesionistas en Londres, Escocia, Cataluña y Hong Kong; la reactivación ultraconservadora en el Brasil de Bolsonaro; y los «gobiernos de extrema derecha en Hungría, Polonia y Estados Unidos»; apuntan hacia un clímax de «disidencia, descontento e incluso desesperación». Bill Keller, en «The Revolt of the Rising Class», nos persuade de buscar en las protestas de la Turquía de Erdogan elementos de desesperación radical. Se trataría, según el autor, de revueltas alimentadas y protagonizadas por la «clase media»: «Los ricos urbanos y educados que son de alguna manera los principales beneficiarios de los regímenes que ahora rechazan» (Harvey, 2019: 229-231).

Keller ofrece, sin embargo, las pinceladas de un retrato impresionista y no arroja luz sobre una realidad subyacente mucho más compleja. Por supuesto, su argumento no pierde por ello credibilidad, aunque debe ser matizado. Sin

duda, la idea que subyace fue formulada con elocuencia por Hobsbawm al analizar el desmoronamiento y fragmentación de las «viejas ideologías de izquierda» que, entre otras consecuencias, dieron lugar a un «pensamiento radical o de izquierdas, pero sustentado en una base de clase media». Sus inquietudes, «por ejemplo, el medio ambiente, o la vehemente hostilidad a las guerras del momento», no necesariamente albergarían correspondencia «directa con las actividades del movimiento obrero», que además ya estaba sufriendo los estragos económicos y sociales de la desindustrialización y deslocalización productiva en las economías del Atlántico Norte. De hecho, las preocupaciones y exhortaciones de la heterogénea *middle class* podían antagonizar con los miembros residuales de la clase obrera (o de sus semejantes que iban a multiplicarse en las economías emergentes de las postrimerías del siglo XX, para los que la supervivencia dependía de actividades económicas que, por cierto, emitían toneladas de gases contaminantes a la atmósfera). Con gran frecuencia las aspiraciones de «transformación social» de la nueva clase media «constituían una protesta más que una aspiración». Podían autodefinirse como «anticapitalistas», pese a que no tenían una «idea clara del capitalismo» y mucho menos de lo que proponían como alternativa a éste (Hobsbawm, 2011:422).

Lo cierto es que gran parte de las ruinas sociales del mundo actual están arraigadas en un rendimiento decreciente de las clases medias. No es ya una novedad que para aspirar a pertenecer a dicho privilegio de la estructura social se deba transitar, casi de forma inexorable, por la vía de la «deflación por deudas». Es decir, conlleva «asumir una deuda hipotecaria para comprar una vivienda propia, créditos de estudios para acceder a la educación necesaria para conseguir un buen empleo, un préstamo para el coche con el que ir al trabajo y una deuda de tarjeta de crédito sólo para que el deudor pueda mantener su nivel de vida mientras va hundiéndose en el pozo» (Hudson, 2018:49, 402). Con el revelador título *Under Pressure. The squeezed middle class*, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) ha puesto de relieve el debilitamiento espectacular de dicha condición social. Desde hace tres décadas en países con economías tan dispares como Hungría, Suiza, Alemania, España, Grecia, Islandia o Portugal, los ingresos de las clases medias «aumentaron un tercio menos que el ingreso promedio de 10 por ciento más rico». Unos ingresos decrecientes que se han ido ajustando con un drástico incremento de los precios de los activos básicos del «estilo de vida de la clase media». El precio de la vivienda se incrementó hasta «tres veces más rápido que el ingreso medio de los hogares» durante las

dos últimas décadas. Lo mismo sucedió con respecto al acceso a recursos básicos de salud pública y educación universal. La clase media ya no podía ser considerada el «centro de gravedad económica». Las certidumbres económicas, laborales y, en última instancia, existenciales de los *baby boomers* se desvanecían en el territorio líquido de los *millennials*. Ahora, uno de cada seis trabajos de «ingresos medios» se hallaba amenazado por un «alto riesgo de automatización». Los gastos superaban a los ingresos en algo «más de uno de cada cinco hogares» autoidentificados como clase media. Por su parte, el «sobreendeudamiento» era superior para los ingresos medios que para aquellas clases sociales de ingresos bajos y altos (OCDE, 2019:13-14, 24). Aunque sea posible discrepar de la debilidad de ciertos argumentos en Piketty, lo cierto es que su diagnóstico fue refrendado por el secretario general de la OCDE: «Nunca en la historia de la OCDE la desigualdad en nuestros países fue tan grande como hoy» (Lessenich, 2019:184).

En opinión de Mishra, si bien nuestras emociones y otras derivadas subjetivas no deberían sustraerse de las elegantes ecuaciones economicistas (en cuyo nombre decía Pierre Bourdieu se desata una terrible violencia social), son éstas las que colaboran en la depresión de nuestras condiciones materiales y hacen que aflore un estado de *ressentiment* social. Es cierto que con el fin de orientarnos mejor en este mundo caótico necesitamos «ante todo mayor precisión en los asuntos del alma» (Mishra, 2017b:229). Por eso «Margaret Thatcher, después de todo, se propuso no sólo cambiar la economía, sino también cambiar el alma», y en eso, explica Harvey, «tuvo cierto éxito». Tal vez convenga recordar aquí con Jean-François Lyotard que la irrupción a una escala sin precedentes del «contrato temporal», tan afín a los nuevos mercados posfordistas de trabajo «flexible», ha ido alterando de forma intensa a las «instituciones permanentes en la esfera profesional, emocional, sexual, cultural, internacional y familiar, así como también en los asuntos políticos». Porque, al contrario de la economía vulgar, «el capital produce alienación tanto en sus atuendos objetivos como subjetivos» (Harvey, 2019:66; 2007:8; 2018). En ese sentido, Travis Kalanick, miembro selecto del club de ultrarricos de la generación X y fundador de Uber, les dijo a sus incondicionales: «Nos gusta pensar en Uber como el cruce entre el estilo de vida y la logística, donde el estilo de vida es lo que quieres y la logística es cómo llegar allí. Si podemos conseguir un coche en cinco minutos, podemos conseguirte algo en cinco minutos» (Moon, 2015:11). La evanescencia de cualquier racionalidad en tales palabras evoca el severo juicio de Hobsbawm sobre los huecos mensajes de ciertos sectores del movimiento estudiantil de

1968: «Nadie con un mínimo de experiencia de las limitaciones de la vida real, o sea, nadie verdaderamente adulto, podría haber ideado las confiadas pero manifiestamente absurdas consignas del mayo parisino de 1968 o del «otoño caliente» italiano de 1969: «tutto e subito», esto es, «lo queremos todo y ahora mismo».¹ Escepticismo que, una vez más, vino a confirmar el historiador cuando observó las ocupaciones de las proximidades de Wall Street y otros dominios del sector financiero y bancario que le llevó a afirmar que «esos manifestantes que plantaron su tienda de campaña en terreno enemigo no eran 99 por ciento frente a los superricos». Constituían, como en tantas otras ocasiones, lo que se ha denominado el «ejército de escenificación» del movimiento intelectual, «el destacamento de estudiantes y bohemios dispuestos a movilizarse, que armaba escaramuzas con la esperanza de que acabasen convertidas en batallas» (Hobsbawm, 2013:195). Por eso, Nancy Fraser ha reiterado la ambivalencia como el rasgo más característico de la naturaleza política de los movimientos sociales. Así, mientras el alzamiento social del simbólico año de 1968 arrojó sus mordaces críticas contra las formas de protección institucionalizadas y sacó a la «luz jerarquías y exclusiones sociales injustas», en contraste, al adoptar la forma de insurrección, la batalla librada por los sectores políticos neoliberales consistió en desacreditar la «protección social» por «encadenar la libertad» de los individuos (Fraser, 2013:134-139). Therborn concluye con observaciones parecidas: el movimiento de 1968 desgastó el «patriarcado y la misoginia», deslegitimó el «racismo institucional» y minó la «diferencia y la jerarquía». Pero tras esta subversión cultural observamos la circunstancia paradójica de que «ha sido absorbida en su mayor parte por el capitalismo avanzado, por medio del informalismo de las industrias de alta tecnología, una oleada de altas ejecutivas, la normalización de los derechos de los homosexuales, o los matrimonios del mismo sexo» (Therborn, 2014:13).

Cuando Tim Cook y otros «individuos que personifican la avanzadilla del capitalismo global», observa Slavoj Žižek, «apoyan rotundamente los derechos LGBT+», deberían despertar entre el público liberal las debidas suspicacias, o al

¹ Eric Hobsbawm sabía perfectamente que 1968 distaba de ser una revolución, «pero fue mucho más que el «psicodrama» o el «teatro callejero» desdenado por observadores poco afectos como Raymond Aron. Al fin y al cabo, 1968 marcó el fin de la época del general De Gaulle en Francia, de la época de los presidentes demócratas en los Estados Unidos, de las esperanzas de los comunistas liberales en el comunismo centroeuropeo y (mediante los silenciosos efectos posteriores de la matanza estudiantil de Tlatelolco) el principio de una nueva época de la política mexicana» (1995:301, 326).

menos las mismas que despiertan la homofobia o el racismo fuera y dentro del mundo Occidental. Sin duda, esto no debería disuadirnos, continúa el filósofo, de apoyar a este movimiento social, sí en cambio «debería hacernos conscientes del trasfondo político-ideológico del asunto». El trasfondo no es otro que la recusación analítica de la lucha de clases, tal como vimos con anterioridad (Žižek, 2018:288-289). Al conceder una excesiva autonomía a los elementos discursivos y culturales, aislados virtualmente de los factores económicos, de forma paradójica, o tal vez no por lo mencionado, se reproduce aquello que se desea combatir. Es decir, se tiende ingenuamente a promover una aculturación global del proyecto neoliberal. De esa manera, mientras grandes compañías del utopismo tecnológico, el denominado modelo GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft), reafirman su compromiso incondicional con la «vibrante comunidad empresarial LGBT+» a través de la Rainbow Chamber of Commerce Silicon Valley,² han favorecido, por el contrario, un control monopolístico de los activos inmateriales de la era de las plataformas digitales, con lo que han obstruido la entrada al mercado de nuevos competidores y emprendedores: «Cuando un grupo dispone de intangibles puede distribuirlos a una escala inmensa. Esto favorece que las primeras empresas en entrar en un mercado, la primera en tener una idea, sea la que se haga con el control de ese mercado y, por tanto, obtenga los costes más ventajosos». «Con la ideología de Silicon Valley», el sistema capitalista «se ha vuelto reaccionario» (Bonet, 2019).

Cabe resaltar que el control monopolístico no se limita al «poder del mercado»; gracias a la concentración de las utilidades tecnológicas y de gestión, se transforma asimismo en un «monopolio legal» sobre ciertos «elementos del conocimiento». Ahora, en la fortaleza inflexible de los «derechos de propiedad», como ha escrito Ugo Pagano, se ha gestado una nueva era dominada por el «capitalismo de monopolio intelectual». Dado que el conocimiento no puede definirse dentro de un «espacio físico limitado», su control privado implica un «monopolio global» que restringe dramáticamente la «libertad de muchas personas en múltiples ubicaciones» (Durand y Milberg, 2019:6). Durante las últimas décadas, además, se ha constatado la variable dependiente del «capital humano» formado en la periferia y en el centro del sistema mundial y puesto a disposición de las grandes corporaciones de la era digital, «muchas de ellas con sede o con

² Puede verse en <https://rainbowchamber.org/about/> (consultado por última vez el 26 de febrero de 2020).

puestos de capital riesgo en Silicon Valley». Esta forma de «desarrollo» cimentada en la «acumulación de conocimiento y habilidades como un recurso productivo y una fuerza crucial de producción», argumenta Raúl Delgado Wise, «ha experimentado un proceso similar y está sujeto a las mismas condiciones del capital en otros sectores». Y continúa:

Esto incluye la concentración y centralización del capital, un proceso que tiene como objetivo reducir los costos laborales, transferir los riesgos asociados a los productores no capitalistas y capitalizar los beneficios apropiados a través de la propiedad de las patentes del conocimiento o la tecnología social incorporada en el proceso de producción (Delgado, 2019b:165).

Estos factores perturbadores de la economía política y de la lucha de clases, disociados convenientemente de la virtual emancipación de ciertos sectores sociales por medio de la inocente retórica culturalista y del optimismo iluso del fetichismo tecnológico, evocan el inflexible juicio de Marx acerca del trabajo cooperativo tras la experiencia del periodo de 1848 a 1864. Por «excelente que sea este principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias». No otro es el auténtico motivo por el que ciertos «aristócratas bien intencionados, filantrópicos charlatanes burgueses» y desde luego «economistas agudos», se han decidido con tanta vehemencia «a colmar de repente de elogios nauseabundos al sistema cooperativo, que en vano habían tratado de sofocar en germen, ridiculizándolo como una utopía de soñadores o estigmatizándolo como un sacrilegio socialista». Para lograr la emancipación de las «masas trabajadoras», el movimiento cooperativo debe lograr un vínculo de carácter nacional: «Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos» (Marx, 1864/1924:10). No es tan difícil observar en estas líneas a los Tim Cook y otros «charlatanes» de la ofensiva del capitalismo global.

Ahora, bajo la espesa niebla ideológica que anima al apostolado del silicio, las aspiraciones del comunitarismo autónomo de una parte considerable del izquierdismo que trata de salvar las dislocaciones sistémicas mediante la presión local o la fragmentación volitiva, encuentran una imprevista correspondencia

en la laxitud de las comunidades políticas virtuales que con su *smartphone* y su devoción por la nivelación democrática, por supuesto ipropagada a golpe de *tweets!*, han debilitado la propia esencia de la política. Desde esa perspectiva reduccionista, «todas las fallas del sistema humano», sostiene con sarcasmo Evgeny Morozov, se vuelven triviales «si disponemos de suficientes aplicaciones» (2016:12, 16). «Es una paradoja de nuestro tiempo», expresaba Hobsbawm en uno de sus últimos trabajos dedicado a la función social de los intelectuales, que la «irracionalidad política e ideológica» de la sociedad más «sistemáticamente antiintelectual del presente» no halle restricción alguna para convivir con la «tecnología avanzada; en realidad, usan ese recurso» (2013:195-196). Basta con observar la abrumadora expansión de una ciudadanía absorta en la inagotable hipérbole mediática y solipsista que han generado los mundos virtuales de WhatsApp e Instagram y que evoca la famosa afirmación de Thatcher «La sociedad no existe, sólo los individuos», para constatar el argumento hobsbawmiano.

La expansión de la irracionalidad y la restricción de la libertad no se han limitado únicamente al control del conocimiento, o del monopolio del mercado por parte del modelo *big tech* y sus incondicionales utópicos tecnófilos. La visión de un mundo liberado de la explotación de la fuerza laboral, gracias a la potencia «disruptiva» de la eficiencia tecnológica, liderada por la economía de las plataformas digitales y armada de toda una nueva nomenclatura de la que rumia plácidamente el público liberal y sus *geeks* intelectuales, no es más que pura mitología propagandística. La nueva economía digital y su modelo de servidumbre laboral, denominado con el eufemismo *gig economy*, se ha ido extendiendo pródigamente, impulsando la «externalización y deslocalización de la producción de bienes y servicios» sin precedentes, al mismo tiempo que ha contribuido a exacerbar la desigualdad social. Las menguantes perspectivas de empleo inducidas por la automatización de la producción que Martin Ford ha expuesto en su popular *El auge de los robots*³ son, por el momento, matizadas por Guy Standing. De hecho, «con independencia de lo que hagan o no en el futuro, las

³ Al parecer, y en ausencia de una política consciente, la automatización de los procesos de producción es un hecho imparable: «De acuerdo con la Federación Internacional de Robots, entre 2000 y 2012 la demanda mundial de robots industriales creció en más de 60 por ciento, con unas ventas totales que ascendieron a cerca de 28 mil millones de dólares en 2012. El mercado de mayor crecimiento es, sobre todo, China, donde las instalaciones robóticas han crecido cerca de 25 por ciento anual entre 2005 y 2012 (...) estamos asistiendo al inicio de una oleada explosiva de innovación que producirá robots destinados a llevar a cabo casi cualquier tarea comercial e industrial» (Ford, 2016:20, 23).

tecnologías aún no han producido paro masivo». Aun si se considera que el desempleo global ha crecido, este factor no puede dissociarse del crecimiento demográfico y de la expansión de las cadenas de producción globales que «han multiplicado por más de tres la oferta mundial de mano de obra» (Standing, 2017:31).

Sin embargo, allí donde la tasa de desempleo se ha visto reducida después de la crisis financiera de 2008, ha sido gracias a una combinación de prodigiosas reformas legislativas (imputadas de derecha a izquierda del espacio político) que han elevado el subempleo a categoría cuasi universal. Esta nueva razón jurídica ha sido incorporada por la retórica de la economía neoclásica y su defensa sin fisuras del ultraindividualismo; o como ha subrayado Therborn con el ideal de una «sociedad de emprendedores», al que se ha sumado una parte del mundo académico en aras de explotar ese inocente modismo; y todo ello con el atrezo neoliberal a caballo entre la «economía colaborativa» y la perpetua innovación individualista ajustada a la oratoria hayekiana (Carrillo, 2018). Además, un *ménage à trois* entre «telefonía inteligente, sistemas de pagos sin efectivo» y, por supuesto, la emergencia de una nueva clase social que Standing ha puesto en circulación global con el citado término «precariado», han elevado el fetichismo tecnológico a una especie de *ethos* poscapitalista. Compañías como Handy, Luxe, Drizly, BorrowMyDoggy, Deliveroo, TaskRabbit, ThumbTack, o plataformas de externalización del trabajo creadas por Amazon (Upwork, PeoplePerHour, etcétera), son taxativamente calificadas por Standing como «entidades rentistas». Al actuar como meros «intermediarios laborales», gracias a su prodigiosa innovación *app*, pueden llegar a percibir 20 por ciento de las transacciones realizadas, a veces incluso más. ¿Podríamos denominar a dicha forma de extracción de renta con el término deliberadamente ambiguo de «economía colaborativa»? Con la sinceridad de uno de los directores ejecutivos de esas plataformas, el autor de *La corrupción del capitalismo*, acentúa la idea que subyace en esta nueva versión de servidumbre en la era de los monopolios digitales: «Puedes contratar a 10 mil personas durante 10 a 15 minutos. En cuanto han terminado, esas personas sencillamente desaparecen» (Standing, 2017: 208-209).

Resulta paradójico, aunque no sorprendente dada la imparable desintegración de los proyectos políticos colectivos, que los «régimenes laborales nacionales de posguerra», instituidos en los campos de batalla del movimiento obrero con el fin de proteger las contingencias del mercado autorregulado, han acabado

siendo subvertidos por una intensa «competencia internacional» que ha instalado en las economías del capitalismo avanzado, y más allá de sus fronteras, la precariedad, los «empleos cero horas, trabajo *freelance* y de reserva». A pesar del vacuo entusiasmo del público progresista, o precisamente por ello, la denominada «economía colaborativa», entregada como alternativa a un capitalismo depredador, ha provocado que los «riesgos laborales» acaben siendo privatizados e individualizados. Aún más, los tiempos y espacios de la vida personal, del descanso, de las relaciones íntimas y familiares, terminan fundiéndose orgánicamente con los del trabajo (Streeck, 2017a:43). Y mientras las condiciones laborales se recrudecen, ilos *geeks* del *establishment* han proclamado que *Das Kapital* «está caducado»! Estamos en el momento propicio, han proclamado a *la Fukuyama* Mayer-Schönberger y Ramge, para «cerrar la puerta de la historia y eliminar oficialmente el término «capitalismo»». Una nueva era dominada por la democracia de la *Big Data* desplazará al «capital financiero y empresas», por «mercados ricos en datos» que «empoderarán a los seres humanos para que trabajen directamente entre sí», sustituyendo incluso precios por datos «como el principio organizador clave de la economía» (Morozov, 2019:74).

Esta nueva aristocracia tecnológica parece que ahora, en definitiva, puede prescindir del trabajo humano y no sólo en las sociedades del Occidente posindustrial. De acuerdo con Mike Davis, la escalera descendente de la clase trabajadora tradicional y su fuerza sindical y política, inercia en la que debemos incluir a los países emergentes (BRICS), «ha marcado una época». En el mundo Occidental «la erosión del empleo industrial a través del arbitraje, la subcontratación internacional y la automatización, han ido de la mano» del crecimiento abrumador de la «precariedad en el sector servicios», el auge de las plataformas digitales y la digitalización de los trabajadores de cuello blanco, así como el descenso del trabajo público sindicado. Como resultado de esta depresión global ha surgido un «nuevo darwinismo social» que, «si bien exacerba el resentimiento de la clase trabajadora contra las nuevas élites y los ricos tecnológicos, también ha reducido y contaminado las culturas tradicionales basadas en la solidaridad, aumentando los movimientos antiinmigración de la nueva derecha». Y a pesar de que el proyecto neoliberal fuese definitivamente enterrado, la amenaza que se cierne sobre la automatización global de la producción y la «gestión rutinaria», e incluso del trabajo experto de la investigación científica, no parece ya una idea tan descabellada (Davis, 2017a). Debería, por esa razón, levantar cierta desconfianza el hecho de que los «capitalistas de riesgo» de Silicon Valley respalden las

propuestas de renta básica al igual que lo hace una parte considerable de la izquierda radical, evidentemente por razones diferentes. Sin embargo, aunque los primeros temen por el decrecimiento de la demanda efectiva inducido por sus nuevas tecnologías, los segundos se deslizan con cierta fragilidad entre la ecuación de la demanda keynesiana y el loable objetivo de «proporcionar una seguridad económica básica», dado que la «seguridad total no sería ni factible ni deseable» (Standing, 2018:13). El problema, conocido por la mayor parte de los defensores de la renta básica, no se reduce al aumento de la demanda efectiva cubierta por la asignación de un salario básico; de hecho, según Harvey, «no serviría de nada si los fondos especulativos compran casas embargadas y patentes farmacéuticas y elevan los precios (en algunos casos astronómicos) para llenar sus propios bolsillos con la creciente demanda efectiva ejercida por la población». El irracional incremento de las «matrículas universitarias, las tasas de interés usurarias en las tarjetas de crédito, todo tipo de cargas ocultas en las facturas telefónicas y el seguro médico [todavía resguardado allí donde el estado de bienestar no ha sido totalmente neoliberalizado] podrían devorar todos los beneficios». Con seguridad, las bases de la estructura social podrían verse beneficiadas de forma más eficaz a través de una «intervención reguladora estricta» con el fin de mantener un control sobre los «gastos vitales», limitando «la gran acumulación de riqueza que se produce en el punto de realización» del valor (Harvey, 2019:64).

Argumentos que invariablemente conducen al típico error analítico, con frecuencia sesgo ideológico, que consiste en disociar la fuerte interdependencia transfronteriza geográfica, social, económica o cultural, que existe entre la creación y la realización de valor. Esta perspectiva reduccionista impide una discusión simultánea y enriquecedora del funcionamiento del capitalismo global y, lo que es más acusado, su enorme coste social. Después de todo, el capitalismo contemporáneo se encuentra en una fase de interdependencia difícil de soslayar. Davis, apelando a un ejercicio de abstracción, ofrece un cuadro sugerente de tipos ideales que contribuye a entender el fenómeno. Por un lado, los nuevos talleres del mundo «superindustrial» situados en la franja costera de la masa continental de Asia Pacífico, cuya oferta productiva depende irrevocablemente del mercado de consumidores de la «financiera-terciaria del Atlántico Norte»; regiones que no podrían prescindir de la «hiperurbanizante-extractiva» geografía africana. Por otro lado, «un cuarto tipo ideal de sociedad en desintegración» está formado por la «exportación de refugiados y mano de obra inmigrante», un

rastro de desesperación humana que se extiende por la geografía global. Debemos, no obstante, completar la taxonomía de la globalización neoliberal con la historia pendular de una desindustrializada-extractivista de América Latina que, después del *turn to the left* de la primera década del siglo XXI, se halla envuelta en una nueva situación política dramáticamente reaccionaria. En opinión de Davis, las abstracciones no son fiables, no lo son para confiar el futuro a una clase como sujeto histórico emancipador y no lo son porque suelen carecer de una rica variedad de detallismo empírico. Por eso, «contemporary Marxism must be able to scan the future from the simultaneous perspectives of Shenzhen, Los Angeles, and Lagos if it wants to solve the puzzle of how heterodox social categories might fit together in a single resistance to capitalism» (Davis, 2017a).

Perspectivas simultáneas, repercusiones recíprocas

Neben uns die Sintflut!

(¡Junto a nosotros el diluvio!)

Stephan Lessenich

91

La advertencia de Davis adquiere una significación ampliada en *La sociedad de la externalización* del sociólogo Stephan Lessenich, cuyo título en alemán es mucho más clarificador: *Neben uns die Sintflut. Die externalisierungsgesellschaft und ihr preis*.⁴ Las consecuencias de la externalización de la producción material del núcleo original del capitalismo han sido, a lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía mundial, tan desestabilizadoras como, en cierto modo, imprevisibles. Sin duda, constituye un proceso que ha desatado de forma permanente múltiples conflictos derivados. La multiplicación de industrias extractivas primarias en gran parte de América Latina y de África, la contaminación del aire a una escala sin precedentes, la virulencia de epidemias, o los daños psicológicos que se exportan a los mercados de los bordes exteriores del capitalismo avanzado, comprenden algunos de sus más abyectos ejemplos. En *Neben uns die Sintflut!* no hay determinismos: «Lo que hay frente a la sociedad de la externalización tampoco es un mundo homogéneo». Las desigualdades en los países

⁴ La edición en alemán es de 2016; en español está publicada por la editorial Herder, Barcelona, 2019.

del capitalismo avanzado son considerables, pese a que desde un punto de vista macroeconómico no alcanzan la mordacidad del Sur global. Metodológicamente, Lessenich es subversivo en medio de un mundo académico controlado por expertos. La «otra cara de la modernidad occidental» sólo puede analizarse por medio de un ejercicio intelectual complejo, indagando en las conexiones, captando las relaciones de dependencia, «las estructuras de relaciones globales y las repercusiones recíprocas». Los desastres ecológicos no desaparecen desde esta perspectiva en las diluciones contingentes de la *casualidad* que, como decía la sabiduría de David Hume, suele ser la inútil excusa para reprimir «cualquier investigación ulterior», dejando «al escritor en el mismo estado de ignorancia que el resto de la humanidad» (Hume, 2008:144). Así, la bauxita extraída en países como Brasil, donde se talan extensas zonas de selva tropical, aparece inopinadamente en las tazas de café de los sofisticados consumidores de cápsulas de usar y tirar. La limpieza de basura digital de redes sociales como YouTube o Instagram, con el fin de evitar rebasar «nuestra tolerancia moral», brota externalizada «en países lejanos, casi siempre en el Sudeste Asiático». Allí, trabajadores «de carne y hueso hacen manualmente por nosotros el trabajo sucio de su recogida, designada con el eufemismo de *Commercial Content Moderation*». Además de percibir un «sueldo miserable, luego sufren daños psíquicos. Los sufrimientos que el cierre mudo del horror de las imágenes causa en la propia cabeza abarcan desde la pérdida de la libido, pasando por insomnios, hasta depresiones, alcoholismo y desconfianza paranoica hacia otras personas (Lessenich, 2019:16-19, 195, 203).

Esta degradante y sofisticada fórmula de explotación laboral descrita por Lessenich se combina con otras formas más tradicionales de extracción de plusvalor, ampliamente conocidas pero ensombrecidas por el ruido mediático del fetichismo tecnológico. Por ejemplo, mientras la compañía Apple Computer ubicada en la ciudad californiana de Cupertino obtiene «una tasa de ganancias de alrededor de 28 por ciento», la multinacional taiwanesa FoxConn, que fabrica las computadoras en Shenzhen, China, puede alcanzar una tasa de beneficio de 3 por ciento: «Existe una gran brecha entre el lugar donde se crea el valor, que es en Shenzhen, y el lugar donde se realiza, que se encuentra en los Estados Unidos». De este modo, como parte del proyecto neoliberal, las corporaciones privadas (Walmart, The Gap, Ikea, Inditex, entre otras) obtienen enormes beneficios en el mercado internacional, mientras reconfiguran de forma radical el mercado laboral global: «Los mayores empleadores de mano de obra en los

Estados Unidos en la década de 1960 fueron General Motors, Ford y US Steel. Ahora, son las sociedades de cartera de McDonalds, Kentucky Fried Chicken y Walmart. En estos últimos campos la oferta laboral es cada vez más precaria» (Harvey, 2018:431). Y dicha condición laboral se está extendiendo globalmente y con ella se ha exacerbado el malestar social y político, tal como se ha dicho. La insaciable naturaleza del capital, cuya tendencia histórica no es otra que maximizar la tasa de ganancia a través de nuevos mercados, destruyendo las antiguas formas de vida y de trabajo y con ello rehaciendo el mundo social a su paso, al liberarse de las restricciones del capitalismo keynesiano del periodo posbélico, nos ha sumergido a *todos* en el diluvio neoliberal.

Hoy la principal fuente de empleo en el país con el PIB nominal más alto del mundo, Estados Unidos, la proporciona Walmart, si bien sus trabajadores «no pueden sobrevivir con el salario que perciben en régimen de jornada completa», lo que los arrastra de forma implacable a recurrir a la beneficencia de los «cupones para alimentos». Una tendencia a reforzar la disciplina laboral que, por cierto, ha sido generalizada en aquel país desde los 1980, cuando los sectores financiero, bancario e inmobiliario (el «auge del rentista»), acompañados de sus incondicionales publicistas y expertos en *marketing*, expulsaron a la producción industrial del podio de la renta nacional (Standing, 2017:38). Así fue como las necesidades de asistencia nutricional de los hogares estadounidenses, amortizadas por las instituciones de salud pública, se incrementaron de 19.6 por ciento en 1989 a 31.8 por ciento en 2015. Al escribir estas líneas hasta 6 millardos de dólares anuales provenían del Programa de Asistencia Nutricional Suplementaria, entre otras modalidades de provisión pública cuya finalidad no ha sido otra que sostener un régimen laboral flexibilizado liderado por empresas como Walmart; mediante tales estrategias draconianas las «corporaciones relevantes» se abastecen de dinero público por medio de subsidios indirectos. Pero, *Neben uns die Sintflut!*: los algo más de 5 millones de estadounidenses que viven en «condiciones de pobreza absoluta, que la ONU califica como «propias del tercer mundo» (ONU, 2018), encuentran sus semejantes en la destrucción no tan creativa a la que también está contribuyendo Walmart (en la India! Allí, el estudio de Kheya Bag informa sobre una «ley sin precedentes» que ha eliminado las «restricciones a la inversión extranjera en el sector de la alimentación minorista, dando entrada a Walmart y otras multinacionales a expensas de millones de pequeños comerciantes indios, sin ninguna garantía de que mejore la infraestructura de producción y distribución de alimentos que tantos desnutridos deja»

(Bag, 2013:155). Dicha versión ampliada de la explotación de la fuerza de trabajo global halla su expresión original en el análisis de Marx cuando sostenía, como ha escrito Fontana en su obra póstuma *Capitalismo y democracia*, que la «esclavitud oculta de los obreros en Europa» era determinante y complementaria al fenómeno de la «esclavitud de las plantaciones americanas» (Fontana, 2019:145). Esta reconfiguración geográfica de los mercados y del trabajo se amplió con la terapia de choque de las políticas de ajuste estructural por parte del BM y el FMI, cuya finalidad teórica era paliar la crisis de la deuda de finales de la década de 1970 en la periferia del sistema. Esa purga ideológica tuvo profundas consecuencias en la reestructuración de las economías periféricas y acrecentó abrumadoramente el sufrimiento humano. En tanto se alimentaba políticamente la contracción de la inversión industrial y la reducción del empleo público, aparte de canalizar la inversión nacional hacia rentas extractivistas, la «variable secreta y culpable de las ecuaciones neoclásicas del ajuste económico» depositaba sobre las espaldas de «mujeres pobres y sus niños» la pesada carga «de la deuda del tercer mundo». Así fue como en China, y en términos generales en las «ciudades industrializadas» del Sudeste Asiático, «millones de mujeres jóvenes se engancharon a las cadenas de producción y a las miserias de las fábricas». En todo el Sur global la «desindustrialización» y la creciente tasa de desempleo formal entre los hombres, «acompañada con frecuencia por su emigración», condujo irrevocablemente a las «mujeres a buscar el sustento como trabajadoras a destajo, vendedoras de licores y lotería, en la venta ambulante y en oficios varios como peluqueras, costureras, limpiadoras, recogedoras de trapos, niñeras y prostitutas» (Davis, 2014:203-209). La racionalidad monetarista de Milton Friedman coincidió con la coyuntura de la crisis de la década de 1970. En aquel momento los «bancos de inversión de Nueva York» se encontraban inundados de una cantidad de petrodólares procedentes de los países del Golfo; exasperados por hallar nuevas fronteras de «inversión en una época en la que el potencial de inversión rentable en Estados Unidos estaba exhausto, se dedicaron a prestar masivamente a países» de la periferia, fue el caso de México, Brasil, Chile o Polonia. Pronto las tensiones se hicieron sentir, cuando estalló la crisis de la deuda externa en 1980; más de 40 países, fundamentalmente latinoamericanos y africanos, de acuerdo con Harvey, tuvieron que afrontar serios problemas para «pagar sus deudas cuando los tipos de interés aumentaron repentinamente a partir de 1979» (Harvey, 2016:21-23). Por último, según las perspicaces observaciones de Hirschman, el deseo irresistible a instancias de Washington de convertir a los países latinoamericanos en

clientes había sido consumado. Los «prestatarios latinoamericanos fueron cortejados por los prestamistas» y guiados por «la vía del jardín», tras la cual se les suministró convenientemente el *Volcker shock* de las tasas de interés vertiginosamente crecientes (Hirschman, 1987). Las consecuencias también se presentaron en Estados Unidos, cuando «Paul Volcker, recién nombrado presidente del Banco de la Reserva Federal de Estados Unidos por el presidente Carter (1977-1981), elevó los tipos de interés a alturas sin precedentes», lo que provocó que las tasas de desempleo alcanzaran niveles similares a las del crac del 29 (Streck, 2011). Desde entonces la tradicional soberanía de los Estados quedó socavada por la hegemonía de las finanzas y para asegurarse de que su poder fuera inquebrantable y que el dinero regresara con los pertinentes intereses a las cajas fuertes de los bancos, las políticas de ajuste estructural fueron la norma, más que la excepción, en todo el mundo (Harvey, 2016). En consecuencia se produjo un enorme crecimiento de las desigualdades sociales y económicas en el nivel mundial, aunque en la topografía social del Sur global la desigualdad, en cualquiera de sus formas, fue abrumadora. No de otro modo cabe explicar el despiadado incremento de la «emigración forzada» que se ha producido desde la periferia del sistema. Así lo ha planteado Delgado:

Es crucial darse cuenta de que en el contexto capitalista actual, la migración ha adquirido un papel nuevo y fundamental en la división del trabajo nacional e internacional. El desarrollo desigual genera un nuevo tipo de migración que puede caracterizarse en términos generales como migración forzada (...) es un hecho que la dinámica del desarrollo desigual ha llevado a condiciones estructurales que fomentan la migración masiva de poblaciones desposeídas, marginadas y excluidas (2019a:9).

Hablando de la experiencia latinoamericana, José A. Ocampo ha subrayado que la respuesta neoconservadora a los cauces de devolución de la deuda internacional durante la «década perdida» de 1980 desencadenó, «el episodio económico más traumático» de la historia de aquella región. Durante aquel nefasto periodo «la región retrocedió de 121 por ciento de promedio del PIB per cápita mundial a 98 por ciento, y de 34 por ciento a 26 por ciento del PIB por habitante de los países desarrollados». Las instituciones supranacionales actuaron en defensa de los intereses especulativos de los acreedores, al reducir a los países a meras variables que debían cumplir con la servidumbre de la deuda. La región fue sin duda la «víctima» propiciatoria de una estrategia de la solución de la

crisis, no sólo de la deuda interna, también de la «crisis bancaria estadounidense» (Ocampo, 2014:40). En todo ello, asimismo, podía hallarse el rastro del pensamiento programático de la derecha mundial contra políticas típicamente keynesianas. Parecía que, sin embargo, con el giro a la izquierda impulsado cuasi continentalmente por el terremoto político y social de la revolución bolivariana, cuyo epicentro se situó en la elección de Hugo Chávez como presidente de Venezuela (1999-2013), se estaba sepultando el paradigma hegemónico del «Consenso de Washington». Lo cierto es que pronto se hizo evidente que las inversiones de capital y la explosión de demanda efectiva de materias primas procedentes de la extraordinaria industrialización de China, demostraron una vez más que la clásica imagen de las economías periféricas podía ofrecer un cuadro hiperrealista de regiones delimitadas por un patrón intensivo de especialización, combinado con altos niveles de desigualdad y abundancia de recursos naturales. En este aspecto, nada más revelador que las cifras de las cinco principales exportaciones de bienes primarios y materias primas del conjunto de países de la región (con excepción de México y Costa Rica) que en 2014 representaban nada menos que 80 por ciento del valor total de las exportaciones dirigidas al pujante mercado chino. Y es que la decuplicación del comercio internacional de productos primarios en Argentina o Brasil, por ejemplo, desde principios del siglo XXI que estimuló un vigoroso crecimiento económico de 8 por ciento, no fue sino a expensas de transformar a esos países en una «vasta plantación de habas de soja» (Harvey, 2016:217). Grandes regiones fueron adaptadas a los requerimientos agrícolas para plantaciones de cultivos de uso múltiple, es decir, los denominados *flex crops* o «cultivos comodín», destinados a uso alimentario o bien como fuentes de energía teóricamente sostenibles basadas en los biocombustibles. En otras palabras, la industria y el crecimiento económico no se orientaron hacia una dirección opuesta a la exportación de materias y bienes primarios. No fue, por tanto, fruto de la coincidencia que el recrudecimiento de la pobreza en la región coincidiera con el debilitamiento de los precios de materias primas, la moderación del crecimiento global y un deterioro de los flujos de capital. Factores perturbadores que, a su vez, provocaron que el vigoroso crecimiento de 5 por ciento de la primera década del siglo XXI fuera reemplazado por tasas más austeras de 1 por ciento (OCDE/Cepal/CAF, 2015:22-23, 45-46). Cuando desde 2012 las tendencias apuntadas se acrecentaron, la favorable disminución de los niveles de pobreza, que habían sido reducidos de 45.9 por ciento de principios de siglo a 28.5 por ciento según estimaciones para 2014 (lo que

atenuó también la extremadamente pobre de 12.4 a 8.2 por ciento) comenzó a invertirse. El escenario económico neoextractivista había cubierto relativamente y por un tiempo las fallas sociales de la región, pero su carácter procíclico y volátil se hizo evidente cuando el ciclo de acumulación de capital se agotó y con ello el número de personas calificadas oficialmente como pobres podía alcanzar en 2017 la dramática cifra de 187 millones, o sea, 30.7 por ciento de la población latinoamericana (Cepal, 2018).

Previsiblemente el incremento de la desigualdad en la región pronto precipitó los movimientos sísmicos de protesta social de la gente común. Nora Lustig ha escrito que cuando se consideran de forma rigurosa los factores combinados del «retroceso en el bienestar de la población de los países de América del Sur», tras la finalización del ciclo de acumulación de capital inducido por la exportación de materias primas, con la debilidad de los «sistemas de pensiones y salud», el aumento de «precios de combustibles de primera necesidad en varios países, debido a la reducción de los subsidios gubernamentales», entonces, la intensidad de las «protestas como rebelión hacia la desigualdad adquieren todo el sentido». Por tanto, ese descontento social no puede considerarse en exclusiva como un «movimiento de protesta», ya que el voto popular de gran parte de los países de la región se caracterizó por un voto contrario al *establishment* con independencia de su vocación política: «Fue un voto de protesta frente a la pérdida de poder adquisitivo, el desempleo y la erosión de beneficios provenientes del gobierno» (Lustig, 2020:61, 56).

Con anterioridad se ha expuesto que no hay un vector único volitivo de la protesta política global. Al respecto, Fontana escribió en su monumental obra *Por el bien del imperio* que este despertar político de los albores del siglo XXI hunde sus raíces en «la resistencia de unas capas populares» que no aceptan las incertidumbres de un «futuro de indefensión y pobreza a que les condena el nuevo orden triunfante». Desde las protestas emanadas en el corazón de Europa hasta las «revoluciones de la Primavera Árabe», las revueltas sociales en Gabón, Camerún, Burkina Faso, Costa de Marfil o la República de Yibuti en el África Subsahariana, o los estallidos sociales en Chile desde octubre de 2019, albergan, sin embargo, una común y enérgica oposición al sistema. La retirada de las élites y la corrupción privada que asalta a los sistemas de provisión pública constituyen factores de peso que han favorecido el malestar social en todo el mundo. Fueron largos años de «desposesión, con los campesinos perdiendo la tierra y emigrando hacia las ciudades, con unos gobiernos incondicionales a las instituciones supranacionales

del orden global» (Fontana, 2013:974-976). Mientras en Europa los programas de consolidación fiscal (control del déficit y austeridad) tras la crisis de 2008 allanaban el camino hacia la depresión social, fuera de ese heterogéneo continente las organizaciones supranacionales del fundamentalismo económico llevaban trabajando más de cuatro décadas para extender por la topografía social de la periferia del sistema los programas de ajuste estructural. En cualquier caso, el modelo político al que se aspiraba no era otro que el nefasto proyecto neoliberal angloamericano. Los resultados fueron decepcionantes, el mundo se encontró peligrosamente ante el abismo de su propia autodestrucción.

La dinámica global y nacional del desarrollo capitalista, la división internacional del trabajo, el sistema imperialista de las relaciones internacionales de poder y los conflictos que rodean la relación capital-trabajo y la dinámica del capital extractivo, han conducido a la mayor polarización económica, social, política y cultural entre países, regiones y clases sociales que se registra en la historia de la humanidad (Delgado, 2019c:51-52).

Desde el vuelco neoliberal en la década de 1970, el capital quedó fuera de los marcos de planificación política que corregía las discrecionalidades de las operaciones económicas privadas. El mercado se volvió absurdamente oligopólico: desde las corporaciones textiles y alimentarias, a los conglomerados farmacéuticos y sus socios Monsanto, hasta las nuevas estrellas de la economía mundial, las poderosas *big tech*, todos participaban de la irracionalidad del capital ficticio y se hallaban orgánicamente integrados en el nuevo leviatán antidemocrático del Estado-finanzas; todos compartían la lógica de crear valor en los talleres industriales de la periferia del sistema, o en los mercados laborales del centro después de haber devaluado globalmente las condiciones de trabajo y la masa salarial. Ahora bien, los compromisos con las inmorales del mercado y las miserias de la externalización no sólo podían atribuirse a los propietarios del capital. Por supuesto que entre los cómplices de la externalización y la deslocalización de los efectos negativos de la globalización neoliberal se hallaban los «grandes consorcios» y los gobiernos, así como las «élites económicas y políticas». No obstante, el «principio de desarrollo a expensas de otros» también ha sido ejercido con la aprobación tácita y la «participación activa de amplias mayorías sociales» (Lessenich, 2019:27, 19). Basta observar, por ejemplo, el asombroso crecimiento del «consumismo compensatorio» entre las clases trabajadoras

que se complementa con el tradicional consumo de «bienes hedonísticos» de las élites, lo que hace que todas las clases sociales se sumerjan en un «despilfarro conspicuo» (Harvey, 2019:236). Lo que hoy es una epidemia global ya constituía una advertencia insular del activista socialista William Morris en la Inglaterra victoriana: «¿Es posible que no les deje perplejos, como a mí, pensar en la masa de cosas que ningún hombre en su sano juicio podría desear, pero que nuestro trabajo inútil produce y vende?»; cosas que «no son riqueza, sino desperdicio» (Morris, 1885/1994:185). Esa insaciable búsqueda de «satisfacciones de antojos, necesidades y deseos» que jamás será cumplida, adquiere su paralelismo lógico con el «crecimiento compuesto» en el campo productivo: «La gente y los productos que les corresponden son los necesarios para que el capital satisfaga el requisito del crecimiento compuesto indefinido». Esta forma salvaje de consumo no es más que la *reductio ab absurdum* que ha legitimado la acumulación virtualmente ilimitada del capital (Harvey, 2019:236-237).

Así, el nuevo escenario de «crecimiento sin empleo» que ha comenzado a invadir los talleres robotizados de FoxConn, en el corazón de la China industrial, donde la presión ejercida sobre los cuerpos de los trabajadores que debían «cumplir programas de producción muy agresivos» y que obtuvo como resultado una «epidemia de suicidios» en 2010 (Ford, 2016:27), se mantiene alejado con prudencia del público liberal de las economías financiarizadas en las que las orgías hiperconsumistas (*Black Friday*, el nuevo opio del pueblo para tasas salariales estancadas o decrecientes) adquieren una fisonomía irracional. En efecto, el consumo se ha transformado en una peligrosa forma económica adictiva cuya restricción puede tambalear las frágiles bases de la economía mundial; sólo en Estados Unidos, por citar el núcleo del capitalismo avanzado occidental, el consumo aporta en torno de 70 por ciento del PIB. Hay que subrayar de nuevo que lo que ha sostenido la acumulación de capital después de la ofensiva de la derecha mundial en 1970 y «el colapso de los movimientos de la vieja izquierda», socavada tras el hundimiento definitivo de la Unión Soviética en 1991, no ha sido la búsqueda de utilidades a través de la eficiencia productiva. El crecimiento económico ha estado encarnado por las manipulaciones financieras y sus operaciones moralmente cuestionables de tipo especulativo, con lo que alienta de ese modo «el consumo por medio del endeudamiento» (Wallerstein, 2015:38-39). Desde la década de 1980, con unas «tasas de interés decrecientes y un crédito cada vez más fácil», el consumo no dejó de crecer «como una boya en un mar de deudas». Así fue como a pesar de la contracción de los salarios reales, los hogares se

vieron «tentados» y obligados con demasiada frecuencia a adquirir bienes y servicios con «créditos cada vez más baratos» y cuyo único fin no era otro que sostener una economía de consumo (Shaikh, 2011).

De ese modo, «bajo el hechizo» del inagotable «consumo posfordista», entrelazado con la «política como entretenimiento posdemocrático», Streeck se pregunta, «¿cuánta gente sigue creyendo que puede haber bienes colectivos por los que merezca la pena luchar?» ¿Cuál será el «sujeto revolucionario» que nos redima de la consolidación fatal de la «tecnocracia neoliberal autoritaria»? ¿Qué fuerza política y social será capaz de «*desglobalizar el capitalismo*»? (Streeck, 2017a:230, 236). ¿Una clase media nivelada por la cruz de la deflación por deudas? ¿Un precariado global cuyas condiciones laborales se han igualado peligrosamente a las condiciones inhumanas del proletariado de la era victoriana? ¿Será, acaso, el vasto ejército proletarizado de la China industrial, o los trabajadores de talleres cautivos de Bangladesh? ¿Tal vez las consecuencias de la actividad antrópica sobre la ecosfera interrumpirán la deriva de esta era de irracionalidad política global? Y, en todo caso, ¿podremos continuar defendiendo con rigor una economía mundial sustancialmente adicta al crecimiento económico, al despilfarro hiperconsumista, a la abrumadora y consciente destrucción tecnológica del empleo y, aún más, al agotamiento de los recursos naturales del globo? ¿Deberemos elegir entre una regulación macroprudencial que nos sustraiga de los riesgos de un incontrolado y absurdo capital ficticio, combinando adecuadamente las debidas correcciones de austeridad fiscal ajustadas a las presiones neoliberales? O, en todo caso, ¿aspiraremos a vigorizar un keynesianismo expansivo que acreciente la demanda efectiva virtualmente ilimitada de consumidores irracionales?

Vientos en contra

El futuro no sólo no puede ser una prolongación del pasado, sino que hay síntomas externos e internos de que hemos alcanzado un punto de crisis histórica.

Eric Hobsbawm

No se trata de un simple arcaísmo recordar aquí con la perspicacia de Friedrich Engels en *Dialectics of Nature* que «por cada victoria que creamos haber conseguido sobre las fuerzas de la naturaleza», ésta «acaba vengándose de nosotros. Cada

victoria, es verdad, en primer lugar produce los resultados que esperábamos, pero tras éstos, tiene efectos imprevistos que a menudo acaban por destruir aquellos» (Marx y Engels, 2010:460-461). La estólida economía de usar y tirar, inadvertida, tal vez, para el público del *coffee to go* plastificado, así como la agricultura hiperintensiva y su demanda inagotable de insumos de una variada gama química, el extraordinario consumo de objetos y de productos hechos y envueltos en interminables toneladas de plástico o la industria cosmética, han hecho que la «plaga plástica», contra la que Barry Commoner persuadía a sus lectores en 1971, hoy más que nunca sea una amenaza global. Entre 1962 y 2012 en torno a 59 por ciento de una muestra de 186 especies de aves marinas había ingerido algún tipo de sustancia plástica (Chris Wilcox *et al.*, 2015). Dos años después se había estimado que el plástico alojado en el ambiente marino podía alcanzar la vertiginosa cifra de 5.25 billones de partículas con un peso aproximado de 268.940 toneladas (Gouin *et al.*, 2015; Eriksen *et al.*, 2014): «La biósfera, de la que depende la humanidad en su conjunto, está siendo alterada en un grado sin paralelo en todas las escalas espaciales. La biodiversidad está disminuyendo más rápido que en cualquier otro momento de la historia humana», decía el que probablemente sea el informe más completo sobre la situación de la salud planetaria. ¡25 por ciento de especies evaluadas entre plantas y animales se hallaban durante las primeras décadas del siglo XXI bajo la temible amenaza de la extinción, debido a las acciones humanas! (IPBES, 2019:10, 12). ¡Deberíamos ofrecer más contrapuntos con los que refutar los convencionalismos economicistas tendentes a elevar el crecimiento económico a religión universal!⁵ Sin duda, es preciso alcanzar cierta conciencia crítica acerca de la dimensión escalar que las fuerzas productivas y el consumo insaciable han adquirido globalmente. En esa tarea el neoliberalismo no ha dejado un solo milímetro de tierra incólume. Y China representa el ejemplo más paradójico y radical de dicha afirmación.

La «sociedad armoniosa», el sustituto inocente con el que el Partido Comunista Chino ha intentado cubrir su drástica neoliberalización, se ha transformado

⁵ No obstante, no deberíamos precipitarnos en el vacío de ciertas propuestas sin programa definido. Las economías podrían mantener un crecimiento económico vigoroso si defienden con rigor un programa serio de «estabilización climática». Como ha escrito Robert Pollin: «La característica principal de un nuevo *New Deal* verde tiene que ser un programa mundial que invierta cada año entre 1.5 y 2 por ciento del PIB mundial en aumentar los criterios de eficiencia energética y en expandir los suministros de energía renovable y limpia. Mediante este programa de inversión es realista reducir las emisiones globales de CO₂ 40 por ciento respecto a las actuales en un plazo de 20 años y, al mismo tiempo, respaldar unos niveles de vida crecientes y ampliar las oportunidades laborales. Las emisiones de CO₂ podrían eliminarse por completo en un plazo de 40 a 50 años mediante este proyecto continuado de inversión en energías limpias, aproximadamente al mismo ritmo de 1.5-2 por ciento del PIB mundial al año» (Pollin, 2018:12).

en el motor de crecimiento de la economía mundial, bajo inspiración dilatada de las malas prácticas occidentales. No resulta alentadora, argumenta Harvey, la forma en que el gigante asiático se está revistiendo de «autopistas y automóviles», lanzándose a una vertiginosa carrera urbanística, llenando de nuevas ciudades amplias franjas territoriales, al mismo tiempo que extiende su «influencia cada vez más, participando en una vasta apropiación global de tierras y recursos en toda África [*land grabbing*] en particular, también en otros lugares donde puede encontrar una cabeza de playa, como en Latinoamérica. Las consecuencias ambientales del ascenso de China son enormes, pero no sólo para China» (Harvey, 2016:226). Cabe preguntarse, por ejemplo, si fue un hecho accidental que la gripe aviar que contagió a humanos en 1997 y el SARS-Cov-2 en 2002, surgieran ambas en Guangdong, y desde diciembre de 2019 la *covid-19* se registrase en Wuhan, todos ellos importantes epicentros de la industria global. Más allá de especulaciones, lo cierto es que las consecuencias de la asombrosa explosión industrial de este país, orgánicamente dependiente de la economía mundial, están generando unas condiciones ambientales inquietantes, tal como ha demostrado el detallado artículo de Richard Smith «China's Communist-Capitalist ecological apocalypse». El despegue de la industrialización durante las décadas de apertura y reforma de 1980 y 1990 «agotó rápidamente los recursos del país», en particular la madera, el petróleo y los minerales. La industrialización «maníaca y sedienta» de las ciudades de la China septentrional (que debía alimentar el consumo maníaco estimulado por el capital ficticio en las economías del capitalismo avanzado) provocó el drenaje de sus acuíferos, dejando a su paso «unas 600 ciudades, incluida Beijing» afectadas por una gravísima escasez de agua y asimismo extendió la contaminación en la mayoría del resto de reservas. Según diversas estimaciones, durante la primera década del siglo XXI se podían contar por millones los chinos afectados por diversas enfermedades relacionadas con el consumo de agua contaminada y, en términos generales, por los efectos de un medio ambiente alterado: «A lo largo de los principales ríos de China, las aldeas informan tasas vertiginosas de enfermedades diarreicas, cáncer, tumores, leucemia y retraso en el crecimiento». La tala desmesurada de bosques por parte de «madereros hambrientos de ganancias» ha ido despojando a las montañas de su particular biodiversidad, contribuyendo a su vez a que los efectos de las precipitaciones hayan sido más dramáticos, hasta tal punto que en 2009 Beijing prohibió la tala arbórea doméstica. Pero el capital no puede inmovilizarse so pena de penetrar en un estado de crisis.

Entonces, la industria maderera china se dedicó intensamente al despojo de los montes de «Siberia, Malasia, Indonesia, e incluso Nueva Guinea y partes de África».

Mientras Occidente se deshacía de forma inclemente del vetusto mundo industrial de la segunda posguerra y generaba a su paso todo un rastro social de desempleo y precariedad en los mercados laborales, al tiempo que enarbolaba el ambiguo término «desarrollo sostenible», las «industrias más sucias y menos sostenibles del mundo» se desplazaron hacia la China reformista de Deng Xiaoping (1978-1983). Desde entonces, en el gigante asiático el asombroso ejército de reserva de «mano de obra ultra barata» se combinó con la laxitud de la normativa medioambiental que creó, de ese modo, el escenario propicio para los inversionistas y las empresas de capital extranjero. Así, los factores perturbadores del medio ambiente comenzaron a sentirse con rigurosidad en aquel país; incluso, fueron tan severos que durante las décadas de 1990 y 2000, como respuesta a la creciente oleada de protesta social contra la «contaminación en las ciudades», Beijing, reprodujo el mismo y desacertado proceso occidental de externalización y deslocalización de la producción «sucia» y desplazó de las «ciudades hacia el campo y los pueblos rurales» la abrumadora contaminación, creando auténticas «aldeas oncológicas». Una vez más, *Neben uns die Sintflut!*, con la «revolución de los productos desechables», escribe Smith, la industria local, los talleres de reparación de calzado o de electrodomésticos y análogos oficios, fueron «desapareciendo de Occidente», a medida que reparar se volvía una operación más onerosa que volver a comprar (Smith, 2015). Las trazas de dimensiones globales que fueron adquiriendo la economía de los desechables, la extraordinaria expansión de la industria automovilística, o la salvaje urbanización, así como la industria de la «moda basura», tejida por los ilotas de la periferia, *inter alia*, iban a contribuir sustancialmente a acrecentar los problemas sociales y ecológicos.

Unas fuerzas productivas ecológicamente insostenibles, en combinación con el escaso o nulo interés de inversión en cadenas de valor suficientemente sostenibles por parte de la hegemonía del capital financiero, están minando con severidad las opciones para la vida tal como la conocemos. Hace unos años, Nita Madhav y colegas persuadían a los lectores de los informes del BM acerca de la prevalencia exponencial de las pandemias debido al aumento desproporcionado «de los viajes y la integración global, la urbanización, los cambios en el uso de la tierra y una mayor explotación del medio ambiente natural». La agricultura y la ganadería industriales, junto con el «potencial de contacto»

entre los reservorios de ganado y los procedentes de la vida silvestre, «la extracción de recursos naturales (como la silvicultura y la tala), la extensión de carreteras a hábitats de vida silvestre», entre otros aspectos de nuestra insaciable mercantilización de todas las cosas, han aumentado el riesgo de una «chispa zoonótica», esto es, la transmisión de enfermedades animales a seres humanos. La creciente concentración poblacional, en especial en grandes ciudades rodeadas de «asentamientos informales superpoblados», ha actuado como un auténtico foco infernal para la «transmisión de enfermedades» y ha favorecido el incremento de brotes y la transmisión de patógenos. Las consecuencias de un sistema mundial que se levanta sobre la infame base de la «desigualdad social, la pobreza y sus correlatos ambientales» es un sistema irracional que además actúa como superconductor de enfermedades infecciosas: «Las comorbilidades, la desnutrición y los déficits calóricos debilitan el sistema inmunitario de un individuo, mientras que factores ambientales, como la falta de agua limpia y un saneamiento adecuado, amplifican las tasas de transmisión y aumentan la morbilidad y la mortalidad» (Madhav *et al.*, 2017). Por esa razón hay que subrayar que, en contra de la huera charlatanería mediática, ilas pandemias, o las enfermedades en general, no nos sitúan a todos bajo las mismas circunstancias! La clase social, la condición étnica, el género y, por supuesto, la desigualdad geográfica, continúan siendo factores determinantes. Factores que se pusieron todavía más de manifiesto cuando desde el 11 de marzo de 2020 la OMS declaró el estado de pandemia global por la *covid-19*. Así lo ha escrito Mike Davis:

Aquellos con buenos planes de salud que también pueden trabajar o enseñar desde casa, están cómodamente aislados siempre que cumplan con precauciones prudentes. Los empleados públicos y otros grupos de trabajadores sindicalizados con cobertura decente deberán tomar decisiones difíciles entre ingresos y protección. Mientras tanto, millones de trabajadores de servicios de bajos salarios, empleados agrícolas, desempleados y personas sin hogar están siendo arrojados a los lobos (Davis, 2020).

La pandemia ha desencadenado, lógicamente, todos los elementos propicios para una crisis económica mundial de una profundidad sin precedentes, una crisis que parecía, inclusive, poner fin al fenómeno de la globalización. Cabe resaltar que la pandemia mantuvo restringida en sus hogares a una cuarta parte de la población mundial y contrajo severamente a las economías de casi todo

el mundo, lo que era previsible puesto que «la producción, el comercio y la inversión son lo primero que se detiene cuando las tiendas, las escuelas y los negocios se cierran para contener la pandemia». Aunque, al parecer, también hizo que las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI), en concreto en la China industrial, decrecieran asombrosamente; un hecho que constató lo que ya era de dominio público, a saber, la absoluta ceguera de un crecimiento económico que casi siempre ha actuado de espaldas a las consecuencias ecológicas. Disociar la forma en la que los seres humanos, a través de una variedad de arreglos institucionales, ponen en funcionamiento las fuerzas productivas materiales, alimentadas por las fuentes de energía de la naturaleza, es cuanto menos una estupidez. «El capital modifica las condiciones ambientales de su propia reproducción», ha sostenido Harvey, «pero lo hace en un contexto de consecuencias no deseadas (como el cambio climático) y en el contexto de fuerzas evolutivas autónomas e independientes que están cambiando constantemente las condiciones ambientales». Desde esa perspectiva, «no existe un desastre verdaderamente natural. Los virus mutan todo el tiempo para estar seguros. Pero las circunstancias en las que una mutación se vuelve potencialmente mortal dependen de las acciones humanas» (Harvey, 2020).

Del mismo modo que la causa de la Gran Recesión de 2008 no fue la crisis financiera estadounidense, sino el detonante que se había iniciado con el gran *boom* especulativo de la década de 1980 (Shaikh, 2011), es poco objetable afirmar que la crisis mundial de salud pública desatada por *covid-19* fue el resultado de una crisis dual provocada por el programa neoliberal y su despiadada energía desplegada sobre las fuerzas contingentes de la naturaleza. En efecto, como ha expuesto el economista marxista Michael Roberts, antes de que se originara la pandemia en la mayor parte de las economías capitalistas, ya sea en el núcleo del capitalismo avanzado o en las economías del Sur global, la actividad económica se hallaba en proceso de desaceleración. Mientras algunas se estaban contrayendo en los sectores productivos y en la inversión nacional, muchas otras estaban frente al precipicio de la recesión: «*Covid-19* fue el punto de inflexión». La epidemia asestó un duro golpe cuando las economías del capitalismo avanzado ya parecían estar languideciendo desde una perspectiva macroeconómica. Estados Unidos, Europa y Japón compartían un frágil crecimiento del PIB que no superaba 2 por ciento. De manera complementaria, las llamadas economías emergentes (México, Brasil, Turquía, Argentina, Sudáfrica y Rusia), se hallaban inmersas en un proceso de estancamiento. Los dos gigantes asiáticos,

China e India, también habían entrado en una fase de desaceleración económica desde 2019 (Roberts, 2020a; 2020b).

Y sin embargo, como he intentado demostrar aquí, nada de esto ha sido accidental. La crisis de las democracias occidentales y el deterioro acelerado de los sistemas de gobierno representativos, al menos allí donde existen tales formas políticas, comenzaron a resquebrajarse desde la década de 1980. A partir de entonces y con demasiada frecuencia la democracia se convirtió en un fetiche del capital ficticio. Durante la era de fantasía crediticia y de fiebre especulativa maníaca de los 1990, que iba adquiriendo trazas globales, varios analistas inteligentes albergaron sólidas suspicacias acerca del futuro. Conforme aparecía de nuevo el espectro de la crisis, explicó en aquel momento el economista Shaikh, con el acrecentamiento del desempleo y la espiral decreciente de salarios y ganancias, se hicieron patentes los «límites reales a la intervención económica del Estado». En la práctica política fue evidente la «incapacidad de los Estados capitalistas de todo el mundo para revertir la situación». Con amargura, agregó que a pesar de la «intervención estatal el colapso puede todavía llegar». Si la política conservadora, incapacitada por la teoría económica convencional y el afán insaciable de lucro del capital, halla la manera de debilitar las políticas de provisión social y los límites al capital financiero, «un devastador colapso está garantizado» (Shaikh, 1990:400-401). Casi dos décadas después de la persuasiva enunciación de Shaikh, la economía mundial, desde su epicentro en Estados Unidos, penetraba en la crisis financiera más profunda de la historia del capitalismo, seguramente hasta que en 2020 las fuerzas de la naturaleza alteradas sin piedad por la especie humana, como temía Engels, nos arrastraron a todos hacia un abismo sin precedentes en la historia del mundo contemporáneo.

Hemos argumentado que frente a esta forma irracional que asume el capitalismo, paradójicamente autodestructivo, los campos de batalla de ciertos sectores políticos de izquierda han sido insuficientes y ambiguos. El capital cambia de apariencia con el propósito de mantener intacta su naturaleza, que es la acumulación ilimitada de riqueza. Y es ahí, en el corazón mismo del sistema, donde la oposición política debiera haber sido más sólida e inquebrantable. De manera paradójica, pero no sorprendente dada la aculturación global del proyecto neoliberal, ha prevalecido un irracional consenso dirigido por las élites económico políticas y sus ejércitos incondicionales de burócratas y tecnócratas que usurpan la forma esencial de la política democrática, tal como advirtieron hace ya muchos años Dahl o Lichtheim. Mientras se libraban enconadas guerras

culturales en los campos de batalla políticos y sociales, la naturaleza del capital ficticio, como centro de gravitación del ultraliberalismo, proseguía extendiendo las ruinas sociales y ecológicas en el planeta. La depresión mundial de las clases medias, sumidas en la deflación por deudas, la explotación de la fuerza laboral global, el asombroso y dramático crecimiento de la migración forzada, la creciente influencia de la filantropía en las dilatadas grietas de la política pública, o la abrumadora emergencia de regímenes autoritarios, conforman algunas de las pruebas aquí tratadas más evidentes de la abdicación, o debilidad, de la oposición política y de su esfuerzo por cambiar el mundo. Un mundo que, como escribió Hobsbawm en 1994, se halla «cautivo, desarraigado y transformado por el colosal proceso económico y tecnológico científico del desarrollo del capitalismo que ha dominado los dos o tres siglos precedentes». Tal vez sus lectores no se sorprendieron tanto como el público liberal ante la profunda crisis arraigada en el mundo actual:

El futuro no sólo no puede ser una prolongación del pasado, sino que hay síntomas externos e internos de que hemos alcanzado un punto de crisis histórica. Las fuerzas generadas por la economía técnico-científica son lo bastante poderosas como para destruir el medio ambiente, esto es, el fundamento material de la vida humana. Las propias estructuras de las sociedades humanas, incluyendo algunos de los fundamentos sociales de la economía capitalista, están en situación de ser destruidas por la erosión de nuestra herencia del pasado. Nuestro mundo corre riesgo a la vez de explosión y de implosión, y debe cambiar (Hobsbawm, 1995:576).

No obstante, como creo haber demostrado aquí, no lo ha hecho, al menos no en una dirección alternativa a las oscuras corrientes del pasado. Es una paradoja de esta era de irracionalidad política global que a pesar de contar con inmensas «posibilidades de alcanzar un mundo bueno para la especie humana considerada como un todo», el abismo que separa el «potencial humano» de las condiciones reales del conjunto de la humanidad quizá nunca haya sido tan profundo (Therborn, 2016:41). ¿Qué haremos entonces para remediarlo? La transformación de este mundo será imposible, decía Hobsbawm cuando su larga e inspiradora vida estaba finalizando, sin la aportación de los intelectuales, pero éstos no podrán hacer nada sin la «gente corriente». Probablemente este «frente unitario» sea hoy más difícil de conseguir que en el pasado: «He ahí el dilema del siglo XXI» (Hobsbawm, 2013:196).

Agradecimientos

Trabajo realizado dentro del proyecto de investigación «Entornos sociales de cambio. Nuevas solidaridades y ruptura de jerarquías (siglos XVI-XX)» (HAR 2017-84226-C6-1-P), el cual fue financiado por el Ministerio de Industria, Economía y Competitividad del Gobierno de España.

Referencias

- Anderson, Perry (2019), «¿Situacionismo al revés?», *New Left Review* (119), pp. 51-103.
- Bag, Kheya (2013), «La dinastía de Delhi», *New Left Review* (80), pp. 147-157.
- Bonet, Enric (2019), «No estamos ante la *start-up nation*, sino ante una nueva era de los monopolios globales», *CTXT Contexto y Acción*, en <https://ctxt.es/es/20190102>
- Carrillo, Germán (2018), «La desintegración civil del *demos* moderno. Sobre la naturaleza de la ruptura política en las sociedades financiarizadas», *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 12(2), pp. 5-19.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2018), *Panorama Social de América Latina, 2017*, Santiago, Cepal.
- Commoner, Barry (1971), *The closing circle*, Nueva York, Alfred E. Knopf.
- D'Eramo, Marco (2013), «El populismo y la nueva oligarquía», *New Left Review* (82), pp. 7-40.
- Dahl, Robert A. (1965), «Reflections on opposition in Western democracies», *Government and Opposition*, 1(1), pp. 7-24.
- Davidson, Neil (2008), «Nationalism and neoliberalism», *Variant* (32), pp. 36-38.
- _____ (2013), *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Barcelona, Pasado & Presente.
- _____ (2016), «Crisis neoliberalism and regimes of permanent exception», *Critical Sociology*, 43(4-5), pp. 615-634.
- Davis, Mike (2014), *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Akal.
- _____ (2015), «La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848», *New Left Review* (93), pp. 55-78.
- _____ (2017a), «Old gods, new enigmas. Notes on historical agency», *Catalyst*, 1(2).
- _____ (2017b), «Las elecciones de 2016», *New Left Review* (103), pp. 7-10.
- _____ (2018), «Tomándole la temperatura a la historia. Las aventuras de Le Roy Ladurie en la Pequeña Edad de Hielo», *New Left Review* (110) pp. 89-135.

- _____ (14 de marzo de 2020), «In a Plague Year», *Jacobin*, en <https://jacobinmag.com/2020/03/mike-davis-coronavirus-outbreak-capitalism-left-international-solidarity>
- Delgado Wise, Raúl (2019a), «Forced migration and imperialism in the neoliberal era», en Immanuel Ness y Zak Cope (eds.), *The Palgrave Encyclopedia of Imperialism and Anti-Imperialism*, Cham, Palgrave Macmillan.
- _____ (2019b), «Unravelling Silicon Valley's Innovation System from a Southern Perspective Higher», en *Education in the world, 7 humanities and higher education: synergies between science, Technology and Humanities*, Barcelona, Global University Network for Innovation (GUNI), pp. 164-171.
- _____ (2019c), «Migración, sociedad civil y gobernanza global: reflexiones a partir del pensamiento crítico», en L.C. Ribeiro y M. de Oliveira (eds.), *Sociedades em movimento luxos internacionais, conflitos nacionais*, São Paulo, Editora Intermeios, pp. 45-69.
- Dierckxsens, Wim, Andrés Piqueras et al. (2019), *Capitalism in decline*, International Crisis Observatory.
- Durand, Cédric (2017), *Fictitious capital. How finance is appropriating our future*, London/New York, Verso.
- _____ (2019), «En la sala de mandos de la crisis», *New Left Review* (116-117), pp. 221-234.
- Durand, Cédric y William Milberg (2019), «Intellectual monopoly in global value chains», *Review of International Political Economy*, pp. 1-26.
- Eriksen, Marcus et al. (2014), «Plastic pollution in the world's oceans: more than 5 trillion plastic pieces weighing over 250,000 tons afloat at sea», *PLoS ONE*, 9(12), pp. 1-15.
- Fischer-Kowalski, Marina et al. (2012), «Socio-ecological transitions: definition, dynamics and related global scenarios», Institute for Social Ecology, AAU, Austria/Centre for European Policy Studies, Belgium, pp. 38-48.
- Fontana, Josep (2013), *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente.
- _____ (2017), *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona, Crítica.
- _____ (2019), *Capitalismo y democracia 1756-1848. Cómo empezó este engaño*, Barcelona, Crítica.
- Ford, Martin (2016), *El auge de los robots. La tecnología y la amenaza de un futuro sin empleo*, Barcelona, Paidós.
- Fraser, Nancy (2013), «¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi», *New Left Review* (81), pp. 125-139.

- Galbraith, James K. (2016), *Desigualdad*, Barcelona, Deusto.
- Galbraith, John K. (1976), *El crac del 29*, Barcelona, Ariel.
- Gouin, Todd *et al.* (2015), «Use of micro-plastic beads in cosmetic products in Europe and their estimated emissions to the North Sea environment», *SOFW-Journal*, 141 (3), pp. 40-46.
- Gramsci, Antonio (1981), *Cuadernos de la cárcel*, tomos 1 y 5 (1999), edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, Ciudad de México, Ediciones Era.
- Habermas, Jürgen (2016), *En la espiral de la tecnocracia*, Madrid, Editorial Trotta.
- Harvey, David (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- _____ (2014), *Diecisiete contradicciones del capital y el fin del neoliberalismo*, Quito, Traficantes de Sueños.
- _____ (2016), *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Madrid, Akal.
- _____ (2017), *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad*, Madrid, Akal.
- _____ (2018), «Universal alienation», *Triple C*, 16(2), pp. 424-439.
- _____ (2019), *Marx, El Capital y la locura de la razón económica*, Madrid, Akal.
- _____ (20 de marzo de 2020), «Anti-capitalist politics in the time of covid-19», *Jacobin*, en <https://jacobinmag.com/2020/03/david-harvey-coronavirus-political-economy-disruptions>.
- Hazeldine, Tom (2017), «La rebelión de las áreas industriales deprimidas», *New Left Review* (105), pp. 57-88.
- Hirschman, Albert O. (1987), «La economía política del desarrollo latinoamericano», *El Trimestre Económico* 216, 54(4), pp. 769-804.
- Hobsbawm, Eric (1995), *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica.
- _____ (2003), *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona, Crítica.
- _____ (2012), *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Barcelona, Crítica.
- _____ (2013), *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- Hudson, Michael (2018), *Matar al huésped. Cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global*, Madrid, Capitán Swing.
- Hume, David (2008), *Ensayos morales y literarios*, Madrid, Tecnos.
- IPBES (2019), «Summary for policymakers of the global assessment report on biodiversity and ecosystem services of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services», en S. Díaz *et al.*, *IPBES Secretariat*, Bonn, Germany.

- Kapp, Karl William (1971), *The social costs of private enterprise*, New York, Shocken Books.
- Lessenich, Stephan (2019), *La sociedad de la externalización*, Barcelona, Herder.
- Lichtheim, George (1972), *El imperialismo*, Madrid, Alianza editorial.
- Lustig, Nora (2020), «Desigualdad y descontento social en América Latina», *Nueva Sociedad* (286), pp. 53-61.
- Madhav, Nita *et al.* (2017), «Pandemics: risks, impacts, and mitigation», en Dean T. Jamison, Hellen Gelband, Susan Horton *et al.* (eds.), *Disease Control Priorities: Improving Health and Reducing Poverty*, The International Bank for Reconstruction and Development/World Bank, Washington DC, pp. 315-345.
- Mair, Peter (2013), *Ruling the void. The hollowing of Western democracy*, London/New York, Verso.
- Marx, Karl (1864/1924), *Address and provisional rules of the International Working Men's Association, London*, The Labour & Socialist International.
- Marx, Karl y Frederick Engels (2010), *Marx & Engels Collected Works*, volumen 25, London, Lawrence & Wishart Electric Book, pp. 460-461.
- _____ (2011), *El Manifiesto del Partido Comunista*, México, Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx.
- Mayer-Schönberger, Viktor y Thomas Ramge (2018), *Reinventing capitalism in the age of big data*, London, John Murray Publishers.
- Mishra, Pankaj (2017a), *La edad de la ira. Una historia del presente*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- _____ (2017b), «La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la Ilustración», en Santiago Alba Rico *et al.*, *El gran retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*, Barcelona, Seix Barral, pp. 211-230.
- Moon, Youngme (2015), «Uber: changing the way the world moves», *Harvard Business School*, case 9-316-101, pp. 1-19.
- Morozov, Evgeny (2016), *La locura del solucionismo tecnológico*, Madrid, Katz.
- _____ (2019), «¿Socialismo digital? El debate sobre el cálculo económico en la era de los *big data*», *New Left Review* (116/117), pp. 35-74.
- Morris, William (1994), «Trabajo útil vs. trabajo inútil», *Reis* (64), pp. 181-198.
- Nayyar, Deepak (2007), «Globalization and free trade: theory, history, and reality», en Anwar Shaikh (ed.), *Globalization and the myths of free trade history, theory, and empirical evidence*, London, Taylor & Francis e-Library, pp. 69-84.
- Ocampo, José A. (2014), «La crisis latinoamericana de la deuda a la luz de la historia», en José A. Ocampo *et al.*, *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica*, Cepal, pp. 19-51.

- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OECD) (2019), «Under pressure: the squeezed middle class», París, OECD Publishing.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, Comisión Económica para América Latina y el Caribe y Banco de Desarrollo de América Latina(2015), «Perspectivas económicas de América Latina 2016: hacia una nueva asociación con China», París, OECD Publishing.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU) (2018), «Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos relativo a su misión a los Estados Unidos de América», A/HRC/38/33/Add.1 mayo 2018.
- _____ (2019), «Visit to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland», A/HRC/41/39/Add.1.
- Pollin, Robert (2018), «Decrecimiento vs. nuevo *New Deal* verde», *New Left Review* (112), pp. 7-30.
- Roberts, Michael (23 de noviembre de 2019), «Reino Unido: la política económica del laborismo», *Sinpermiso*.
- _____ (16 marzo de 2020a) «It was the virus that did it», *Brave New Europe*.
- _____ (7 de marzo de 2020b), «Coronavirus, deuda y recesión», *Sinpermiso*.
- Shaikh, Anwar (1990), *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, Bogotá, Tercer Mundo.
- _____ (ed.) (2007), *Globalization and the Myths of Free Trade History, theory, and empirical evidence*, Estados Unidos/Canadá, Routledge.
- _____ (2011), «The first great depression of the 21st Century», *Socialist Register: The Crisis This Time*, volumen 47, pp. 44-63.
- Smith, Richard (2015), «China's communist-capitalist ecological apocalypse», *Real-World Economics Review*, 71, pp. 19-63.
- Standing, Guy (2011), *The precariat. The new dangerous class*, London/New York, Bloomsbury Academic.
- _____ (2017), *La corrupción del capitalismo. Por qué prosperan los rentistas y el trabajo no sale a cuenta*, Barcelona, Pasado & Presente.
- _____ (2018), *La renta básica. Un derecho para todos y para siempre*, Barcelona, Pasado & Presente.
- Stiglitz, Joseph (2017), *El euro. Cómo la moneda común amenaza el futuro de Europa*, Barcelona, Penguin Random House.
- Streeck, Wolfgang (2011), «La crisis del capitalismo democrático», *New Left Review* (71), pp. 5-26.

- _____ (2017a), *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- _____ (2017b), «El retorno de lo reprimido», *New Left Review* (104), pp. 7-21.
- _____ (2018), «¿El cuarto poder?», *New Left Review* (110), pp. 151-161.
- _____ (2019), «Regresión progresiva. Metamorfosis de la política social europea», *New Left Review* (118), pp. 131-156.
- Therborn, Göran (2012), «Class in the 21st century», *New Left Review* (78), pp. 5-29.
- _____ (2014), «¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia», *New Left Review* (85), pp. 5-17.
- _____ (2016), «¿Una era de progreso?», *New Left Review* (99), pp. 30-41.
- Tooze, Adam (2018a), *Crashed: how a decade of financial crises changed the world*, Londres, Allen Lane.
- _____ (13 de septiembre de 2018b), «Tempestuous seasons», *London Review of Books*.
- _____ (2018c), «Cruelly absent grandeur? Democracy's twenty-first-century histories», *Geschichte und Gesellschaft* (44), pp. 466-490.
- Wallerstein, Immanuel (2014), *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI.
- _____ (2015), «La crisis estructural, o por qué los capitalistas no encuentran gratificante al capitalismo», en Immanuel Wallerstein *et al.*, *¿Tiene futuro el capitalismo?*, México, Siglo XXI, pp. 38-39.
- Wilcox, Chris *et al.* (2015), «Threat of plastic pollution to seabirds is global, pervasive, and increasing», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 112(38), pp. 11,899-11,904.
- Žižek, Slavoj (2018), *El coraje de la desesperanza. Crónicas del año en que actuamos peligrosamente*, Barcelona, Anagrama.



Las respuestas gubernamentales a la migración calificada en México

Governmental responses to Skilled Migration in Mexico

Yolanda Alfaro*

Ana María Aragónés**

ISSN IMPRESO 1870-7599 | ISSN RED CÓMPUTO 2448-7783 | 115-136
RECIBIDO 05/12/19 | ACEPTADO 22/12/19

Resumen. Este artículo presenta un análisis diacrónico de las respuestas gubernamentales a la migración calificada en México (1980-2018). Los hallazgos evidencian que no existe relación entre el discurso y la práctica gubernamental, puesto que, aunque en el discurso oficial se reconoce que los recursos humanos altamente calificados constituyen un pilar fundamental para impulsar el desarrollo del país, las distintas acciones de política pública orientadas a tratar directamente el tema son mínimas, dispersas y heterogéneas. En consecuencia, no configuran una propuesta que integre de manera eficaz el problema en la agenda de la política de ciencia y tecnología ni en la planificación estratégica del desarrollo nacional.

Palabras clave: migración calificada, recursos humanos, desarrollo, políticas de ciencia y tecnología.

Abstract. This article offers a diachronic analysis of the government responses to the phenomenon of skilled migration in Mexico (1980-2018). The findings show that there is no relation between government discourse and practice, given that although official discourse recognizes that highly-skilled human resources constitute a key pillar for the country's development, the various public policy actions which are intended to directly address the matter are minimal, diffuse and heterogeneous. As a result, they do not offer a proposal that adequately brings the problem onto the agenda of science and technology policy, nor in terms of any strategic planning or national development.

Keywords: skilled migration, human resources, development, science & technology policies.

* Boliviana. Becaria del Programa de Becas Posdoctorales en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Correo-e: corredijolatortuga@gmail.com

** Mexicana. Investigadora titular en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Correo-e: amaragones@gmail.com

Introducción

Numerosos estudios han puesto de manifiesto la tendencia de crecimiento y diversificación que expresa la migración de profesionistas con credenciales de posgrado desde la década de 1990. En ese sentido, destacan tres aspectos: 1. A escala mundial, México ocupa el sexto lugar en emigración de profesionales, y dentro del G20 es el principal país de emigración calificada en la región de América Latina (OECD-2017, 2018, 2019). 2. Si bien Estados Unidos concentra más de 90 por ciento de la migración de profesionales mexicanos, en los últimos años las políticas de atracción para profesionales formados en ciencias, tecnologías, ingeniería y matemáticas han abierto otros destinos en el mundo; por ejemplo, los países nórdicos y del Este de Asia (Méndez, 2017; Aragonés y Salgado; 2018-2019). 3. Este tipo de migración es motivada por un conjunto de causas de orden estructural: la búsqueda de mayores oportunidades de encontrar un empleo apropiado a sus capacidades, la aspiración de un salario más elevado, la necesidad de una infraestructura científica y profesional adecuada para desarrollar su carrera, entre otras (Tuirán y Ávila 2014; Delgado y Chávez, 2015; Aragonés y Salgado, 2018).

Estos datos advierten que México enfrenta un importante problema con la migración de sus recursos humanos altamente calificados, por ser parte de la fuerza de trabajo especializada y necesaria para impulsar el desarrollo nacional del país. Sus conocimientos y capacidades se colocan en el centro de los procesos productivos que permiten transformar los procesos científicos y tecnológicos en nuevos productos, procesos y servicios que intensifican el desarrollo económico.

Al respecto, si se admite que los recursos humanos altamente calificados (RHAC) son un factor central para impulsar a México hacia la economía del conocimiento, existe entonces un gran problema de interés público, por lo que cabe preguntarse acerca de las decisiones políticas destinadas a generar estímulos y condiciones para actuar sobre la migración altamente calificada en México, en específico: ¿Cuáles son las respuestas gubernamentales a esta problemática? ¿Cómo se inserta en la planificación nacional del desarrollo científico y tecnológico? ¿Cuál es el enfoque de dichas acciones en la política de ciencia y tecnología? El presente artículo tiene como propósito articular los elementos necesarios para responder a esas preguntas.

Con dicha finalidad, se parte del siguiente supuesto: en el discurso oficial sobre la migración calificada —expresado en planes, programas y proyectos de

la política de ciencia y tecnología (PCyT)— se reconoce que los RHAC constituyen un pilar fundamental para impulsar el desarrollo científico y económico del país; no obstante, las acciones orientadas a enfrentar las causas que generan esos flujos migratorios no se articulan en una propuesta que integre de manera eficaz el problema en la agenda del desarrollo del país.

La estrategia metodológica consistió en una reconstrucción diacrónica de las respuestas gubernamentales en la PCyT. Una vez que se situaron las acciones en una línea de tiempo se llevó cabo un análisis documental en cada una. El corpus de análisis en esta etapa se estructuró con cuatro categorías: 1. Contexto en el que surgen las acciones. 2. Enfoque con el que se sustentan dichas acciones en la PCyT. 3. Objetivo de las acciones dentro de la PCyT. 4. Relación de las acciones con el desarrollo nacional.

En el apartado que sigue se retoman algunos planteamientos teóricos en cuanto al tipo de políticas enfocadas a tratar el tema de la migración calificada. Después se analizan las acciones que se han creado desde la década de 1970 y hasta la actualidad, en concordancia con su concepción teórica y los momentos históricos en las que fueron diseñadas e implementadas. Cabe aclarar que para identificar y situar la migración calificada se tomó como base el planteamiento de Rosalba Casas y Jorge Dettmer (2007) sobre la configuración de la PCyT en México en cuatro grandes etapas. Luego se expone un análisis de los programas que atienden de modo directo e indirecto la migración calificada: retención, retorno, atracción y vinculación. Aunque en este apartado se presentan datos cuantitativos, el objetivo es examinar los componentes discursivos y prácticos de cada una de las acciones. Finalmente, se formulan las reflexiones generales.

Políticas para la migración calificada

La configuración de un problema social en un tema de la agenda pública sucede a partir de que los tomadores de decisiones definen estrategias de acción en aras de que se implementen como políticas públicas de acción gubernamental. En opinión de Bazúa y Valenti (1995), la expresión política pública y las políticas gubernamentales no son equivalentes. La primera alude a las estrategias de acción dispuestas por un agente (organizaciones gubernamentales y no gubernamentales) para resolver problemas públicos, y la segunda designa las estrategias de acción que son atribuibles a los gobiernos en turno o a los funcionarios públicos. Así, una

decisión política estratégica del gobierno refiere a la selección de los asuntos y las prioridades de sus líneas de acción, es decir, de la conformación de su agenda.

Utilizamos el término respuestas gubernamentales para identificar y analizar qué tipo de decisiones y acciones (políticas) desde la década de 1970 han tomado los distintos gobiernos con el fin de atender la migración de profesionales altamente calificados como un problema de orden público. El análisis se enfoca en dilucidar los aportes conceptuales y empíricos que desde la academia fueron dando sustento a las acciones gubernamentales hasta quedar plasmadas en políticas públicas, puesto que la migración calificada, considerado un problema de política pública, no existe en sí mismo, sino que es el resultado de definirlo como tal: un problema de interés público.

Cabe resaltar que pese a que hay una variedad de enfoques conceptuales que definen la migración calificada como un problema de orden público, existen cinco tipos de políticas públicas orientadas a tratar el tema. Así, se observa en el cuadro 1 que cada una se define según la problematización que se haya adoptado y el enfoque que se le pretende dar a la solución. Por ejemplo, desde la perspectiva de la «fuga de cerebros» (*brain drain*) los países emisores se han centrado en promover acciones que apuntan a la retención o la repatriación de sus recursos humanos, en cambio desde la circulación de talentos (*brain circulation*) se enfocan en promover políticas de vinculación mediante la creación y el fortalecimiento de redes científicas.

Dado el carácter multidimensional del problema, las acciones de política pública en el tema se sustentan en enfoques diferentes y aunque no son excluyentes entre sí, porque atienden distintas aristas del mismo problema, los gobiernos han dirigido su interés en una o dos aristas, lo que ha generado respuestas parciales al problema y sin continuidad en el tiempo.

Adela Pellegrino y Jorge Martínez Pizarro (2001) advierten que en América Latina las políticas orientadas a la migración calificada se implementaron sin resolver un paso previo: la consolidación de un andamiaje científico, tecnológico e institucional con una consecuente asignación de recursos para su ejecución a largo plazo. De manera que su continuidad en el tiempo ha dependido de la voluntad política de los gobiernos de turno, y no de la disponibilidad de recursos dentro de la política nacional de ciencia y tecnología y la adecuada coordinación de tales políticas con el impulso del desarrollo económico y humano del país. En los próximos apartados se verá que esta es la situación de México.

CUADRO 1
Políticas para la migración calificada

<i>Tipo</i>	<i>Objetivo</i>	<i>Acciones</i>
Retención	Retener la población nacional y extranjera	Estímulos Reconocimiento de credenciales
Promoción	Fomentar la inmigración selectiva	Convenios internacionales Programas académicos Compensaciones salariales
Regulación	Facilitar libre circulación e inserción	Intermediación Oferta y demanda
Repatriación	Recuperar el talento humano	Ayuda en el traslado e instalación
Vinculación	Promocionar participación transnacional de migrantes	Asociaciones de migrantes Diásporas científicas Plataformas científicas

Fuente: elaboración propia con base en recolección bibliográfica.

Recursos humanos altamente calificados

De acuerdo con el Plan Nacional de Desarrollo 2013-2018, impulsar el desarrollo científico, tecnológico y la innovación como pilares del progreso económico y social era una de las principales metas del sexenio. En consecuencia se planteó que la estrategia para alcanzar ese objetivo debía fijarse en la formación y en el fortalecimiento de capital humano de alto nivel. En tal sentido, en el Programa Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación 2014-2018 (PECyTI) se expuso una estrategia orientada a cuatro aspectos: 1. Fortalecer las labores de investigación por medio de estímulos del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y estancias posdoctorales. 2. Apoyar la formación de capital humano altamente calificado con estímulos para el Programa Nacional de Posgrados de Calidad. 3. Brindar becas para estudios de posgrado. 4. Incorporar al mercado laboral a investigadores formados a través de las Cátedras Conacyt y el programa de repatriación (Conacyt, 2014).

Según datos del Informe General del Estado de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación 2017 (Conacyt, 2017), en el último sexenio la apuesta primordial se encauzó a la formación de nuevas generaciones de científicos investigadores y el principal eje de ese objetivo fueron los programas de becas de posgrado. El

Acervo de Recursos Humanos en Ciencia y Tecnología alcanzó 16.3 millones. Con respecto a la PEA activa y ocupada, el informe revela que dichos recursos representan 11.6 por ciento del total de dicha población, lo cual significaría que 1 de cada 10 personas de ese grupo poblacional tiene estudios de tercer nivel y además labora en un área de ciencia y tecnología, más del doble respecto al 2010 (3.9 millones); pero si se considera el total de personas que forman parte del acervo la cifra representa casi la mitad, lo que da cuenta de que existe un porcentaje muy alto de profesionales en ciencia y tecnología (CyT) que no está laborando en actividades relacionadas con su área de formación.

En lo que se refiere a la composición de los recursos humanos educados en ciencia y tecnología (RHCyTE) económicamente activos y ocupados, según su sector de ocupación y el campo de la ciencia, se observa que los profesionales de Ciencias de la Salud representan 87.44 por ciento (de un total de 794 mil 986 personas), seguidos por las Ciencias Naturales y Exactas con 71.26 por ciento (de un total de 534 mil 346 personas) y en tercer lugar Ingeniería y Tecnología con 67.35 por ciento (de un total de 182 mil 356 personas). En contraste, los datos para los recursos humanos educados y ocupados en ciencia y tecnología (RHCyTC) indican que el área de conocimiento de las Ingenierías y Tecnología cuenta con el mayor número de profesionales con estudios en nivel de doctorado (18 mil 321).

En un reciente estudio Selene Gaspar y Mónica Chávez (2019) argumentan que en 2015 por cada 100 mexicanos con posgrado 17 residían en Estados Unidos, y que 3 de cada 10 tenían especialidad en las áreas de conocimiento definidas como STEM (Science, Technology, Engineering and Mathematics). De modo similar, en la Encuesta Mexicanos Calificados en el Exterior, realizada en el periodo de enero a julio de 2019 en el marco del proyecto PAPIIT-PASPADGAPA-UNAM, se evidencia que de los 665 encuestados (mexicanos calificados que residen en 46 países del exterior) 33.7 por ciento declara tener formación y especialización en el área de conocimiento STEM.

Si bien los datos aquí presentados corresponden a una forma de medir la potencialidad de los recursos humanos de un país, es posible visibilizar cuán lejos está México de alcanzar los requerimientos de una economía del conocimiento. En un trabajo previo (Aragonés y Salgado, 2019) se sostuvo que México no avanza en la economía del conocimiento porque con el modelo neoliberal, adoptado desde los 1980, el conocimiento, expresado en la educación formal en sus destinos niveles, beneficia a un sector muy reducido de la población.

La migración calificada en la política de ciencia y tecnología

En México, las primeras iniciativas de una PCyT datan de la década de 1930, pero fue recién en la década de 1970 que el país avanzó hacia la institucionalización de políticas de ciencia y tecnología bajo el enfoque de la «ciencia como motor del progreso» (Casas, 1983; Pérez, 1996; Cimoli, 2008; Casas y Dettmer, 2012; Canales, 2011; Sorello *et al.* 2019). Durante la década de 1970, en consonancia con el modelo económico de industrialización por sustitución de importaciones, la PCyT se orientó, en particular, en la creación de un sistema de investigación y la formación de recursos humanos; ambas acciones eran vistas como un instrumento para impulsar la independencia del país.

Es posible identificar, en ese horizonte de la PCyT, las primeras respuestas gubernamentales a la necesidad de fomentar la formación de recursos humanos al otorgar becas para estudiar en el extranjero, cuyo requisito era regresar al país una vez obtenido el grado e incorporarse a centros de investigación; de no regresar al país, estarían obligados a reembolsar lo invertido en sus estudios. De esa forma se buscaba evitar lo que era considerado ya como «fuga de cerebros» por representar una pérdida significativa en el desarrollo nacional (Chaparro y Arias, 1970; Oteiza, 1996; Pellegrino, 2003).

El pensamiento de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) tuvo gran influencia en la problematización de la migración calificada conceptualizada como fuga de cerebros — y también en los formuladores de las políticas públicas de CyT— debido a que su planteamiento favorecía la posibilidad de calificarse fuera del país de origen, pero el no regreso de esos profesionales resultaba un obstáculo para avanzar en el patrón de desarrollo endógeno. La conceptualización de ese fenómeno como «fuga de cerebros» también fue percibida como una dimensión del intercambio desigual entre el centro y la periferia.

Con la creación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) las acciones dirigidas a la formación de recursos humanos altamente calificados en el exterior respondían al discurso que señalaba que su finalidad era revertir el atraso científico y tecnológico del país. Sin embargo, no se implementaron medidas de repatriación, como hicieron otros países, debido a la falta de un plan de desarrollo económico e integral que tuviera en cuenta al importante conjunto de científicos calificados en el exterior, de modo que fueran incorporados a sectores planificados para ese fin.

Para la década de 1980 el escenario internacional y regional cambió sustancialmente con la implementación del modelo de desarrollo neoliberal y sus políticas de ajuste estructural que promovían la privatización y la mercantilización de la ciencia. En ese nuevo contexto el Conacyt reorientó sus acciones y competencias hacia las exigencias de la globalización neoliberal, por lo que las PCyT fueron enmarcadas en el paradigma de «la ciencia y la tecnología como fuentes de oportunidades estratégicas» (Casas y Dettmer, 2007). Por lo tanto, mejorar y ampliar la calidad de las instituciones, los investigadores y las investigaciones de ciencia y tecnología se convirtieron en actividades centrales de la PCyT.

En ese contexto, se creó en 1984 el SNI con el propósito de reconocer la labor de investigación de calidad mediante una distinción de prestigio e incentivos económicos, al mismo tiempo que procuraba frenar la posible migración masiva de científicos y académicos provocada por la crisis económica de 1982. Lo anterior nos permite identificar una primera acción de política pública enfocada directamente a mitigar la migración calificada, e intentar insertarla en la agenda de la PCyT. En este punto es relevante destacar que en el contexto internacional y regional se debatía en torno de las ventajas asociadas de la migración calificada, en concreto se planteaba que la movilidad de investigadores, científicos y académicos podía contribuir a equilibrar la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo profesional.

Dentro de ese enfoque «positivo» emergió una nueva forma de problematizar la migración calificada: «la ganancia de cerebros»; el argumento consistía en señalar que los países podían compensar la pérdida de sus recursos humanos con la movilidad de trabajadores altamente calificados. A partir de entonces, la «fuga de cerebros» dejó de ser un posible problema a enfrentar, e implícitamente se aceptó el fenómeno de la migración calificada, bajo una supuesta ventaja; con ello se abdicaba de la responsabilidad de crear condiciones para incorporar a esos talentos.

No es extraño que las siguientes estrategias fueran enmarcadas en esa nueva idea. Por ejemplo, se implementaron el Subprograma de Cátedras Patrimoniales del Conacyt (1991-2002), cuya finalidad era promover la atracción de talento humano altamente calificado para impulsar el sistema de ciencia y tecnología del país; y el Programa de Repatriación que sigue vigente hasta la actualidad. Ambas medidas constituyen una segunda acción concreta sobre el problema de la migración calificada, no obstante, tal como se expondrá después, su repercusión fue mínima, por lo que puede señalarse, nuevamente, que en este periodo la principal estrategia consistía en las becas de formación de recursos humanos altamente calificados.

A finales de esta década la PCyT experimentó cambios sustanciales en su planteamiento, debido a que la planificación estratégica del desarrollo científico tecnológico se encauzó a producir y usar conocimiento que generara innovaciones. Es así que, siguiendo los lineamientos de un paradigma que concibe a la ciencia como fuente de oportunidades estratégicas, el Banco Mundial (BM) promovió en América Latina el enfoque de la «circulación de cerebros», una nueva forma de enmarcar la migración calificada.

Desde esa posición, investigadores, académicos, científicos e innovadores podrían constituir un recurso para el desarrollo de su país de origen, sin importar su lugar de residencia; supuestamente a través de las redes científicas o empresariales contribuirían al impulso de proyectos de desarrollo en los países de origen y destino. Cabe aclarar que desde ese enfoque no sólo se «glorifica» al fenómeno de la migración calificada, sino que se les asigna a los migrantes el papel de promotores del desarrollo por medio de la búsqueda de alianzas estratégicas con diferentes actores sociales en el país de origen y en el de destino, dejando de lado las carencias que el país enfrenta y por las cuales se producen los flujos migratorios. Bajo esa perspectiva, en el 2015, el BM y el Instituto de Mexicanos en el Exterior (IME) ampararon la creación de la Red Global de Talentos Mexicanos (RGTm); una iniciativa que emergió de la organización de la comunidad de científicos y académicos residentes en Estados Unidos con el interés de ser reconocidos como parte de la diáspora mexicana.

Los datos recuperados demuestran que las acciones de política pública del Conacyt no evidencian esfuerzos por orientar la formación de recursos humanos hacia la inserción laboral, de ahí que los profesionales mexicanos con posgrado, sobre todo en las carreras STEM, encuentren mayores oportunidades laborales en el exterior. En un sentido más profundo se puede advertir que la migración de recursos humanos altamente calificados vislumbra la insuficiencia e ineficacia de las políticas del Conacyt al no plantear la urgencia de llevar a cabo cambios estratégicos en el Plan Nacional de Desarrollo para la construcción de la economía del conocimiento, marco en el cual los recursos humanos altamente calificados son claves.

La identificación de las acciones dirigidas a la migración calificada en las diferentes etapas de la PCyT permite señalar, en primera instancia, cuatro aspectos: 1. En la década de 1970 la política de calificación de los recursos humanos fue entendida como necesaria para el desarrollo nacional. 2. Las respuestas gubernamentales a este tema han sido determinadas en gran parte por influencia

externa y asociadas al mandato que deben cumplir la ciencia y la tecnología en el desarrollo económico internacional. 3. En el transcurso de casi 50 años de evolución de la PCyT el tema de la migración calificada no ha sido incorporado a la agenda de ciencia y tecnología, más allá de poner en marcha de manera tangencial el Subprograma de Becas Patrimoniales y el programa de Retorno; las demás acciones no posicionan el tema de manera directa en la PCyT y tampoco están vinculadas entre sí. 4. Aunque el enfoque de las acciones responde a diversas formas de situar la migración calificada en la agenda de la PCyT, su heterogeneidad y (dis)continuidad en el tiempo revelan falta de articulación con la visión de proyecto nacional de educación, ciencia y tecnología.

Acciones directas: retención y repatriación

Sistema Nacional de Investigadores (SNI)

De acuerdo con la evolución de la PCyT el SNI se puede reconocer como la primera acción de política pública dedicada a la retención de los profesionales altamente calificados, en específico, como un apoyo institucional para tratar de frenar la fuga de cerebros y evitar la disgregación de la comunidad científica nacional. Fue creado el 26 de julio de 1984, en un contexto de crisis económica. En opinión de Emilio Pradilla Cobos (2012) la profunda recesión de 1982 desató, de manera generalizada, la caída del salario de los trabajadores. En el caso del gremio de profesores e investigadores universitarios, señala que la capacidad real de compra del salario nominal disminuyó 39 por ciento hasta significar una reducción total de 70 por ciento en el año en que se creó el SNI.

El ajuste estructural neoliberal enfocado en las instituciones de educación superior (IES) en dicho escenario consistía en recortar el financiamiento para la enseñanza pública y la investigación científica. Graciela Bensusán y Giovanna Valenti (2018) indican que en tanto el presupuesto designado a actividades de investigación se redujo alrededor de 40 por ciento, la carrera de docentes e investigadores se puso en riesgo; situación que en muchos casos provocó la renuncia de sus actividades profesionales o la búsqueda de mejores oportunidades laborales fuera del país. La reducción del salario real también puso en riesgo la viabilidad de la universidad pública como ámbito de generación y transmisión del conocimiento, cuya matrícula había crecido significativamente

en la década anterior, pues al deteriorar severamente las condiciones de vida de docentes e investigadores se disminuyó el atractivo de desarrollar una carrera docente e investigativa universitaria (Pradilla, 2012). No obstante, ante la imposibilidad de reajustar al alza los ingresos de las IES en general, se trató de salvar a los recursos humanos de investigación y con ellos la investigación científica, pilar fundamental del crecimiento económico.

En conformidad con las políticas de corte neoliberal, ante el supuesto de dar respuesta a la depreciación del salario de docentes e investigadores y con el propósito de retener en el país a los «recursos humanos altamente calificados», el 26 de julio de 1984, el Ejecutivo Federal emitió el decreto de creación del SNI que consistía en la implementación de una forma de evaluación mediante pares independientes, cuya operación administrativa era reserva del Gobierno Federal. Al respecto, Pradilla (2012), quien se incorporó al SNI en su primera cohorte, en una de sus conferencias relató que para los investigadores la creación de un sistema que evaluara su labor científica, en primera instancia, significaba un alivio para su situación económica y la posibilidad de complementar su salario, aunque no fuera un aumento de sueldo.

Expertos en el estudio de las PCyT concuerdan en tres aseveraciones: 1. El SNI surge como una respuesta gubernamental con el fin de evitar que la migración de profesionales se diera en forma masiva (fuga de cerebros). 2. Garantizó el desarrollo de las capacidades de producción científica y tecnológica, imprescindibles para impulsar una estrategia de desarrollo económico nacional. 3. Implementación de una medida para ajustar los salarios en el contexto de crisis, una especie de beca sujeta a criterios de selectividad y productividad (Pérez, 1991; Foro Consultivo de Ciencia y Tecnología y Academia Mexicana, 2005; Canales, 2011; Didou y Etienne, 2011; Vega y León, 2012; Cabrero, 2015; Mendieta, 2015; Rodríguez, 2016; Gil y Contreras, 2017; Bensuasán y Valenti, 2018). Concerniente al último punto, Jorge Flores, subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica de ese periodo, expresa:

Jesús Reyes Heróles (...) un día me llama a mi casa en la noche y me dice: «Oiga, está aquí conmigo Salvador Malo», que era su asesor, «y me está proponiendo un sistema de investigadores nacionales, ¿usted sabe lo que es eso?» Dije: «Claro, claro que sé», y dice: «¿Qué le parece?» «Pues mire, dadas las condiciones de salario y dadas las condiciones laborales de los profesores de tiempo completo, en particular en las universidades y en las grandes instituciones, pues, yo creo que sería

indispensable, porque si no se nos van a escapar, va a haber una fuga sobre todo interna de investigadores». (...) Así fue. Lo que no había ocurrido durante 10 años ocurrió en menos de 24 horas (Flores, 2012:12).

En sus inicios el SNI se implementó como una medida de emergencia, más que como una política académica o científica del gobierno mexicano, y gradualmente se convirtió en un mecanismo de evaluación de la carrera de investigador y del quehacer científico. Fue incorporado en la vida académica de los investigadores como un procedimiento necesario e ineludible para sostener su vida, adquirir prestigio y permanecer en sus puestos laborales (Gil y Contreras, 2017; Didou y Etienne, 2011).

Tomando en cuenta los objetivos del punto de partida del SNI, cabe preguntarse si después de más de 30 años de existencia ha cumplido con su propósito de retener al talento humano altamente calificado. Los datos provenientes del Conacyt (2018) revelan que en 1984 el número de investigadores que integraban el SNI era de mil 396; 10 años después se registró a 5 mil 879; en el aniversario de 20 años de creación, el sistema alcanzó 10 mil 189 investigadores; para 2014 la cifra ascendió a 21 mil 257; y llegó a un total de 27 mil 187 en 2017. Estos datos demuestran que el crecimiento del sistema se ha multiplicado por 20 en 34 años (Rodríguez, 2016).

Sin embargo, el número de investigadores pertenecientes al SNI en relación con el total de investigadores en México (46 mil según la UNESCO) sigue siendo muy reducido, y no se correlaciona con la población de egresados de posgrado cada año. Conforme a la información de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), para el ciclo escolar 2017-2018 el número de graduados de programas de doctorado fue de 6 mil 970, y según las cifras de Conacyt el crecimiento promedio anual del SNI se compone de 650 investigadores, lo que significa que sólo 9.33 por ciento de profesionales egresados podrían ingresar en el SNI para seguir su carrera de investigadores.

Siguiendo los datos del Conacyt para 2017, se aprecia que 22 por ciento (5 mil 818) pertenece al nivel de Candidato, 54 por ciento (14 mil 662) se ubica en el nivel I, 16 por ciento (4 mil 428) en el nivel II y 8 por ciento (2 mil 254) en el nivel III. Las áreas de conocimiento de los miembros del SNI con mayor porcentaje fueron Ciencias Sociales (4 mil 307), Ciencias Físico-Matemáticas y De la Tierra (4 mil 244), Biología y Química (4 mil 261) y Humanidades (4 mil 28), cada una con 16 por ciento, aproximadamente. En contraparte, las áreas con menor porcentaje de investigadores fueron Ingenierías (3 mil 931), Medicina y

Ciencias de la Salud (3 mil 245) y Biotecnología y Ciencias Agropecuarias (3 mil 161), con 12 por ciento, respectivamente (Conacyt, 2018).

Al remitirnos a los datos estadísticos presentados anteriormente podemos señalar que la migración de profesionistas mexicanos en la actualidad no tiene precedentes en la historia de la migración mexicana; sus causas siguen siendo de carácter estructural: empleos y salarios dignos para los trabajadores académicos en todas las áreas de conocimiento y falta de estructuras para una correcta incorporación y desarrollo de las áreas de CyT que incentiven la sociedad del conocimiento. Parafraseando a Ruy Pérez Tamayo (2012), se afirma que el SNI fue un intento del Estado por resolver de modo temporal un grave problema social y económico que sigue vigente: el de los sueldos miserables de los trabajadores académicos e intelectuales.

Atracción y repatriación de investigadores

En el marco de las políticas diseñadas con la intención de fortalecer y descentralizar la ciencia y la tecnología en México se implementaron acciones de retención y atracción a través del Programa de Apoyo a la Ciencia en México (Pacime), el cual contemplaba dos subprogramas: el Programa de Cátedras Patrimoniales, que funcionó de 1991 hasta 2004; y el Fondo de Retención y Repatriación de Investigadores, que funcionó intermitentemente desde su inicio en 1991 y que permanece hasta la actualidad.

Hacia la primera mitad de la década de los 2000, las acciones de política pública referentes a la retención-repatriación de investigadores nacionales o extranjeros se denominaron «Apoyos para la incorporación de investigadores vinculada a la consolidación institucional de grupos de investigación y/o fortalecimiento del posgrado nacional» y su objetivo era suscitar la inserción laboral permanente de los investigadores consolidados. El programa de repatriación inició con 94 apoyos y entre 1991 y 2017 se beneficiaron 3 mil 625 profesionales mexicanos en su retorno. Para el 2017 se registraron sólo cuatro casos efectivos de retorno. Entre 1991 y 2017, 21 por ciento (767) de los apoyos se otorgaron a investigadores de Ciencia Básica, 65 por ciento (2 mil 371) a los de Ciencias Aplicadas y 14 por ciento (497) a los de Ciencias Sociales y Humanidades (Conacyt, 2001-2017; INAP, 2003).

Si se relaciona la cifra total de retornados entre 1991-2017 con el número de becas para estudios de posgrado en el extranjero en ese mismo periodo se observa

que no existe correspondencia proporcional. De manera que los alcances del programa en casi 40 años son ínfimos. Pellegrino y Martínez (2001) argumentan que los programas de repatriación en América Latina no han sido exitosos, en especial porque no estuvieron precedidos por una inversión en recursos e infraestructura que fortaleciera los sistemas nacionales de ciencia, tecnología e innovación. Esto explica de forma contundente porqué el retorno, aunque sea asistido por el gobierno, no es una opción real para un profesional que quiere desarrollar una carrera académica con condiciones laborales y salariales acordes a sus credenciales académicas.

El Subprograma de Cátedras Conacyt funcionó de 1991 a 2004, pero tuvo un impacto mayor debido a que contemplaba la repatriación de académicos mexicanos y la atracción de profesionales extranjeros. Según los datos del Conacyt, bajo esta modalidad en un periodo de 13 años llegaron aproximadamente mil investigadores científicos y académicos, en su mayoría provenientes de la antigua Unión Soviética, y muchos de ellos se establecieron de modo permanente en México; es decir, lograron insertarse laboralmente en las instituciones que los acogieron, lo cual demuestra que el programa cumplió con su cometido: fortalecer las plantillas de las universidades y centros de investigación públicos (Izquierdo, 2010).

Cátedras Conacyt

El programa Cátedras Conacyt surgió en el 2014, dependiente de los fondos del Conacyt, con la finalidad de dar cumplimiento a las metas del Programa Especial de Ciencia y tecnología (PECyTI) 2014-2018. Siguiendo el discurso oficial, se trata de un programa que pretende aprovechar los recursos humanos de más alto nivel, para fortalecer y complementar las capacidades de las instituciones públicas y colaborar en la solución de retos nacionales a través de proyectos científicos y tecnológicos (Conacyt, 2014). No obstante, en las fuentes oficiales no se resalta que es una respuesta gubernamental orientada a la retención de talento humano altamente calificado; en tanto el programa promueve la inserción laboral de jóvenes investigadores, nacionales y extranjeros, en instituciones públicas de educación superior persigue también el objetivo de disminuir la «fuga de cerebros».

Tal como explica Rosalba Ramírez García, «en la implementación de las Cátedras Conacyt se reconocen los esfuerzos de una política científica que ha

invertido en la formación de recursos humanos altamente calificados, así como la necesidad de avanzar hacia la incorporación de los mismos al mercado laboral nacional» (2016:40). Sin embargo, ante la creciente dificultad que encuentran los graduados de doctorado para insertarse en el mercado laboral académico, el gobierno vio conveniente diseñar y ejecutar un programa de flexibilidad laboral, correspondiente al esquema empresarial, en vez de desarrollar una estrategia que atacara progresivamente las causas profundas del desempleo.

En un inicio el programa incorporó al ámbito laboral a 799 jóvenes y propuso duplicar el número de ofertas anualmente, pero los recursos autorizados fueron insuficientes para lograr dicho propósito. Por el contrario, en 2016 sólo se asignaron 277 y en junio de 2018 la cifra alcanzó un total de mil 511 plazas distribuidas en todo el territorio nacional, en más de un centenar de instituciones. La sostenibilidad financiera del programa enfrentó importantes desafíos desde sus comienzos.

Según los datos, el total de recursos adjudicados entre 2014 y 2018 sumó casi 4 mil millones de pesos para el programa de Cátedras Conacyt. En el Presupuesto de Egresos de la Federación 2018 se aprecia que el programa contó con un presupuesto de 966.5 millones de pesos, para mantener mil 295 plazas vigentes y 200 millones de pesos más para crear 219 nuevas plazas. En comparación, el SNI (conformado por poco más de 28 mil miembros) recibió un monto presupuestario de 5 mil millones de pesos y el Programa de Becas de Posgrado alrededor de 10 mil millones de pesos. Cabe resaltar que desde 2014 se han registrado en el Padrón de Jóvenes Investigadores más de 6 mil 420. En la actualidad, mil 76 investigadores desarrollan 664 proyectos de investigación, innovación y desarrollo tecnológico en 132 instituciones con presencia en las 32 entidades del país. La edad promedio de los investigadores es de 36 años, 75 por ciento pertenece al SNI.

Más allá de que las cifras evidencian que el número de beneficiarios es muy pequeño con respecto al número de graduados de doctorado a escala nacional, es relevante señalar que los investigadores beneficiarios de una cátedra son contratados por el Conacyt como servidores públicos en la categoría de personal académico, pero comisionados a realizar sus actividades laborales en otra institución; es decir, que se establece una relación laboral de subcontratación de carácter triangular: simultáneamente a la convocatoria, a fin de que los aspirantes puedan ocupar las cátedras, las instituciones deben proponer un perfil académico-laboral para apoyar el proyecto de investigación que desean emprender.

Oyuki Arce y Redy Hernández (2019) aseveran que si bien este esquema de *outsourcing* no es nuevo para los profesionales altamente calificados, en México

se justifica con un programa de política pública, en aras de atender el desempleo de personas con alto grado de formación académica. Acorde con los lineamientos establecidos para las cátedras, la institución beneficiada con una Cátedra Conacyt «no tendrá ninguna relación de carácter laboral con el personal académico comisionado» (art. 7), por lo que la regulación laboral le corresponde al Conacyt.

El nuevo perfil de investigadores, más enfocado en el desarrollo de proyectos y líneas de investigación consideradas prioritarias, genera cuestionamientos acerca de la sostenibilidad de las carreras de los jóvenes investigadores en el mediano y el largo plazos, tanto en términos de su estabilidad laboral como de las posibilidades de dar continuidad a las actividades de investigación y de formación de nuevos investigadores en ciertas líneas y temas (dentro de un proceso re-productivo) una vez concluida su función de «comisionados» en las instituciones. En ese sentido, cabe preguntar, ¿qué se tiene previsto para la carrera de investigación de estos jóvenes y para la vitalidad de las instituciones cuando se cumpla el plazo máximo de 10 años?

Asimismo, permanece la interrogante de si el programa tendrá continuidad en la planificación estratégica del presente sexenio. Hasta ahora se sabe que el Conacyt solicitó suspender los contratos que no estuvieran firmados, con la intención de no comprometer los recursos presupuestarios concernientes al 2019 sin antes evaluar y valorar su pertinencia. El volumen de recursos fue la preocupación primordial de la nueva administración del organismo y una de las razones para cancelar el programa. En una declaración de prensa, la directora de la institución señaló que el programa tiene muchas virtudes, pero muchas más contradicciones porque no ofrece plazas «verdaderas» en las instituciones académicas (Torres, 2018). Además, en una declaración posterior expresó que el programa se pensó como un mecanismo alternativo que creara nuevas oportunidades para los jóvenes, pero era insostenible mantener el programa tal y como estaba funcionando, ya que existían mil 500 investigadores dentro de la nómina de Conacyt.

Frente a la posibilidad de cancelar el programa se optó por modificarlo y así empezar un proceso de transformación. En la convocatoria 2019 el Conacyt ofreció únicamente 99 nuevas plazas para investigadores con posibilidad de que sean incorporaciones permanentes. María Elena Álvarez Buylla aclara: «Esto es, que dejen de ser considerados administrativamente como funcionarios públicos, con plazas de confianza y, en un futuro, se incorporen como investigadores, con toda formalidad y derechos plenos, en alguno de los 139 centros de investigación e institutos a los que están adscritos» (Comunicado 36/19 11.05.2019).

Acciones indirectas: vinculación con la diáspora calificada

Red Global de Talentos Mexicanos (RGTM)

A diferencia de las anteriores acciones de política pública, la RGTM emergió como una iniciativa de la diáspora mexicana calificada residente en Estados Unidos, con la finalidad de demandar una política migratoria que los vinculara con México. Es así que el Instituto de Mexicanos en el Exterior (IME) acogió dicha iniciativa con tres propósitos: 1. Atender las necesidades de los profesionistas al brindar asesoría legal sobre su permanencia e inserción profesional en Estados Unidos. 2. Canalizar su deseo de colaborar con México con sus habilidades y conocimientos, en especial en el campo de la ciencia y la tecnología, para lograr una mejor inserción de México en la economía global. 3. Establecer conexiones con negocios de alto valor añadido o con sectores que contribuyan.

Un aspecto sobresaliente de la RGTM, en tanto una acción de política dirigida a la vinculación de los profesionistas mexicanos, es el trabajo colaborativo con el Conacyt mediante el programa Puntos Nacionales de Contacto Sectorial (PNCS), albergados en centros e instituciones de investigación y docencia de primer nivel. De acuerdo con la información recabada, las instituciones interesadas en conformar un PNCS podían recibir hasta un millón de pesos del Fondo Sectorial SRE-Conacyt para generar proyectos colaborativos con los mexicanos en el exterior (Alfaro, 2019).

El programa PNCS funcionó bajo esa figura sólo por dos años pues, con una nueva dirección, el Conacyt reorientó sus recursos al programa de Redes Temáticas. Cabe señalar que pese a la corta duración del programa, la alianza estratégica entre la RGTM y el Conacyt constituye un antecedente notable para la PCyT, ya que por primera vez el gobierno destinaba «más recursos» para impulsar las acciones de vinculación con la diáspora calificada, pero también porque se abría una ventana de posibilidades que fortalecía el trabajo de la RGTM al encauzar sus acciones hacia los sectores definidos como estratégicos y así impulsar el desarrollo científico y tecnológico del país. Esta medida propició que la RGTM tuviera un perfil más de corte empresarial (*networking*), dejando en segundo plano las actividades de cooperación científica y académica y enfocándose en promover oportunidades de negocios para la inserción competitiva de México en la economía del conocimiento (Alfaro, 2019; Tejada, 2012).

Reflexiones finales

Pese a que muchas investigaciones han alertado que la tendencia creciente de la migración de profesionales altamente calificados vislumbra un problema serio en el desarrollo económico y social de México, las respuestas gubernamentales para hacer frente a dicho problema han sido mínimas, dispersas y heterogéneas, por lo que no se ha logrado configurar una propuesta que integre el fenómeno en la PCyT. Las acciones de política pública que buscaban recuperar a los talentos mexicanos migrantes fueron heterogéneas y discontinuas en el tiempo, lo que evidencia la falta de un proyecto nacional de educación, ciencia y tecnología que permita su incorporación al mercado laboral y explica porqué el fenómeno de la migración calificada mexicana se ha mantenido sin pausa hasta nuestros días.

Si bien las diferentes visiones en torno del fenómeno de la migración calificada sobre formas para mantener contactos con las diásporas y colaborar en proyectos que hagan factible el desarrollo del país parecería que atienden aristas de un mismo problema, la realidad es que hasta ahora no se ha logrado crear acciones de política pública que trasciendan la individualidad de los proyectos y generen políticas públicas que favorezcan un proyecto nacional de educación, ciencia y tecnología. Las acciones de política pública en el tema de repatriación y retención de investigadores altamente calificados han sido escasas, ineficientes y enmarcadas en precariedad laboral, además de que se encuentran en revisión con la llegada del nuevo gobierno.

Se reconocen los esfuerzos por retener los recursos humanos altamente calificados, así como la necesidad de avanzar hacia la incorporación de los mismos en el mercado laboral; no obstante, mientras la migración calificada no sea tratada como un problema de orden estructural, directamente relacionado con el desempleo, las acciones de política pública emprendidas seguirán siendo insuficientes e ineficientes. México se encuentra frente a una coyuntura nacional particular en lo que respecta a la CyT, en tanto que con la llegada del nuevo gobierno se han emprendido una serie de reformas y cambios en el Conacyt que repercutirán en la orientación de la PCyT. Consideramos que la incorporación explícita de la migración calificada en la planificación estratégica se vuelve vital para encarar los desafíos de la sociedad y economía del conocimiento.

Los profesionales altamente calificados deben ser considerados como un problema al que el Estado mexicano debe responder al ser responsable de no

propiciar las condiciones para una correcta absorción de su población. México ha sido uno de los más importantes expulsores de fuerza de trabajo; concerniente a los talentos mexicanos tiene una participación relevante que lo sitúa en el sexto lugar latinoamericano. En el marco del modelo neoliberal aplicado en los últimos 30 años en el país, el fenómeno migratorio se convirtió en «una válvula de escape» y alcanzó niveles nunca vistos, pues las prioridades nacionales no correspondían con la búsqueda de avanzar en una agenda para el desarrollo. Cambiar tales condiciones requiere de la creación de un proyecto nacional que ponga en el eje de las prioridades nacionales la educación, la ciencia, la tecnología, en aras de alcanzar el tan ansiado desarrollo.

Agradecimientos

Agradecemos el apoyo de la DGAPA, a través del proyecto PAPIIT con clave IN301819, pues permitió desarrollar la presente investigación. Asimismo, al Instituto de Investigaciones Económicas por las facilidades prestadas para la buena realización del proyecto.

Referencias

- Alfaro, Yolanda (2019), «La Red Global de Mexicanos Calificados: ¿nuevo agente del desarrollo?», *Revista Cuadernos Latinoamericanos*, 31(51), pp. 41-53.
- Álvarez Buylla, María Eugenia (11 de mayo de 2019), «Comunicado 36/19», Conacyt, en <https://www.conacyt.gob.mx/index.php/resoluciones/109-comunicados/1038-com-36-19>
- Aragónés, Ana María y Uberto Salgado (2018), «Migración calificada en los países nórdicos y la crisis migratoria en Europa», en Ana María Aragónés y Uberto Salgado (coords.), *Competencia mundial por los talentos. Perspectivas para México y América Latina*, México, Instituto de Investigaciones Económicas-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 195-232.
- Aragónés, Ana María y Uberto Salgado (2019), «Talentos mexicanos en los países nórdicos», en Ana María Aragónés (coord.), *Nuevos escenarios migratorios. Desafíos para México*, México, Instituto de Investigaciones Económicas-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 109-146.
- Arce, Oyuki y Redy Hernández (2019), «Las Cátedras Conacyt en los márgenes de la subcontratación», *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 28(55-1), pp. 1-22.

- Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) (2019), *Anuario Estadístico. Población Escolar en la Educación Superior*, en <http://www.anui.es.mx/informacion-y-servicios/informacion-estadistica-de-educacion-superior>
- Bazúa, Fernando y Giovanna Valenti (1995), «Políticas públicas y desarrollo», en Carlos E. Massé y Eduardo Sandoval (coords.), *Políticas Públicas y Desarrollo Municipal*, México, El Colegio Mexiquense/Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 51-82.
- Bensuasán, Graciela y Giovanna Valenti (2018), *La evaluación de los académicos. Instituciones y Sistema Nacional de Investigadores, aciertos y controversias*, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales/Universidad Autónoma Metropolitana.
- Cabrero Mendoza, Enrique (2015), «Principales logros y desafíos del Sistema Nacional de Investigadores de México a 30 años de su creación», *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 10(28), pp. 177-187.
- Canales, Alejandro (2011), *La política científica y tecnológica en México. El impulso contingente en el periodo 1982-2006*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- Casas, Rosalba (1983), «Ciencia y tecnología en México. Antecedentes y características actuales», *Revista Mexicana de Sociología*, 45(4), pp. 1323-1334.
- Casas, Rosalba y Jorge Dettmer (2007), «Construyendo un paradigma de política científica tecnológica para México», en *Educación, ciencia, tecnología y competitividad. Agenda para el desarrollo*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 137-154.
- Chaparro, Fernando y Eduardo Arias (1970), *La emigración de profesionales y técnicos colombianos y latinoamericanos, 1960-1970*, Bogotá, Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas y Proyectos Especiales Francisco José de Caldas/Colciencias.
- Cimoli, Mario (2008), «Las políticas tecnológicas de América Latina: una revisión crítica», en Giovanna Valenti (coord.), *Ciencia, tecnología e innovación. Hacia una agenda de política pública. Dilemas de las políticas públicas en Latinoamérica*, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) (2001), *Diez años del programa para repatriar a los investigadores mexicanos 1991-2001*, México, Conacyt.
- _____ (2014), *Programa Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación 2014-2018*, en <http://www.siicyt.gob.mx/index.php/normatividad/nacional/631-3-programa-especial-de-ciencia-tecnologia-e-innovacion-2014-2018/file>
- _____ (2017), *Informe General del Estado de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación 2017*, en <http://www.siicyt.gob.mx/index.php/transparencia/informes-conacyt/informe-general-del-estado-de-la-ciencia-tecnologia-e-innovacion>

- De Ibarrola, María (2015), «Consolidación del Sistema Nacional de Investigadores, profesionalización de la investigación en México», en Salvador Vega (coord.), *Sistema Nacional de Investigadores. Retos y perspectivas de la ciencia en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 49-62.
- Delgado Wise, Raúl y Mónica Chávez (2015), «Claves para descifrar la naturaleza de la exportación de fuerza de trabajo calificada bajo el capitalismo contemporáneo: lecciones a partir de la experiencia mexicana», *Migración y Desarrollo*, 13(25), pp. 3-32.
- Didou Aupetit, Silvia y Gérard Etienne (2011), «El Sistema Nacional de Investigadores en 2009, ¿un vector para la internacionalización de las élites científicas?», *Perfiles Educativos*, XXXIII(132), pp. 29-47.
- Flores Valdés, Jorge (2012), «Los orígenes del Sistema Nacional de Investigadores», en Salgado Vega (coord.), *Sistema Nacional de Investigadores. Retos y perspectivas de la ciencia en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 11-20.
- Foro Consultivo Científico y Tecnológico y Academia Mexicana (2005), «Una reflexión sobre el Sistema Nacional de Investigadores. A 20 años de su creación», en <http://publicaciones.anuiem.mx/biblioteca-cises/1183/una-reflexion-sobre-el-sistema-nacional-de-investigadores-a-20-aos-de>
- Gaspar, Selene y Mónica Chávez (2019), «Migración mexicana calificada y altamente calificada: 1990-2015», en José Luis Calva (coord.), *Migración de mexicanos a Estados Unidos, derechos humanos y desarrollo*, México, Juan Pablos Editor/Consejo Nacional de Universitarios, pp. 523-553.
- Gil, Antón y Leobardo Contreras (2017), «El Sistema Nacional de Investigadores: ¿espejo y modelo?», *Revista de la Educación Superior*, 184(46), pp. 1-19.
- Instituto Nacional de Administración Pública (INAP) (2003), *Evaluación de los subprogramas para retener y repatriar a los investigadores mexicanos y para la creación de Cátedras Patrimoniales de Excelencia-Conacyt*, México, INAP.
- Izquierdo, Isabel (2010), «Las científicas y los científicos extranjeros que llegaron a México a través del subprograma de Cátedras Patrimoniales del Conacyt», *Revista de la Educación Superior*, 3(155), pp. 61-79.
- Mendieta, Angélica (2015), *¿Legitimidad o reconocimiento? Las investigadoras del SNI. Retos y propuestas*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Méndez Rodríguez, Alejandro (2017), «Migración de talentos como estrategia de desarrollo: México-Japón», *Problemas del Desarrollo*, 140(48), pp. 137-164.
- Oteiza, Enrique (1996), «Brain drain: an historical and conceptual framework. International scientific migrations», *Revista Redes-Quilmes*, 3(7), pp. 101-120.

- Organisation for Economic Cooperation and Development (OECD) (2017), «G20 Global displacement and migration trends report 2017», en <https://www.oecd.org/g20/topics/employment-and-social-policy/G20-oecd-migration.pdf>
- _____ (2018), «G20 International migration trends report 2018», en <http://www.oecd.org/els/mig/G20-international-migration-and-displacement-trends-report-2018.pdf>
- _____ (2018), «G20 International migration trends report 2019», en <https://www.oecd.org/migration/mig/G20-migration-and-displacement-trends-and-policies-report-2019.pdf>
- Pellegrino, Adela y Jorge Martínez Pizarro (2001), «Una aproximación al diseño de políticas sobre la migración internacional calificada en América Latina», *Serie Población y Desarrollo* (23).
- Pérez Tamayo, Ruy (1991), *Ciencia, paciencia y conciencia*, México, Siglo XXI.
- Pradilla Cobos, Emilio (2012), «El Sistema Nacional de Investigadores y las condiciones de vida de los investigadores», en Salvador Vega (coord.), *Sistema Nacional de Investigadores. Retos y perspectivas de la ciencia*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 21-26.
- Programa de Ciencia y Tecnología (PCyT) (1995), *Programa de Ciencia y Tecnología (PCyT) 1995-2000*, México, Conacyt.
- Ramírez García, Rosalba (2016), «Una política para la incorporación de jóvenes investigadores: el programa de «Cátedras Conacyt»», *Universidades* (69), pp. 35-48.
- Rodríguez, Carlos (2016), «El Sistema Nacional de Investigadores en números», Foro Consultivo de Ciencia y Tecnología, en http://www.foroconsultivo.org.mx/libros_editados/SNI_en_numeros.pdf
- Solleiro, José Luis, Rosario Castañón, Mariana Montiel y Katya Luna (2019), «Evolución del desarrollo científico y tecnológico de América Latina: México», en Jesús Sebastián (coord.), *Claves del desarrollo científico y tecnológico de América Latina*, México, Siglo XXI/Fundación Carolina, pp. 361-404.
- Tejada, Gabriela (2012), «Movilidad, conocimiento y cooperación: las diásporas científicas como agentes de desarrollo», *Migración y Desarrollo*, 10(18), pp. 67-100.
- Torres Cruz, Issac (3 de diciembre de 2018), «¿Qué va a pasar con las Cátedras Conacyt?», *Crónica*, en <http://www.cronica.com.mx/notas/2018/1102740.html>



¿«La» o «Una» organización líder en migración? La OIM como un actor en la gobernanza migratoria mundial

«The» or «A» leading organization in migration?
IOM as an actor in global migration governance

Stefan Rother*

ISSN IMPRESO 1870-7599 | ISSN RED CÓMPUTO 2448-7783 | 137-159

RECIBIDO 12/03/20 | ACEPTADO 03/04/20

Resumen. La emergente gobernanza mundial de la migración se caracteriza por su fragmentación en términos de instituciones, normativas y convenciones subyacentes. La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) ocupa un lugar peculiar dentro de este marco: por un lado, hasta hace muy poco se había situado fuera de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), se considera un organismo «no normativo» y ha actuado principalmente como un proveedor de servicios basado en beneficios para los Estados nacionales. Por otro lado, ha sido fundamental en el establecimiento de normativas influyentes como la «gestión migratoria»; asimismo, ha sido elogiada como «un organismo líder en migración» por la ONU y sus Estados miembro; finalmente, en septiembre de 2016, se adhirió a la ONU como una «organización conexas». Sin embargo, la oposición a la propuesta original de llamar a la OIM «el organismo líder en migración», destaca que más allá del aspecto semántico, el papel de la organización aún no se define con claridad y es discutible. Este aporte analiza la actuación que la OIM ha logrado en la gobernanza mundial de la migración.

Palabras clave: gobernanza mundial de la migración, desarrollo, OIM, actuación, organizaciones internacionales.

Abstract. The emerging global governance of migration is characterized by its fragmentation in terms of institutions, underlying norms and conventions. The International Organization for Migration (IOM) holds a peculiar place within this framework: On the one side, it has been situated outside the United Nations System until very recently, considers itself a «non-normative» agency, and has mostly acted as a profit-based service provider for nation-states. On the other side, the IOM has been instrumental in establishing influential norms such as «migration management», it has been lauded «a leading agency on migration» by the UN and its member states, and moved closer to the UN system as a «related organization» in September 2016. However, the opposition to the original suggestion of calling the IOM «the leading agency on migration» highlights —beyond mere semantics— that the role of the organization is still nor clearly defined and remains contested. This contribution analyses the actorness IOM has achieved in global migration governance.

Keywords: global migration governance, development, IOM, actorness, international organizations.

* Alemán. Adscrito al Instituto Arnold Bergstraesser de la Universidad de Friburgo, Alemania. Correo-e: mail@stefan-rother.de

Traducido del inglés al español por Georgia Aralú González Pérez y Keilany Nohemy García Mendoza.

Introducción

Cuando el segundo Diálogo de Alto Nivel de las Naciones Unidas (UN-HLD, por sus siglas en inglés) sobre la Migración Internacional y el Desarrollo, «Hacer que la migración funcione», tuvo lugar los días 3 y 4 de octubre de 2013 en Nueva York, los comentarios en la red social Twitter eran aún un fenómeno relativamente nuevo. Por ejemplo, mientras la Organización Internacional del Trabajo (OIT) estaba casi ausente en la red social, las oficinas de Nueva York y Ginebra de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) enviaban un *tweet* tras otro:

(William Lacy, Director General de la OIM) Swing: «Como organismo líder mundial en migración, la OIM antepone la protección de los #migrants en todo lo que hace».

#Chile at #HLD2013: «La OIM ha desempeñado un papel importante como OIG y en la preparación para el Diálogo de Alto Nivel #migration».

#Austria: «Me gustaría agradecer a la #OIM por su contribución al #HLD2013». La OIM se encuentra en una posición única para enriquecer este debate en años venideros (todos los *tweets* de la OIM desde el 3 de octubre).

Nepal: «@IOM_news puede desempeñar un papel importante en mejorar el impacto positivo de los #migrants».

Uruguay en el #HLD2013: «El Plenario señala a la OIM como la organización líder mundial de migración».

«#Egypt en el #HLD2013 pide explorar formas para fortalecer la participación de la OIM dada su posición como organización líder OIG en el campo de la migración y se enorgullece de recibir en su oficina regional a #MENA».

@UNAOC: «Trabajo importante con la @OIM_news en la creación de #best-practices for #migration» (todos los *tweets* de la OIM desde el 4 de octubre).

Estas citas —que son sólo una pequeña muestra de muchas otras en un tono similar y que representan la imagen pública proyectada por la OIM en los últimos años— pueden ser leídas de distintas maneras. En principio, concebimos una organización que espera reconocimiento y que acepta cualquier tipo de elogio. Después, es evidente que existe una base sólida para esta autopromoción, puesto que un número diverso de Estados, incluidos los países de origen y de destino, acudió para subrayar su trascendencia. A ellos se unió una iniciativa

basada en la ONU, la Alianza de Civilizaciones de las Naciones Unidas (UNAOC, por sus siglas en inglés), y durante la sesión del 4 de octubre una importante organización regional también la enarbó a través de un representante, quien enfatizó que la Unión Europea (UE) «aprecia el liderazgo de la OIM en la migración y el desarrollo internacionales». Las aludidas declaraciones dan la impresión de que los participantes no la perciben como una simple herramienta que puede favorecer a sus objetivos, sino como un actor en sí mismo que por derecho propio desempeña una función preponderante y muestra liderazgo.

Este nivel de actuación es el tópico central del presente artículo.¹ Como bien indica Pécoud, hasta muy recientemente la OIM había sido poco investigada y más todavía desde los enfoques teóricos: «Prácticamente ningún estudio examina a la OIM desde una perspectiva de las Relaciones Internacionales (IR, por sus siglas en inglés)» (Pécoud, 2018:1623). Por ejemplo, en el volumen sobre la gobernanza migratoria mundial, publicado por Alexander Betts, muchas contribuciones la mencionan, pero en su mayoría de modo descriptivo y superficial (Betts, 2011a). Aunque en la introducción y en la conclusión se ahonda un poco más en la organización mediante un enfoque de las IR, su actuación es muy limitada. Para Betts, «existe principalmente como un proveedor de servicios para los Estados, que trabaja en proyectos específicos de acuerdo con las exigencias y prioridades de los Estados donantes», en múltiples sentidos, su enfoque «se acerca más a una empresa privada que a una organización internacional típica», además «carece de visión normativa propia» (2011b:13).

Considero que, si bien estas caracterizaciones abarcan facetas importantes de la OIM, podemos obtener una visión más completa de la organización al examinar su papel en los diferentes niveles de la emergente gobernanza mundial migratoria. Al respecto, en una primera sección discutiré la literatura acerca de la agencia de las organizaciones internacionales. Ello seguido de un análisis de las estrategias empleadas por la OIM hacia múltiples actores y foros como el UN-HLD, el FMMD y las deliberaciones sobre el Pacto Mundial para una Migración segura, ordenada y regular (PMM). En la conclusión discutiré otros campos de estudio.

¹ Versiones anteriores de este documento fueron presentadas en la conferencia «Gestión de la migración en la sociedad mundial. Organizaciones internacionales en política migratoria II», Universidad de Carleton, Ottawa, en marzo de 2017 y en la conferencia general del Consorcio Europeo para la investigación Política (ECPR, por sus siglas en inglés), Wroclaw, Polonia, en septiembre de 2019. Agradezco a todos los participantes y ponentes por su retroalimentación.

Los hallazgos se fundamentan en el análisis exhaustivo de documentos, entrevistas y observación participante en foros mundiales como el FMMD (todas las reuniones desde el 2008), el UN-HLD (2013) y la «Semana de la migración» 2018 en Marruecos, incluida la Conferencia Intergubernamental sobre el Pacto Mundial para la Migración.

Organizaciones internacionales como actores

A partir de acontecimientos actuales en la política internacional se ha puesto en tela de juicio a las organizaciones internacionales, por no afirmar que su autoridad se encuentra en declive: comprende desde los países del grupo Visegrád de la Unión Europea (UE), que se rehúsan a aceptar las decisiones de la organización regional, aunado a la drástica decisión del *brexít*, hasta la administración de Donald Trump que se aleja de la Organización Mundial del Comercio (OMC), de la ONU y de prácticamente todo tipo de acuerdos multilaterales y organizaciones internacionales. Sin embargo, según un estudio reciente «las organizaciones internacionales se han vuelto más autoritarias en las últimas décadas, es decir, ahora dependen menos del control de los miembros individuales» (Lenz, 2017:1; Hooghe *et al.*, 2017). Un indicador de este desarrollo es percibido por los analistas con respecto a la creciente extensión, en la que los Estados recurren a cualquiera de las dos agrupaciones (apoyan las formas mayoritarias en la toma de decisiones) o a la delegación (empoderan a instituciones independientes para que actúen en su nombre). Cabe mencionar que la OIM ocupa un lugar intermedio en la delegación y uno alto en la agrupación (Lenz, 2017:1; Hooghe *et al.*, 2017); ello es característico de las organizaciones bajo estudio que cumplen tareas específicas. Las razones del incremento en la autoridad internacional son visibles en la búsqueda funcional de una cooperación efectiva, los actores no gubernamentales exigen cada vez más la participación política y «la difusión de modelos institucionales autoritarios entre las organizaciones internacionales» (Lenz, 2017:1).

Este amplio estudio empírico contribuye a lo que se considera un giro organizacional en la teoría de las IR (Ellis, 2010). A pesar de que en la teoría organizacional el organismo inherente y la autonomía de las organizaciones internacionales son en gran medida indiscutibles, predomina todavía la controversia en la teoría de las IR centradas en el Estado. David C. Ellis observa «una inconsistencia intelectual en la beca de las IR que valora a los Estados, pero no a las

organizaciones internacionales, como actores unitarios, cuando en realidad ambos son entidades corporativas» (Ellis, 2010:12). En otras palabras, el planteamiento de la investigación sobre los Estados como actores en el sistema internacional debería también aplicarse a las instituciones internacionales. En su clásico libro *Man, the state and war*, Kenneth Waltz (2001) introdujo tres imágenes de análisis que explican los orígenes del conflicto en el sistema internacional. La primera imagen examina el papel de los líderes; la segunda, la estructura interna y el conflicto de los Estados; y la tercera (más desarrollada en trabajos posteriores), el sistema internacional.

Apoyado en la jerarquía de los niveles de las organizaciones de Joel A. Baum y Tim J. Rowley (2007), Ellis sugiere que las imágenes previas podrían utilizarse para los niveles de análisis correspondientes a las organizaciones internacionales: la primera se enfocaría en el análisis intraorganizacional y revisaría la función de las secretarías, consejos o comunidades epistémicas (empero, yo estimaría que la última no siempre encaja perfectamente en la dimensión interna, pues es probable que haya vínculos con el «mundo exterior»). La segunda podría basarse en el análisis organizacional y comprendería desde la negociación intrasistémica hasta los modelos de financiación, las normas de votación y la interacción de las OI con los Estados y las Organizaciones no Gubernamentales (ONG). La tercera encuentra su equivalente en el análisis interorganizacional, el cual puede centrarse en la estructura del sistema internacional, las redes de las organizaciones internacionales con otras y las ONG, así como el papel de las normas y los agentes de cambio. Un análisis que se reduce a todos los niveles sería el de la dimensión del aprendizaje institucional, mismo que se relaciona con la difusión de los modelos exitosos citados.

El creciente interés en las organizaciones internacionales se manifiesta en distintas publicaciones, entre ellas la serie de libros *Global Institutions*, probablemente la más completa. Después de concluir este artículo, se publicó una monografía dedicada a la OIM (Bradley, 2020). Antes —además de un volumen editado sobre la industria migratoria (Gammeltoft-Hansen y Sørensen, 2013)—, es notorio que la única institución asociada con la migración, y que adicionalmente había recibido una atención significativa en la serie, fue el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) dentro de una monografía (Deardorff, 2017) y en un capítulo del libro *International organizations as self-directed actors* (2012a), de Joel Oestreich, el cual proporciona un marco analítico pertinente para la OIM.

Oestreich responde a los principales enfoques en la teoría de las IR, los cuales asumen que son los Estados los que actúan, a través del trabajo de las organizaciones internacionales que crean. Tales supuestos provienen de «realistas tradicionales que ven a las organizaciones internacionales como cuerpos sin sentido en un mundo de actores estatales, fundados en la teoría liberal; paralelamente, admiten su influencia en la política mundial como lugares de normas y expectativas sociales, pero no como agentes con sus particulares necesidades y deseos, y la capacidad de actuar sobre ellos» (2012b:1). Por otra parte, el constructivismo examina la creación y la difusión de normas en el sistema internacional, éstas podrían no sólo flotar en el ambiente sino también manifestarse en una forma más concreta como las organizaciones internacionales.

La posición ontológica de Oestreich y sus coautores es «que las organizaciones internacionales existen independientemente de los Estados y tienen un efecto propio que las convierte en materia de distintas maneras» (Oestreich, 2012b:5). Una forma de analizarlas como actores es la teoría del agente principal, con organizaciones internacionales contratadas al servicio de los intereses de los Estados, que delegan tareas que no pueden o no quieren realizar por sí mismas (Hawkins *et al.*, 2006). Incluso si en ese escenario fungen como «servidoras», no obstante son actores que tratan asuntos en nombre de otros. Asimismo, en el devenir los servidores pueden desarrollar su propia mentalidad e intereses. Dichos intereses quizá no estén del todo alineados con los principios, en específico cuando hay una «laxitud» en la supervisión: «La teoría del agente principal y el trabajo en el comportamiento burocrático determinan que el objetivo primordial de las burocracias es su expansión: la expansión de presupuestos, de los poderes y de su existencia a lo largo del tiempo» (Oestreich, 2012b:7; Brehm y Gates, 2002). Esta tendencia se ilustra ampliamente en múltiples niveles, desde los departamentos gubernamentales nacionales hasta las guerras territoriales de las organizaciones internacionales en general y en particular de las agencias de la ONU. Las organizaciones llegan a acentuar su «laxitud» al emplear información asimétrica (por ejemplo, sus conocimientos especializados) en su beneficio, o bien, si sus directivos son numerosos y no existen entre ellos intereses unificados (Oestreich, 2012b:7). Valorar a las organizaciones internacionales como entidades corporativas centraría el análisis en la estructura interna de las organizaciones, los intereses de las personas que ahí trabajan, sus ramas y sus líderes.

Con base en una visión constructivista relativa a la teoría del agente principal, es posible detectar indicadores respecto a que la relación entre los Estados

y las organizaciones internacionales se asemeja cada vez más. Estas últimas pueden utilizar su control sobre el poder y los recursos burocráticos para influir en el comportamiento del Estado y que los Estados puedan «entonces involucrarse en una relación intersubjetiva con las organizaciones internacionales e inevitablemente, conforme cambia su identidad, afectar sus propios intereses» (Oestreich, 2012b:8). El poder, la influencia y, hasta cierto punto, la independencia —por no decir la autonomía de las organizaciones internacionales—, derivan en específico de las ideas, el conocimiento y los discursos. Las organizaciones no sólo ejecutan órdenes de manera burocrática, pueden también «servir como vías para propagar ideas globalizadas o globalizadoras, pues captan, internalizan y difunden concepciones que forman parte de su entorno operativo, en la medida en que dichas concepciones parecen armonizar con el mandato de la burocracia» (Oestreich, 2012b:9). Lo anterior es un proceso fluido en el que el ámbito internacional y otros actores como las comunidades epistémicas cumplen su papel en la configuración de esas ideas. Por ende, las organizaciones internacionales no pueden analizarse de modo aislado, es preciso tener en cuenta la red o redes de las que forman parte.

Investigación de la OIM como actor en las relaciones internacionales

¿De qué modo contribuyen los aludidos enfoques teóricos para investigar a la OIM como un actor? Probablemente el enfoque con el mayor potencial es al mismo tiempo uno de los más difíciles, esto es, intentar revisar de forma sistemática el interior de la «caja negra» de la organización internacional. Cuando se trata de su funcionamiento interno la OIM es notoriamente hermética, según lo atestiguan diversos investigadores en conversaciones con el autor, quienes han pretendido acercarse a la organización a fin de solicitar datos concernientes al manejo de casos, finanzas, etcétera. Con todo, una etnografía organizativa sería de mucha utilidad. Por vez primera, la realización de un análisis cimentado en los niveles de organización —o «imágenes»— podría arrojar luz sobre la compleja dinámica interna de la organización que, por un lado, posee un fuerte centro con su sede en Ginebra y representación en la ONU y, por otro, lleva a cabo gran parte de su trabajo *in situ* con una plétora de oficinas y programas nacionales, subnacionales y regionales, además de centros administrativos,

oficinas especiales de enlace, así como el Fortalecimiento de la Capacidad Africana (ACBC, por sus siglas en inglés) y el Centro de Análisis de Datos de la OIM sobre la Migración Mundial (GMDAC, por sus siglas en inglés).

La función que la OIM cumple con los países de origen, tránsito y destino, ha sido revisada por distintos autores (Geiger, 2018; Barber y Bryan, 2018; Fine, 2018; Dini, 2018); un siguiente paso sería ahora situar estos hallazgos dentro de un análisis más vasto referente a la interacción entre los niveles intraorganizacional, organizacional e interorganizacional. ¿Cómo se vinculan los principios de la OIM en el lugar, cómo afectan los resultados (positivos o negativos) de los proyectos mencionados a la estrategia general de la organización? ¿Qué efecto tiene la crítica de la sociedad civil en los programas que violan los derechos humanos de los migrantes (Andrijasevic y Walters, 2010:980)?

Un tema común de la literatura sobre la actuación de las organizaciones internacionales es la relevancia de las personas que trabajan en ellas. Así, en un afán de comprender en su totalidad las acciones de la OIM es importante incluir el papel del director general, quien tradicionalmente ha sido exdiplomático de Estados Unidos. El anterior director, William Lacy Swing, luego de ser embajador de Estados Unidos, desempeñó diferentes funciones dentro de la ONU, hecho que con seguridad influyó en las negociaciones para acercar a la organización a dicho sistema. Derivado del cambiante entorno internacional, al momento de elegir a su sucesor, no se consiguió la mayoría para el controvertido candidato estadounidense. En contraposición, el político portugués, António Manuel de Carvalho Ferreira Vitorino, anterior comisionado europeo de Justicia y Asuntos Internos, fue elegido en junio de 2018 y en la actualidad funge como director general. La impresión inicial tentativa, después de sus dos primeros años en el cargo, estriba en su voluntad para abrir a la organización a discursos provenientes de actores sociales, particularmente de la sociedad civil, y lograr así una mayor participación en la ONU.

El análisis no debe detenerse, incluso debe tener en cuenta a las personas en el lugar. Aquí, la OIM parece estar lejos de ser una entidad uniforme, con diferentes grupos de proyectos, una alta fluctuación del personal en algunas oficinas y la subcontratación de expertos para la ejecución de proyectos. Si bien este estudio podría perjudicar la dicotomía percibida, referente a cuál es la organización internacional «buena» y cuál es la «mala» en términos de migración, raramente existe consenso entre la sociedad civil y los investigadores críticos. Traigo a colación el comentario que hizo uno de mis encuestados en tono de

burla: «La OIT es una organización bien intencionada donde trabajan algunas personas cuestionables; la OIM es una organización cuestionable donde trabajan ciertas personas bien intencionadas» (intercambio informal durante el GMDAC en Daca, Bangladés, 10 de diciembre de 2016).

Es evidente que una investigación tan completa es fácil de demandar y difícil de implementar, por esa razón sigue siendo un objetivo a largo plazo.² Un análisis más profundo de las «relaciones externas» de la organización puede ser visto como un paso hacia ello, y con este fin la siguiente sección se centrará en los niveles interorganizacional/internacional y en la búsqueda de la OIM para conseguirlo.

La OIM en la gobernanza mundial de la migración

Los partidarios de «la letra pequeña» sin duda disfrutarán del párrafo 49 de la Declaración de Nueva York para los Refugiados y los Migrantes:

Nos comprometemos a fortalecer la gobernanza mundial de la migración. Por ello, apoyamos y acogemos con beneplácito el acuerdo de llevar a la Organización Internacional para las Migraciones, una organización *considerada por sus Estados miembro* como el organismo líder mundial en migración, en una relación jurídica y de trabajo más estrecha con las Naciones Unidas como organización conexas (énfasis añadido) (Asamblea General de las Naciones Unidas, 2016:715).

Obviamente, este párrafo elude la manera en que la Asamblea General de la ONU considera a la OIM al referirse a la autoimagen de la organización con el respaldo de sus Estados miembro. Asimismo, en el acuerdo de cooperación concerniente a la relación entre la ONU y la OIM se establece en los principios del artículo 2: «Las Naciones Unidas reconocen a la Organización Internacional para las Migraciones como una organización con un papel de liderazgo mundial en el área de la migración».

Tal como informó un observador del proceso de negociación: «Debido a las objeciones de otros organismos, el acuerdo no designó a la OIM como «el organismo líder mundial en migración», sino que tenía un «papel principal» (conversación

² Sin embargo, véase la crítica historia exhaustiva de la OIM recientemente publicada por Georgi, 2019.

por correo electrónico el 27 de julio de 2016; para mayor información véase Weiss y Micinski, 2016:3).

Al principio, esto pudiera parecer mera semántica; no obstante, al considerar que 28 componentes diferentes de la ONU se ocupan de la migración (Weiss y Micinski, 2016), el hecho de que se le asigne «un» o «el» papel principal tiene consecuencias potencialmente de largo alcance en cuanto a autoridad, responsabilidad y, por supuesto, prestigio. En consonancia con la tendencia discutida previamente, no debe soslayarse la expansión continua de la existencia y el poder de las burocracias. En un inicio, conseguir el estatus poco utilizado de un organismo asociado en realidad no cambió mucho en la práctica, básicamente extendió la anterior relación OIM-ONU: «Aunque la OIM disfruta ahora de un asiento en la alta mesa de la ONU para la formulación de políticas, antes apenas si tenía influencia —en particular en los mecanismos de coordinación, los grupos de trabajo regionales y los planes conjuntos de respuesta» (Weiss y Micinski, 2016:3).

En ese sentido, la OIM aprovechó el potencial aumento de prestigio a través del nuevo acuerdo: elidió la parte «conexa» en el trayecto y ahora se refiere, casi obsesivamente, a sí misma en todos sus comunicados de prensa y declaraciones como «OIM, Agencia conexa de Naciones Unidas para la Migración», además añadió la descripción a su logotipo. Ello puede apreciarse como una continuación de la sed de reconocimiento resaltada en los *tweets* citados al inicio de este capítulo —y, en consecuencia, en Twitter la (es decir, nombre de usuario) la «cuenta oficial de la #OIM, la Agencia de las Naciones Unidas para la Migración» se ha cambiado de inmediato a @UNmigration.

Si bien este enfoque puede haber parecido absurdo a algunos observadores en ese momento, a la vez es un punto de referencia importante en la búsqueda de actores de la OIM. En opinión de Pécoud (2018), la historia de dicha organización es una metamorfosis recurrente, con distintos cambios de nombres y mandatos antes de que alcanzara su forma actual (su creación se estableció en 1989). El final de la Guerra Fría marca, asimismo, la transición de la OIM como un proveedor de servicios a un agente y, después, a una organización con mayor independencia, por encima de la relación del agente-principal. Casi desde el comienzo este proceso estuvo marcado por una cooperación muy estrecha con la ONU: en 1992 la OIM se convirtió en un observador permanente en la Asamblea General. A esto le siguió un acuerdo formal de cooperación en 1996 y un memorándum de entendimiento (MDE) en 2013, situación que fue preparando el terreno para su estatus actual como agencia conexa.

En efecto, hasta hoy su núcleo sigue siendo su trabajo basado en proyectos, pues de ahí proviene la parte abrumadora de su financiación. Eso no significa que haya una tensión entre la proyección y su propósito de ser reconocida como un actor en la gobernanza mundial: por el contrario, aparte de ser un objetivo en sí mismo para las burocracias, el prestigio mundial también es «positivo en los negocios» y puede propiciar la adquisición de más proyectos en los «mercados interconectados» que las organizaciones internacionales están tratando de establecer.

Al observar las políticas y actividades de la OIM en los últimos 20 años parece haber una serie de estrategias dirigidas a múltiples actores sociales con el objetivo de promoverse. Acorde con las perspectivas constructivistas, me concentro en las ideas y los discursos detrás de estos planteamientos. Los principales interesados son los Estados, el nivel regional, lo público que incluye medios de comunicación y academia, otras organizaciones internacionales y el entorno de la gobernanza mundial; así como, últimamente, la sociedad civil migrante.

*Estrategias para los Estados y las organizaciones regionales,
y el papel del conocimiento*

Aunque el nuevo estatus de la OIM destaca su «naturaleza no normativa», es posible identificar específicas normas y paradigmas de la organización. El principal difícilmente podría ocultarse, puesto que se proclama justo en su lema: «Gestión de la migración para el beneficio de todos» (Centro de Información de las Naciones Unidas, s/f). Dicho paradigma y sus beneficiarios reales han sido cuestionados y criticados en la investigación (Geiger y Pécout, 2010; Ashutosh y Mountz, 2011; Delgado, 2018) y entre los activistas, pero eso no ha disminuido su interés en los Estados. Aunado a ello, sostiene que la migración puede tratarse de manera tecnocrática y centralizada por los Estados y las instituciones internacionales; atribuye además a los migrantes el papel de «objetos» de estos esfuerzos de gestión y les niega la representación (Piper y Rother, 2012:1737) —después de todo, la OIM es una organización «para la migración, no (principalmente) «para los migrantes» y un enfoque basado en los derechos de la migración no es una prioridad en su agenda.

El atractivo primordial de la norma o paradigma de gestión migratoria hacia los Estados radica en el énfasis de la primacía de estos últimos, la noción de

territorialidad y la defensa del orden westfaliano. En ese sentido, cuando los Estados —y las organizaciones regionales como la UE— elogian constantemente a la OIM, no sólo prometen apoyo a la organización, sino también a la conceptualización estatal de la gobernanza migratoria que representa (y, en cierto sentido, para sí mismos). Lo anterior puede ser un indicador de que la organización es simplemente un buque que transporta los intereses de los Estados; no obstante, yo diría que este paradigma ha tomado vida propia más allá de la relación principal-agente.

De forma complementaria, hay una dependencia cada vez mayor de los Estados de la OIM debido a su producción de conocimiento hegemónico; Oleg Korneev lo denomina una estrategia de autolegitimación al ser valorada como la única fuente de conocimiento autorizado (2018:1686). Esto se relaciona con la estrategia antes mencionada de las organizaciones internacionales que utilizan información asimétrica a su favor y aumentan su «laxitud». Aparte de la experiencia adquirida en el curso de numerosos proyectos, el GMDAC de la OIM se estableció en 2015 en Berlín como una fuente adicional de ese conocimiento. De hecho, la demanda a «mejores datos migratorios» se ha convertido en los últimos años casi en un mantra en el contexto del debate sobre desarrollo migratorio; adicionalmente, se cuestiona el supuesto vínculo entre mejores datos y mejores políticas migratorias, ya que éstas a menudo se basan más en la percepción de la opinión pública, la esperanza de ganancias electorales, las ideologías, etcétera.

Tal como han apuntado Stephan Scheel y Funda Ustek-Spilda (2019), el énfasis en los datos (cuantitativos) se encuentra en consonancia con la estrategia de gestión migratoria de la OIM: «Permite a organismos como la OIM presentarse como actores competentes con la experiencia para entregar proyectos de gestión migratoria», la forma en la que se representa el conocimiento identifica «a la migración como una realidad única, coherente y, por tanto, cognoscible y manejable, reproduce así una de las mismas *doxas* del ámbito de la gestión migratoria» (Scheel y Ustek-Spilda, 2019:665). En un análisis de la Matriz de Seguimiento de Desplazamiento (DTM, por sus siglas en inglés) de la OIM, Max Cohen y Saskia Llewellyn (2019) critican la naturaleza apolítica de la presentación de datos, donde «las subjetividades y organismos clasificados son borrados, mientras se prestan como objetos de control global», concluyen que «en su lucha por convertirse en *la* «autoridad epistémica», en cuanto a la producción de conocimiento acerca de la migración, la OIM puede pasar por alto consideraciones

éticas y políticas cruciales con respecto a la producción de datos migratorios» (énfasis en el original).

El conocimiento precedente no se comparte de manera exclusiva con los países que financian los proyectos de las organizaciones, es decir, predominantemente los de destino; es también la base para el apoyo o la capacitación en los países de origen. La OIM ha sido muy activa en la creación y la organización de los Procesos Consultivos Regionales (PCR) —en su mayoría reuniones informales y no vinculantes en las que la primera etapa se centra por lo general en el establecimiento de la agenda y la definición de temas (Hansen, 2010:9). Ello proporciona una plataforma adicional para que promueva su enfoque de gestión. Durante el FMMD en Ecuador (21 de enero de 2020), el presidente entrante de los Emiratos Árabes Unidos organizó un evento paralelo en la misma fecha, FMMD de 2020: Participación de Mecanismos Consultivos Regionales y Grupos de Interesados en el Lanzamiento de Asociaciones.³ En este caso, con una parte representativa de la OIM del panel, los PCR, dirigidos por la OIM, se exhibieron como los foros más adecuados en cuanto a consultas previas a la cumbre, programada para enero de 2021 en Dubái. De nuevo, el enfoque se abre al debate porque para el Sudeste Asiático el Proceso de Bali fue elegido como el PCR apto —empero el objetivo de ese proceso no se centra en el desarrollo sino en «el tráfico de personas, trata de personas y la delincuencia transnacional conexa» (Proceso de Bali, 2018). Aunque el Foro de la ASEAN sobre el Trabajo Migratorio (AFML, por sus siglas en inglés) podría haber tenido un mejor ajuste temático (Rother, 2018), la fuerza básica externa detrás de él es la OIT. Planteado en estos términos, se trata de un caso de intereses institucionales que priorizan las consideraciones asociadas con el contenido.

Difusión pública

A pesar —o derivado quizá— de su renuencia al escrutinio público, la OIM ha estado cada vez más activa en la esfera pública mundial. Como se mostró al inicio, antes que otras organizaciones reconoce la importancia de las redes sociales. William L. Swing, por ejemplo, se ha convertido en una figura pública con mayor visibilidad que los directores de organizaciones como la OIT y el ACNUR. En discursos, mesas redondas y entrevistas se pronunció en contra de

³ Véase https://www.gfmd.org/files/documents/se_uae.pdf

la xenofobia y a favor de la protección de los migrantes, emitió además su mantra relativo a que «la migración no es un problema a resolver, sino una realidad humana que debe gestionarse» (OIM, 2015). Inclusive, ahora existe un Festival Mundial de Cine sobre la Migración y una de las campañas más grandes de la organización se denomina «Soy migrante» —una «plataforma para promover la diversidad y la inclusión de los migrantes en la sociedad. Está diseñada específicamente para apoyar a grupos de voluntarios, autoridades locales, empresas, asociaciones, grupos, de hecho, cualquier persona de buena voluntad que esté preocupada por el discurso público hostil en contra de los migrantes». Sara de Jong y Petra Dannecker sostienen que esta campaña «no es antitética a la misión de la OIM de gestionar la migración de acuerdo con una lógica de productividad y racionalidad, sino más bien es una extensión lógica de la misma» (2017:75).

La producción de conocimiento forma parte de esta difusión y la OIM es fuente de numerosos informes dirigidos a profesionales y académicos que los emplean como valiosa información, aunque tienden a contribuir a despolitizar el asunto migratorio. Pécout insiste que tal estrategia se logra a través de la confianza en términos ambiguos, del desarrollo de argumentos en el nivel abstracto sin tomar posiciones claras, de la dependencia tecnocrática empírica, y de la indiscutible «naturalización del contexto socioeconómico y político global en que ocurre la migración» (2015:95). Relativo a la migración, la OIM está más conectada con la comunidad epistémica, mediante la puesta en marcha de informes de sus integrantes o invitándolos como oradores, por ejemplo, en su escuela de verano anual sobre migración en Praga.⁴ Tampoco es inusual que su personal escriba acerca de su organización en volúmenes publicados (véase Potaux, 2011). Un intento reciente de atraer a la comunidad investigadora ha sido la creación del algo ostentosamente titulado «Sindicato líder de la investigación migratoria» en apoyo al PMM de diciembre de 2018. En un primer paso, se solicitó a los integrantes del sindicato que proporcionaran sus «tres mejores lecturas», las cuales, como era de esperar, resultaron ser sus propios escritos. Se encargaron y presentaron artículos técnicos en un taller en Ginebra centrados en dos aspectos fundamentales: «a) Articular las interrogantes que existen actualmente en torno de la gestión migratoria internacional, b) sugerir la forma más conveniente de conciliar estas interrogantes de manera práctica y sostenible» (McAuliffe y Klein,

⁴ Véase <https://www.iom.cz/home/summer-school-on-migration-2017>

2017a:3). A pesar de esta fuerte orientación de gestión y políticas prácticas, además de distintas actividades como «apoyar comunidades sedentarias» y «combatir el contrabando», se prestó cierta atención a los derechos de los trabajadores migrantes y en qué medida pueden fortalecerse —aunque «sin reducir el acceso a los mercados laborales de otros países» (McAuliffe y Klein, 2017a:3). Posterior a la publicación de los artículos (McAuliffe y Klein, 2017a:3), la iniciativa parece haberse vuelto inactiva con la adopción del PMM.

La OIM como actor en la gobernanza migratoria mundial

Acorde con la tendencia de las organizaciones internacionales a expandirse, la OIM ha ampliado su expediente para incluir temas que se han puesto de moda en décadas recientes, entre ellos el supuesto nexo entre migración y desarrollo (Castles y Delgado, 2008), el cambio climático y la migración, y en general la gobernanza migratoria mundial. El discurso sobre migración-desarrollo se adapta en particular a la organización, ya que permite concentrarse en los aspectos positivos de la migración y en las historias exitosas, sin tener que comprometerse con discursos basados en los derechos (Piper y Rother, 2014). Asimismo, el foro derivado del «mantra» migración-desarrollo con su, al menos inicialmente, fuerte énfasis en las remesas (Kapur, 2003) concuerda con el enfoque de la OIM para la gobernanza migratoria: el FMMD es un proceso estatal, no obligatorio e informal centrado en las «mejores prácticas» (Rother, 2010). Comenzó como un foro de diálogo y un ejercicio de fomento de la confianza (Rother, 2019), el proceso ha conseguido presencia a través de la inclusión de la migración en los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) (Piper, 2017).

La OIM ha desempeñado una función muy activa en la parte del FMMD dedicada a la Reunión del Gobierno: proporciona documentos de apoyo, facilita oradores para las mesas redondas sobre distintos tópicos como «Perfiles Migratorios», «Comparación de los marcos de movilidad Sur-Sur», «Empoderamiento de los migrantes al garantizar su salud y bienestar», por citar algunos. Complementariamente, se ha unido a otras organizaciones en diversos programas, donde ocupa un destacado lugar al interior del FMMD, OIM-PNUD Incorporación de la Migración al Programa de Estrategias Nacionales de Desarrollo desde 2011 y la Iniciativa Conjunta de las Naciones Unidas para la Migración y el Desarrollo, hecho que de ninguna manera la ha limitado (OIM, 2017a). Como se preveía, este aporte se fundamenta en la implementación de programas, su

integración, una «visión de todo el gobierno» y la recopilación de datos con poca conceptualización de una perspectiva más integral para el desarrollo y las causas profundas del subdesarrollo. Cabe mencionar que la OIM alberga la pequeña secretaría permanente del FMMD (organizada en gran medida por diferentes países receptores y foros de apoyo).

En paralelo, la OIM contribuyó a los dos UN-HLD en 2006 y 2013, esta participación le otorgó un papel importante en las deliberaciones sobre el PMM (el título se basa en los principios de los ODS). La gama de actividades llevadas a cabo por la organización son un claro indicador del nivel de representación alcanzado por ella; define su función en términos de «trabajar para movilizar a los Estados miembro e involucrar diversos actores sociales para asegurar que todas las voces se escuchen en el establecimiento de la agenda migratoria mundial de los años venideros, y (...) proporcionar su experiencia técnica y normativa para apoyar el proceso del PMM, como se requiere en la resolución de modalidades» (OIM, 2017b). Las actividades comprenden los documentos temáticos; las consultas nacionales; la participación de la sociedad civil en los PCR (como se verá más adelante); los Diálogos Internacionales sobre Migración de 2017, su principal foro de diálogo político para los Estados miembro y observadores, así como organizaciones asociadas al pacto mundial; el sindicato líder en investigación y la difusión en los medios de comunicación mencionados.

La OIM publicó una «visión» del PMM, en la que los derechos de los migrantes poseen mayor relevancia que en documentos anteriores:

El pacto mundial presenta una oportunidad histórica para lograr un mundo en el que los migrantes se desplacen por elección y no por necesidad, a través de canales seguros, ordenados y regulares, y en el que la migración esté bien gobernada y sea capaz de actuar como una fuerza positiva para las personas, las sociedades y los Estados. La OIM prevé un pacto mundial que sitúe los derechos, las necesidades, las capacidades y las contribuciones de los migrantes en su núcleo, con miras a garantizar su seguridad, dignidad y derechos humanos (OIM, 2017c).

Para materializar esta visión, la OIM sugiere basarse en tres principios del Marco de Gobernanza Migratoria, adoptados por sus Estados miembro como marco general para la gobernanza migratoria: adhesión a las normas internacionales y el cumplimiento de los derechos de los migrantes, enfoques basados en la evidencia y de todo el gobierno, fomento y apoyo en sólidas asociaciones (OIM, 2017c).

En la actualidad, la OIM está forjando su papel en la implementación del PMM. Igualmente, se le ha asignado una función crucial en la recién establecida Red de las Naciones Unidas sobre Migración: «La OIM actuará como coordinadora y secretaría de todas las partes constitutivas de la red» (s/f). La red se encuentra todavía en sus primeras etapas, no sólo por lo que concierne a la coordinación (el director general de las organizaciones o su designado), sino por dotar de personal a la secretaría de la red (la organización «también estaría abierta a la adscripción de colaboradores de la ONU»), es indudable que la OIM tiene una fuerte influencia en el proceso. Después de que el ahora obsoleto Grupo Mundial sobre Migración (GMM), no haya logrado políticas coherentes entre sus organizaciones miembro, la red tiene la encomienda de lograr «apoyar una acción coherente de la ONU a escalas nacional, regional y mundial en apoyo de la implementación del GMM, en la que esa acción añadiría valor, a la vez que se garantizarían vínculos bien definidos con las estructuras de la ONU en cualquier nivel» (OIM, 2017c). Asimismo, la red ha establecido el Fondo Fiduciario de Asociados Múltiples (MPTF, por sus siglas en inglés) para financiar la acción colectiva en la implementación del PMM. Pese a que todavía es pronto para evaluar las perspectivas de la red, se puede decir como observación inicial que ha comenzado a mejorar la comunicación de proyectos conjuntos por parte de sus miembros. Por ejemplo, una declaración sobre *covid-19*, emitida el 20 de marzo de 2020, lanzó un mensaje bastante fuerte contra la xenofobia bajo el título «El *covid-19* no discrimina; tampoco debería hacerlo nuestra respuesta» (Red de las Naciones Unidas sobre Migración, 2020). La declaración fue aprobada por representantes y activistas de la sociedad civil durante dos reuniones sostenidas con la «Red de Sesiones de Interlocución de la ONU, interesados en la crisis de la *covid-19* y migrantes», celebrada el 1 de abril de 2020. Éstas fueron organizadas por el Oficial de Enlace de la Sociedad Civil de la red, Monami Maulik, un activista de los derechos de los migrantes desde hace mucho tiempo, ahora también con cargo en la OIM, aunque independiente. Dichas actividades coinciden con la creciente interacción entre la organización y la sociedad civil migrante.

La OIM y la sociedad civil migrante

Si bien la OIM ha sobresalido notablemente en la parte gubernamental de las reuniones del FMMD, durante varios años tuvo una presencia menor en las

jornadas de la sociedad civil del foro. Situación que puede atribuirse a una desconfianza generalizada entre los activistas hacia la organización, quienes la consideran un agente de políticas neoliberales debido a la mercantilización del trabajo; la gestión de las fronteras; las deportaciones disfrazadas de retornos voluntarios; y las malas prácticas en el lugar, como el campo de detención australiano (críticas reunidas en numerosos eventos de la sociedad civil; véase también Rother, 2013). En el FMMD de 2016 en Bangladés y en la reunión de 2017 en Berlín, Alemania, la OIM se involucró más en estas jornadas de la sociedad civil, en particular como especialista en el pacto mundial. Representantes de la sociedad civil han planteado ciertos desafíos: en Berlín, hubo llamados a «pensar en una nueva OIM» y a promover un mandato de protección de la organización.

Aun así, resulta obvio que la sociedad civil es la siguiente en la fila de los actores sociales a los que la OIM intenta acercarse. Ello se palpa en la creciente noción de derechos humanos en los documentos de las organizaciones y en la designación de Colin Rajah, un activista de los derechos de los migrantes desde hace un largo tiempo, como su centro de enlace con la sociedad civil con el afán de «facilitar la participación de los líderes de la sociedad civil durante las consultas para el PMM» (OIM, 2017d). La OIM organizó cinco audiencias interactivas informales para múltiples interesados, bajo la modalidad de grupos pequeños. Se efectuaron entre octubre de 2017 y julio de 2018 en Ginebra y Nueva York. El oficial de enlace de la sociedad civil de la OIM describió su papel en el proceso: «Garantizar que la sociedad civil pueda tener el máximo compromiso posible a lo largo de las negociaciones» (entrevista con Rajah, 4 de marzo de 2019). Los representantes de las organizaciones mundiales de los derechos de los migrantes apreciaron la financiación y el apoyo de la organización; sin embargo, se mantuvieron cautelosos para no ser cooptados: «Establecimos un cortafuegos entre el lado hermético de la OIM, y su lado institucional y operativo» (entrevista con activista, 5 de marzo de 2019) —lo que significa que los representantes de la sociedad civil no fueron influenciados por la financiación con respecto a su crítica de las operaciones de la OIM en el lugar y a escala regional. Las organizaciones de la sociedad civil promovieron, de igual modo, sus propias estructuras consultivas, construyeron alianzas con Estados afines y produjeron insumos independientes para el pacto (Rother y Steinhilper, 2019).

Conclusión

Previamente se discutió que un análisis de la OIM como mero proveedor de servicios e instrumento de los intereses de los Estados corre el riesgo de ignorar aspectos esenciales. Con base en datos sobre las relaciones internacionales y la teoría de la organización es posible captar en su totalidad los múltiples niveles de estructura y participación de la OIM. Sin duda, puede ser considerada un actor en la gobernanza migratoria mundial con un grado de independencia que trasciende la relación entre el representado y el representante. Lo anterior es visible sobre todo en su injerencia en las deliberaciones del pacto mundial, donde definió su papel en la movilización de sus Estados miembro y en la comunicación con distintos actores sociales.

En las dos últimas décadas la relación con los grupos de interés ha sido determinante en el aumento de representación de la OIM, en particular la expansión temática en torno de aspectos concretos: migración y desarrollo, migración climática y gobernanza migratoria mundial en general. Con todo, es indispensable vislumbrar si esta estrategia acabará incorporando más plenamente a la organización a la ONU —una sugerencia que se remonta a la Comisión Mundial sobre las Migraciones Internacionales (CMMI) de 2015, y que planea fusionar la OIM y el ACNUR en una Organización Mundial para los Refugiados y los Migrantes (Baldwin-Edwards, 2005; Global Commission on International Migration, GCIM, 2005). Aunque la OIM ha dejado su impronta en los diversos debates y procesos mundiales, existen indicadores de que se trata de un proceso bidireccional; un análisis exhaustivo debería centrarse en la forma en que la organización podría socializar mediante esta interacción con una gama más amplia de grupos de interés y la exposición a discursos críticos.

Agradecimientos

El autor agradece a la Sociedad Científica de la Universidad de Friburgo por apoyar su participación en el Foro Mundial sobre Migración y Desarrollo (FMMD) 2020 en Quito, Ecuador.

Referencias

- Andrijasevic, Rutvica y William Walters (2010), «The International Organization for Migration and the International Government of Borders», *Environ Plan D*, 28(6), pp. 977-999. DOI: 10.1068/d1509.
- Ashutosh, Ishan y Alison Mountz (2011), «Migration management for the benefit of whom? Interrogating the work of the International Organization for Migration», *Citizenship Studies*, 15(1), pp. 21-38. DOI: 10.1080/13621025.2011.534914.
- Baldwin-Edwards, Martin (2005), «Migration in the Middle East and Mediterranean», a paper prepared for the Policy Analysis and Research Programme of the Global Commission on International Migration (GCIM).
- Barber, Pauline Gardiner y Catherine Bryan (2018), «International Organization for Migration in the field, «walking the talk» of global migration management in Manila», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 44(10), pp. 1725-1741. DOI: 10.1080/1369183X.2017.1354068.
- Baum, Joel A. y Tim J. Rowley (2007), «Companion to organizations: an introduction», en Joel A.C. Baum (ed.), *The Blackwell companion to organizations*, Malden, Mass, Blackwell, pp. 1-34.
- Betts, Alexander (ed.) (2011a), *Global Migration Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- (2011b), «Introduction: global migration governance», en Alexander Betts (ed.), *Global Migration Governance*, Oxford, Oxford University Press, pp. 1-33.
- Bradley, Megan (2020), *The international organization for migration. Challenges and complexities of a rising humanitarian actor*, London, Routledge.
- Brehm, John y Scott Gates (2002), *Working, shirking and sabotage. Bureaucratic response to a democratic public*, Ann Arbor, The University of Michigan.
- Castles, Stephen y Raúl Delgado Wise (eds.) (2008), *Migration and Development: Perspectives from the South. International Organization for Migration*, Geneva, Organización Internacional para las Migraciones (OIM).
- Centro de Información de las Naciones Unidas (UNIC) (s/f), «Managing Migration for the Benefit of All», Tehran, en <http://www.unic-ir.org/Factsheets/Factsheet-Eng-IOM.pdf>
- Cohen, Max y Saskia Llewellyn (2019), «The politics of migration data: putting the spotlight on the IOM», *Routled. Migration & Immobility Magazine*, en <https://es-routledmagazine.com/politics-of-migration-data>
- De Jong, Sara y Petra Dannecker (2017), «Managing Migration with Stories? The IOM «I am a migrant» Campaign», *Journal für Entwicklungspolitik*, 33(1), pp. 75-101. DOI: 10.20446/JEP-2414-3197-33-1-75.

- Deardorff Miller, Sarah (2017), *UNHCR as a Surrogate State. Protracted Refugee Situations*, New York, Routledge.
- Delgado Wise, Raul (2018), «Is there a space for counterhegemonic participation? Civil society in the global governance of migration», *Globalizations*, 15(6), pp. 746-761. DOI: 10.1080/14747731.2018.1484204.
- Dini, Sabine (2018), «Migration management, capacity building and the sovereignty of an African State. International Organization for Migration in Djibouti», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 44(10), pp. 1691-1705. DOI: 10.1080/1369183X.2017.1354058.
- Ellis, David C. (2010), «The organizational turn in international organization theory», *Journal of International Organizations Studies*, 1(1), pp. 11-28.
- Fine, Shoshana (2018), «Liaisons, labelling and laws. International Organization for Migration bordercratic interventions in Turkey», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 44(10), pp. 1743-1755. DOI: 10.1080/1369183X.2017.1354073.
- Gammeltoft-Hansen, Thomas y Ninna Nyberg Sørensen (eds.) (2013), *The migration industry and the commercialization of international migration*, London/New York, Routledge.
- Geiger, Martin (2018), «Ideal partnership or marriage of convenience? Canada's ambivalent relationship with the International Organization for Migration», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 44(10), pp. 1639-1655. DOI: 10.1080/1369183X.2017.1354033.
- Geiger, Martin y Antoine Pécoud (eds.) (2010), *The politics of International Migration Management*, London, Palgrave.
- Georgi, Fabian (2019), *Managing Migration? Eine kritische Geschichte der Internationalen Organisation für Migration (IOM)*, Berlin, Bertz+Fischer.
- Global Commission on International Migration (GCIM) (2005), «Migration in an interconnected world: new directions for action», *Report of the Global Commission on International Migration*, Geneva.
- Hawkins, Darren G., David A. Lake, Daniel L. Nielson y Michael J. Tierny (eds.) (2006), *Delegation and agency in international organizations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hooghe, Liesbet, Gary Marks, Tobias Lenz, Jeanine Bezuijen, Besir Ceka y Svet Deryan (2017), *Measuring international authority. A Postfunctionalist Theory of Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- Kapur, Devesh (2003), *Remittances: The New Development Mantra?* Washington DC, The World Bank.
- Korneev, Oleg (2018), «Self-legitimation through knowledge production partnerships. International Organization for Migration in Central Asia», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 44(10), pp. 1673-1690. DOI: 10.1080/1369183X.2017.1354057.

- Lenz, Tobias (2017), «The Rising Authority of International Organisations», *GIGA Focus* (4), en <https://www.giga-hamburg.de/en/publication/the-rising-authority-of-international-organisations>
- McAuliffe, Marie y Michele Klein Solomon (2017a), «Introduction», en Marie McAuliffe y Michele Klein Solomon (eds.), *Migration Research Leaders' Syndicate. Ideas to inform international cooperation on safe, orderly and regular migration*, Geneva, OIM, pp. 1-5.
- (2017b), *Migration Research Leaders' Syndicate. Ideas to inform international cooperation on safe, orderly and regular migration*, Geneva, OIM.
- Oestreich, Joel E. (ed.) (2012a), *International organizations as self-directed actors. A framework for analysis*, London, Routledge.
- (2012b), «Introduction», en Joel E. Oestreich (ed.), *International organizations as self-directed actors. A framework for analysis*, London, Routledge, pp. 1-25.
- Organización Internacional para las Migraciones (OIM) (2015), «Migration in a world in disarray: IOM director general», en <https://www.iom.int/news/migration-world-disarray-iom-director-general>
- (2017a), «Ensuring Migration Benefits Development», en <https://weblog.iom.int/ensuring-migration-benefits-development>
- (2017b), *IOM Activities in Support of the Global Compact for Migration*, Geneva, OIM.
- (2017c), *IOM vision on the global compact on migration*, Geneva, OIM.
- (2017d), «Second informal thematic consultation for the global compact on migration focused on drivers of migration», en <https://www.iom.int/news/second-informal-thematic-consultation-global-compact-migration-focused-drivers-migration>
- Pécoud, Antoine (2015), *Depoliticising Migration. Global Governance and International Migration Narratives*, Basingstoke, Palgrave Pivot.
- (2018), «What do we know about the International Organization for Migration?», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 44(10), pp. 1621-1638. DOI: 10.1080/1369183X.2017.1354028.
- Piper, Nicola (2017), «Migration and the SDGs», *Global Social Policy* (40), DOI: 10.1177/1468018117703443.
- Piper, Nicola y Stefan Rother (2012), «Let's argue about migration: advancing a right(s) discourse via communicative opportunities», *Third World Quarterly*, 33(9), pp. 1735-1750. DOI: 10.1080/01436597.2012.721271.
- (2014), «More than remittances: resisting the dominant discourse and policy prescriptions of the global «Migration-Development-Mantra», *Journal für Entwicklungspolitik (JEP)*, 30(1), pp. 44-66.

- Potiaux, Claire (2011), «The current role of the International Organization for Migration in developing and implementing migration and mobility partnerships», en Rahel Kunz, Sandra Lavenex y Marion Panizzon (eds.), *Multilayered Migration Governance. The promise of partnership*. Milton Park, Abingdon, Oxon, England, New York, Routledge, pp. 183-204.
- Proceso de Bali (2018), «About the Bali Process», en <https://www.baliprocess.net/>
- Red de las Naciones Unidas sobre Migración (s/f), «About us», en http://www.migration-network.un.org/sites/default/files/docs/un_Network_on_Migration_TOR.PDF
- _____ (20 de marzo de 2020), «COVID-19 does not discriminate; nor should our response», en <https://migrationnetwork.un.org/statements/covid-19-does-not-discriminate-nor-should-our-response>
- Rother, Stefan (2010), «The GFMD from Manila to Athens: one step forward, one step back?», *Asian and Pacific Migration Journal*, 19(1), pp. 157-173.
- _____ (2013), «A tale of two tactics: civil society and competing visions of global migration governance from below», en Martin Geiger y Antoine Pécoud (eds.), *Disciplining the Transnational Mobility of People*, Palgrave Macmillan, pp. 41-62.
- _____ (2018), «The ASEAN forum on migrant labour: a space for civil society in migration governance at the regional level?», *Asia Pacific Viewpoint*, 59(1), pp. 107-118.
- _____ (2019), «The Global Forum on Migration and Development (GFMD) as a venue of state socialization: a stepping stone for multi-level migration governance?», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 45(8), pp. 1258-1274. DOI: 10.1080/136918 3X. 2018.1441605.
- Rother, Stefan y Elias Steinhilper (2019), «Tokens or stakeholders in global migration governance? The role of affected communities and civil society in the global compacts on migration and refugees», *International Migration*, 57(6), pp. 243-257. DOI: 10.1111/imig.12646.
- Scheel, Stephan y Funda Ustek-Spilda (2019), «The politics of expertise and ignorance in the field of migration management», *Environ Plan D*, 37(4), pp. 663-681. DOI: 10.1177/0263775819843677.
- United Nations General Assembly (2016), «New York declaration for refugees and migrants», *International Journal of Refugee Law*, 28(4), pp. 704-732. DOI: 10.1093/ijrl/eew057
- Waltz, Kenneth Neal (2001), *Man, the state, and war. A theoretical analysis*, New York, Columbia University Press.
- Weiss, Thomas G. y Nicholas R. Micinski (2016), *International Organization for Migration and the un System: a missed opportunity. Future United Nations Development System*. New York.



Para comprender el impacto disruptivo de la *covid-19*, un análisis desde la crítica de la economía política

Understanding the disruptive impact of *covid-19*,
an analysis from the perspective of critical political economy

Guillermo Foladori*

Raúl Delgado Wise**

ISSN IMPRESO 1870-7599 | ISSN RED CÓMPUTO 2448-7783 | 161-178

RECIBIDO 02/03/20 | ACEPTADO 26/03/20

Resumen. El propósito de este artículo es profundizar en torno a las causas e implicaciones de la pandemia *covid-19*. Busca develar el alcance y profundidad de su impacto disruptivo sobre la contradicción capital-trabajo. El artículo está organizado en dos apartados. En el primero, se abordan las causas que contribuyen al surgimiento y propagación de la pandemia. Allí se dilucidan las principales contradicciones y tendencias que subyacen al *modus operandi* del capitalismo contemporáneo y que dan cuenta del contexto particular en el que se disemina el virus. En el segundo apartado se analizan los efectos e implicaciones de la pandemia en la relación capital-trabajo asalariado. Si bien algunos de estos efectos son abordados en la literatura, nuestro análisis se centra en desentrañar la conexión profunda con la contradicción capital-trabajo, que es la esencia del régimen capitalista de producción.

Palabras clave: *covid-19*, capital-trabajo, fuerzas productivas, salud, crisis.

Abstract. The purpose of this article is to delve into the causes and implications of the *covid-19* pandemic. It seeks to unravel the scope and depth of its disruptive impact on the capital-labor contradiction. The article is organized in two sections. In the first, the causes that contribute to the emergence and spread of the pandemic are addressed. Our aim is to elucidate the main contradictions and tendencies that underlie the *modus operandi* of contemporary capitalism and that account for the particular context in which the virus spreads. In the second section, the effects and implications of the pandemic on the capital-wage labor relationship are analyzed. Although some of these effects are addressed in the literature, our analysis focuses on unraveling its deep connection with the capital-labor contradiction, which is the essence of the capitalist production regime.

Keywords: *covid-19*, capital-labor, productive forces, health, crisis.

* Uruguayo. Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas, México.
Correo-e: gfoladori@gmail.com

** Mexicano. Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas, México.
Correo-e: rdwise@uaz.edu.mx

Introducción

Los científicos se debaten sobre las causas de la pandemia de la *covid-19*.¹ Hablan del consumo de animales silvestres infectados, de animales criados en escala industrial cuyo hacinamiento facilita las enfermedades contagiosas, del escape del virus de un laboratorio de alto confinamiento, de cambios en los ecosistemas debidos al monocultivo y la deforestación que impide la resiliencia, de la expansión de químicos tóxicos provocando mutaciones y fragilizando al organismo humano, de la expansión de radiaciones y ondas electromagnéticas derivada de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) que enferma el tejido celular, o del consumo masivo de antibióticos y vacunas que reduce la inmunidad humana. Sea cual sea la explicación de la causa inmediata del fenómeno, hay algo que tienen en común: se trata de una crisis manifiesta de salud que alcanza, aunque en diferente grado, a todas las clases sociales, grupos étnicos, ideologías y sexos, y que ataca con mayor saña a los adultos mayores por su debilidad etaria intrínseca.² Aunque en apariencia la enfermedad no distingue entre sus víctimas, las crisis ambientales o de salud nunca golpean a todos por igual, inclusive aquellas crisis que tienen su origen en eventos «externos», como huracanes, tsunamis u otros (Sarewitz y Pielke, 2001; Foladori, 2005a). En similar tenor, las posibilidades de contagio y curación de enfermedades infecciosas también son muy diferentes en función de múltiples factores que se resumen en el nivel de vida (McKeown, 1991) y en las condiciones de desarrollo económico (Brown, 1987).

Para que se produzca una enfermedad a nivel individual o personal se requiere la convergencia de dos elementos: una causa externa y una condición interna al organismo. En el caso que nos ocupa la causa externa es un virus, el SARS-CoV-2, y la causa interna son las condiciones de salud de la persona. Sin embargo, no estamos tratando con una enfermedad, sino con una pandemia. La diferencia no es sólo cuantitativa sino de orden multidimensional, porque al extenderse la enfermedad como epidemia primero y pandemia después, las condiciones internas

¹ La Organización Mundial de la Salud comenzó a llamar *covid-19* a la enfermedad del coronavirus, el 19 corresponde al año de los primeros casos detectados. Con ello se evitaban nombres que pudieran incitar la xenofobia y preconcepto.

² Entrada la tercera de abril de 2020 la cantidad de muertes por *covid-19* pasaba los 107 mil casos a escala mundial (John Hopkins Coronavirus Resource Center, 2020).

de las personas ya no son particulares, individuales, sino que son producto y resultado de las condiciones socioeconómicas y ambientales, de las condiciones de vida, donde causas internas y externas se imbrican.

El propósito de este artículo es profundizar en torno a las causas e implicaciones de la pandemia *covid-19*. Nos interesa, ante todo, develar el alcance y profundidad de su impacto disruptivo sobre la contradicción capital-trabajo. Para fines analíticos, el artículo se organiza en dos grandes apartados. En el primero, se abordan las causas que contribuyen al surgimiento y propagación de la pandemia. Debido a que existen numerosos artículos y libros que examinan esta cuestión, nuestro interés se centra en dilucidar las principales contradicciones y tendencias que subyacen al *modus operandi* del capitalismo contemporáneo y que dan cuenta del contexto particular en el que se disemina el virus. En el segundo apartado y como parte medular se analizan los efectos e implicaciones de la pandemia en la relación capital-trabajo asalariado. Si bien algunos de estos efectos están presentes en la literatura, nuestro análisis se propone desentrañar su conexión directa y más profunda con la contradicción esencial del capitalismo.

Las causas de la pandemia: de la salud a la economía

Epidemias y plagas derivadas de enfermedades infecciosas siempre han existido en la historia de la humanidad. Hay registros de ello previos, incluso, a la era cristiana (Jarus, 2020). No obstante, la enfermedad se presenta, expande y profundiza de diferentes maneras en un momento y en una sociedad determinada. Más allá de diversos factores, como el grado y cantidad de concentración de la población, las medidas sanitarias, el conocimiento de las causas reales del contagio, el nivel de salud de la población y el grado de desarrollo de los medios de contención, resulta fundamental desentrañar el contexto socio económico e histórico específico en el que cada contingencia sanitaria ocurre.

La pandemia de la *covid-19* se da en condiciones de un contexto capitalista altamente desarrollado. Es sabido que el sistema capitalista presenta al menos tres tendencias generales que le son intrínsecas y que se retroalimentan dialécticamente: la ampliación de la división social del trabajo, la profundidad de la diferenciación e inequidad social, y el desarrollo de las fuerzas productivas (Rubin, 1972). A dos siglos y medio de la Revolución industrial, la profundización y expansión de aquellas tres tendencias puede visualizarse fácilmente en las

cadenas productivas globales, donde para la fabricación de un producto participan decenas de empresas en muchos países simultáneamente; o en la distancia entre un puñado de multimillonarios que poseen más riqueza que varios países e incluso que regiones enteras del mundo con cientos de millones de habitantes; o en el grado de desarrollo de las fuerzas productivas donde la automatización ha hecho superflua la fuerza de trabajo en las industrias de vanguardia.

Si prestamos atención a la pandemia, aquellas tendencias se expresan en múltiples formas directamente conectadas con la enfermedad. Se manifiestan en la expansión ilimitada y globalizada de la producción y el mercado, que llega a borrar las barreras naturales que antaño contenían las epidemias. A ello se agrega un fuerte movimiento no sólo de mercancías, sino de personas que atraviesan fronteras nacionales y regionales para procurarse la subsistencia ante la falta de empleo, el despojo de tierras, la emergencia de conflictos bélicos, guerras imperiales y desastres naturales: las migraciones internacionales forzadas que caracterizan al capitalismo contemporáneo (Delgado, 2013). Pero no sólo se trasladan pobres y trabajadores, el turismo con millones de beneficiarios anuales ha sido también un sector económico de gran crecimiento en las últimas décadas (Dachary y Arnaiz, 2002). En este sentido, la creciente movilidad humana funge también como causa y consecuencia de los contagios.

Más aún, el contexto en el que se despliega la pandemia entraña una recomposición y profundización de la división social e internacional del trabajo que, a la vez que fracciona progresivamente las distintas fases de los procesos productivos y de servicios, las interconecta en términos productivos, comerciales y financieros. Derivado de las posibilidades abiertas por las TIC, se produce un desplazamiento de parte de los procesos productivos, comerciales y de servicios de las grandes corporaciones multinacionales, a través de operaciones *outsourcing* y procesos de subcontratación, hacia la periferia en busca de fuerza de trabajo barata y flexible (Foster *et al.*, 2011; Delgado, 2017). Esto último ha propiciado la emergencia de una nueva división internacional del trabajo, donde la fuerza de trabajo de la periferia figura como una importante y cada vez más significativa mercancía (Delgado, 2013). Para finales de la primera década de este siglo al menos 40 por ciento del comercio mundial se asocia a operaciones de *outsourcing*, incluyendo subcontrataciones y comercio intrafirma entre filiales de una misma compañía (Wladimir, 2009), al tiempo que se estima que en la periferia capitalista hay 85 millones de trabajadores directamente empleados en más de 3 mil 500 zonas de procesamiento para la exportación ubicadas en 130 países

(McKinsey, 2012). El movimiento de capitales, mercancías y fuerza de trabajo acarrea un sinnúmero de resultados no buscados, entre ellos las repercusiones de la crisis sanitaria.

En términos de diferenciación e inequidad social, las paupérrimas condiciones de vida de millones de personas, de los más de 300 millones de desempleados y los millones de hacinados en grandes ciudades, muchos de ellos sin agua potable domiciliada y saneamiento, son caldo de cultivo para la propagación de enfermedades contagiosas. No puede desligarse esta tendencia del acelerado y disruptivo desarrollo de las fuerzas productivas que caracteriza al capitalismo contemporáneo, sustentado en las TIC y la llamada revolución de las tecnociencias. El nivel de desarrollo científico y tecnológico es tan espectacular que en algunos sectores los sistemas productivos corrigen el curso de la producción automáticamente, con algoritmos y bases de datos (*Big Data*) que trascienden las capacidades de un mortal para darle seguimiento (McQuillan, 2018; Zuboff, 2018). Además de una cuestión de conocimiento aplicado, se trata también de un proceso de apropiación de los avances científicos y tecnológicos, a través de la concentración de patentes por un número cada vez más reducido de corporaciones y potencias imperialistas que operan en los principales sectores económicos (Delgado y Chávez, 2016). Estas corporaciones no sólo concentran las innovaciones, sino que administran su aplicación en su afán de controlar los mercados y maximizar sus ganancias, sin importar sus impactos ambientales ni su utilidad para satisfacer necesidades sociales.

Como corolario, se acentúan las inequidades sociales a niveles y grados progresivamente alarmantes, lo que, entre otras cosas, limita el acceso del grueso de la población a condiciones de vida dignas y de recursos para hacer frente a las contingencias sanitarias. Esta tendencia contradictoria del desarrollo de las fuerzas productivas, que imprime su sello a la modernidad capitalista, se deriva del insaciable afán de ganancias que caracteriza al régimen del capital y que, en la etapa actual del capitalismo, hegemonizada por el capital monopolista, adquiere dimensiones superlativas. Ello, a su vez, hace que el incremento de la acumulación capitalista se aparte progresivamente de la satisfacción de las necesidades sociales y entre en abierta contradicción con la naturaleza, generando rupturas metabólicas que fracturan la resiliencia de los ecosistemas y propician la emergencia de contingencias sanitarias.

Con el avance de la ciencia y la tecnología y su impronta en el desarrollo de las fuerzas productivas, crece también la velocidad con la que el capitalismo

cambia y la manera como se acentúan sus contradicciones. No es lo mismo una fase del capitalismo basada en la energía de vapor que otra sustentada en la energía atómica. El tipo de maquinaria y equipo exige, entre otras cosas, diferentes recursos naturales y volumen de trabajadores, así como modalidades de expansión del mercado. La fase actual del capitalismo tiene características propias, sin que por ello escape a las tendencias generales. Samir Amin (1990) concibe esta fase, con perspicacia, como la era de los monopolios generalizados. En contraposición al mito o fetiche del «libre mercado» pregonado por la ideología neoliberal, esta fase del capitalismo se distingue por la omnipresencia del capital monopolista. Así lo evidencia el hecho de que «Las mayores compañías del mundo (aquellas con más de mil millones de dólares en ventas anuales) (...) dan cuenta de aproximadamente el 60 por ciento del ingreso, 65 por ciento de la capitalización de mercado, y 75 por ciento de las ganancias [mundiales]» (McKinsey, 2012:21). En las últimas décadas, y ante la falta de inversiones redituables en la esfera productiva, se produce un vuelco hacia la especulación financiera y la financiarización de la economía, creando un capital ficticio sin contraparte material, que acelera las crisis y la inestabilidad económica (Bello, 2006).

El curso contradictorio que sigue el desarrollo de las fuerzas productivas se manifiesta en el sector de salud mediante el acceso a alta y sofisticada tecnología e infraestructura médica de un reducido núcleo de las clases y sectores sociales que pueden pagar medicina privada y, en contrapartida, la exclusión de la gran mayoría de la población del acceso a los servicios de salud por carecer de cobertura médica o contar con cobertura insuficiente. El desarrollo clasista de las fuerzas productivas figura también como causa socioeconómica de las pandemias.

Además de las tendencias intrínsecas al desarrollo capitalista, y de su nivel y expresión particular en el contexto actual de monopolización generalizada, entra en juego el impacto de las políticas neoliberales en el ámbito de la salud. Su relación con las enfermedades es evidente. Mediante el paquete de programas de ajuste estructural, en tanto expresión doctrinaria del neoliberalismo, los gobiernos han optado por dejar en manos del «libre» mercado tareas tradicionalmente reguladas por el Estado, como son la salud pública, el agua potable, la energía eléctrica y la educación. Si en épocas de expansión del capitalismo, desde el siglo XIX y hasta avanzada la década de los 1970, los Estados asumían esas tareas garantizando las condiciones sanitarias y educativas de la fuerza de trabajo requeridas para satisfacer las necesidades de crecimiento económico,

ahora el aumento de la productividad del trabajo por automatización ha suplantado al trabajo, a grado tal que el Estado capitalista no necesita ocuparse más de esa función.

Que el nivel de desarrollo del capitalismo ha llegado a un estadio de riesgo epidemiológico no es novedad. Esto se sabe desde los 1990, cuando las políticas neoliberales se generalizan hacia la mayoría de los países. Es entonces cuando se toma conciencia de que la multirreferida transición epidemiológica, que suponía que los países desarrollados habían logrado extinguir las enfermedades infecciosas para dedicarse a las cardiovasculares y el cáncer, era un mito (Farmer, 1996; Lewontin y Levins, 2007). Los 1990 fueron escenario de nuevas enfermedades y epidemias, así como el rebrote de viejas enfermedades infecciosas como la pandemia del SIDA, los 403 mil casos de enfermos de criptosporidiasis en Milwaukee en 1993, la fiebre del Nilo con 216 muertes en 2002 en Estados Unidos, o la enfermedad del legionario (Foladori, 2003). A esto se agrega la posibilidad de la introducción premeditada de enfermedades infecciosas como mecanismo de sabotaje o guerra.³ Luego del atentado terrorista a las torres gemelas en 2001 muchos países se lanzaron a la construcción de laboratorios de bioseguridad niveles B3 y B4 de alto confinamiento, algunos militares, otros privados, muchos de ellos sin control estatal. No sólo se han levantado dudas acerca de si estos laboratorios incuban bioarmamento, sino que hay evidencias de escape involuntario de agentes patógenos, en algunos casos. Se estima que existen más de 2 mil 300 laboratorios de este tipo a nivel mundial (Peters, 2018).

En el marco de políticas neoliberales, aquellos hechos en lugar de haber llevado al control público de los servicios de salud, condujeron a su privatización. Con ello, las grandes corporaciones farmacéuticas tomaron el control de la investigación y el desarrollo con orientación lucrativa, generalizando las asociaciones público-privadas (*public-private partnerships*) (Foladori, 2005b) y descuidando la investigación de enfermedades infecciosas hasta en tanto se convirtieran en epidemias que garantizaran la búsqueda de vacunas para venderlas compulsivamente a los gobiernos impactados por la parafernalia del miedo publicitado por la Organización Mundial de la Salud (OMS), y regida por las parcerías con la *Big Pharma* (Hancock, 1998; Boseley, 2002; Horton, 2002). Tal vez algo de esto haya ocurrido con la investigación y el desarrollo de vacunas contra el SARS-CoV-2. Muchos subtipos del

³ En 1951, durante la guerra de Corea, Estados Unidos creó el Servicio de Inteligencia de Epidemias como mecanismo de prevención.

virus se encontraban en investigación antes de desatada la pandemia,⁴ aunque la *Big Pharma* asumió la investigación de vacunas y antivirales después de las declaraciones por la Organización Mundial de la Salud. Ante la posibilidad de acceder a financiamiento rápido y fácil proveniente de gobiernos y fondos filantrópicos, muchos laboratorios y asociaciones de ellos se lanzaron a la investigación de antivirales y vacunas (Lee, 2020), en un momento especialmente propicio para que las diferentes fases de los exámenes clínicos sean acortados o directamente evadidos (Liu, 2020; UiPath, 2020).

La covid-19 y la contradicción capital-trabajo asalariado

A pocos meses de desatada la pandemia, la relación entre salud y economía cubrió las noticias y las políticas públicas: ¿aislar a la población para evitar contagios a costa de arruinar la economía?, o ¿mantener la economía apostando a una limpieza de la población más débil?

Como ninguna de las dos alternativas resulta viable en su forma más radical en un mundo globalizado, la producción, el transporte y la distribución esencial de mercancías siguen funcionando en combinación con diferentes modalidades de confinamiento. Una de las principales preocupaciones de los gobiernos es evitar que colapsen los sistemas de salud pública; situación que para los países periféricos reviste mayor dramatismo aún. Con infectados y muertos el problema se traslada rápidamente de la salud a la economía: la crisis económica ya está presente y se profundiza día a día. En poco tiempo, la principal preocupación para la mayoría de la población es el hambre. A principios de enero de 2020, a un mes del brote de la epidemia, el Banco Mundial estimaba la crisis como equivalente a la de 2008, con continuas actualizaciones pesimistas (Klebnikov, 2020). Tres meses más tarde el Fondo Monetario Internacional pronostica para este año la emergencia de la mayor recesión desde la Gran Depresión de 1929 (Guimón, 2020). Varios gobiernos han establecido medidas de salvamento financiero

⁴ Existen varios subtipos del virus, de los cuales sólo los A y B tienen relevancia en humanos. Los primeros que se reportaron endémicos para los humanos fueron las HCoV-OC43 y 229E en 1960. En 2004 y 2005 otras variedades fueron identificadas en humanos, las HCoV-NL63 y HKU1; inclusive ha habido epidemias como una con SARS-CoV que producía neumonía en 2002/2003 y que afectó al menos a 8 mil personas; y la MERS-CoV que también producía neumonía (Corman *et al.*, 2018). Todos estos virus venían siendo investigados en muchos de los laboratorios de alta contención en el mundo, algunos de ellos con antecedentes de escape de virus (Peters, 2018).

circunstancial para algunos sectores, cuestión que resulta claramente insuficiente en el corto y mediano plazo.

Mientras mayor es la concentración y centralización del capital,⁵ mayor es el crecimiento del ejército de reserva en proporción al ejército obrero en activo, y mayor también es la distancia en el acceso a la riqueza producida de la clase capitalista frente a los miles de millones de personas que componen las clases trabajadoras. El capital ha generado una desbordante masa de trabajadores sumergida en las filas de la informalidad que supera la cantidad de trabajadores en activo y que día con día lucha para sobrevivir en condiciones de pobreza y pobreza extrema (Foster *et al.*, 2011). No debe sorprender que éstos no tengan el colchón de respaldo para soportar el *lock out* de las políticas de salud de la *covid-19* sin trabajar o recibiendo salarios recortados, al tiempo que los dueños de las corporaciones se dedican a especular en la bolsa comprando oro o corporaciones en quiebra (aerolíneas, hoteles, etcétera) y vendiendo acciones a la baja (Randall, 2020). Resulta evidente, en este sentido, que la crisis de salud, al proyectársele en el espejo de las principales contradicciones que caracterizan al sistema capitalista en la actualidad, se manifiesta también como una crisis de la relación capital-trabajo asalariado.

El trabajo asalariado es el rasgo esencial y distintivo de las relaciones capitalistas. Mediante la venta de su fuerza de trabajo la clase trabajadora tiene acceso a una parcela, aunque mínima, de la riqueza social. Pero el trabajo asalariado funge también como la fuente de la ganancia capitalista. La hipótesis que aquí sostenemos es que las repercusiones de la pandemia de la *covid-19* trastocan la relación capital-trabajo asalariado de manera irreversible. Ello nos sitúa ante un doble escenario: el inicio de una fase postneoliberal de desarrollo capitalista o la génesis de un proceso de transición hacia otro régimen de organización social. Lo más probable es que ambas salidas se entrecrucen.

La unidad contradictoria de la relación capital-trabajo se expresa en el hecho de que el capital concentra los medios de producción, pero no dispone de la fuerza de trabajo capaz de ponerlos en movimiento. No obstante el enorme avance de la automatización en muchos sectores productivos, aún existen más de 3 mil 300 millones de trabajadores asalariados, que son el indicador más claro

⁵ La concentración se refiere a mayores capitales en menos manos, la centralización a la unificación de las actividades en el espacio. Esto último no es contradictorio con las redes mundiales de distribución de productos (*i.e.* Amazon, AliBaba, etcétera) y debe visualizarse en los servidores digitalizados de la información (granjas de servidores).

de que el capital todavía necesita de fuerza de trabajo (Organización Internacional del Trabajo, 2019). En el ámbito del trabajo asalariado sucede algo similar: para sobrevivir, estos millones de trabajadores no tienen otra opción que vender su capacidad de trabajo al capital. Ambos polos de la relación capital-trabajo tienen, a pesar de los lazos de interdependencia que los unen, contradicciones derivadas de su particularidad y que se expresan en el ámbito de la lucha de clases. En el caso de la fuerza de trabajo, se trata de dos características esenciales. De un lado, su lucha permanente por mejorar sus condiciones de vida presionando al capital para aumentar los salarios reales y garantizar que los aumentos en la productividad e intensidad del trabajo se traduzcan en un incremento de sus ingresos. Desde mediados de los 1970 esta lucha ha tenido saldos negativos que se materializan en el estancamiento y caída de los salarios reales. De otro lado, una segunda particularidad de la fuerza de trabajo alude a la preocupación de los trabajadores de no caer en el desempleo e integrarse a las filas del ejército de reserva laboral para el capital que, por su propia naturaleza, tiende a ejercer una presión a la baja en los salarios; situación que, por la esencia misma de la relación capital-trabajo, resulta inevitable.

Con respecto al capital, existen de igual modo particularidades que lo sitúan en franca oposición al trabajo, siendo también, en este caso, dos las fundamentales. La primera alude al hecho de que todo aumento de la productividad, extensión e intensidad del trabajo conlleva a un aumento de las ganancias, que es el *leitmotiv* del capital para producir. Si en este proceso se puede lograr una disminución o estancamiento de los salarios reales, tanto mejor para el capital. La segunda particularidad se refiere a que el aumento de la productividad a nivel individual de la empresa significa un aumento de sus ganancias extraordinarias, pero al expandirse la innovación al resto de la rama y a la economía en su conjunto, se incrementa la composición orgánica del capital y con ello se propicia también, paradójicamente, una caída de la tasa general de ganancia.

La crisis desencadenada por la *covid-19* no sólo se propaga a la esfera económica en sus manifestaciones más abiertas y palpables, sino que penetra de manera disruptiva e irreversible en el corazón mismo del sistema capitalista: la contradicción capital-trabajo.

Todos los analistas económicos y financieros concuerdan en que la crisis de salud ha provocado una crisis económica (Guimón, 2020). La caída de las acciones, aunque de forma desigual para los diferentes sectores económicos, es un dato ampliamente difundido por los medios de comunicación. Adicionalmente,

es *vox populi* que las políticas de confinamiento han acabado con sectores económicos completos, como las aerolíneas, las cadenas de restaurantes y hoteles, las agencias de viaje y turismo. En términos globales los índices de las bolsas de valores de los países pierden valores monetarios tan pronto se anuncia un aumento del confinamiento en un país, o ganan puntos como resultado de una mínima liberación del confinamiento. Cuando ocurren crisis financieras las monedas pierden valor frente al oro, plata u otro tipo de activo físico. El oro sigue cumpliendo la función de medida de valor, medio de pago y medio de atesoramiento, aunque haya perdido su función como medio de circulación, cuestión que no es ignorada por los bancos centrales que venden sus reservas a corporaciones o bancos privados para apoyar sectores económicos debilitados por la crisis o cubrir gastos fiscales, quedando con ello la moneda nacional más frágil y aumentando la inequidad internacional.

Con la pandemia de la *covid-19* se espera un incremento masivo del desempleo, cuya pérdida se estima en 25 millones de puestos de trabajo (ILO, 2020) que se sumarán a los 300 millones de desempleados que había hacia finales de 2019 (World Bank, 2019), lo que a su vez se traducirá en una significativa caída en el volumen de valor, plusvalor, y ganancia a escala mundial. En virtud de las profundas e intrincadas diferencias entre pobres, desempleados, parados, ocupados de tiempo parcial y completo —todos sujetos a vaivenes por empresa y sector económico—, resulta difícil vislumbrar la posibilidad de salidas colectivas a la crisis. De aquí que el desenlace más probable de esta amalgama de situaciones sea la violencia, el saqueo y la desesperación generalizada, a lo cual las fuerzas del orden serán incapaces de responder eficazmente y, mucho menos, de controlar.⁶

Pero si una característica del contexto capitalista actual directamente asociada a la crisis de salud es el desempleo y la reducción del valor generado, otra característica aún más significativa para nuestros fines analíticos es el alto nivel de desarrollo científico y tecnológico alcanzado por las fuerzas productivas. Este desarrollo posibilita la automatización generalizada de los procesos laborales. En esta perspectiva, es importante consignar que existe la posibilidad

⁶ La corrida hacia la compra de armas en Estados Unidos es un botón de muestra (Kaufman, 2020; Perez, 2020); al igual que las revueltas civiles por alimentos, y, en el otro extremo, empresas de construcción ofreciendo *bunkers* subterráneos a la élite de la burguesía para defenderse de un futuro incierto tanto en términos ambientales como sociales; otro ejemplo es el aumento de la violencia doméstica (Nações Unidas Brasil, 2020).

técnica de avanzar hacia la integración automatizada de todas las cadenas de valor. Esto último funge como una característica clave de la llamada industria 4.0, que reduce los tiempos muertos no sólo en los procesos de producción discretos —algo logrado desde tiempo atrás—, sino en las cadenas de producción como un todo.

Desde la perspectiva empresarial, la crisis de la *covid-19* ha agregado a la histórica lucha política de la clase obrera la fragilidad biológica de su organismo, que contrasta con la máquina. No es de sorprender que ya esté aumentado la compra de equipo sofisticado para ampliar y profundizar la automatización (Robotic Process Automation, RPA) (Dejtjar, 2020; Field y Murphy, 2020; Zhang, 2020).⁷

La consecuencia lógica de este proceso es, por un lado, un desempleo masivo, ya no temporal sino permanente derivado del implacable avance de la automatización y, por el otro, un aumento de la productividad del trabajo en aquellas ramas que logren automatizarse y apropiarse de ganancias extraordinarias. Este proceso dará paso a una mayor concentración y centralización del capital (*i.e.* una monopolización generalizada); cuestión que, al incrementar la composición orgánica del capital, tenderá a acentuar la caída tendencial de la tasa de ganancia. Con ello, dejará de ser novedad la frecuencia y concatenación de las crisis, como también el cada vez más exiguo impacto contratendencial de los repuntes en la productividad.

En medio de esta vorágine, signada por la inseguridad, la violencia y el caos civil, se perfilan dos escenarios contrastantes que comienzan a ser analizados y debatidos al seno de la izquierda. Por un lado, el empleo de las fuerzas del orden o del expediente de la militarización para controlar a aquellos que se ubiquen fuera de la contradicción capital-trabajo (desempleados, desahuciados, y marginados en general) y, por el otro, la instauración de un ingreso universal para paliar la situación incorporando a millones de personas como consumidores, aunque no como productores y, por tanto, integrándolos sólo marginalmente a la contradicción capital-trabajo. Lo importante a subrayar es que ninguna de estas opciones tiene futuro. Ambas muestran la inviabilidad del sistema para retornar a la «normalidad» o anormalidad preexistente.

⁷ «Crisis can be sort of a catalyst or can speed up changes that are on the way — it almost can serve as an accelerant», said Arun Sundararajan, an NYU Stern School of Business professor researching how digital technologies transform society» (Field y Murphy, 2020).

A manera de conclusión

La pandemia de la *covid-19* ha tomado al mundo por sorpresa, sea por la velocidad de expansión, por la alta tasa de morbilidad y mortalidad, o por muchos otros factores. Ciertamente es que el crecimiento de la población y su concentración urbana facilitan los contagios. Pero también es cierto que el nivel de desarrollo científico y tecnológico debiera permitir medidas de monitoreo y prevención, así como de curación, mucho más eficientes. El problema no es ni de exceso de gente ni de falta de conocimientos y tecnología. El problema es social.

Las relaciones capitalistas han profundizado una serie de desequilibrios, tanto socioambientales como científico-tecnológicos, que propician la emergencia de crisis como la desencadenada por la *covid-19*. Al manifestarse como una pandemia, la crisis de salud hace referencia a un problema humano en sentido amplio, que afecta a la humanidad como un todo y que se diferencia de las crisis regionales o locales, étnicas, de género, de empleo, de refugiados, fronteras, financieras y muchas otras, que sólo afectan a determinados grupos sociales o espacios geográficos.

El grado de desigualdad social imperante, fincado en condiciones extremas de pobreza, desempleo y precariedad laboral configura un ambiente poco propicio para el desenvolvimiento de una sociedad saludable. La homogeneización de los ecosistemas no configura un entorno propicio para la resiliencia ambiental. La ciencia y la tecnología guiadas por el beneficio mercantil no constituyen tampoco un ambiente adecuado para un avance de las fuerzas productivas que favorezca a las mayorías, no obstante posibilite satisfacer las demandas de una minoría. La expansión de las TIC relega las relaciones personales directas, convirtiendo al símbolo virtual en más fiable que la confianza personal y dando base a las *fake news* que inundan la información cotidiana, y a la *Big Data* que ordena la información científica con algoritmos a los que nadie puede dar seguimiento.

Muchas de estas causas, que aluden al contexto social en el que se incubó la pandemia, han sido ampliamente documentadas y analizadas en la literatura, donde se encuentran también diversos análisis acerca de sus consecuencias más palpables y desembozadas. Las numerosas quiebras y cierres temporales de empresas pequeñas y medianas, incluyendo a grandes corporaciones como es el caso de las aerolíneas, las cadenas hoteleras y restauranteras y otras empresas turísticas, dan cuenta de la severidad y alcances de la crisis económica en curso,

así como de los desafíos e incertidumbres que plantea. Algunas de las medidas políticas para reducir o paliar los impactos de la crisis arremeten contra la «diplomacia» democrática, a grado tal que muchos analistas sociales y políticos llaman la atención acerca del inminente riesgo de que modalidades autoritarias acaben por enraizarse en la estructura del Estado capitalista.

El abanico de temas analizados es cada vez más amplio y variado. Abarca desde el dilema de transitar hacia modalidades educativas y de consumo virtuales, hasta la propuesta de generalizar el ingreso universal, pasando por reflexiones acerca la crisis del imperialismo estadounidense y los cambios que se perfilan en la geopolítica global.

Como apuntamos al principio, el propósito de este artículo es contribuir a la discusión en curso sobre las causas e implicaciones de la crisis de la *covid-19*, desde un ángulo particular: los efectos disruptivos de la pandemia sobre la relación capital-trabajo. Para ello, hemos venido argumentando que la crisis sanitaria está detonando una crisis que trasciende la esfera económica y que está empujando al sistema capitalista hacia un punto de no retorno.

En relación con esto último cabe hacer hincapié acerca de dos tendencias en curso. La primera se refiere a la fuerte presión que existe, por el efecto disruptivo de la pandemia, para que las empresas automaticen sus procesos productivos. Esta presión deriva de la enorme cantidad de empresas que están quebrando y de las demandas de paro, por riesgo de contagio, en las que aún se labora. La reducción del trabajo asalariado implica, a su vez, reducción del plusvalor generado y, por ende, caída de las ganancias. Ante ello, la única alternativa previsible es avanzar por la senda de la automatización, es decir, la sustitución radical del trabajo vivo por el trabajo muerto. Si bien esto sólo agrava el problema en el largo plazo, no deja de ser la salida empresarial individual más viable en el corto plazo. Este proceso es tecnológicamente factible en la gran mayoría de los sectores productivos. Si la llamada Revolución industrial 4.0 no se ha extendido más, no es porque falte la tecnología, sino porque resulta más barato contratar asalariados. Sin asalariados disponibles, la producción de equipo y su abaratamiento para implantar la industria 4.0 allí donde no alcance todas las etapas, o no esté siquiera instalada, será un hecho. En el corto plazo esto posibilitará contrarrestar, en esas industrias, la reducción de la masa de plusvalor con un aumento de su tasa. En el mediano y largo plazos ello implica un paso muy significativo en la dirección de trascender el régimen del capital. Al negar al trabajo vivo el sistema niega también su única fuente de riqueza y crecimiento y se niega, por tanto, a sí mismo.

La segunda tendencia impacta en el polo opuesto de la relación capitalista: el capital. Se trata de un impulso hacia una mayor concentración y centralización. Basta consignar al respecto la cantidad de empresas que día con día entran en quiebra, incluyendo a sectores económicos enteros o la caída de las acciones, para anticipar que pocos grandes capitales que invirtieron en oro tienen información privilegiada para vender y comprar acciones; según las alzas y bajas de las bolsas, serán los triunfadores y comprarán a precio de remate las empresas en quiebra. Cabe agregar que el capital no sólo explota como clase de manera más o menos unificada a los obreros, sino que, paralelamente, propicia crecientes disputas y confrontaciones entre las distintas fracciones de las clases que integran la sociedad burguesa. Se trata también de una tendencia presente desde la década de los 1990, cuando el sector financiero y los títulos de propiedad pasaron a comandar el mercado, arrebatando ganancias a los sectores productivos y estafando con ventas de mercancías a futuro. El impacto de la *covid-19* resulta particularmente disruptivo en el contexto capitalista actual, signado como se planteó en el primer apartado por la omnipresencia del capital monopolista.

En medio de las incertidumbres que plantea la crisis de la *covid-19* hay una certeza en la que todos los analistas coinciden: el mundo no será igual antes y después de la pandemia. Por su impacto disruptivo y el contexto en el que se despliega, el virus tendrá una repercusión letal e irreversible sobre la relación capital-trabajo. El escenario que se vislumbra apunta hacia el inicio de una fase postneoliberal de desarrollo capitalista y la eventual génesis de un proceso de transición hacia otro régimen de organización social. Los tiempos y la forma en que esto ocurra depende de la manera como evolucionen los conflictos sociales y el curso que siga la lucha de clases a escala global.

Referencias

- Amin, Samir (1990), «El comercio internacional y los flujos internacionales de capitales», en Samir Amin, Emmanuel Arghiri, Charles Bettelheim y Christian Palloix (dirs.), *Imperialismo y comercio internacional: el intercambio desigual*, México, Siglo XXI Editores.
- Bello, Walden (2006), «The capitalist conjuncture: over-accumulation, financial crises, and the retreat from globalisation», *Third World Quarterly*, 27(8), pp. 1345-1367.

- Boseley, Sarah (2002), «Unhealthy influence|Guardian daily comment», *The Guardian*, en www.guardian.co.uk
- Brown, Peter J. (1987), «Microparasites and Macroparasites», *Cultural Anthropology*, 2(1), pp. 155-171.
- Corman, Victor M., Doreen Muth, Daniela Niemeyer y Christian Drosten (2018), «Hosts and sources of endemic human coronaviruses», en Margaret Kielian, Thomas C. Mettenleiter y Marilyn J. Roossinck (dirs.), *Advances in virus research*, London, Academic Press, pp. 163-188.
- Dachary, César y Stella Arnaiz (2002), *Globalización, turismo y sustentabilidad*, Jalisco, Centro Universitario de la Costa/Universidad de Guadalajara.
- Dejtiar, Fabian (2020), «Is coronavirus pandemic accelerating the digitalization and automation of cities?», *ArchDaily*, en <https://www.archdaily.com/936064/is-coronavirus-pandemic-accelerating-the-digitalization-and-automation-of-cities>
- Delgado Wise, Raúl (2013), «The migration and labor question today», *Monthly Review*, 64(9), pp. 25-38.
- _____ (2017), «El capital en la era de los monopolios generalizados: apuntes sobre el capital monopolista», *Observatorio del Desarrollo*, 6(18), pp. 48-58.
- Delgado Wise, Raúl y Mónica Chávez Elorza (2016), «¡Patentad, patentad!»: apuntes sobre la apropiación del trabajo científico por las grandes corporaciones multinacionales», *Observatorio del Desarrollo*, 5(15), pp. 21-28.
- Farmer, Paul (1996), «Social inequalities and emerging infectious diseases», *Emerging Infectious Diseases*, 2(4), pp. 259-269.
- Field, Hyden y Mike Murphy (2020), «*covid-19* will herald an automation boom», *Protocol newsletters*, en <https://www.protocol.com/automation-boom-caused-by-coronavirus>
- Foladori, Guillermo (2003), «La privatización de la salud. El caso de la industria farmacéutica», *Revista Internacional de Sociología*, 61(34), pp. 33-64.
- _____ (2005a), «La enseñanza de Katrina», *Rebelión*, en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=19789>
- _____ (2005b), «The challenge of infectious diseases to the biomedical paradigm», *Bulletin of Science Technology & Society*, 2(25), pp. 145-158.
- Foster, John Bellamy, Robert W. McChesney y R. Jamil Jonna (2011), «The global reserve army of labor and the new imperialism», *Monthly Review*, 63(6).
- Guimón, Pablo (2020), «El FMI pronostica para este año la mayor recesión desde la Gran Depresión de 1929», *El País*, en [https://elpais.com/economia/\(2020\)-04-09/el-fmi-](https://elpais.com/economia/(2020)-04-09/el-fmi-)

- preve-que-la-pandemia-provocara-el-mayor-impacto-en-la-economia-desde-la-gran-depresion.html
- Hancock, Trevor (1998), «Caveat partner: reflections on partnership with the private sector», *Health Promotion International*, 13(3).
- Horton, Richard (2002), «WHO: the casualties and compromises of renewal», *Lancet (London, England)*, 359(9317), pp. 1605-1611.
- International Labour Organization (2020), «Almost 25 million jobs could be lost worldwide as a result of covid-19, says ILO», en http://www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_738742/lang--en/index.htm
- Jarus, Owen (2020), «20 of the worst epidemics and pandemics in history», *LiveScience*, en <https://www.livescience.com/worst-epidemics-and-pandemics-in-history.html>
- John Hopkins Coronavirus Resource Center (2020), «Covid-19 Map», *Johns Hopkins Coronavirus Resource Center*, en <https://coronavirus.jhu.edu/map.html>
- Kaufman, Elinore (2020), «Opinion | Please, Stop Shooting. We Need the Beds», *The New York Times*.
- Klebnikov, Sergei (2020), «World Bank forecasts weakest global economic growth since the financial crisis», *Forbes*, en [https://www.forbes.com/sites/sergeiklebnikov/\(2020\)/01/09/world-bank-forecasts-weakest-global-economic-growth-since-the-financial-crisis/](https://www.forbes.com/sites/sergeiklebnikov/(2020)/01/09/world-bank-forecasts-weakest-global-economic-growth-since-the-financial-crisis/)
- Lee, Jaimy (2020), «These 19 companies are working on coronavirus treatments or vaccines — here's where things stand», *MarketWatch*, en [https://www.marketwatch.com/story/these-nine-companies-are-working-on-coronavirus-treatments-or-vaccines-heres-where-things-stand-\(2020\)-03-06](https://www.marketwatch.com/story/these-nine-companies-are-working-on-coronavirus-treatments-or-vaccines-heres-where-things-stand-(2020)-03-06)
- Lewontin, Richard C. y Richard Levins (2007), *Biology under the influence: dialectical essays on ecology, agriculture, and health*, New York, Monthly Review Press.
- Liu, Angus (2020), «The White House is pushing FDA to clear Fujifilm's Avigan for covid-19. Should the agency obey?», *FiercePharma*, en <https://www.fiercepharma.com/pharma/white-house-asks-fda-to-approve-fujifilm-s-avigan-for-covid-19-should-agency-follow>
- McKeown, Thomas (1991), *The origins of human disease*, Oxford, Blackwell.
- McKinsey Global Institute (2012), «The world at work: jobs, pay, and skills for 3.5 billion people», en https://www.mckinsey.com/~/_/media/McKinsey/Featured%20Insights/Employment%20and%20Growth/The%20world%20at%20work/MCI%20Global_labor_Full_Report_June_2012.ashx

- McQuillan, Dan (2018), «People's councils for ethical machine learning», *Social Media + Society*, 4(2).
- Nações Unidas Brasil (2020), «Chefe da ONU alerta para aumento da violência doméstica em meio à pandemia do coronavírus», *ONU Brasil*, en <https://nacoesunidas.org/chefe-da-onu-alerta-para-aumento-da-violencia-domestica-em-meio-a-pandemia-do-coronavirus/>
- Organización Internacional del Trabajo (2019), «El gran problema del empleo en el mundo: las malas condiciones de trabajo», en http://www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_670577/lang--es/index.htm
- Perez, Jamie (2020), «Gun sales spike during covid-19 pandemic, retailers see ammo shortage», *Channel3000*, en <https://www.channel3000.com/gun-sales-spike-during-covid-19-pandemic-retailers-see-ammo-shortage/>
- Peters, A. (2018), «The global proliferation of high-containment biological laboratories: understanding the phenomenon and its implications», *Revue Scientifique et Technique de l'OIE*, 37(3), pp. 857-883.
- Randall, David (2020), «Wall Street week ahead: investors look for buys as virus fears crush travel stocks», *Reuters*.
- Rubin, Isaac Ilich (1972), *Essays on Marx's Theory of Value*. Detroit, Black and Red.
- Sarewitz, Daniel y Roger Pielke (2001), «Extreme events: a research and policy framework for disasters in context», *International Geology Review*, 43(5), pp. 406-418.
- UiPath (2020), «Automating covid-19 data testing with RPA for vaccine», *UiPath. Responding to covid-19 together*, en <https://www.uipath.com/resources/covid-automations/viable-vaccine-for-covid>
- Wladimir, Andreff (2009), «Outsourcing in the new strategy of multinational companies: foreign investment, international subcontracting and production relocation», *Papeles de Europa*, 18, pp. 5-34.
- World Bank (2019), «Unemployment, total (% of total labor force) (modeled ILO estimate)», en <https://data.worldbank.org/indicator/sl.uem.totl.zs>
- Zhang, Jan (2020), «Coronavirus will force manufacturers to enhance automation, digitalization», *Control Engineering*, en <https://www.controleng.com/articles/coronavirus-will-force-manufacturers-to-enhance-automation-digitalization/>
- Zuboff, Shoshana (2018), *The age of surveillance capitalism: the fight for a human future at the new frontier of power*, New York, PublicAffairs.



Empleo digno para trabajadores migrantes en todo momento: implementar el modelo de cero cuotas y pago por parte del empleador para la contratación de trabajadores migrantes

Decent work for migrant workers at all times: implement zero fees and employer pays model for recruitment of migrant workers

Una declaración del Foro Migratorio en Asia (MFA, por sus siglas en inglés), el Centro Interregional para Refugiados y Migrantes (CCRM, por sus siglas en inglés), el Consejo Sindical Regional del Asia Meridional (SARTUC, por sus siglas en inglés), la Asociación de Organizaciones no Gubernamentales de las Islas del Pacífico (PIANGO, por sus siglas en inglés), la Región del Pacífico y el Centro de Solidaridad.

ISSN IMPRESO 1870-7599 | ISSN RED CÓMPUTO 2448-7783 | 179-183

Mientras la pandemia de *covid-19* afecta notablemente la vida de cada individuo, la severidad de su impacto recae en gran medida en el sector más débil de nuestra sociedad. Las amplias repercusiones de la pandemia amenazan no sólo a la salud, el bienestar y el sustento del ser humano, sino a la estabilidad económica y política de un país. Esto en conjunto exacerba la lucha de los grupos vulnerables, incluyendo a los trabajadores migrantes —un número considerable ha dado positivo a la *covid-19*—; al personal de la salud, puesto que se ubica en la primera línea atendiendo a pacientes enfermos; a migrantes que viven en dormitorios concurridos e insalubres y que han sido de igual modo infectados; a trabajadoras domésticas migrantes, quienes laboran jornadas más largas y están expuestas a la violencia en su área de trabajo sin la posibilidad de buscar ayuda debido a las medidas de cuarentena puestas en marcha.

Traducción del inglés por Georgia Aralú González Pérez y Luis Ángel Aguilar Robles.

En el actual sistema económico mundial, los trabajadores migrantes pagan exorbitantes cuotas de contratación para asegurar trabajos poco remunerados; como resultado, generalmente permanecen endeudados hasta por uno o dos años antes de que puedan ganar un salario digno que les permita mantenerse a sí mismos y a sus familias. La reciente crisis de coronavirus de manera abrupta ha puesto fin al despliegue y empleo de miles de trabajadores migrantes alrededor del mundo, muchos de ellos tienen deudas con agentes, subagentes, algún miembro de la familia o pequeñas empresas prestamistas en su lugar de origen.

Si hay algo que se puede aprender de esta crisis es que es necesario suprimir radicalmente la situación presente y avanzar hacia un modelo de pago del empleador respecto a la contratación, en el sentido de que ningún trabajador debería endeudarse para asegurar un empleo.

Los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030 (ODS) reconocen la contribución positiva de los migrantes en el crecimiento inclusivo y el desarrollo sustentable. El objetivo ocho, centrado en el trabajo digno, pide además la protección de los derechos laborales, así como la promoción de ambientes seguros para todos, toma en cuenta a migrantes, en particular a las mujeres y a los que tienen un empleo precario.

El Pacto Mundial para la Migración (GCM, por sus siglas en inglés), adoptado por los gobiernos en 2018, exhorta específicamente a los Estados a facilitar una contratación justa y ética, asimismo a salvaguardar condiciones que garanticen el trabajo digno. De manera complementaria, el GCM instó a los gobiernos a prohibir el cobro de cuotas de contratación por parte de los reclutadores y empleadores, o bien otro cargo relacionado a los trabajadores migrantes con el propósito de prevenir la servidumbre por deudas, la explotación y el trabajo forzoso; incluido el establecimiento de mecanismos obligatorios y aplicables para la efectiva regulación y monitoreo del sector de contratación.

A escala global, agencias de las Naciones Unidas (UN, por sus siglas en inglés) han solicitado también a los gobiernos y a todos los interesados que aborden las problemáticas en torno a la contratación de trabajadores migrantes y a la prohibición del cobro de cuotas de contratación. Los principios generales y las pautas operativas de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para la contratación justa establecen que las cuotas o cualquier otra tarifa vinculada no deben ser cobradas a los trabajadores por ningún empleador, subsidiarios, reclutadores ni terceros que proporcionen servicios relacionados. La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) ha erigido el Sistema Internacional

de Integridad en el Reclutamiento (IRIS, por sus siglas en inglés), cuya norma prohíbe el cobro de cuotas de contratación u otro tipo de cobro asociado con aquellos que buscan trabajo.

Los Procesos Consultivos Regionales (RCP, por sus siglas en inglés) han admitido que el conseguir trabajos dignos para los migrantes los obliga a tratar asuntos relativos a este tópico. La declaración ministerial del Proceso Colombo de 2016 recomienda a los Estados miembro trabajar hacia la transformación de la industria de contratación, con el propósito de asegurar que el reclutamiento de trabajadores migrantes de países miembros del Proceso Colombo sea libre de costo. El Diálogo de Abu Dhabi de 2017, en su cuarta consulta ministerial, declaró que los Estados miembro continuarán dando prioridad a la cooperación regional, orientada a promover prácticas de contratación laborales justas, legales y transparentes.

Mientras los países siguen implementando medidas de cuarentena y confinamiento, muchas industrias en países de destino permanecen cerradas, esto ha provocado una pérdida de millones de empleos que afecta a trabajadores migrantes. Algunos han sido obligados a marcharse sin goce de sueldo, otros lidian con reducciones de pago, un sector más se encuentra desempleado y sin ningún tipo de ingreso.

La rápida evolución de este hecho en países de destino ha interrumpido el despliegue tanto de los nuevos trabajadores migrantes como de los que regresan, de manera que varios permanecen en el «limbo», con la incertidumbre incluso de saber si todavía conservan sus empleos. Paralelamente, los trabajadores migrantes que se encuentran fuera de casa tampoco están seguros de su situación laboral, desconocen si ya es conveniente volver a sus empleos en el extranjero.

Más allá de la preocupación referente a las condiciones de los trabajadores migrantes en los países de destino y los que continúan varados en los países de origen, se pasa por alto un aspecto, independientemente de la vulnerabilidad de los migrantes en el contexto actual, ya que muchos de ellos deben saldar sus deudas adquiridas con el empleador o con terceros, sin importar su condición laboral. Endeudados y sin poder trabajar para ganarse la vida, los trabajadores migrantes enfrentan una realidad insostenible. A fin de liquidar sus deudas, y en un acto de desesperación, habrá quienes acepten trabajar en condiciones de explotación. Mientras que otros podrían oponerse a la repatriación, después de que las restricciones de viaje se hayan levantado, y seguir trabajando como indocumentados para tener la capacidad de pagar sus deudas y proveer a sus familias.

Proporcionar trabajo digno para los migrantes y mantener el modelo de pago del empleador

Con motivo del primero de mayo de 2020, reiteramos los llamados a un trabajo digno y a la contratación justa de los ODS de 2030, el Pacto Mundial para la Migración, la Agenda de Contratación Justa de la OIT, la norma IRIS de la OIM, el Proceso de Colombo y el Diálogo de Abu Dhabi. Exhortamos a los gobiernos a garantizar que ningún trabajador pague tarifas de contratación y a la vez asegure un trabajo digno. Asimismo, recomendamos que se tomen las siguientes acciones:

1. Instamos a los gobiernos a revisar y enmendar las políticas y los procedimientos existentes sobre la contratación, con el objetivo de considerar situaciones de crisis como la actual pandemia de *covid-19*.

2. Los gobiernos deben asegurarse de que en este momento de crisis las agencias privadas de contratación (abarca a los países de origen y de destino) estén obligadas a brindar apoyo a sus trabajadores, especialmente a aquellos que se encuentran en los primeros seis meses de contrato.

3. Las asociaciones y alianzas privadas de contratación deben crear un fondo de emergencia para que sus integrantes puedan apoyar a los trabajadores en tiempos de crisis.

4. Los gobiernos deben exigir a las agencias privadas de contratación que presenten un informe sobre la situación de los trabajadores migrantes que han empleado.

5. Los gobiernos deben demandar a las agencias privadas de contratación que muestren una lista de los migrantes a quienes han cobrado cuotas y que aún esperan su despliegue.

6. Los trabajadores que pagaron cuotas de contratación, pero no fueron empleados debido a la pandemia de *covid-19*, deben ser reembolsados por parte de las agencias privadas de contratación para solventar sus gastos.

7. Las agencias privadas de contratación deben ayudar a los gobiernos en la repatriación de trabajadores que perdieron sus empleos o que actualmente están varados en los países de destino.

8. Las agencias privadas de contratación deben garantizar que los trabajadores infectados por *covid-19*, puedan buscar atención médica en los países de destino o de origen.

9. Las agencias privadas de contratación deben apoyar en la repatriación de los trabajadores varados en los países de destino que todavía continúan bajo contrato del reclutador.

10. Las asociaciones de agencias de contratación deben asegurarse de que sus miembros cumplan con el programa de contratación justa de la OIT y la Norma OIM, IRIS.

11. Los gobiernos deben establecer bases de datos con los contactos de trabajadores migrantes que hayan perdido su empleo y regresado a sus hogares, ello para que una vez que vuelva a estar disponible su trabajo reanuden las actividades, inclusive, ya con una experiencia de contratación más ágil y directa, no tengan necesidad de acudir a las agencias de reclutamiento y otras formalidades.



Yolanda Alfaro realizó el doctorado en Estudios del Desarrollo en la Universidad Autónoma de Zacatecas. También formó parte del Programa de Becas Posdoctorales en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el cual fue asesorada por Ana María Aragonés. Cabe destacar que pertenece al Sistema Nacional de Investigadores de Conacyt (nivel candidato) y que es co-coordinadora del grupo de trabajo «Fronteras: movilidades, identidades y comercios» del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso). Sus líneas de investigación se centran en: desarrollo y migración internacional en la región andina; migración calificada; movilidades académicas y científicas; y migración, fronteras y nuevas territorialidades. Correo-e: corredijolatortuga@gmail.com

Ana María Aragonés es profesora titular en el Instituto de Investigaciones Económicas, en el área de Economía del Trabajo y Tecnología, y docente en el posgrado en Estudios México-Estados Unidos de la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pertenecer al Sistema Nacional de Investigadores (nivel III). Sus principales líneas de investigación se relacionan con el análisis teórico de los flujos migratorios, los estudios de los cambios en los mercados de trabajo en el marco de la globalización y sus efectos sobre los flujos migratorios, la importancia y las consecuencias de la inversión extranjera directa como factor estructural del dinamismo migratorio, así como los problemas demográficos en los países receptores de migrantes. Cuenta con gran cantidad de publicaciones en revistas y libros nacionales y extranjeros, además de una larga trayectoria como colaboradora del diario *La Jornada*.

Luis A. Arizmendi Rosales dirige, desde hace más de una década, la revista *Mundo Siglo XXI*, del Instituto Politécnico Nacional. Ha impartido conferencias magistrales en América Latina, Asia y Europa y ha colaborado en publicaciones de Estados Unidos, Reino Unido, España, Bélgica, Argentina, Bolivia, México, Venezuela, Colombia, Chile y Ecuador. Entre sus principales publicaciones se encuentran *El Capital ante la crisis epocal del capitalismo* (IPN, México, 2026); *Tiempos de peligro: estado de excepción y guerra mundial* (Plaza y Valdés, México, 2018), con Jorge Beinsstein; *Pobreza y persistencia campesina en el siglo XXI* (Siglo XX, México, 2020), como coordinador; y «Necropolitic capitalism, State of Exception and accumulation by dispossession», en el libro *Resisting to empire and militarization* (Equinox, Reino

Unido, 2020), coordinado por Jude Lal Fernando. Página web: arizmendiluis.com.
Correo-e: arizmendi_luis@hotmail.com

Gabriela Cabezas Gálvez es doctora en Demografía por El Colegio de México y tiene una maestría en sociología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede Ecuador. Adicionalmente, coordina la especialización de Migraciones Internacionales, Desarrollo y Derechos Humanos de la misma institución. Sus investigaciones se han enfocado en los procesos de retorno de migrantes ecuatorianos. En la actualidad sus estudios tienen que ver con la migración venezolana en Sudamérica.

Germán Carrillo García es profesor en el Departamento de Sociología y de la Facultad de Economía y Empresa Max Weber de la Universidad de Murcia, España. Asimismo, está adscrito al Área de Historia de América Latina de El Colegio de América, Centro de Estudios Avanzados para América Latina y el Caribe de la Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, España. Es investigador del grupo de trabajo «Subjetivaciones, ciudadanías críticas y transformaciones sociales» del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) y miembro de la Red Iberoamericana en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia. De sus publicaciones recientes sobresalen «Revoluciones y reformas agrarias durante el largo siglo XX latinoamericano», «La «desintegración civil del demos modernos». Sobre la naturaleza de la ruptura política en las sociedades financiarizadas», «Transiciones y continuidades: una interpretación socio-histórica acerca de la crisis económica de América Latina», «Triple revolución en Ecuador. Contradicciones de la economía política frente a la construcción de un Estado social» e *Historia agraria y políticas agrarias en España y América Latina desde el siglo XIX hasta nuestros días*, libro que compiló con Justo Cuño. Correo-e: gcarrillo@um.es

Raúl Delgado Wise, doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Pensilvania, Estados Unidos, actualmente dirige la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Es presidente de la Red Internacional de Migración y Desarrollo (RIMD), codirector de la Red de Estudios Críticos del Desarrollo y director de la revista *Migración y Desarrollo*. Coordina también la Cátedra UNESCO sobre Migración, Desarrollo y Derechos Humanos. Ha sido conferencista en más de 30 países alrededor del mundo. Entre sus publicaciones más recientes destacan los artículos «Claves para descifrar el sistema imperial de innovación comandado por Estados Unidos» y «Dos espejos ante una realidad: reflexiones sobre la visión del Concejo Indígena de Gobierno frente a la coyuntura electoral en México».

Guillermo Foladori es doctor en economía por la Universidad Nacional Autónoma de México y docente investigador de la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Coordina también la Red Latinoamericana de Nanotecnología y Sociedad (ReLANS). Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt (nivel III). Ha publicado numerosos libros, entre los que destacan *Controversias sobre sustentabilidad; La economía de la sociedad capitalista y sus crisis recurrentes*, con Gustavo Melazzi; y *Nanotecnologías en América Latina: trabajo y regulación*, en coordinación con Noela Invernizzi, Anwar Hasmy y Edgar Záyago Lau.

Gioconda Herrera Mosquera es doctora en Sociología por la Columbia University y profesora titular del departamento de Sociología y Estudios de Género de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede Ecuador. Sus investigaciones y publicaciones refieren la construcción del campo de estudios migratorios en la región sudamericana y en particular la relación entre género, globalización y migraciones internacionales. En la actualidad investiga acerca de procesos de deportación de ecuatorianos desde Estados Unidos, así como el éxodo venezolano en Sudamérica en el marco de la crisis económica y el endurecimiento de las políticas migratorias.

Stefan Rother, periodista, es investigador en el Instituto Arnold Bergstraesser de la Universidad de Friburgo, Alemania. Cuenta con más de 20 años de experiencia como editor y escritor independiente para varios periódicos. Hasta la primavera de 2014, fue director editorial de la revista *International Quarterly for Asian Studies*. Es miembro de la junta directiva de la Asociación Alemana de Estudios Asiáticos (DGA) y portavoz del grupo de trabajo sobre migración de la Asociación Alemana de Ciencias Políticas (AK Migrationspolitik in der DVPW). Es pertinente resaltar que ha realizado un extenso trabajo de campo en el Sudeste Asiático y ha participado en foros de gobernanza global y la sociedad civil, así como en diversas actividades organizadas por las Naciones Unidas, la Organización Internacional del Trabajo, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, el Foro Social Mundial y la Organización Mundial del Comercio. Sus investigaciones se centran en la migración internacional, la gobernanza global, los movimientos sociales, la integración regional y las teorías no occidentales y pos-occidentales de las relaciones internacionales. Recientemente ha publicado en *Third World Quarterly*, *Cooperation and Conflict*, *European Journal of East Asian Studies*, *International Migration*, *Migration Studies*, *Revista Alemana de Ciencias Políticas (ZPol)*; además, es coeditor de la serie «Studien zur Migrations. Und Integrationspolitik» en SpringerVS.

Normas para la recepción de originales

1. *Migración y Desarrollo* es una revista semestral de investigación científica arbitrada y publicada por la Red Internacional de Migración y Desarrollo.

2. Los trabajos deberán ser inéditos y sus autores se comprometen a no someterlos simultáneamente a la consideración de otras publicaciones. Deberán ser resultado o avance de investigaciones originales de alto nivel, enmarcados en las Ciencias Sociales y enfocados en el problema de la migración internacional y el desarrollo. Pueden enviarse trabajos en español y en inglés; serán publicados en esos idiomas. Los autores conceden su permiso para que sus artículos sean difundidos por medios impresos y electrónicos por la Red Internacional de Migración y Desarrollo.

3. Los autores deberán remitir los originales en formato compatible con los programas estándares de procesamiento de textos (Word) tamaño carta, a doble espacio y por una sola cara, con tamaño de letra de 12 puntos en fuente Times New Roman.

4. Considerando que una cuartilla tiene 27 renglones y entre 60 y 64 caracteres con espacios e interlineado doble, los trabajos tendrán una extensión de entre 20 y 25 cuartillas; los textos destinados a las secciones «La voz de los actores», entre 12 y 15, y a «Coyuntura y debate», entre 15 y 20.

5. Los trabajos deberán acompañarse de los siguientes datos, con una extensión no mayor de diez líneas: nombre completo del autor o los autores, nacionalidad, máximo nivel de estudios alcanzado, institución, centro de adscripción y línea de investigación, cargo que desempeña, número telefónico, dirección postal, dirección electrónica, dos o tres referencias bibliográficas de las publicaciones recientes o relevantes, información que considere relevante.

6. Anexo al artículo, deberá enviarse un resumen de 150 palabras (o diez renglones) en el idioma en que esté escrito y cinco palabras clave, que faciliten su inclusión en los índices y bases de datos bibliográficos. *Migración y Desarrollo* traducirá, en su caso, el resumen al inglés y utilizará esa síntesis para su difusión en el portal de Internet de la propia Red.

7. Los cuadros, mapas y gráficas deberán presentarse de forma clara y precisa; invariablemente deberán incluir la fuente o el origen de procedencia, y en el

texto deberá indicarse su colocación exacta. Es importante considerar que la revista se imprime en negro y que, por lo mismo, la información referida a los gráficos deberá ajustarse a estas condiciones; en ningún caso se podrá incluir en la publicación un elemento gráfico en color (es necesario prescindir de recursos tales como «códigos de color»). Para la mejor presentación de estos elementos, se requiere el envío de los archivos en los que se elaboró el gráfico (Excel, Illustrator, Photoshop, InDesign).

8. Se presentarán las notas a pie de página y deberán estar escritas a renglón corrido (a un espacio) y numeración corrida (progresiva), e incluirse al pie de la página correspondiente. Las llamadas deberán ser numéricas.

9. Deberán insertarse las citas en el texto abriendo un paréntesis con el apellido del autor, el año de la publicación; en caso de ser citas textuales se añadirá también el número de página. Ejemplo: (Durand, 2003:14). Las referencias bibliográficas completas se desplegarán al final del texto, en orden alfabético de acuerdo con el siguiente formato:

Libro

Apellido del autor, nombre [en caso de haber otro u otros autores, nombre y apellido] (año), *Título del libro*, ciudad de publicación, editorial.

Ejemplo

Petras, James y Henry Veltmeyer (2003), *La globalización desenmascarada. El imperialismo en el siglo XXI*, México, Miguel Ángel Porrúa.

Capítulo de libro

Apellido del autor, nombre [en caso de haber otro u otros autores, nombre y apellido] (año), «Título del capítulo», en Apellido del autor, nombre(es), *Título del libro*, ciudad de publicación, editorial, páginas.

Ejemplo

Orozco, Manuel y Steven Wilson (2005), «Para que las remesas produzcan resultados», en Donald Terry y Steven Wilson, *Remesas de inmigrantes. Moneda de cambio económico y social*, Washington, BID.

Artículo de revista

Apellido del autor, nombre [en caso de haber otro u otros autores, nombre y apellido] (año), «Título del artículo», *Nombre de la revista*, número (volumen), páginas.

Ejemplo

Kandel, William y Douglas Massey (2002), «The culture of Mexican migration: a theoretical and empirical analysis», *Social Forces*, 3(80), pp. 125.

Consulta en línea

Apellido del autor, nombre [en caso de haber otro u otros autores, nombre y apellido] (año), «título del artículo», en url

Ejemplo

Banco Mundial (BM) (2002), «Empowerment and poverty reduction: A sourcebook», en <http://siteresources.worldbank.org/INTEMPowerment/Resources/4863121095094954594/draft.pdf>

10. Para siglas, acrónimos o abreviaturas, la primera vez que se usen deberá escribirse el nombre completo; luego, entre paréntesis, la forma que se utilizará con posterioridad.

Ejemplo

Banco Mundial (BM), Consejo Nacional de Población (Conapo), producto interno bruto (PIB).

11. Los originales serán dictaminados por evaluadores anónimos seleccionados entre expertos del tema tratado por el artículo. En razón de lo cual, los nombres de los autores u otra forma de identificación solamente deberá figurar en la página inicial. Los dictámenes serán comunicados a los autores en un plazo no mayor a 60 días después de la recepción del artículo. El principio de confidencialidad será la guía.

12. Las colaboraciones aceptadas serán sometidas a un proceso de corrección de estilo y su publicación estará sujeta a la disponibilidad de espacio en cada número. En ningún caso se devolverán originales.

13. *Migración y Desarrollo* se reserva el derecho de realizar los cambios editoriales que considere pertinentes.

14. Los textos originales podrán enviarse por correo electrónico a la dirección: revistamyd@uaz.edu.mx



Artículos

La crisis epidemiológica global
en el marco de la crisis epocal del capitalismo

Luis Arizmendi

Los tortuosos caminos de la migración venezolana
en Sudamérica: tránsitos precarios y cierre de fronteras

Gioconda Herrera Mosquera y Gabriela Cabezas Gálvez

La era de la irracionalidad política global

Germán Carrillo García

Las respuestas gubernamentales
a la migración calificada en México

Yolanda Alfaro y Ana María Aragonés

¿«La» o «Una» organización líder en migración?

La OIM como un actor en la gobernanza migratoria mundial

Stefan Rother

Coyuntura y debate

Para comprender el impacto disruptivo de la *covid-19*,
un análisis desde la crítica de la economía política

Guillermo Foladori y Raúl Delgado Wise

La voz de los actores

Empleo digno para trabajadores migrantes
en todo momento: implementar el modelo de cero
cuotas y pago por parte del empleador
para la contratación de trabajadores migrantes

MFA, CCRM, SARTUC, PIANGO, Región del Pacífico y Centro de Solidaridad